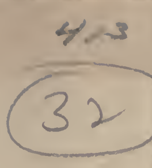






4-3
32



UNIVERSITY OF TORONTO
VELUT ARBOR ÆVO

[Comedias]

Vol. 28

PARA SERVIRTE ME CASO,

Ó

LA NOVIA TAPADA.

COMEDIA EN TRES ACTOS

Y EN PROSA.



CON LICENCIA.

BARCELONA, *Julio* 1831.

EN LA OFICINA DE D. JUAN FRANCISCO PIFERRER,

IMPRESOR DE S. M.

PERSONAS.

El Conde de MONTIVIA.

D. Cárlos de MONTIVIA, su sobrino.

D. Enrique de MONTIVIA, primo de Cárlos.

D. Pedro de GUZMAN, coronel retirado.

BELTRAN, criado de Enrique.

ANASTASIO, jardinero.

La Condesa AMELIA, casada en secreto con Cárlos.

Doña ISABELITA, sobrina de D. Pedro.

MARÍA, negra que ha criado á Doña Isabelita.

Aldeanos.

Criados.

La accion de este drama se supone en una de las provincias de España.

PARA SERVIRTE ME CASO,

ó

LA NOVIA TAPADA.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un jardin cerrado por el fondo con una reja de hierro.

ESCENA PRIMERA.

Cárlos solo.

¡Es posible! á nadie veo. (*saca su reloj.*) Cabal, las siete en punto, y mi tio es tan ecsacto.... pero ¿á qué vendrá esta cita...?.... ¿qué secreto será el que tiene que comunicarme...?.... en vano es el discurrir, desde ayer estoy cavilando, y pierdo en ello la cabeza.... es preciso tener un poquito de paciencia; mi curiosidad no tardará en quedar satisfecha.

ESCENA II.

Cárlos. Enrique llamando á viva fuerza.

En. Há de la casa, hóla....
Car. ¿Quién será este vocinglero?
En. Si no me engaño, es mi amigo Çárlos.
Car. ¡Calle! ¿Y eres tú Enrique?

En. Yo en persona, pero ábreme, ya ves que no está decoroso el dejar á uno de tus parientes en la puerta.

Car. (*abriendo la puerta de la reja*) ¡Mi querido primo!

En. ¡Oh! mi querido Cárlos, ven á mis brazos.

Car. A fe mia, que despues de cinco años que no he sabido de ti, te contaba ya entre los difuntos.

En. Te agradezco el buen deseo.... Gracias á Dios, por ahora no hay nada de eso, y te afirmo que ese pícaro mundo á pesar de todas sus imperfecciones, reune, á mi ver, demasiados atractivos para que me apresure á probar si se goza de mas comodidad en el otro barrio.

Car. De todas maneras bendigo la casualidad que te conduce á mis brazos.

En. Sin embargo no es todo casualidad. Has de saber que no ignoraba la posesion encantadora y magnífica que tenias en esos contornos, y como mis negocios no llamaban mi persona mas al Norte que al Mediodía, vengo á establecerme en tu casa por algunos.... meses.... digo, si esto no te incomoda.

Car. Al contrario, me gusta en estremo tu franqueza, y puedes considerarte en mi casa como en la tuya propia.

En. Acepto, acepto: gracias á mi estrella, estoy libre, y aun demasiado libre; pues en saliendo de aquí no sé donde caerme muerto.

Car. ¿Qué quieres decir con eso? ¿Habrias esperimentado desgracias?

En. Así las llamaria un hombre vulgar; pero yo, que soy filósofo, no veo en ello sino vicisitudes, á las cuales está sujeto el género hu-

mano. Ya sabes que salí de la Universidad con ánimo de recorrer el mundo. He visitado las ciudades principales de Europa, ejercido en cada una de ellas una nueva profesion, y sin adelantar maldita la cosa, como sucede regularmente: en fin desechado de todas partes, arruinado por la perfidia del hombre en cuyo poder habia depositado la módica herencia de mis padres, cargado de deudas, y no sabiendo que partido tomar, he dirigido mi ruta hácia aquí; y toda vez que la fortuna no se cansa de volverme las espaldas, me propongo olvidar á tu lado los caprichos de la tal señora.

Car. ¡Pobre Enrique! A lo ménos habrás divertido tu mala suerte, observando segun tu natural inclinacion cuanto te hayan ofrecido de raro y de estraordinario los países estrangeros.

En. Te juro, amigo mio, que no he visto mas de lo que se ve en todas partes; casuchas que amenazan ruina y palacios de elegante arquitectura, corrales de comedias y hospicios, impuestos y contribuciones, hombres célebres en la gaceta, é intrigantes en la sociedad, pobres con vergüenza y ricos sin ella, la modestia mirada como hipocresía, y la desvergüenza como ilustracion, cuantos pícaros otros tantos engañados, tantas opiniones como cabezas, algunos hombres de juicio y abundancia de majaderos; ya ves que ni mas ni ménos, sucede lo propio en nuestro país.

Car. ¡Los hombres son los mismos en todas partes!

En. Por desgracia de nuestra miserable especie....

¡Vaya! y tú ¿qué has hecho desde que nos separamos?

Car. Poca cosa.... siempre en la misma posicion, siempre feliz.

En. Hombre, me respondes tan friamente....

Car. No,.... te engañas.

En. ¿Mas qué tienes?..., esa inquietud.... algo me ocultas.... ¡ha! esto no es regular, vamos, confianza por confianza ¿pues qué, no soy tu amigo; tu mayor amigo?.... en otro tiempo no tenias secretos para Enrique.

Car. Es cierto, y puesto que te empeñas, vas á saberlo todo: nunca he tenido tanta necesidad como ahora de tus consejos.

En. Pues á ello.

Car. ¿Eres discreto?

En. Lo propio que una doncella con su madre.

Car. Pues bien, amigo mio, hé aqui al mas desgraciado de los hombres.

En. ¡Es posible!

Car. Yo amo, idolatro.

En. ¿Y no es mas que eso? ¡patarata! yo estoy harto de amar y aun de adorar.... pero ya comprendo, tendrás que haberlas con un corazon de acero.

Car. Al contrario, soy correspondido.

En. ¡Correspondido! pues entónces cómo diablos....?

Car. Hombre, déjame concluir.... te repito que soy el mas desgraciado de los hombres.

En. Pues yo tambien te repito que no lo comprendo.

Car. Estoy casado.

En. Acabáramos; y todo se reduce á que te ha tocado una vieja por muger.

Car. Nada de eso, mi esposa es jóven, her-

mosa , llena de atractivos......

En. Entiendo , entiendo ; pero coqueta , casquivana , te atormentará dia y noche ; cómo ha de ser? es defecto de todas las hermosas.... lo mismo sucede en otras partes.... figúrate si lo sabré yo ; digo , me parece que es voto un hombre que ha viajado tanto.

Car. ¡ Dale bola ! mi muger no es nada de eso, al contrario , muy amable , cariñosa , angelical.

En. Con qué ¿amable , cariñosa y angelical? pues entónces es un tesoro ; yo no veo en todo eso pizca de infelicidad.

Car. Pero hombre , si me interrumpes á cada paso.

En. Se acabó : punto en boca , y prosigue sin recelo.

Car. Pues bien : como iba diciendo , soy casado , pero en secreto.

En. ¡ Qué ! tu tio ignora....

Car. Lo ignora todo : Ya sabes que el conde del Cierzo , cuyo palacio dista algunas leguas de aquí , era el compañero de armas de mi tio.

En. Adelante.

Car. Poco tiempo despues de tu marcha se enamoró locamente á la edad de sesenta años de la jóven Amelia de Selmar.

En. ¡ Pobrecita !

Car. Pidió su mano : como el Conde era rico , y Amelia pobre , sus padres no vaciláron en sacrificarla , pero al cabo de un año la condesita quedó viuda.

En. ¡ Canasto ! á pedir de boca le vino la viudez.

Car. Mi tio , como antiguo amigo del Conde, fué el encargado de arreglar los asuntos pertenecientes á su herencia. Habrá unos seis

meses que despues de haber terminado este encargo, sin saber yo el motivo, instó á la Condesita á que viniera á pasar una temporada con nosotros. Ella condescendió á sus ruegos. ¡Ah, mi querido Enrique! es imposible manifestarte las vivas sensasiones que probó mi corazon á su presencia: el candor de su rostro y miradas amorosas causáron en mi alma una emocion desconocida, y desterráron para siempre la paz de mi corazon, que hasta en aquel momento habia hecho la felicidad de mi vida: por último yo conocí que no amaria sino á Amelia, y juré consagrarla mi ecsistencia.

En. ¡Bah! ¡Bah! en mis viages he sembrado mil juramentos de esa especie.

Car. Pero tú no conoces á Amelia, y no puedes formarte una idea de sus perfecciones.

En. Calla, Calla.... Ya adivino lo que vas á decirme.... Talle airoso, brazos, pies, manos,... ¡Ah! y unos ojuelos....

Car. Los mas hechiceros del mundo.

En. Bien lo sabia yo.

Car. Mi felicidad llegó á su colmo, consiguiendo agradarla: aceptó mi mano, y hace ya cuatro meses que soy su esposo.

En. ¿Y hace solo seis que vive en esta casa? ¡Canario! no te dormiste en las pajas. ¿Pero por qué diablos has ocultado á tu tio ese casorio, cuando me parece que á todo aspecto debe convenirle?

Car. ¿No conoces tú á mi tio? hombre duro y tenaz, amigo de que á diestro y á siniestro se le obedezca; escepto la caza, su mayor gusto es el contradecir; y cuando él ha hablado, toda observacion es por demas.

En. Tienes razon: acuérdome de ese raro pariente, y aun, sino me engaño, que el fastidio de no poder hacer una sola vez su gusto, dió con su pobre muger al cementerio.

Car. ¿Cómo pues quieres manejarte con semejante hombre?

En. ¡Pobre señora! Y no he dejado de notar en el discurso de mis viages, que, sin vanidad los he hecho como buen observador, que la sumision conyugal es para las mugeres una especie de viruelas, á las que difícilmente pueden resistir.

Car. Solo con que yo le hubiera hablado de este enlace bastaba para que se hubiese opuesto á él, y hé aquí porque Amelia y yo nos decidimos á casarnos en secreto.

En. Así me gusta. Echar por el atajo: con todo, de un momento á otro tu tio puede descubrirlo.

Car. Esto es lo que me inquieta, pero ¿qué partido tomar? A ver, dame un consejo.

En. Yo, en tu lugar, cantaria de plano; ya sé que el viejo gritará, jurará, se pondrá furioso, pero á ver como deshace lo que está ya hecho.

Car. ¿Lo crees así?.... pues aun estoy temiendo otro nublado: Si le pillo de mal humor, capaz es de echarme su maldicion, de desheredarme, lo que sentiria por mi pobre Amelia; y eso es tanto mas presumible, cuanto que no pocas veces me ha dicho que jamas recibiria esposa sino de su misma mano.

En. Válate el diablo por tio.... En fin, á pesar de todo, procuraria espiar un momento favorable.

Car. Y acaso ahora mismo se me puede ofrecer.

En. ¿ Ahóra mismo?

Car. Efectivamente: le espero de un instante á otro. Ayer me dió una cita para esta mañana, con el objeto de comunicarme asuntos de importancia.

En. ¿ Con qué asuntos de importancia? ¿ y no atinas lo que diablos pueda ser?

Car. Desde que me lo dijo, me pierdo en un millon de conjeturas.

En. Apostaria que lo acierto.

Car. ¿ Qué es lo que piensas?

En. Que va á proponerte para esposa, á tu misma muger.

Car. ¡ Ojalá !.... pero no puedo creerlo.

En. ¿ Y por qué no ?.... dentro de poco verémos quien lleva el gato al agua: tu tio no tardará en llegar, ambos teneis necesidad de quedar á solas: entretanto voyme á llamar á mi criado para que traiga mis cofres.... quiero decir mi maleta, pues me establezco en tu quinta, y por siempre vivirémos juntos, con lo cual nunca te faltarán los consejos que te debe mi amistad.

Car. ¡ Hola !....! ¿ con qué tambien gastas criado?

En. Ya le conoces, ¿ te acuerdas de un cierto Beltran, aquel muchacho de tan buena pasta que se hallaba de continuo á la puerta del colegio, para desempeñar nuestros mandados; se ha desentorpecido bastante con mis viages, pero siempre le ha quedado un no se qué de torpe, de pasicorto, y flemático, bien que mezclado con ciertas malicias, que al cabo, al cabo le han de hacer hombre: tiéneme mucho cariño y no ha dejado de serme útil en mis correrías: así es que le he hecho desempeñar sucesivamente los papeles de mayordo-

mo, secretario, ayuda de cámara..... de manera que puedo decir de él que es un hombre universal: por ejemplo, en Paris, donde estuve algun tiempo, redactando un periódico de mucho crédito, le hice servir de editor responsable.

Car. ¡Editor responsable!

En. Si: ¿No sabes lo que viene á ser eso? Voy á esplicártelo en dos palabras: le metian en la cárcel, cuando me condenaban á mí.

Car. ¡Pues, buena prebenda le habias dado!

En. Vaya, yo me marcho para volver luego: ea, no te impacientes; dentro de dos minutos vuelvo á estar aquí: si puedo serte útil, dispon de mí, y no te atormentes; hombre, haz como yo: amigos hasta la muerte.

ESCENA III.

Cárlos solo.

¡Qué bueno es este Enrique!.... Todavía conserva su acostumbrada alegria, y la viveza de su genio: en mi situacion tengo su regreso por venturoso; voy á manifestarle mi aprecio siguiendo su consejo, y desde luego á confesarlo todo á mí tio.... ¡Ay Dios mio! ¿si será él?

ESCENA IV.

Cárlos, *Amelia.*

Car. ¿Eres tú, querida Amelia?

Ame. Gracias á Dios, que por fin te he halla-

do; hace mas de media hora que te estoy buscando.... parece que esta mañana estás muy alegre.

Car. ¡Oh! es que tengo que comunicarte una agradable noticia.

Ame. ¿Acáso tú tio aprueba nuestra union?

Car. No, no es eso.... acabo de abrazar á un amigo de mi infancia.... á un pariente, que hace mucho tiempo no habia visto, y de quien te he hablado varias veces.

Ame. ¿Seria, tal vez, Enrique de Montivia?

Car. El mismo: siento mucho que no hayas llegado mas pronto, hubieras visto á ese bizarro jóven: todo lo reune: ingenio, talento, buen corazon, nada, nada le falta.

Ame. ¿Ni tampoco bienes de fortuna?

Car. ¡Ah! por desgracia carece de ellos: ya le verás, yo le he ofrecido un cuarto en esta casa, que ha acetado sin ceremonia. ¡Qué amigo tan síncero!.... Yo espero que no nos separarémos jamas.... En este instante que nos lisonjeamos del consentimiento de mi tio, soy el hombre mas feliz del mundo.... y sin embargo, si va á decir verdad, no las tengo todas conmigo, pensando en el resultado de nuestra cita!

Ame. ¡Una cita!

Car. Estoy aguardando por momentos al conde de Montivia.

Ame. ¿Con qué la cita es con tu tio?.... ¿qué vendrá á ser eso?

Car. Yo no lo sé....

Ame. ¡Dios mio! ¿Acáso lo sabrá ya todo?

Car. No, no lo pienso así... bien que no te parezca que me supiera muy mal, de esta manera me ahorraria el trabajo de contárselo.

Ame. ¿ Qué piensas....?

Car. Es ya imposible ocultarlo por mucho tiempo, y aun esta mañana me siento con brios para arriesgar el ataque.

Ame. Soy igualmente de tu opinion.... ¿ pero qué pensará de mí cuando sepa que....?

El Conde, dentro.

Al valle, Mirza, al valle.

Ame. ¡ Dios mio ! me parece que le oigo.... yo me retiro.... pero cuenta que vengas luego á á informarme del resultado de esta conversaicon.

Car. Animo, Amelia mia. (*ap.*) Yo tiemblo.

El conde á su criado, á quien entregará su morral y la escopeta.

Llama á Mirza y á Diana, y presenta mi caza á la Condesita.

ESCENA V.

El Conde, Cárlos.

Con. ¡ Ah ! aquí estás ya, Cárlos ?.... Vaya, vaya, digo que me gusta esa puntualidad.

Car. (*ap.*) No tiene mal gesto : tanto mejor. (*alto.*) Bien sabe, mi tio, la ecsactitud con que cumplo sus órdenes.

Con. En efecto : y tanto mas me complace ver hoy en tí una nueva prueba de ello, cuanto que mas que nunca he de apelar á tu sumision y obediencia. Ya sabes que tu tio solo anela tu felicidad.

Car. ¡ Ah ! la bondad de Vmd. es mucha. (*ap.*) no puedo desear ocasion mas oportuna. (*alto*)

¿Paréceme, señor mio, que la caza ha sido abundante?

Con. Abundantísima: en ménos de una hora han caido seis piezas: la precision de hablar contigo sobre un negocio muy importante, me ha impedido el hacer una estupenda carnicería.

Car. Hable Vmd., mi querido tio, hable Vmd.

Con. Antes es preciso que me digas con franqueza....

Car. Cuanto Vmd. quierá.

Con. Calma.... Digo que es preciso que sin cortedad me enteres....

Car. Repito que sin cortedad y con franqueza....

Con. ¡Hombre! si me dejarás hablar.... que me enteres acerca de lo que piensas.

Car. ¿Sobre quién?

Con. Sobre nuestra Condesita....

Car. ¿Sobre Amelia....?

Con. Pues: sobre Amelia.

Car. (*ap.*) Victoria por Enrique. (*alto.*) Pues, señor, es mi parecer que no pueden reunirse mas gracias, ni mayores atractivos.

Con. ¿Con qué es decir que la encuentras....?

Car. Adorable, mi querido tio, adorable. (*ap.*) Ya no me cabe duda, me la propone sin remedio.

Con. No es cierto que me tiene mucho afecto....?

Car. ¡Oh! quién lo duda, mi querido tio? la condesita profesa á Vmd. la mas tierna estimacion; de ello me estaba hablando hace un instante, y lo mismo me repite todos los dias: en fin, es tanta la felicidad de que goza entre nosotros, que desearia permanecer siempre al lado de Vmd. (*ap.*) Conviene prodigarle los mayores elogios.

Con. ¡Hombre! bobo me has dejado con la tal noticia: prosigue, por vida tuya, y dime si crees que un segundo matrimonio espantase á la viudita.

Car. Nada de eso, con tal que no se aparte del lado de Vmd.... y á pesar de todo.... (*ap.*) Ya es mia.

Con. Pues entónces, quiero colmar sus deseos; y puesto que tú me aseguras del vivo afecto que me profesa....

Car. No me cabe duda.

Con. Me caso con ella....

Car. ¿Qué dice V....?

Con. Hombre, que no lo entiendes? te digo que me caso con ella.

Car. ¿Con quién?

Con. Con Amelia....

Car. ¡Con Amelia! Vmd. casarse con Amelia, Vd. tio....? ¡imposible!

Con. ¿Qué es eso de imposible, señorito?

Car. (*ap.*) Casarse con mi muger, esto es ya muy duro de tragar. (*alto*) Vamos, mi buen tio querrá sin duda chancearse?

Con. Vmd. sabe, señorito, que nunca me chanceo. ¡Oiga! si creerá el mozalvete que necesito yo de su consentimiento.

Car. (*ap.*) Pues á mí me parece que seria muy del caso. (*alto*) ¿Con qué, segun eso, tio, es vmd. el que anda en el casorio :.... pues á fe mia que no comprendo para que soy llamado, ni de que utilidad puedo servir en tal asunto.

Con. Vas á oirlo: ya sabes que para verificarse la boda es preciso declararse primero con la novia. Hombre, yo no sirvo para semejantes diálogos, ni sé echar flores á las damas: y

por lo mismo he puesto los ojos en tí, porque como mas blando y almibarado, me substituyas, digo en esto de la declaracion, y se la encajes en mi nombre.

Car. En mí....? (*ap.*) Vamos, eso se llama ir de bueno á mejor. (*alto.*) Sin embargo, tio, yo debo hacer á Vmd. una observacion.

Con. No gusto de observaciones.

Car. Pues, con todo, es necesario.

Con. Es necesario que te calles; mando y quiero que hagas en mi nombre una declaracion á la condesita. Con que, punto en boca, y al negocio.

Car. (*ap.*) ¡Cabezudo del diablo!.... Héme aquí elevado á un buen empleo.

Con. Venga Vmd. acá, todavía tengo que comunicarle otro secreto.

Car. (*ap.*) Por poco que se parezca al primero, de muy buena gana te dispensaria la confianza.

Conde, dándole una carta. Vea Vmd. esta carta que recibí ayer de mi amigo el Coronel Guzman; léala Vmd., y le pondrá al corriente de lo que aun falta hacer para darme gusto.

Car. (*ap.*) ¡Paciencia! vamos á ver lo que le ocurre al señor coronel Guzman. (*lee alto*) „Mi antiguo camarada, tengo una sobrina de „diez y siete años; tu sobrino, á corta di„ferencia, tendrá veinte y cuatro; debemos „unirlos." Pues qué, tio, pensará Vmd. en casarme?

Con. Prosiga, prosiga Vmd.

Car. Vamos, este hombre se ha empeñado en hacerme dar de cabeza en un pozo. (*continua leyendo*) „Ya sé que es un galan mancebo" (*ap.*) por fin esto ya va mejor. (*repite*) „Ya sé que es un galan mancebo: he tomado mis

» informes, y todos han sido muy satisfactorios: doile, pues, mi sobrina, con tal que » se sujete á una sola condicion: se reduce á » que se case con ella al estilo oriental, esto » es, sin verla hasta concluido el matrimonio. » Dos fusilazos disparados frente de la puer- » ta principal, serán la señal para bajar la » puente-levadiza, por donde nadie ha pasado » mucho tiempo hace, escepto yo mismo: no, » no quiero otra contestacion sino que tu so- » brino, acompañado de un criado, venga cuan- » to ántes: no nos darémos un abrazo sino » despues de verificado el casamiento. Si de » hoy á mañana no parece, busco otro jóven » para esposo de mi sobrina: pues como no ando » tras de honores, ni riquezas, fácil me será el » hallar un hombre de bien con quien casar- » la. A Dios."....; Qué tio tan estravagante!

Con. ¡Estravagante!.... ¡mi antiguo amigo Guzman un estravagante..... un acreditado comandante de plaza!....

Car. Que guarda á su sobrina lo propio que una fortaleza.

Con. Y hace bien: ¿cuánto mas prefiriera responder de un castillo que no de una muchacha vacía de cascos, como son todas á su edad?.. pero ¡ tratar de ridículo á un hombre que ha envejecido en la carrera militar, y que en fin ha observado los resabios de su profesion!.... ¿de manera que, porque yo pierdo la chaveta en tratándose de caza, seré igualmente un estravagante?

Car. Perdone Vmd., tio, no lo decia por tanto.

Con. Sí tal. Vmd. lo cree así, señorito.... un consejo voy á darle, y es que trate con mas respeto á su tio futuro.

Car. ¿Pues qué, mi querido tio, va de veras eso de mi casamiento con la sobrina de don Pedro?

Con. ¿Y cómo si va de veras? y muy de veras.

Car. Aun no me siento inclinado àl matrimonio.

Con. Cuando hayas probado sus delicias, pecarás por demasiada inclinacion.... Ya has notado la especie de que no has de ver á tu novia hasta concluida la boda; pero eso es una bagatela.

Car. ¿A qué llama Vmd. bagatela? por dicha, ¿no ha llegado á su noticia lo que se habla de la muchacha, las voces que corren?

Con. Bah, bah! habladurías, y nada mas: lo cierto es que nadie lo ha visto: sobre todo, la alianza me peta, y punto redondo.

Car. ¿Pero si fuera cierto que fuese fea?

Con. Pero si lo de la fealdad saliese cierto, bástale el ser rica: y en el siglo en que vivimos, el oro disimula muchos defectos. Ea, se acabó: con ella te casas sin apelacion.

Car. (*ap.*) Pues estaria gracioso!

Con. Entretanto voy á disponerlo todo: dentro de una hora marcharás; pero ántes te enviaré la condesita, para que la instruyas de mis intenciones; tú decídela á que se case conmigo, y ven en seguida á despedirte de tu tio.

Car. Pero, por Dios, permítame Vmd. que le diga....

Con. Vaya, vaya, déjame en paz: hasta que me hayas obedecido, no he de escucharte. Sosiégate, hijo mio, y descansa en mi ternura del cuidado de procurarte tu bien estar. Yo sé mejor que tú lo que te conviene.

ESCENA VI.

Cárlos solo.

¡ Qué descanse en su ternura ! vive Dios qne está generoso por demas. Con qué , lo que pretende es casarse con mi muger , y hacerme tragar á la que todos miran como el terror de esta comarca ! Lléveme el diablo , si sé yo como salir de este apuro.

ESCENA VII.

Cárlos y Amelia.

Ame. Vaya , dime , esposo mio , ¿qué es lo que tenia que hablarte el conde ? Acabo de encontrarle , y con la sonrisa en los lábios me ha dicho que habias de comunicarme interesantes noticias capaces de llenarme de gozo ; te confieso que jamas me ha parecido tan amable.

Car. ¡ Ah ! con qué te parece amable !

Ame. ¿ No es verdad qne se habla de nuestro casamiento ?

Car. Precisamente. Y el bueno de mi tio solo aspira á colocarnos con un cuidado verdaderamente paternal : sin embargo ántes de todo quiere casarse contigo.

Ame. ¡ Conmigo !

Car. Si...: si , casarse contigo.... pero eso no es nada.

Ame. ¿ Cómo que no es nada ?

Car. Toma.... lée.... (*ap.*) ¡ Pobre muchacha , qué mal rato vas á tener !

Ame. Despues de haber leido rápidamente. ¡Ah Dios mio!

Car. ¿Qué te parece?

Ame. ¡El quiere unirte á otra muger!

Car. Es verdad: como el humo se desvaneciéron mis esperanzas.

Ame. Con todo, yo creo que esta era la ocasion de descubrirle nuestro enlace.

Car. Tal era mi intencion; pero ¿cómo es posible hacerse oir de un hombre que siempre habla y nunca escucha....? ademas, estaba yo tan distante de ese petardo....

Ame. Pero ahora, ¿qué partido tomar?

Car. Soy de parecer que tú hablases á mi tio.

Ame. ¡Ah! no es posible, mi querido Cárlos: fáltanme las fuerzas solo al pensarlo.

Car. ¿Pues hace poco no le encontrabas tan amable?

Ame. Como inspirada de repente. Escucha: dice la carta que buscará otro novio, si tú no pareces á la cita; pues entónces no hay mas que ganar tiempo.

Car. No seria mal espediente, si mi tio en este mismo momento no lo estuviese preparando todo para hacerme partir.... dícese del amor que hace á los amantes ingeniosos, y sin embargo no puedo hallar un subterfugio, por mas que me devano los sesos.... si aloménos á Enrique le diese la humorada de llegar, pudiera ayudarnos con su ingenio.

Ame. ¿Enrique has dicho? Victoria, victoria, mi querido amigo.

Car. ¡Victoria! sepamos porqué.

Ame. Victoria, repito, con tal que tu amigo se preste á ello; no lo dudo: se prestará, pues si mal no me acuerdo, varias veces te

he oido decir que te debia muchos favores. ¿No es cierto?

Car. En efecto algunos favores le he hecho, y por eso es estremado el cariño que me tiene.

Ame. Bravo, bravo, mi querido Cárlos.... pero si por desgracia estuviese enamorado?

Car. Enamorado ¿quién, Enrique?.... si alguna vez se casare, será tan solo por capricho ó especulacion.

Ame. Por especulacion ¿eh?.... perfectamente.

Car. Pero es muy amante de vivir á sus anchuras, y apostaria á que será toda su vida un solteron.

Ame. Pues, no hay remedio, es fuerza que se case.

Car. ¿Pero quién?

Ame. Enrique, y en lugar tuyo.

Car. Vaya, querida, tú tienes algo de loca! qué ocurrencia!.... cómo.... ¿tú quisieras que el pobre Enrique....? en fin, si se tratase de otra jóven que doña Isabelita.... no digo que tal vez.... pero con una muger tan horrorosa.

Ame. ¿Quién sabe si es horrorosa? Nadie la ha visto; acaso será muy linda.

Car. Difícil es de creer; pero de todas maneras tu proyecto me parece estravagante, sin embargo de que estraño que no me hubiese ocurrido; ah! ah! ah!

Ame. Rie, rie enorabuena; pero no renuncies á mi plan.

Car. ¡Qué! ¿va de veras?

Ame. Y tanto que mi corazon me presagia el mas feliz resultado.

Car. Y el tal Enrique es de tan buena pasta, que no es del todo imposible: en fin, que-

rida, no creo inútil que se lo propongas.... los presentimientos de una muger hermosa rara vez suelen faltar, ademas de que ya empiezan á seducirme tus esperanzas.... ¡Vaya! que el lance seria gracioso!.... Pero tú no has visto á Enrique, y para entablar una negociacion tan importante, debo alménos hacértele conocer, y así hablaréis con toda libertad... Bien me habia dicho que volveria sin tardanza, y lo peor es que mi tio apresurará mi marcha.... Si por algun lado pudiese comunicarle nuestro apuro....

ESCENA VIII.

Los mismos, y Enrique.

Enrique sin ver á Amelia. Ya ves, amigo Carlitos, que no he tardado mucho; Beltran viene tras mí con el equipage.

Car. A buen tiempo llegas: ya iba discurriendo como encontrarte.

Enrique saludando á Amelia. Señorita, disimule Vmd. mi distraccion, inadvertidamente no habia reparado en Vd.: (*á Cárlos*) ¿seria acáso....?

Car. (*al oido*) Mi Amelia. (*alto*) Permíteme, querida, el presentarte á un pariente, al mejor de mis amigos, para quien tu esposo jamas ha tenido secretos.

Ame. Caballero, estaba ya informada de la llegada de Vmd.: Cárlos me ha hablado varias veces de su primo, Enrique de Montivia, y hace tiempo tenia los mas vivos deseos de conocer á Vmd.

En. Crea Vmd., señora, que estoy de ello tan

envanecido.... (*á Cárlos.*) Amigo , te doy la enorabuena.... ¡ Qué buen bocado !

Car. al oido de Amelia. ¿ Qué tal , qué te parece nuestro primo ?

Ame. Me parece bien.

En. Cárlos , vaya , nada me dices de lo que has hablado con tu tio ?

Car. ¡ Ay amigo....! si , por mi desgracia le hablé , y te aseguro que no esperaba lo que me está sucediendo. Ahí tienes á los dos amantes mas desgraciados.

En. ¡ Cuánto me pesa !.... Pero , con todo , confiadme vuestras penas , que tal vez podré ser útil á entrambos : en las desgracias se conocen los amigos.... podeis disponer de mi persona á vuestro gusto , ya te lo he dicho hace poco , y lo repito ahora ; amigos hasta la muerte.

Car. Apretando la mano de Enrique. Ah , amigo Enrique , ni un instante he dudado de ello; pero temo que en nuestra situacion tu amistad no pueda sernos muy ventajosa. El tio nos hace desesperar.

En. ¡ Pobre Cárlos !.... ¡ Cuánta pena me causas !

Car. Voime por un momento : quiero probar si consigo reducir á la razon á este tio testarudo ; y para que no te fastidies voy á dejarte con mi muger.... espero que me lo agradezcas.... (*le dice ap.*) Cuidado , que mi esposa ha de hablarte sobre un asunto interesante.

En. ¡ A mí , hombre !

Car. A tí , y se trata nada ménos que de tu feli cidad.

En. ¡ Ah , ah !

Car. Dirigiéndose á Amelia. Procura persua-

dirle.... pronto estaré de vuelta, para saber el resultado de esta negociacion singular, sobre todo, buen ánimo... (*volviendo á Enrique*) Ahí te dejo con mi muger.... (*á Amelia*) ahí te dejo con mi amigo.

ESCENA IX.

Amelia. Enrique.

En. (*ap.*) ¡ De mi felicidad!
Ame. (*ap.*) A pesar mio estoy temblando.
En. (*ap.*) Una secreta conversacion con la muger de mi amigo! ¿ Qué querrá decir eso?
Ame. (*ap.*) ¿ Cómo tomará mi proposicion?
En. (*ap.*) ¿ A qué viene ahora esa timidez? yo me tenia por hombre mas de pró.
Ame. (*ap.*) Antes es necesario indagar si tiene inclinacion al matrimonio. (*alto.*) Don Enrique!
En. ¡ Querida prima!
Ame. (*ap.*) Esta espresion me alienta un poco. (*alto.*) Paréceme, don Enrique....
En. Perdóneme Vmd., amada prima; si quiere complacerme, me llamará primo á secas, ó bien mi querido primo; eso segun sea de su gusto: y espero que mi prima me disimulará esta sencilla advertencia; ya sé que vamos á tratar de mi felicidad: y así me parece que harémos bien en dejar á un lado la etiqueta.
Ame. Enorabuena, mi querido primo.
En. Así me agrada.
Ame. Paréceme que al cabo de tantos viages necesitará Vd. de descansar.
En. No, prima, no tanto como á Vmd. le parece.... jamas me ha gustado la vida sedenta-

ria.... cuando viajo, entónces estoy en mi elemento; ademas que me conviene estar siempre en movimiento, hacer egercicio: buscar distracciones.... por otra parte, convendrá Vmd. en que no me hallo todavía en edad de renunciar al placer de ver mundo.

Ame. No cabe duda; pero nos lisonjeábamos de que Vmd. se habia propuesto permanecer para siempre con nosotros.

En. Si algo podia decidirme á ello, mi querida prima, seria seguramente la esperanza de gozar todos los dias de vuestra amable presencia; confieso, no obstante, que con esa especie de humor cosmopolita que me há dado la naturaleza, me seria dificultoso establecerme en España, sin embargo del amor que tengo á mi pais natal: ahora mismo estaba proyectando un viage á la Grecia; eso sí, siempre como observador.

Ame. ¿Pues qué, primo, trata Vmd. de dejarnos?

En. Todavia no estoy dispuesto para emprender un viaje que, indispensablemente necesita muchos preparativos.... (*ap.*) y muchas pesetas.

Ame. Segun eso, Vmd. no mira con aprecio una vida, aunque monótona, sosegada y agradable: ni da ningun valor á las comodidades que ofrece la fortuna? por ejemplo, jamas ha pensado Vmd. en la risueña perspectiva de un matrimonio acertado....?

En. ¿Qué habla Vmd. de matrimonio? ¿Acáso, prima, quiere Vmd. casarme?

Ame. ¿Y aunque fuera eso....?

En. ¿Aunque fuera eso?... No, no, eso no será.

Ame. No lo piensa Vmd. bien, mi querido pri-

mo; me van dando barruntos de que haria Vmd. un escelente marido.

En. De veras ?.... no, no me parece imposible... aloménos mi muger disfrutaria de una libertad sin límites, si estuviese seguro de hallar una jóven bastante dócil y razonable para que se aviniera con mis ausencias, y bien persuadido de que no me diese recelos desagradables.... verdad es que esto seria desear un ángel; mas claro, es pedir al olmo peras.

Ame. ¿Y si fuese posible el hallazgo de ese ángel?

En. Entónces, quién sabe? pero aun no me pasa la edad para casarme.... ni está mi genio en el dia para galantear continuamente á la novia.

Ame. Al contrario, primo, el casamiento con la señorita que destino para Vmd., puede efectuarse inmediatamente.... mañana mismo.

En. ¡Mañana! Ah, cuán agradable seria esto para un hombre tan incapaz, como yo, de estar colgado sin interrupcion de las orejas de su querida!.... ¿Seria tal vez alguna parienta de Vmd., tal vez una amiga?

Ame. Ni lo uno, ni lo otro.

En. ¿Y es jóven ....?

Ame. Diez y siete años.

En. ¿Buena moza....?

Ame. Se asegura que posee mil gracias.

En. Enorabuena, ¿pero su figura....?

Ame. Y los mas raros talentos.

En. Va bien, ¿pero su personal....?

Ame. Veinte mil ducados de dote.

En. ¡Veinte mil ducados....! por poca hermosura que se agregue á ellos es un fortunon desecho.

Ame. Convengo en ello; aunque no la conozco

bastante para poder enterar á Vmd. de su mérito personal..... con todo no estrañaria que la tal niña fuese bien parecida.

En. ¿Con qué, tal es la opinion de Vmd.? Pero á qué gastar saliva en valde! ¿no es un matrimonio en el qué, segun se vé, Vmd. y Cárlos se empeñan?

Ame. Oh sí, seguramente, seria muy de nuesgusto.

En. Pues entónces, jamas me ha sido costoso ningun sacrificio, cuando se dirige al provecho de mis amigos.... y ya que con este enlace doy gusto á mis primos.... aquí diéron fin mis viajes, punto redondo, y me caso.

ESCENA X.

Amelia, Cárlos, Enrique.

Car. Vaya ¿en qué quedamos mi querido Enrique....?

En. ¿En qué quedamos? que cedo á los deseos de mi prima, pues al fin, al fin, como tú decias, se dirigen á mi felicidad.

Car. ¿Con qué es decir....?

En. Que me caso.

Car. ¡Ah tú nos das la vida! No en valde confiaba, mi querido Enrique, en tu buen corazon. Amigo mio, yo no puedo resistir al deseo de abrazarte. (*se echa en los brazos de Enrique.*)

En. (*ap.*) ¡Qué diablos significa eso! (*alto*) ¿Ahora vosotros me haréis el gusto de esplicarme porque mi resolucion os causa tan vivo placer?

Car. mirándole sorprendido. ¿Cómo?

En. ¡ Hombre ! me parece que hablo claro.

Car. Tanto como quieras, pero yo no te entiendo.

En. Yo me caso: esto es lo convenido con tu esposa.

Car. Perfetamente.

En. Mi novia es jóven, rica y amable....

Car. Sin duda.

En. No hay quien me responda de su hermosura.... tampoco hay quien la suponga fea....

Car. Adelante.

En. En resolucion, quiere decir que voy á casarme, (*á Amelia*) y con quién?

Ame. Con la sobrina de D. Pedro de Guzman.

En. ¡La sobrina de D. Pedro de Guzman!

Car. con frialdad. ¡Cierto!

En. ¡ Dios me libre !.... A haberlo sabido....

Car. ¿Qué quieres decir con eso? (*á Amelia*) ¿no le has enterado tú....?

Ame. Todavía no.... al momento de tu llegada iba á informarle....

Car. ¡Pues medrados estamos!.... segun eso, mi querido Enrique aun ignoras....?

En. ¿Qué es lo que ignoro....?

Car. Que mi tio quiere casarse con mi muger.

En. ¡ Friolera !

Car. Y que á mí me envia á seis leguas de aquí, para casarme con la sobrina de D. Pedro.

En. Hombre ¿ va de veras?

Car. Vaya, pues en qué diablos habeis pasado el tiempo?

En. Tú tienes razon.... pero yo no sabia que la sobrina del señor D. Pedro de Guzman fuese la novia.... Aloménos si la tal niña no fuese mas que fea, vaya en gracia; pero segun lo que se hablaba de ella en la fonda del Tur-

eo, donde dormí anoche, es un especie de monstruo.

Ame. Tened por cierto que los que así hablan no la conocen.

En. Añadian que anda siempre cubierta de un velo.

Ame. Tambien añaden otros que es uua señorita de mucho mérito.

En. Es muy particular eso... pero al fin, prima ¿de qué opininion es Vmd.?

Ame. Que es muy linda.

Car. Una vez que mi muger piensa de ese modo.... Sin embargo, yo no salgo garante.... no quiero pasar por el riesgo de que jamas me eches en cara que he labrado vilmente tu infelicidad.... sobre todo, no pudiendo ver la cara de la novia hasta concluido el casamiento.

En. Pero ¿estás en tí, amigo Cárlos? ¿es decir que sigues en el empeño de que vaya en el lugar tuyo á casarme con esa misteriosa señorita?

Ame. Pues qué, caballero! ¿seria Vmd. capaz de faltar á su palabra?

En. ¡Y toma si lo seria!

Ame. ¡Y es posible, primo, mi querido primo!

Car. ¡Amigo mio, mi querido amigo!

En. No, no y cien veces no. ¡Canario con el bodorrio!

Ame. Ah, Don Enrique! jamas lo hubiera creido de Vmd.

En. (*ap.*) Ese delicado acento me penetra de tal suerte, ¡ah!

Ame. Cuando estaba en su mano el sacarnos de apuro.... No hay remedio, será preciso arrostrar la cólera de tu tio. Sin duda va á maldecirnos.

Car. Y á desheredarnos.

Ame. Vamos : no se puede resistir : desgracia sobre desgracia.

En. (*ap.*) ¡ Pobre Amelia !.... Me parece que voy á casarme.

Ame. Ya sabes, Cárlos, lo que nos resta que hacer.

En. (*ap.*) ¡ Qué poderoso dominio han tenido sobre mí un par de ojos negros !

Car. Yo no puedo casarme á la vez con dos mugeres.

En. (*con arrebato*) Tranquilizaos, amables consortes.... Desde ahora me constituyo vuestro protector, vuestro ángel tutelar.... Ea pues, yo me casaré supuesto que *est conditio sine qua non.*

Car. ¡ Te casarás !.... Enrique ! ven, ven otra vez á los brazos de tu amigo.... Amelia, abrázale tambien.

En. De muy buena gana.... Hé aquí la mas dulce recompensa del sacrificio que ofrezco á la amistad. Yo me caso á ojos á cerrados, enorabuena. Debemos ahora disponer nuestro plan de ataque. Primero, ¿ de qué manera me introduzco en casa de mi señor futuro tio ?

Car. Con dos fusilazos que dispares frente de la puerta principal del castillo, se bajará ante tí la puente-levadiza.

En. ¿ Entra en la danza una puente-levadiza ?... entónces soy yo ya un héroe de novela. Me parece que digiste que no podia ver á mi novia hasta que fuese mi muger.

Ame. Condicion precisa.

En. Cuanto mas lo reflecsiono, mas gracia y novedad encuentro en esa aventura. A la buena de Dios : la suerte está ya echada : vea-

mos entretanto si algo canta la carta acerca de la hermosura de la novia.

Car. Ni una palabra.

En. Nada me importa: siempre he preferido una fealdad discreta á una hermosura necia; á mas de esto, una niña que no ha visto á otro que á su tio.... es cosa admirable.... ¡ Ay Dios mio!

Ame. ¿ Qué tiene Vmd.?

En. Una friolera.... nosotros no damos en lo mas importante.

Car. Di: en qué?

En. Es regular que don Pedro me pregunte mi apellido.

Car. ¿ No te llamas Montivia lo mismo que yo?

En. Tienes razon.

Car. Tranquilízate, te dijo; ningun interrogatorio sufrirás ántes de la boda.

En. Enorabuena; pero, os lo advierto: Si acaso me pregunta, *volaverunt*: tira el diablo de la manta y se descubre el embrollo; de ningun modo ocultaré la verdad: sin embargo, yo creo que, segun la carta, es probable que no me pregunte. Ea, pues, márchate al instante: hazme preparar un par de caballos, tráeme una escopeta, vé por dinero, y sin perder tiempo echo á correr.

Ame. ¡ Ah primo mio, cuán amable es Vmd.!

En. Dé Vmd. gracias á ese melífluo acento.

Ame. Puede Vmd. creer que nunca olvidaré el servicio á qne tan generosamente se presta.

En. La amistad de uua muger amable y hermosa es para mí un bien apreciable; concédame Vmd. la suya, y me consideraré muy recompensado.

Ame. Vmd. es digno de ella y de mi aprecio

(*á Cárlos*) Querido Cárlos, es preciso no perder tiempo, debemos asímismo evitar que tu tio nos sorprenda juntos.

Car. Al momento estarémos de vuelta.

ESCENA XI.

Enrique solo.

Si, si, no me hagan Vmds. aguardar demasiado: estoy ya impaciente por conocer á mi novia. ¿ Pero, Enrique, es esto un sueño ? Cualquiera que hoy me hubiese anunciado que mañana habia de casarme, hubiera andado á mogicones con él: bien que despues de haber probado tantos oficios, el de casado debia tener su turno. Por desgracia, yo no podré abandonar este con la facilidad que prescindiera de los demas.... Pero, y ese maldito Beltran que aun no viene ! ¡ Vaya, que por haberme dicho que dentro una hora estaria aquí....! ¡ Qué sorprendido va á quedar cuando sepa lo que pasa !

ESCENA XII.

Enrique y Beltran, con un lio en la espalda.

En. Ola, señor holgazan, parece que es hora de que viniese Vmd. por acá.

Bel. Señor, me he detenido un poco en recorrer el castillo.... ¿ Sabe Vmd. que el sitio es delicioso ?.... Si señor, deliciosísimo, y me gusta en estremo.

En. ¿ De veras, eh ?

Bel. Todo respira riqueza, abundancia; aquí recobrarémos nuestras fuerzas.

En. ¡Cuánto sabes en tan poco tiempo!

Bel. Todavía sé mucho mas.... He echado cuatro requiebros á una fregona cariredonda y rolliza, capaz de luchar cou diez jayanes.... Vamos, aquí es el puerto de la salud.

En. Alégrome de que te guste; pero no puedo dejar de decirte que debemos marchar inmediatamente.

Bel. ¿Qué es esto de marchar? Señor, Vmd. se chancea!

En. No señor: no me chanceo.

Bel. ¡Vaya, Vmd. quiere divertirse á mi costa!

En. Bribonazo ¿has dado en atormentarme?

Bel. ¡Cómo! ¿Habla Vmd. con formalidad?

En. Y con mucha formalidad.

Bel. Es posible quiera Vmd. dejar este paraïso, para andar de zeca en meca? en fin, Vmd. quiere absolutamente echarse á caballero andante: está visto, que mi amo no se halla bien, sinó en el parage donde no está.

En. ¿Has acabado, charlatan?

Bel. No señor, no he acabado, porque cuanto digo es para bien de entrambos.... Dígame Vmd., por su vida: ¿en dónde piensa estar mas regalado y piernitendido que en esta soberbia casa de campo? Bien sabe Vmd. que nos hallamos sin blanca, que la maleta quedó empeñada en Paris; que solo quedan las capas.... y me parece que sobran.

En. Vamos, hombre, sosiégate.

Bel. Siquiera, ya que es forzoso, me permitirá Vmd. llenar un pocó el buche.

En. No, tampoco hay tiempo de tomar un bocado; ahora mismo debemos marchar.

Bel. Reniego de tanta prisa ¿pero, qué urgencia es esa?

En. A ver si lo aciertas.

Bel. ¿ Tengo yo cara de gitana ¿

En. Pues sabe que voy á casarme.

Bel. ¡ A casaros !.... ¿ Y dónde está la novia ?

En. ¿ Dónde ? Ahora caigo en que me he olvidado de preguntarlo.

Bel. (*ap.*) ¡ Haya cabeza ! (*alto*) ¿ con qué lo ignora Vmd ? por lo ménos, no dejará de conocerla ?

En. Ni aun eso.... Yo me caso para servir á un amigo.... Ya te lo esplicaré por el camino.

Bel. Y así debe Vmd. hacerlo, si es que guste de saber mi parecer.

ESCENA XIII.

Los dichos, y Cárlos.

Car. Amelia está con mi tio, los caballos os aguardan en el zaguan: Hé aquí mi fusil; (*al oido*) hé aquí mi bolsillo, y echa á correr.

En. Está muy bien, pero nosotros hemos olvidado lo mas interesante. ¿ Qué nombre tiene el lugar donde vive el dulce embeleso, que debe cautivar mi corazon ?

Car. En el valle de los olmos, á orilla del camino real, seis leguas de aquí; hé aquí la carta del que en breve va á ser tu tio.

En. Bravísimo: ahora augúrame un buen suceso, y me marcho.

Car. Mira, para que mi tio no sospeche lo mas mínimo, yo voy tras tí: en ménos de dos horas me planto en una de las posadas de aquel lugar, en donde te aguardo para que me avises el écsito de tu aventura.

En. No te molestes. Si ves que la bandera blan-

ca está enarbolada en una de las ventanas del castillo, será señal de victoria completa.

Car. ¡Mi querido Enrique!

En. ¡Mi querido Cárlos!

Car. ¿Con qué te vas á casar para servirme?

En. Si, si, amigo mio; para servirte me caso.



ACTO SEGUNDO.

El teatro representa una sala á piso llano, que da á un parque; á la derecha una galería que conduce á una capilla; á la izquierda el cuarto de doña Isabelita, cuya puerta está encubierta con una especie de biombo: en la misma sala habrá una mesita.

ESCENA PRIMERA.

Anastasio: despues don Pedro.

Anast. haciendo ridículamente el egercicio. Armas al hombro.... presenten las armas.... No: si no es eso. Ahora, ya me acuerdo. Armas al hombro.

D. Pe. ¿Qué haces tú aquí?

Anas. Bien lo puede Vmd. ver, mi comandante; hago el egercicio.... Vmd. quiere que en este castillo, todo el mundo tenga el aire militar.

D. Pe. Por supuesto que si; pero eres demasiado bolo.

Anas. Mil gracias, mi comandante; con todo, sepa Vmd. que en un tris estuvo que no haya marchado á la guerra.

D. Pe. ¡Tú!

Anas. Sí, señor, yo. Poco faltó para engancharme.... Un coronel de lanceros queria de todos modos llevarme consigo....

D. Pe. ¡Qué dices, hombre!

Anas. Para su cocinero.... y nada mas.

D. Pe. Bien lo presumia yo: Vamos, márchate.

Anas. Obedezco, mi comandante, voy á ponerme de atalaya.... descuide Vmd., no he olvidado la consigna.... al oir dos fusilazos, bajo la puente-levadiza, pregunto *¿quien vive?* responden *Montivia*; adelante ¿no es eso?

D. Pe. Así va bien: á tu puesto.

Anas. No me he olvidado tampoco de avisar á los aldeanos; que al instaute de concluida la ceremonia vengan á bailar dentro del castillo; como Anastasio que soy que no querian creerme, lo tomaban á chanza.... Es cierto que Vmd. tampoco les ha acostumbrado á las diversiones; apostaria á que esta será la vez primera que se baile en el castillo.

D. Pe. ¿Sabes lo que pensaba? que te olvidas de lo mas esencial de tu consigna.

Anas. Diga Vmd., mi comandante.

D. Pe. Obedecer y callar.

Anas. Tiene Vmd. razon: con todo, debo advertir á Vmd., por ser á un tiempo mi amo, mi señor natural, y mi comandante, que las gentes del lugar murmuran estupendamente de Vmd. y de la señorita, á quien nadie ha visto, ni aun Anastasio, que tiene el honor de ser su estimado jardinero.

D. Pe. Nada te pregunto.

Anas. Y si Vmd. supiera las maliciosas ocurrencias que tienen sobre el asunto....

D. Pe. Basta: de todo me rio.

Anas. Es que la gente labradora es de suyo maliciosa y mal hablada ¿cómo creeria Vmd. que llegan á asegurar que el personal de su sobrina Isabel, no corresponde á la gallardía que se nota en su señor tio?

D. Pe. Esos no son cuidados tuyos.

Anas. Hay quien afirma que es fea.

D. Pe. ¿ Acabarás....?

Anas. Otros que lo es tanto que se parece al diablo.

D. Pe. Hombre, tú quieres que te eche de casa.

Anas. No importa: écheme Vmd. de casa, castígueme Vmd., no por eso dejaré de hablar ¿ cómo ha de permitir Anastasio, que ama á Vmd. tanto, que esos paletos imputen á Vmd. cosas tan indignas, tan injustas, tan....?

D. Pe. Hablador de Barrabás: la paciencia se me apura!

Anas. ¡ Ah! se enfada Vmd!.... Doy en tal caso media vuelta á la derecha.... (*ap.*) Vean Vmds. que se saca en ser celosos del bien y buena reputacion de sus amos.... De frente.... marchen....

ESCENA II.

Don Pedro solo.

Así te marcharas de una vez á los infiernos. Los criados se complacen en dar noticias, mayormente si con ellas disgustan á sus amos. Gracias á Dios: voy luego á librarme de las habillas; Montivia todavía no me ha contestado, prueba de que ha aceptado mi proposicion, y que su sobrino se somete á todo lo que yo quiero. No me cabe duda, segun los informes que he tomado, que el tal jóven labrará la felicidad de la hija de mi difunto hermano. Esta misma noche los caso, y mas que mañana se los lleve el diablo. Sin aguardar un momento, voime á Badajoz con gentil compas de pies, á tomar luneta entre mis antiguos compañeros de armas, que viven retira-

dos en aquella plaza ; aloménos entre ellos podré regañar cuanto me acomode y hablar de cuchilladas , encuentros , escaramuzas , y batallas , sin que nadie me interrumpa , ni se duerma , porque voto á brios , ya es tiempo de que viva á mi gusto. Vamos pues á dar mis últimas instrucciones á María (*abriendo la puerta encubierta por el biombo.*) María , María.

ESCENA III.

Don Pedro. María.

Ma. Aquí estoy yo.

D. Pe. ¿Qué hace Isabelita?

Ma. Ella dar alimento á pequeños pajaritos , y ahora estar bordando florillas.

D. Pe. Está bien. Oye, porque como eres tú la que has cuidado de sus primeros años, me veo obligado á manifestarte tanto mis proyectos sobre ella , como los motivos que determináron á su padre á apartarla del trato de las gentes hasta el momento de estar casada.

Ma. (*ap.*) Por fin , conoceré el secreto.

D. Pe. Pero cuidado en guardar silencio.

Ma. Si , mi amo.... Yo solamente tener orejas.

D. Pe. Así me gusta. Escucha pues. Siendo aun jóven mi hermano , se vió obligado , de resultas de un lance de honor , á embarcarse para la Habana , donde se casó. Estuvo indeciso en la eleccion por mucho tiempo , pues dudaba cual de dos hermanas tomaria por esposa. Una de ellas era tan viva , tan alagüeña, que parecia , segun los señores poetas , formada de mano de las Gracias ; la otra , al contrario , la naturaleza la habia favorecido

poco, pero su blandura y buenos modales hacian pasar por alto sus cortos atractivos. Mi hermano, como otros muchos, se dejó vencer de las apariencias, y asi se decidió por la mas bella. Poco tardó en arrepentirse de su eleccion, la tal niña, ántes de casarse mansa y apacible como una cordera, fué despues de casada, intolerable, caprichosa, de áspero y desabrido carácter. Por fortuna, la justicia divina una mañana se sirvió llamarla para sí. Entónces mi hermano resolvió dedicarse enteramente á la educacion de su hija: dejó la Habana, y vino á establecerse en este país. Isabel se parecia en hermosura á su madre, circunstancia que le hizo temer que este precioso don de la naturaleza echase á perder cualidades mucho mas apreciables. La esperiencia de su propia desgracia le hizo concebir la singular idea de ocultar de todos á Isabel hasta la época de su casamiento. No tardó mi hermano en pagar el tributo á la naturaleza, y así no pudo pasar adelante con su proyecto; pero me hizo prometer solemnemente que yo cumpliria en esta parte el deseo de su última voluntad.

Ma. ¡Amo mio! ¡Qué resolucion tan estravagante!

D. Pe. Engáñaste en esto, María; mas cuerda es de lo que tú piensas; en nuestros dias no se ven sino casamientos por inclinacion; pero al cabo de seis meses, los dos esposos no pueden sufrirse: un matrimonio á Dios y á la ventura producirá tal vez mas felices resultados.

ESCENA IV.

Los dichos, doña Isabelita con un libro en la mano.

Isa. saliendo. ¡Ah! Qué delicioso es el aire de la mañana! (*deja su libro sobre la mesita.*)

D. Pe. ¿Qué es eso señorita? ¿Olvida Vmd. que le tengo prohibido el dejarse ver por aquí.

Isa. Mi querido tio, no me riña Vmd.; confiésole francamente que empiezo ya á aburrirme.

D. Pe. ¡Oiga! ¡Qué estrañeza!

Isa. Se engaña Vmd., tio mio. Desde la muerte de padre no he visto mas que á Vmd., y á la buena de nuestra María, y si he de dar crédito á los libros que he leido, y á lo que varias veces hemos habládo, el mundo se compone de mas de tres personas.... Cuando Vmd. se aparta de mi lado, no se ofrece otro objeto á mi vista, que la figura de María, que á mi parecer nada tiene de agradable.... Y entónces me fastidio tanto....

D. Pe. Es decir, en buenas palabras, que mi compañía nada tiene de agradable para Vmd.

Isa. Muy al contrario.... pero yo pensaba......

D. Pe ¿Vaya qué pensabas?....

Isa. Pensaba....

D. Pe. ¿Acabarás?

Isa. Mire Vmd., pensaba que si hubiese un cuarto en discordia, no me fastidiaria cuando Vmd. tuviese precision de dejarme.

D. Pe. Y no es mas que eso, querida? Sosiégate, dentro de poco verás cumplidos tus deseos: ya he elegido al que pondrá remedio

á tu soledad ; le estoy aguardando por instantes : llegar , y casarse con él , será negocio de pocos momentos.

Isa. ¡ Ah ! cuán amable es Vmd., tio mio ! ¡ qué cosa tan linda ! ¡ un marido ¡ ¡ para mí ! ¡ Qué feliz será conmigo. Yo lo seré tambien con él , porque me dará gusto en todo ! ¿ no es verdad ?

D. Pe. Solo hay en eso una pequeña condicion.

Isa. ¡ Una condicion ! ¿ Y cuál es ?

D. Pe. Que no os podréis vér el uno al otro sino despues de casados : porque tal es la última voluntad de tu padre.

Isa. ¡ De mi padre !.... Yo la cumpliré gustosa.... Dígame Vmd. solamente....

D. Pe. No tengo tiempo , ni quiero responder á tus preguntas. Yo voy á disponerlo todo papara recibir á tu novio , que , segun dicen, es arrogante mozo ; dos fusilazos nos anunciarán su llegada.

Isa. Vamos , tio mio.... yo se lo ruego....

D. Pe. Basta.... basta. (*ap.*) Si no me escapo, me hace cantar. (*alto*) Cachaza , muchacha, déjame respirar un poco , cachaza , digo ; cuanto me quieras preguntar , sobrado tiempo tendrás de preguntárselo á tu marido.

ESCENA V.

Doña Isabelita , María.

Isa. ¡ Voy pues á casarme !

Mar. suspirando. Ama mia , ser muy feliz !

Isa. ¿ A qué viene esa tristeza ? ¿ acáso mi felicidad te causa pena ?

Mar. No , no , ama mia de mi corazon ; al con-

trario, hacer gozo mucho á María.

Isa. ¿ Pues á qué viene ese suspiro?

Mar. ¡ Ah ! tambien yo ser casada!.... en mi tierra, léjos muchísimo.

Isa. ¿ Con qué tú eres casada?

Mar. con tristeza. No, ahora, ya no.

Isa. ¿Murió acáso tu marido?

Mar. Si ama mia, mi pobre Zago, muerto!

Isa. ¡Cuánto te compadezco!

Mar. Yo llorado mucho á Zago.... era tan bueno.... tan amable!

Isa. ¿Tambien era negro como tú?

Mar. Mucho, muchísimo mas.... hermoso, hermosísimo.

Isa. ¡ Hay qué mono! Un marido negro!

Mar. El color era lo de ménos, el tener tan buen corazon! ¡ ah yo acordarme mucho!

Isa. Con tal que mi marido sea un gentil mancebo!

Mar. Como Zago, ama mia.

Isa. Yo le quisiera rubio.

Mar. Zago no era rubio... los negros ser buenos tambien.

Isa. Si, ya lo entiendo.... negro.... los ojos los quisiera azules.

Mar. De ninguna manera; Zago tenerlos muy negros.

Isa. Bueno, pues que sean negros.

Mar. Yo estar cierta que el novio os gustará.

Isa. Si le pudiera ver así que llegue....

Mar. (*con misterio.*) !Oh! no, no; señor amo haber prohibido.

Isa. Vaya pues; procura verlo tú, y me dirás que tal es.

Mar. ¡ Ah! si, yo querer bien.... (*se oyen dos fusilazos.*)

Isa. ¡Dios mio! ¡Si habrá sucedido alguna desgracia!

Mar. Al contrario, es marido de Vmd. que ha llegado.

Isa. Yo estoy temblando.

Mar. Siempre causar turbacion la primera vez de casarse.... pero el señor venir corriendo hácia aquí.

ESCENA VI.

Las dichas. Don Pedro.

D. Pe. ¡Cómo eso! ¿En qué diablos andais entretenidas? luego, luego, al cuarto, y cuenta con salir ántes que venga yo por vosotras.

Isa. Pero, amado tio.... ya, ya nos vamos.

D. Pe. Obedecer y callarse.

Isa. Ya, ya nos vamos.... (*ap. mirando hácia la puerta.*) Nada puedo ver, ¡cuánto lo siento!

Mar. Yo no ser nada curiosa, pero rabiar por conocerle.

ESCENA VII.

D. Pedro, Anastasio. Poco despues Enrique y Beltran.

Anas. Nuestro amo, aquí está ya el jóven consabido.

D. Pe. En efecto, acabo de oir la seña, hazle entrar y retírate....

Anas. á Enrique y á Beltran que entran. Adelante, por aquí, por aquí, señores: media vuelta á la derecha. (*vase.*)

En. Tengo el honor de hablar con el señor don Pedro de Guzman?

D. Pe. Cabalito: Vmd. será el jóven Montivia.

En. Si; me llamo Montivia....(*ap.*) afé mia, que me tenia por hombre de mas espíritu.

D. Pe. Sea Vmd. muy bien venido.... (*ap.*) no me han engañado, es un géntil caballero..... (*alto*).... Ya perdia la paciencia viendo vuestra tardanza.

En. Le debo á Vmd. mucho favor.... crea Vmd., señor, que....

D. Pe. Bah, bah, á un lado los cumplimientos y esplicaciones: ¿Vmd. vendrá ya informado de las condiciones prescritas?

En. Si señor, y....

D. Pe. ¿Y Vmd. es de la familia ds los Montivias?

En. De la misma, y....

D. Pe. ¿Tiene Vmd. mi carta?

En. Aquí está,.... mas ántes....

D. Pe. Venga.

En. Debo advertir á Vmd. que esta carta....

D. Pe. Basta, basta, ya veo que es la misma, nada quiero saber; ya volverémos á vernos por la noche: entretanto voy á prepararlo todo para la boda, sin perder momento. Luego de casado, estrecharémos nuestra amistad; descanse Vmd. en esta sala, aquí nadie os incomodará; si algo ocurre, allí está el cordon de la campanilla.... Por eso no se impaciente Vmd., yo volveré luego, marcharémos juntos á la iglesia. A Dios, mi querido Montivia.

ESCENA VIII.

Enrique y Beltran.

En. Echale galgos: por cierto que Cárlos no se ha engañado, es tal qual me lo pintó. Yo

que temia no me preguntase, y ápénas había pronunciado una palabra, él se apresuraba á taparme la boca. ¡Qué original! Vamos dí, ¿qué piensas tú de ello?

Bel. Tengo la cabeza tan llena de lo que Vmd. me ha dicho, que apénas he reparado en ese tio casamentero; tan original es el lance, que aun me parece se está Vmd. divirtiendo á costa mia.

En. sonriéndose. Te juro que no.

Bel. ¡Pero Vmd. casarse! Vmd., á quien he conocido siempre por un jóven ilustrado y elegante!

En. Por eso mismo seré un marido amable y consecuente; digo, si es que hay en mí fuerzas para resistirlo.

Bel. Es difícil de creer, cuando se atiende á que la fortuna de vmd. no permite el matrimonio: en cuanto al carácter de casado, paréceme, con perdon sea dicho, que ecsige mas sosiego y mas juicio del que Vmd. tiene; ahora añada Vmd. á eso la coletilla de ser la novia fea.

En. Como si la hermosurá durase por largo tiempo: ademas, cuando nos casamos, debemos echarla de filósofos: y tú que te interesas por la belleza de la novia ¿sabes, por dicha, qué cosa sea la hermosura?

Bel. ¡Bella pregunta!.... por supuesto que lo sé, la hermosura no es mas que.... en fin, la hermosura, que es lo mismo que una cosa muy linda....

En. Que de la noche á la mañana se marchita, miéntras que las prendas del corazon acompañan al hombre hasta el sepulcro.

Bel. Sea como Vmd. dice: pèro si por desgra-

cia caemos en manos de una muger de la piel del diablo....

En. No hay regla sin escepcion.

Bel. En fin, señor, Vmd. se casa para servir á don Cárlos?

En. Es verdad, para servirle me caso?

Bel. Pues entónces con mas razon apostaria á que la novia es un asco. Vmd. no habrá reparado en la risita sardónica de esos rústicos aldeanos al pedirles las señas del castillo: esto es de muy mal agüero.

En. Hombre, tú crees....

Bel. Si señor, cuando se oculta con tanta vigilancia de todo el mundo á una señorita tan rica, precisamente debe tener no poco de disforme. Tengo por seguro que ha de ser una cosa monstruosa.

En. ¡Maldito el cuidado que me da!.... sobre todo he dado la palabra.... no obstante procura indagarlo, y verémos.

Bel. Es necesario salir de una vez de tanta incertidumbre. Si el señor D. Pedro se ha empeñado en callar, nosotros no hemos prometido dejar de hacer averiguaciones.... Bien habrá criados en esta quinta; pues no hay mas que verles y hablarles, y hacer que oigan las monedas de un bolsillo: ellos cantarán: todo esto, con el bien entendido de que sean machos, porque, si son hembras, aun darán dinero para que se las escuche. Entretanto, voime sin perder tiempo á esplorar el campo, y no tardaré en volver con el resultado de mis pesquisas.

En. Dices bien: pregunta, indaga, y si es menester, promete. (*ap.*) Bien mirado, no me disgustará saber de cierto el partido que mas me conviene.

Bel. A propósito: allí veo al zampatortas que nos ha acompañado: hagamos la descubierta; Ola, amigo, hé? una palabra.

ESCENA IX.

Los dichos. Anastasio.

Anas. Caballeros, ¿qué se ofrece?
Bel. Teneis trazas de hombre de bien.
Anas. Por tal me tengo.
Bel. Siendo así, podeis hacernos un importante servicio.
Anas. Segun sea: hablen Vmds.
Bel. Es necesario que nos instruyas de cuanto sepas de la sobrina de D. Pedro.
Anas. ¡Chito! No levantar la voz.
Bel. No temas: solos estamos.
Anas. Aunque se me impusiese pena de la vida por hablar, no despegaria los lábios: (*ap*) á fe que no miento.
Bel. (*ap.*) ¡Camueso maldito!
En. sacando la bolsa. Escucha: ya ves esta bolsa; pues, como consientas en responder, es tuya.
Anas. Si se trata de hablar para ganar dinero, venga pues; y juro, á fe de Anastasio, que revelaré no solo lo que sepa, sino cuanto he oido. (*toma la bolsa*) ¿Estais bien ciertos que nadie nos oye?
Bel. Nadie: habla pues.
Anas. Pues sepan Vmds. que las gentes del lugar dicen á boca llena que doña Isabolita es en tal manera fea que causa horror, y ese es el motivo porque no debe presentarse al novio, sino con tres velos encima.

Bel. ¡Qué tal señor! ¿no lo decia yo?

Anas. Oigan, oigan; la tal niña tiene los cabellos como Júdas, un ojo tuerto, y todavía no ha abierto el otro, boca de espuerta, nariz arremangada, uñas largas y acanaladas, lábios jaspeados de azul verde y averengenado, y por remate una joroba,.... en fin, una joroba, ya sabrá Vmd. lo que es una joroba.

Bel. Voto á tal, D. Bellaco, pintor del mismo demonio, que me habeis dado mil años de vida con tan hedionda pintura. Ea, señor don Enrique, no hay mas que alargar la mano á ese basilisco, y bendiga Dios la hermosa prole de tan suspirado consórcio.

En. ¿Quieres callarte? (*á Anastasio*) ¿De quién sabes tú todo eso?

Anas. De todo el mundo; ó sino preguntádselo al lugar, que no habrá uno que no diga lo mismo que yo he dicho.

Bel. ¿Con qué quiere decir que es cosa cierta?

Anas. Certísima: Vean Vmds. que el guardabosque lo ha dicho al señor Alcalde, éste lo ha confiado reservadamente al barbero, el cual se lo dijo con el mayor sigilo á mi madre que se muere por contarme todo lo que sabe; por lo tanto, ya ven Vds. que es preciso que el secreto quede entre nosotros.

En. No hay cuidado, ¿sabes algo mas?

Anas. ¿Cómo algo mas? Me parece que no pueden Vds. tacharme de reservado.

En. ¿Con qué no tienes otra cosa que decirme?

Anas. Por desgracia, no tengo nada mas que comunicar á Vmd.

Bel. ¡Ah, señor! harto sabemos.

Anas. ¿Puedo ya tomar las de villa-diego?

En. Vete con dos mil diablos.

Anas. volviendo atrás. Caballeros, á propósito: cuándo Vmds. tuvieren necesidad de tomar nuevos informes, espero no se olvidarán de mí.
Bel. No por cierto, pues has ganado ese dinero con el sudor de tu rostro.

ESCENA X.

Enrique. Beltran.

Bel. Bueno va, señor: ¡Qué bello es el retrato de la novia! en fin los cabellos rojos, boca de espuerta, y nariz arremangada, vayan en gracia; lo que no puedo quitarme de la cabeza, es la maldita joroba.
En. No necesito que lo repitas: lo he entendido perfectamente.... (*ap.*) Yo no sé lo que debo creer....
Bel. Señor, señor, mire Vmd. lo que nos traen.

ESCENA XI.

Los dichos, dos criados que sacan una mesa cubierta.

Bel. prosiguiendo. ¡Ah, señor! ¡Qué buen sugeto es el amigo D. Pedro! Sepa Vmd. que estas atenciones cautivan tanto mi afecto.... (*á los criados*) Camaradas ¿es para nosotros? (*los criados con signos demuestran que si, y vánse*) Gracias: nadie podrá tachar de habladores á ese par de ganapanes. A fe mia, señor, que el correr la posta me ha abierto el apetito. ¿No se sienta Vmd. á la mesa?
En. No tengo ganas.
Bel. En tal caso, si Vmd. me lo permite, lle-

naré el buche para entrambos. Me hallo en disposicion de atacar bien la plaza.

En. se sienta en un sillon inmediato á la mesita. La pintura que aquel charlatan acaba de hacerme, no se me aparta de la cabeza. (*toma el libro que doña Isabelita ha dejado encima de la mesita.*)

Bel. sentado á la mesa. Bravísimo, señor: lea, lea por su vida, la lectura distrae mucho.

En. leyendo. »Diccionario de la locura, y de la razon."

Bel. comiendo. No dejará de ser agradable y chistoso.

En. leyendo. »Hermosura. Lo que en un país »es tenido por gracia, en otro pasa por de»fecto. Los isleños de las Marianas dicen »que una muger es hermosa, si tiene los dien»tes negros, y los cabellos blancos. A los »Persas les gustan las mugeres amarillas del »reino de Visapor.

»En Laponia es tenida por Vénus, la mu»ger pequeña y gorda, con la nariz chata, »y ahumado el rostro.

»Esta variedad de opiniones manifiesta cla»ramente que la hermosura no es un primor »verdadero; pero el buen corazon, la no»bleza en los sentimientos, y el ingenio, »son igualmente estimables en todos los paí»ses de la tierra."

Bel. comiendo. Se conoce que el autor de ese articulillo no estaba enamorado. Escuche Vmd., señor, ¿me es lícito decir lo que pienso? pues bien, este librito ha sido colocado aquí con el intento de hacer conocer á Vmd. que su novia está muy léjos de ser hermosa.

En. Me es imposible resistir por mas tiempo. Voy á hacerme encontradizo con D. Pedro, y si me es dable, procuraré indagar algo sobre su sobrina. Es cosa para perder el juicio: sobre todo: por tu parte no te duermas.

Bel. Descanse Vmd., señor, estoy bien dispierto.

ESCENA XII.

Beltran solo en la mesa.

Dá la espalda al cuarto de doña Isabelita; sigue hablando sin dejar de comer.

Vaya Vmd., vaya á hacer sus averiguaciones. Por mas que se empeñe en disimularlo, no está tan alegre como esta mañana; el casorio empieza ya á disgustarle.... cierto que me causa lástima.... ¡ qué pastel tan escelente !.... moriria de pesadumbre, si mi amo fuese desgraciado.... Bebamos un trago á su salud... ! qué vigor da el maldito !.... dos vasitos mas, y echarémos á andar.

ESCENA XIII.

Beltran sentado á la mesa. María con el velo tendido abre, sin hacer ruido, la puerta de la habitacion de Isabelita.

Mar. Ama mia estar impaciente, yo querer bien satisfacer su curiosidad.... Allí está el criado del novio, acerquémonos.

Beltran hace un movimiento, María espantada retrocede, y derriba un sillon.

Bel. ¿ Quién va allá ?.... ¡ Ola, una muger !

Mar. sigue con el velo. Perdon, señor, yo querer hablar con Vmd.

Bel. algo alegre. Estoy á vuestras órdenes, señorita....(*ap.*) ¡ Qué feliz casualidad !

Mar. Vmd. estar en el servicio del jóven forastero recien llegado ?

Bel. Señorita, yo soy un criado. (*ap.*) Gallarda presencia tiene esta muger.... si pudiese desprenderse de ese acento ingles.

Mar. En tal caso decirme.... ¿el señor amo es jóven, bien formado, amable....?

Bel. Vmd. ha hecho su retrato.... (*ap.*) Una muger, el velo, y esas preguntas: si, no hay duda, ella es.

Mar. Y Vmd. cree que él no tener repugnancia al matrimonio ?

Bel. (*ap.*) Hé aquí la accion de averiguar si es hermosa. (*alto*) Señorita, la franqueza de Vmd. escita igualmente la mia: yo no pretendo engañarla. Mucho tiempo mi amo ha mirado con horror el matrimonio.... pero su odio se ha cambiado en amor, así que le han informado de los atractivos de Vmd.... de su candor.... de su raro talento.... de sus gracias.... Su corazon arde en la llama mas ardiente, mas violenta, mas ecsorbitante, mas... (*ap.*) ¡ Qué de disparates ensarto !

Mar. (*ap.*) El pensar ser yo mi ama. (*alto*) Vmd. engañarse, amiguito.

Bel. (*ap.*) ¡ Amiguito ! (*alto*) ¿ Qué me engaño, dice Vmd.?.... Ese aire noble y magestuoso indica lo bastante.... Pero, en fin, Vmd. no me negará una gracia: se la pido á Vmd. en nombre de mi amo, de aquel que luego jurará á Vmd. un amor eterno. (*ap.*) Bueno es usar de floreos; con ellos las mugeres se

hacen condescendientes......

Mar. ¿Qué pide Vmd.?

Bel. Que me permita contemplar un solo instante ese rostro hechicero.

Mar. ¿Y no pedir otra cosa?.... (*ap.*)... Yo querer desengañarle, no pensar él ser yo mi ama.

Bel. ¡Qué ecseso de bondad!

Mar. levantándose el velo. Ya estar satisfecho.

Bel. espantado. ¡Dios mio!.... Qué es lo que veo!.... El diablo!

Mar. ¡Silencio, silencio!

Bel. ¡Misericordia! huye de mí, vision horrenda.... socorro!.... que me matan!

Mar. (*ap.*) Yo presto escapar.... si mi amo venir.... ser perdida.

María vuelve á entrar en el aposento de Isabelita, sin que Beltran lo advierta.

ESCENA XIV.

Beltran. Enrique.

En. dándole un golpe en la espalda. ¡Vaya! qué es eso? qué diablos tienes?

Bel. ¡Ah!.... cómo! ¿es Vmd. señor?....

En. ¿De qué tiemblas, hombre?

Bel. Acabo de verla.

En. ¿Pero á quién?

Bel. A la muger de Vmd.

En. ¡Mi novia!

Bel. Pues, la novia, y todavía el miedo no me deja.

En. Hombre, tú me espantas.... vaya, vuelve en tí y esplícate.

Bel. Me parece que ya voy cobrando ánimo.... Lo primerito, ha de saber Vmd., que así que

Vmd. salió de aquí, pareció como en tramoya, delante de mí una mugerona blanca cubierta con un gran velo. Yo no sé por donde diablos vino, lo cierto es, que ni entró por la puerta, ni por la ventana.

En. Fuera digresiones.... y despues?

Bel. Me hizo varias preguntas relativas á Vmd... á las cuales yo contestaba con el elógio que Vmd. merece.... yo le he jurado que Vmd. estaba perdido por su hermosura: cuando la decia yo eso, no tenia el honor de conocerla, y queriendo cerciorarme si efectivamente era tan monstruosa como nos la pintó el jardinero, le he rogado alzase su velo.... ¡Ah señor!....

En. En fin, ¿qué has visto?

Bel. Es verdad que no he visto, ni la joroba, ni la demas retaila que nos encajó aquel badulaque; pero sí, la figura mas espantosa.... una cabeza horrible.... y á mas negra como el diablo.... Todavía no estoy recobrado del susto... pero Vmd. precisamente ha tenido que encontrarse con ella....

En. A nadie he visto?

Bel. ¡Vmd. no la ha visto!.... vamos, como llegó se habrá marchado.... Pero calla, ahora me acuerdo, he oido un ruido tenebroso, así, como de huesos y cadenas.... Ah, señor, señor: Vmd. va á casarse con el diablo, ó por lo ménos con su hija.

En. Pero ¿quién te ha dicho á tí que aquella fuese la muger con quien debo casarme?

Bel. ¿Quién me lo ha dicho?.... ¡qué terquedad!.... aseguro á Vmd. que es la misma.

En. Pues siendo así, por cierto, que me han metido en buen laberinto.

Bel. Señor, mañana se sabrá Vmd. dar noticias.... puede Vmd. dar gracias á su amigo íntimo del obséquio que ha hecho á Vmd.

En. Yo no sé que partido tomar.

Bel. Ya vienen.... qué significa todo esto?.... sin duda vendrán ya para la ceremonia.

En. ¡Dónde diablos estoy metido!

Bel. Señor, hé aquí el momento decisivo, reflecsione Vmd. lo que va á hacer; por la Vírgen Santa; se lo pido á Vmd.

ESCENA XV.

Los dichos, D. Pedro, doña Isabelita, cubierta con el velo, en traje de novia; criados con hachas encendidas.

D. Pe. Querido Montivia, Vmd. solo es el que falta, siga Vmd.

Isa. (*ap*.) ¡Qué gozo el mio! mi novio es buen mozo.

Bel. el oido de Enrique. Señor; no pronuncie vmd. el sí: por Dios se lo digo.

En. á Beltran. ¿Quieres callarte, majadero?

Bel. (*ap*.) ¡Vive Dios, que tiene un familiar en ese cuerpo!

En. á D. Pedro. Señor D. Pedro, ántes de todo, dígnese Vmd. escucharme.

D. Pe. ¡Dale bola! no he dicho ántes que no quiero esplicaciones.

Bel. (*ap*.) Tiene muchísima razon. (*bajo á Enrique*) Señor, es ella misma, la reconozco muy bien.

En. Silencio! (*á D. Pedro*) Reflecsione Vmd. que despues de celebrado el matrimonio ya no será tiempo de que hablemos.

D. Pe. Ya lo sé, pero yo ecsijo que Vmd. guarde silencio: en tal caso ¿quiere Vmd. casarse con Isabelita? clarito ¿si, ó no?

En. (*ap.*) En tal cruel alternativa no sé que partido debo tomar.

Beltran hace señas á su amo que diga que no.

D. Pe. ¿En qué quedamos?

En. (*ap.*) Yo he dado mi palabra.... Cárlos y Amelia cuentan conmigo.... (*alto*) Si señor, yo acepto á la señorita por esposa.

Bel. (*ap.*) ¡Majadero! tú mismo has pronunciado la sentencia!

D. Pe. Pues entónces, á la iglesia.

En. (*ap.*) Ahora solo me resta pedir á la diosa de la amistad que no permita que yo esté descontento de mi muger, puesto que solo me caso para servir á un amigo.

Enrique da la mano á doña Isabelita, todos se dirigen ácia la capilla. Beltran se desconsuela, y María, que tiene la puerta entreabierta del cuarto de doña Isabelita, le mira riéndose.

ACTO TERCERO.

El teatro representa un salon ricamente adornado, con dos puertas, una á la derecha, y otra á la izquierda: el levantar al telon, algunos criados encienden las arañas, miéntras que cuelgan otros guirnaldas de flores.

ESCENA PRIMERA.

Anastasio. Criados.

Anas. ¡Qué golpe de vista! estoy contentísimo, de mi habilidad. Jamas este castillo habrá visto tanta gente.... A ſe mia, que ni por sueño imaginaba yo este baile.... Me alegro; así me divertiré á las mil maravillas.... ¡Ola, ola! Por allí viene el ayuda de cámara del novio.... ¡Dios mio! ¡qué gesto tan desabrido! Y parece habla consigo mismo.... ¿Con quién diablos estará enfadado?

ESCENA II.

Beltran y Anastasio.

Beltran se paseará por el teatro, sin reparar en Anastasio, que le va siguiendo.

Bel. Todos están en la capilla.... no tuve corazon para acabar de verlo.... ya no hay remedio, echóles el cura la bendicion; Beltran,

mañana te quedas en la calle.... ¡Pobre amo mio! ¡qué noche tan divertida vas á tener!... En su lugar ya hubiera yo tomado las de villadiego ¡ah! eres tú, buena alaja?

Anas. Si señor, yo soy.... pero qué diablos estais charlando....?

Bel. Estoy dado á Barrabas.

Anas. Hombre, ¿y por qué es eso?

Bel. ¿Y eres tú quien me lo pregunta? ¡Tú, que nos has hecho tan bella pintura de la sobrina de tu amo!

Anas. Vaya, sosiégate.... yo no veo cosa que pueda desesperar al tuyo en lo que pasa.... en fin, sea lo que fuere, doña Isabelita es rica.

Bel. ¡Rica!.... ¡rica!.... mira, en Paris abundan las aguas maravillosas para hermosear á las mugeres; pero si mi querida ama quiere servirse de ellas, todo su caudal no es suficiente para.... en fin, no nos has engañado... es un portento.... por lo feo.

Anas. ¡Qué! ¿la has visto tú?

Bel. Por mis pecados: si va á decir verdad, tu retrato no es del todo ecsacto.... pero eso nada importa.... original y pintura son horrorosos.

Anas. temblando. ¡Cómo!.... En la iglesia se ha quitado el velo?

Bel. No será estraño que allí descubra su palmito.... ¡Pobre amo mio!.... ¡qué sorpresa te espera!

Anas. Es posible que la ceremonia se acabe pronto....

Bel. Demasiado siempre para mi buen señor: parece que el cura quiere echarles un largo discurso sobre la felicidad de los casados..... Gente suena.... ¿cómo es eso...? es D. Cárlos.

ESCENA III.

Los dichos y D. Cárlos.

Car. agitado corriendo. ¿Eres tú Beltran?..... dónde está Enrique?

Bel. En donde, juro á Dios, no quisiera que se hallase....

Car. No he visto la señal convenida.... todavía llegaré á tiempo.... y vengo....

Bel. llorando. Demasiado tarde, señor.

Car. ¡Cómo qué tarde!.... y qué es lo que está haciendo ahora?

Bel. llorando mas recio. Se casa.... Señor....

Car. ¡Se casa!

Bel. ¡Dios mio!... puede Vmd. jactarse del lindo regalo que le ha hecho.

Anas. (*ap.*) Maldito, si comprendo pizca.

Car. Dos caballos he rebentado para devolverle su palabra.

Bel. Con cuatro, que Vmd. rebentara no habria bastante.... Pero en fin, señor, ¿qué novedad es esa?....

Car. Ha habido en el castillo estrañas ocurrencias, que al paso que me hacen feliz, inutilizan el sacrificio de tu amo.

Bel. ¡Pobre amo mio!.... Nadie mas desgraciado que él.

Anas. Por vida de..... me quedo en ayunas.... (*ap.*)

Car. Si pudiese hablar con él....

Bel. Es imposible.

Car Por lo ménos, instrúyele de mi llegada. Yo me vuelvo á la posada, que está á dos pasos de aquí, donde me espera mi esposa.... Así

que yo pueda hablar á Enrique, sin detenerte vienes á buscarme.

El conde desde dentro. ¿Nadie parece en esta casa?

Car. ¡Cielos! esa es la voz de mi tio.... ¡á qué mal tiempo viene!.... (*á Beltran*) Discurre el modo como arrojarle de aquí.

Bel. ¿Y cómo se hace eso, sin saberlo de antemano, y sin estar prevenido, y sin....?

Car. Hombre, inventa algun ardid.... sobre todo, procura echarle. (*señalando á Anastasio*) ¿Podemos contar con ese hombre?

Bel. Miéntras tengamos dinero....

Car. Como te ayude, no nos faltará para él.... Ya llega el tio, yo me escondo. (*entra en el cuarto de la derecha.*)

ESCENA IV.

El Conde, con un fusil, Beltran y Anastasio.

Con. Gracias á Dios, que dí con dos figuras humanas, ó que se acercan á ello.... Acompañadme á presencia de vuestro amo.

Anas. ¡Mi amo!

Bel. Cállate.

Con. (*ap.*) ¿Quién hubiera sospechado que los señoritos estuviesen casados desde cuatro meses....? Rebiento de cólera.... á eso debe la vida la liebre de esta tarde.

Bel. (*ap.*) ¡Qué diablos murmura entre dientes!

Con. Y era estupenda la tal liebre.... bocado de Cardenal.... pero el perro de mi sobrino me la pagará.

Bel. (*ap.*) ¡Qué idea!... si... sino viene á hacerme quedar embustero.... ya estamos salvados.

Con. Venid acá, pícaros? tratan de responderme, ó estan acáso mudos?

Bel. No, gracias á Dios.

Con. ¿Puedo hablar á don Pedro?

Bel. No señor.

Anas. (*ap.*) Mientes, borracho.

Car. ¡Pues no faltaba mas que no le pudiese hablar! no está en casa? no parece sino que todo el infierno se haya desencadenado contra mí.... Estoy que rabio.

Anas. (*ap.*) Parece que ya se sosiega.

Bel. Pues, señor conde, sepa V. E. que mi amo no está ménos furioso.... la caza le sirve de mucha distraccion en semejantes casos, y como en ella encuentra don Pedro su mayor delicia, ha tomado la escopeta, y se ha internado en el bosque para ponerse de buen humor en tanto que llega el sobrino de V. E... Y, á propósito? no es cierto que le está aguardándo....:?

Con. ¡Bueno!.... es decir que ahora anda distraido en la caza?

Bel. Si, señor.

Anas. Si, señor.

Bel. Una maldita zorra nos ha destrozado en ménos de tres dias mas de veinte gallinas.... Ahí está Anastasio el jardinero, que no me dejará mentir.

Anas. Si, señor.

Con. ¿Qué es lo que estás diciendo de bosques, escopetas y zorra? ¿has visto en tu vida cazar de noche?

Bel. ¿Pues qué, señor conde? ¿no conoce V. E. la caza con teas?

Con. Con teas?

Bel. Si señor, con teas.... causa un efecto ines-

perado y maravilloso.... Ahí está Anastasio el jardinero....

Anas. Si señor, si señor, un efecto inesperado y maravilloso....

Con. ¡Voto á tal que, á pesar de mis años, y de mi inclinacion á tan útil ejercicio, aun no habia llegado á mi noticia un modo de cazar tan pintoresco! ¡vaya, vaya! preciso es hacer esta misma noche el aprendizage, á ver si me consuela la zorra del chasco que me ha dado aquella liebre; ¿hácia dónde han ido?

Bel. ¡Qué! señor conde! ¿V. E. quiere?

Con. ¿Crees que tendré la flema de aguardarles? ni por pensamiento.... trátase de cazar, y de un modo de cazar, para mí original, y nunca visto; y aunque el mundo se viniera á bajo, ó el perro de mi sobrino me cediera á su muger, he de ser de la partida.

Bel. rebozando de alegría. ¡Ah! señor conde, V. E. me sorprende!.... ¡Qué favor dispensará á toda la familia, si con ese brazo tan certero vuelva patas arriba á la maldita zorra que despuebla nuestro gallinero! (*á Anastasio.*) Pronto, ve por las teas, y aunque don Pedro está algo léjos, nada importa, apretando un poco las piernas, le alcanzarémos. (*á Anastasio que ha ido á buscar las teas*) Ea, marcha un poco adelante y alumbra.

Con. Digo que es menester vivir mucho para saber algo. Voy á aprender este nuevo método de caza.

Beltran mirando á Cárlos, el que durante la escena ha entreabierto la puerta del cuarto donde se mantiene oculto, y en el momento de salir el conde, dice.

Bel. ¡Victoria!...(*Sigue el conde y á Anastasio.*)

ESCENA V.

Cárlos, saliendo del aposento.

Car. Gracias á Dios, que se ha marchado.... respiremos.... Voime ahora mismo á encontrar á Amelia; luego volveré á contarlo todo á Enrique. Le manifestaré mi agradecimiento, le consolaré, si es posible, por su desgraciado enlace, y sabré de cierto hasta que estremo se ha sacrificado por mí.... Ya vienen.... escapemos.

ESCENA VI.

Don Pedro, doña Isabelita, cubierta con su velo, Enrique, aldeanos y criados.

D. Pe. Ahora sí que puedo llamarte mi sobrino.

En. (*ap.*) Demasiado que sí.... ¡ Dios mio ! (*alto.*) Vmd. me permitirá instruirle de....

D. Pe. Ni una palabra.... Antes quiero que conozcas á tu muger..... Sobrino mio, estoy cierto que la sorpresa que vas á tener, ni por sueños la imaginas.

En. (*ap.*) ¡ Pobre de mí ! me parece que harto la penetro.... (*alto.*) Con todo, yo quisiera decir á Vmd....

D. Pe. No seas machaca, hombre, tampoco te he de escuchar. Estas buenas gentes han venido á felicitarte por tu matrimonio; ahora no podemos ménos de recibirles; despues de la fiesta, sobrado tiempo tendrémos para hablar.

En. (*ap.*) Por vida del hombre este, no hay

med de hacerle entrar en vereda.

D. Pe. á los aldeanos. Amigos mios, esas pruebas de afecto, esas pruebas con que ahora.... (*á Enrique.*) Sobrino, por Dios acaba tú mi comeuzado discurso, por que yo ya he hecho cuanto podia....

En. Sí, amigos mios, os decia mi buen tio que esas pruebas de afecto, son pruebas tanto mas dignas.... (*bajo á D. Pedro*).... Oiga Vmd., enebre por Dios ese discurso que yo he empezado, porque no está mi cabeza para ensartar retazos de elocuencia.....

D. Pe. Mucho que sí, nada mas natural: el gozo, la inesperada sorpresa....

En. Eso decia yo, la inesperada sorpresa. (*ap.*) Deseos tengo de conocer ya á mi muger, y saber lo que encierra este bulto.... (*á D. Pedro*).... Dígame tio, por su vida ¿no es tiempo ya de que mi muger levante si quiera un tantito el velo que la encubre?

D. Pe. Todavía no, amigo mio: mano á mano contigo se descubrirá; paciencia, sobrino, que tiempo sobrará para verla....

En. Si, no lo dudo; pero....

D. Pe. Hijos mios, ahora que mi sobrina se ha casado, léjos de oponerme á vuestras diversiones, yo quiero tomar parte en ellas; este dia lo cuento por el mas dichoso de mi vida.

En. (*ap.*) Lo creo muy bien: como se ha descartado ya del mueble.... (*)

(*) *El baile solo durará desde el aparte de Enrique.* „*Lo creo muy bien: como se ha descartado ya del mueble*”, *hasta las palabras*

D. Pe. Vaya, muchachos, no hay mas que saltar y divertirse, sin empacho, ni embarazo alguno.

En. (*ap.*) Hasta ahora mi muger no ba hablado palabra: si aloménos fuese muda....?

D. Pe. (*á Enrique.*) Leo en tus ojos la curiosidad y la impaciencia de tu alma, no quiero dilatarlo mas.... Mortal afortunado! pronto vas á saber lo que me debes.... Ea, amigos mios, salgamos de aquí; dejemos solos por un momento á estos dichosos amantes.

En. (*ap.*) ¡Vive Dios! Yo no sé si se burla de mí, ó si habla de veras.

D. Pedro hace señas á su sobrina, y frotándose las manos, se va con los labradores, y los criados, que les siguen.

ESCENA VII.

Doña Isabelita, Don Enrique y Beltran.

En. (*ap.*) Hastá ahora mi muger no ha hablado palabra; si aloménos fuese muda....?

Bel. (*ap.*) Gracias á Dios que me zafé del tio.... Corro á decir á mi amo.... pero, hele aquí ¡ola, y no está solo!.... no; pues no he de

---

de D. Pedro. »*Leo en tus ojos la curiosidad y la impaciencia de tu alma*, etc.» *La escena sigue como está escrita, hasta que se marchen D. Pedro y los aldeanos: solo Enrique, antes de empezar la escena séptima, repetirá el aparte siguiente:* »*Hasta ahora mi muger no ha hablado palabra; si aloménos fuese muda?*»

ser yo el que interrumpa tan interesante diálogo; con todo, no puedo resistir á la tentacion de escucharles. (*se oculta en el aposento de la derecha, de modo que pueda ver sin ser visto.*)

Isa. (*ap.*) Parece que no quiere hablar.

En. (*ap.*) Yo no sé que decirle.

Bel. (*ap.*) La conversacion tiene trazas de ser muy animada.

En. (*ap.*) Con todo, es menester hacerle justicia: tiene gentil estatura.

Bel. (*ap.*) A mí tambien su talle me ha engañado.

En. (*ap.*) Y ya me abraso en deseos de saber si acompañan al cuerpo las gracias del semblante.

Isa. (*ap.*) ¡Qué novio tan callado!

En. (*ap.*) Animo, pues. (*alto.*) Señorita.... señora, quiero decir.

Isa. ¡Caballero!

En. (*ap.*) ¡Qué metal de voz tan agradable!.... La haré cantar todo el dia.... Ecsaminemos ahora si la acompaña la educacion, y el ingenio... (*alto.*) ¿Qué juicio forma Vmd. de la idea del señor D. Pedro? ¿No es cierto que es muy graciosa, al paso que original y estravagante?.... Casarnos sin haber permitido que nos viésemos de antemano....?

Isa. La postrera voluntad de mi padre es sagrada: pero Vmd., caballero, que trata de estravagante al hombre que concibió semejante proyecto, dígame por su vida ¿qué nombre podrémos dar al que se ha prestado tan de barato á ejecutarle?

En. (*ap.*) ¡Canario! La respuesta no carece de buena lógica.

Bel. (*ap.*) ¡ Qué rareza! Paréceme que desde esta mañana habla mejor el castellano.

En. Sin obedecer ciegamente, no podia aspirar á la mano de Vmd.

Isa. Eso fuera escelente, cuando disculpase una pasion loca, esa obediencia tan ciega.

Bel. (*ap.*) ¡ Pues tampoco es tonta!

En. Y si, segun eso, en semejantes casos, una obediencia sin límites no deja de tener mérito ¿ cómo es que se desdeña Vmd. de encontrarle en la miá ?

Bel. (*ap.*) Al fin, se resignâ el hombre honrado.

Isa. ¿ Con qué Vmd. me amaba ?

En. (*ap.*) ¡ Qué dulzura tienen sus palabras!

Isa. ¡ Ah ¡ cuán dichosa seria si Vmd. me amára!

En. (*ap.*) Ese acento me llega al corazon.... Por fuerza ha de ser hermosa la muger que le posee.... Beltran es un mentecato, y sin duda se habrá engañado.

Bel. (*ap.*) Al freir será el reir.

Isa. Muy agradecida he de estar á lo que Vmd. ha hecho por mí, cuando ya iba sucumbiendo al temor de quedar encerrada toda mi vida.

Bel. (*ap.*) ¡ Y no es para otra cosa la horrenda cara que tiene!

En. Estoy cierto que ese temor era infundado.

Isa. Perdone Vmd., caballero; razones poderosas le apoyaban.

En. (*ap.*) ¡ Estoy perdido!

Bel. (*ap.*) ¡ Ya escampa!

Isa. En vista de las condiciones con que se habia de ejecutar mi casamiento, recelaba con harta razon que nadie se atreveria á formar lazos tan sagrados é indisolubles, sin conocer aloménos mi carácter.... No hablo de las pren-

das físicas, pues el hombre discreto las coloca en segundo lugar.

En. (*ap.*) ¡ Ay ! ay ! ay !

Isa. ¿No es Vmd. de mi opinion?

En. (*ap.*) Ya está visto; no tiene otra gracia que un entendimiento despejado. (*alto*) Siempre he profesado la misma. (*ap.*) En fin, sea lo que se fuere, acabemos. (*alto*) Pero dígame Vmd., amada Isabelita ¿no han cesado ya las causas que obligabān á D. Pedro á ocultarla de todos?

Bel. (*ap.*) Yo lo creo: desde que te echó el guante, majadero.

Isa. No hay duda en que ya cesáron.

En. Pues en tal caso, ese sombrío velo....

Isa. Caerá cuando Vmd. lo mande.

En. (*ap.*) ¡ Con qué está en mi mano! Efectivamente ella es mi muger, y tarde, ó temprano, se ha de descubrir conmigo.

Isa. (*ap.*) Si crerá que soy fea?... Eso disminuiria el buen concepto que he formado de él.

En. Isabelita, suplico á Vmd. que me conceda la dicha de conocer á mi esposa. (*vuelve la cabeza.*)

Bel. (*ap.*) ¡Mi amo va á desmayarse!

Isa. con el velo quitado. Ya está Vmd. obedecido.

En. (*ap.*) Vamos, ánimo. (*mira á Isabelita*) ¡Cielos! ¡Qué veo!.... ¡Isabelita!.... (*de rodillas*) Yo beso esas manos.... ¡Qué graciosa! ¡qué angelical ¡ qüé modesta!

Bel. (*ap.*) Ay, ay! mi amo ha perdido la cabeza.

Isa. Vmd. no se arrepiente de lo que ha hecho por mí?

En. Arrepentirme, cuando me tengo por el mas

dichoso de los hombres ?.... Yo juro consagraros mi vida, adoraros hasta la muerte.

Bel. (*ap.*) ¡Es posible que el amor nos ciegue hasta tal punto!

ESCENA VIII.

Los dichos, Don Pedro.

D. Pe. Bravo, bravo! adelante: eso me gusta, yo no vengo aquí para estorbar.

Isa. echándose en sus brazos. ¡Mi querido tio!

En. (*ap.*) ¡Don Pedro! ahora si que has de evitar mis esplicaciones.

D. Pe. Bien sabia yo que á primera vista habiais de ser amigos: he visto que nacisteis uno para otro.

En. (*ap.*) ¿Cómo me manejaré, para decirle...?

D. Pe. Vaya, Montivia, tú tenias que confiarme algo: ahora estoy ya para escucharte.

En. (*ap.*) ¡Animo! un instante luego se pasa.

D. Pe. Habla pues.

María llamando desde dentro. Don Pedro? don Pedro?

ESCENA IX.

Los dichos, María sale de la derecha en donde Beltran está oculto; así que Beltran oye llamar detras de él, vuelve la cabeza, y viendo la figura negra de María, huye gritando.

Bel. ¡Misericordia! esta maldita negra me persigue.

D. Pe. ¿Qué significan esas voces?

Mar. Amo! amo!

D. Pe. ¿Qué nos quieres, buena María?

Mar. Estrangero querer hablar á Vmd. ahora mismo.

En. (*ap.*) Veo que no hay medio de darse á conocer.

Mar. Aquel señor, ser el conde de.... Mon.... Montivia.

En. (*ap.*) ¡El tio de Cárlos!

D. Pe. riendo. ¡Montivia!.... á Montivia tomas por un estrangero! (*á Enrique*) Precisamente tu tio.

En. (*ap.*) Como de mi abuela.

Mar. El estar allí con el jardinero Anastasio.

Se oye un fusilazo.

D. Pe. ¿Qué significa eso?

Mar. El señor de Montivia que cazaba.

D. Pe. ¿Qué diablos ensartas? cazar por la noche....!

si eso fuera, su antigua inclinacion se habria convertido en locura: de todos modos, salgo á recibirle.

En. deteniéndole. Guárdese Vmd de ello; primero es necesario que Vmd. sepa....

D. Pe. Mas tarde, mas tarde, sobrino: me seria imposible no salir luego al encuentro de mi mayor amigo, y antiguo camarada.... ¡Qué gozo tendré al abrazarle! acompáñame, María.

ESCENA X.

Don Enrique. Doña Isabelita.

En. (*ap.*) No es posible persuadirle á que me escuche.

Isa. Amigo mio, no parece sino que temes la presencia de tu tio.

En. Si he decir la verdad, tengo alguna razon en ello, pues no soy mas que á medias su sobrino.

Isa. ¡ Cielos !.... ¿Pues quién es Vmd.?

En. No tardarás en saberlo, mi querida Isabel..... Gente suena.... si fuese él....? no, no, son Cárlos y Amelia.... tanto mejor, ellos me ayudarán á desenojarla.

ESCENA XI.

Los dichos, Cárlos, y Amelia.

Car. Me alegro de que mi tio no esté aquí..... (*á Enrique*) Por fin, te hallo ; mi buen amigo.... ¡ Ya no hay remedio, te casaste para servirme !

Ame ¡ Si supiera Vmd. mi arrepentimiento !

En. Cárlos, Amelia, ved ahí á mi muger.

Car. Qué dices, hombre ?.... Entónces no te has casado ya para servirme; yo te he servido en hacerte casar, y no me arrepiento sino de haber tardado en felicitarte.

Ame. Y yo de haber dado á Vmd. el pésame por una boda que merece la mas grata enorabuena ; ¡ no puede hallarse muger mas hermosa !

En. á Isabelita. Amiga mia, me cabe la satisfaccion de presentarte á tu prima y á tu primo.

Isa. ¡ Mi prima ! ¡ mi primo !.... pero, por Dios, esplíqueme Vmd....?

Ame. Tranquilízese Vmd. señorita. (*señalando á Enrique*) Aquí tiene Vmd. á su esposo, y

le aseguro que nada tiene Vmd. que temer.

Car. ¡Cuánto me alegro de haber llegado tarde!.... No te ha enterado Beltran....?

En. Nada me ha dicho.

Car. Escucha; apénas habias salido del castillo de Montivia, Amelia y yo nos dábamos la enorabuena por el ingenioso medio que habiamos adoptado para engañar á nuestro buen tio; tales demostraciones de alegría iban acompañadas de afectuosas caricias, pero miéntras mas nos abandonábamos á tan indiscreta confianza, mi tio nos estaba observando.... entra en el instante en que yo abrazaba á mi muger.... su cólera llega á lo sumo... »me habeis engañado" nos dijo.... »sois unos ingratos; jamas espereis mi perdon" Con una lágrima de Amelia, y algunas amplificaciones de retórica por mi parte, conseguimos que nos perdonara.... sin embargo, áun estaba furioso.... y jurando entre dientes, monta á caballo, se va á caza, y de camino á noticiar á don Pedro que el matrimonio proyectado no puede tener efecto.

Ame. Como estaba tan irritado, no nos atrevimos á descubrirle nuestra estratagema: montamos á caballo, para advertírselo á Vmd. y sacarle de apuro: ¡cuánto celebro que la casualidad nos haya protegido á todos! Ahora solo debemos pensar en asegurar nuestra dicha.

En. ¡Qué gusto será el ver las lágrimas, oir las súplicas, dar curso á los suspiros, y hoblar todos á la vez, y no entenderse unos á otros en medio de tanta algaravía!

Isa. Por allí viene mi tutor.

Car. Y le acompaña mi tio.

Ame. ¡Tú tio! escapemos.

En. Pronto, pronto, entremos todos en el aposento de mi esposa: escuchemos lo que hablen, y pillemos el momento favorable para salir, y arrancar á viva fuerza el consentimiento de don Pedro.

Todos entran en el aposento de doña Isabelita.

ESCENA XII.

El Conde, Don Pedro.

Con. fatigado. ¡Dios mio! no puedo mas: ¡lo que me han hecho correr!

D. Pe. Vamos, hombre, descansa.

Con. He corrido todo el parque; pero el diablo que te haya hallado!

D. Pe. ¿Cómo me habiais de hallar, sino he salido de casa?....

Con. Como que no?.... Habrá media hora que dos criados me han dicho que por allá andabas.

D. Pe. Pues te han engañado.

Con. Poco importa: aloménos el cansancio ha sido provechoso; ya sé doode debo apostarme mañana, para que caigan algunas piezas.

D. P. ¡Siempre amigo de la caza!

Con. Mas que nunca, por mas que ahora no esté del todo contento.

D. Pe. ¿Por qué?

Con. No he podido dar con tu astuta zorra.

D. Pe. ¿Qué zorra?

Con. Por vida de.... la que se come tus gallinas.

D. Pe. Hombre; ¡si en casa no hay gallinero!

Con. Pues, yo estoy bien cierto que tus criados

me han dicho que tú cazabas una zorra.

D. Pe. Algun zorro de entre ellos se habrá divertido á tu costa.

Con. Votava !.... si tal supiera !.... Desgraciados de los bribones que me han hecho correr... les juro que si caen en mis manos....

D. Pe. Sosiégate.... ya averiguaré quien ha forjado tal enredo.... vamos á otra cosa.... hablemos de tu sobrino.

Con. (*ap.*) Ahora llegó la mia: ¿de qué manera me disculpo?.... Tú vas á enojarte conmigo....

D. Pe. ¿Por qué?....

Con. Mi sobrino.... el pícaro de mi sobrino....

D. Pe. Hombre, no hables mal de nuestro sobrino; es un jóven apreciable.

Con. Muy digno es el bribon de que tú abogues por él.... En fin, ya no vendrá.

D. Pe. ¿Cómo ha de venir si ya ha venido?

Con. ¿Quién?

D. Pe. ¿Quién? quién?.... tu sobrino.

Con. ¡Mi sobrino!

D. Pe. Pues! hoy le he visto por la vez primera, y estoy mas que medianamente contento....

Con. ¿Tú le has visto?....

D. Pe. Dale bola: sí.

Con. Hoy!

D. Pe. Hoy, hoy, y cien veces hoy.

Con. ¡Qué cosa mas rara!

D. Pe. ¡Hombre! ¿y qué tiene eso de raro?

Con. Amigo Pedro, ¿cómo es posible que mi sobrino esté aquí, si en el instante mismo en que yo le obligaba á marchar, he descubierto que cuatro meses hace se habia ya casado con otra?

D. Pe. (*ap.*) ¡Qué terquedad!..... (*alto*) Pues bien ¿qué dirás si te lo presento?

Con. Curiosidad tengo verle.

D. Pe. Si? pues no tardarás mucho: sin duda estará con su muger. (*entra en el aposento de doña Isabelita*)

ESCENA XIII.

El Conde, D. Pedro conduciendo á Cárlos, sin mirarle.

D. Pe. Ven, mi querido Montivia, confunde al incrédulo de tu tio.

Con. Cómo es eso....?.... mi sobrino!

D. Pe. ¿Con qné ya le reconoces....? (*mirando á Cárlos.*) ¡santa Bárbara! este no es marido de mi Isabelita.

Con. Caballerito, ¿me dirá Vmd. por qué se halla su señoría aquí? ¿vendrá Vmd. á casarse segunda vez?

Car. Perdon, amado tio.... cuando Vmd. sepa...

D. Pe. ¡Qué entruchada es esa! (*llama dentro del cuarto de doña Isabelita*) Isabelita....?

ESCENA XIV.

Los dichos, y Amelia.

Don Pedro, conduciendo de la mano á Amelia sin mirarla.

D. Pe. Yo espero, señorita que Vmd. nos esplique....

Con. ¡Amelia!

D. Pe. ¡Cómo Amelia!

Car. Si señor, es mi muger.

D. Pe. ¡Jesus mil veces!.... cargue el diablo conmigo si entiendo lo que pasa!..... Pero, en fin, ¿dónde está mi sobrina, y el que se ha casado con ella?

ESCENA XV.

Los dichos, Don Enrique, y Doña Isabelita.

En. Aquí estamos, mi amado tio.

Con. ¡Qué veo!.... Enrique!

D. Pe. ¿Le conoces tú....?

Con. Lo mismito que á tí.... es mi primo: el amigo íntimo del bribonzuelo de mi sobrino.

En. Si, señor don Pedro, yo soy Enrique de Montivia. Rodeado de situaciones críticas, queria manifestar á Vmd. lo que mi delicadeza ecsigia: pero Vmd. se empeñaba en imponerme silencio.

D. Pe. En eso tienes razon.... ¿Quién diablos hubiera imaginado....? Con qué, señorita, Vmd. tambien es su cómplice?

Isa. Hace muy poco rato, amado tio.... pero Vmd. no formará un crímen de que yo ame á mi marido.

D. Pe. ¡Su marido!.... Hé...., ¡su marido!

Ame. Si señor, su marido.... ¿quiere Vmd. parecerse á mi tio en enfadarse?.... siempre debiera Vd. perdonar.

Con. Tiene razon, amigo mio.... eso se acabó ya...., Uno y otro hemos llevado chasco.

D. Pe. á Enrique. Enorabuena: tu serás sin duda un hombre de honor.

En. La honradez y la probidad las llevo por herencia.

Con. En cuanto á eso, salgo yo por su fiador: es de mi familia.

D. Pe. Pues entónces me arrepiento ménos de mi necia precipitacion; sus resultados podian ser funestos.... pero lo que aun ignoro es como diablos se halla aquí, haciendo las veces de tu sobrino.

Isa. Lo sabrá Vmd. luego.

D. Pe. Una sola cosa no ha ido segun mis ideas. Yo que no puedo oir hablar de los matrimonios por inclinacion, empiezo á creer que he hecho uno en ménos de veinte y cuatro horas.

Car. Pues tambien es preciso que Vmd. sepa que mi querido Enrique se ha casado para servirme.

En. Es verdad, por ser tu amigo y agradecer tus favores, quise hacer un sacrificio; pero el cielo recompensó mi buena intencion, y al mismo tiempo que me figuraba casarme solo para servirte, me hacias tú el mayor beneficio en obligarme á casar.

FIN.

[Moreto y Cavaña, Agustín]

Fran.co Diaz = d. — (7

EL PARECIDO EN LA CORTE.

PERSONAS.

Don Fernando de Ribera.
Don Lope Lujan.
Don Luis.
Don Diego.
Doña Inés.
Doña Ana.
Leonor, criada.
Don Felix.
Don Pedro de Lujan, barba.
Tacon, gracioso.
Lainez, vejete.
Un Cartero.

La Escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE CALLE.

Don Fernando y Tacon de camino.

Fernando.

No ví muger mas hermosa.

Tacon.

¿Señor, has perdido el séso?

Fernando.

Que fuera poco confieso,
segun bizarra y airosa
en aquella iglesia entró,
llevándome tras su brio
los ojos y el alvedrio.
¡Qué linda mano sacó
á la pila! donde infiero,
que de amor la ardiente fragua
quiso avivar con el agua.

Tacon.

¿Pues era hisopo de herrero?

Fernando.

Era una azucena igual,
era un cristal cada dedo,
que sacudiéndole..

Tacon.

Quedo,
que se quebrará el cristal.

Fernando.

Por aqui venir la ví:
pues en la iglesia hay sermon,

yo he de esperarla, Tacon,
por si vuelve por aqui

Tacon

¿Es de veras, ó es un poco
de culebra?

Fernando.

¿Estás sin tino?
¿yo burlarme?

Tacon.

Lo imagino,
por no pensar que estás loco.

Fernando.

¿Locura es el alborozo
de tan divinos amores?

Tacon.

¡Virgen de Regla! señores,
este caballero mozo,
que hoy se apea en esta Villa,
es, porque vean su quimera,
Don Fernando de Ribera,
de los guapos de Sevilla.
Hizo allá algun desatino,
y huyendo el riesgo al proceso,
como le cogió el suceso
nos pusimos en camino.
Cuantas prendas y dineros
traia el desventurado
hasta Madrid, ha gastado,
con que llegamos en cueros.
Y acabados de llegar
á esta calle, que entre tantas
la llaman de las Infantas,
porque se vino á apear
donde el mozo ha de vivir
de las mulas, sin tener

con que almorzar y comer,
ni saber donde dormir,
ni amigo que ir á buscar;
de una dama que ha encontrado
dice que se ha enamorado,
y que la quiere esperar;
pues á mí el toro de Europa
me espere, si yo aqui mas
paráce.

Fernando

Ten, ¿dónde vas?

Tacon.

A un convento.

Fernando.

¿A qué?

Tacon.

A la sopa.

Fernando.

Despues de saber quien es:
para eso hay tiempo.

Tacon.

Eso niego;
comamos antes, que luego
cualquiera cosa es despues.

Fernando.

Si no sé dónde posar,
¿dónde he de ir?

Tacon.

Perderé el seso:
pesia mi alma, ¿pues por eso
te páras á enamorar?
¿Aqui á una dama tan ancha
en ayunas has de hablar?
¿Vas á obligarla á pecar,
ó á sacarla alguna mancha?

Yo en viéndome sin un sueldo
de enamorar me retiro;
que en ayunas un suspiro
es lo mismo que un regüeldo.

Fernando

Aunque el pensar me lo impidá
que es locura, he de saber
quién es la mejor muger,
que he visto en toda mi vida.

Tacon

En Madrid, si al rededor
de este barrio vueltas das,
ciento y cincuenta hallarás,
que te parezcan mejor.
¿No ves que en esta materia
de cualquier ciudad de allá
vienen las damas acá,
como mulas á la feria?

Fernando

Pues nada que hacer tenemos,
no he de perder la ocasion,

Tacon.

Pues si esto es resolucion,
esperemos.

Fernando.

Esperemos,

Tacon.

Y ya que hemos de esperar
mientras se acaba el sermon,
¿no me dirás la ocasion
que á esto te pudo obligar?
¿Cómo han sido tus fortunas,
y á qué en Madrid has entrado?
refiéreme tú cuidado,
que aun de eso estoy en ayunas.

Fernando.

Oye, Tacon, mi desdicha,
ya que es preciso el sabella.

Tacon.

Pues me desayuno en ella,
dila, y hágote salchicha.

Fernando.

Ya sabes como en Sevilla
murió mi padre Don Pedro
de Ribera, á quien mi hermana
Doña Ana y yo los trofeos
de su sangre y sus hazañas
heredamos á su aliento,
con mas de cien mil ducados,
que no fue el menor entre ellos.
Yo, que quedé mozo y libre,
rico y noble, y no muy cuerdo,
seguia entre mis locuras
la vana opinion de aquellos,
que piensan que está el decoro
en sobras del lucimiento,
y gastan lo que heredaron,
como bien que no adquirieron.
Pasado el año del luto,
que se pasa recibiendo
pésames, cuentas, cobranzas,
y muchos casamenteros;
eché carrozas, libreas,
galas, dando en el dinero
como si fin no tuviera;
que el que no llenó el talego,
como no le vió vacío,
cree que ha de estar siempre lleno.
Andaba entonces tan vano,
tan necio, loco y soberbio,

que pensaba yo que honraba
al que quitaba el sombrero.
¡Qué necedad! porque en ser
muy cortés un caballero
no gasta nada, y en dar
su hacienda á vanos empleos
gasta el honor; pues se quita
para adelante el respeto,
que al pobre, aunque noble sea,
miran todos con desprecio:
la hacienda hoy es calidad,
la cortesía es un viento,
y el que la escusa por verse
lleno de galas y escesos,
es nécio, soberbio ó simple,
pues en trocando los frenos,
pródigo de lo que es mucho,
de lo que es nada avariento.
De aquellos era yo entonces,
que de mirarlos con ceño
ó sin él, hacen ofensa,
y traen en la vista el duelo.
Esta es graciosa locura,
pues quieren los que hacen esto,
saber lo que el otro calla,
construyéndole el silencio.
Si á mí no me dice nada,
aunque él ofenda allá dentro,
¿porqué he de hacer yo á mi enojo
la lengua de su secreto?
Demas de que si él oculta
algun rencor en su pecho,
vano antes y agradecido,
que ofendido estarle debo.
Pues si con causa ó sin ella

tiene su enojo encubierto,
ú de temor me lo encubre,
ó lo calla de respeto.
Con esto me hize mal quisto,
tanto, que ya á los empeños
les sobraba mi ocasion,
porque me buscaban ellos.
Todo el dia era pendencias;
y como, gracias al Cielo,
tambien heredé á mi padre
las manos como el dinero,
siempre yo fui el retraido,
y los heridos los presos;
que en teniendo un hombre fama
de osado, mata sin riesgo.
Salí bien de todas ellas,
pero pobre á poco tiempo,
que como de mis delitos
tuvo la culpa el dinero,
tambien él pagó la pena;
y al cabo de todos ellos
quedé libre, pero pobre;
que un mozo rico y travieso
es como lienzo en legía,
que aunque mas se ensucie el lienzo,
se limpia allí, mas tambien
se rompe: yo fui lo mesmo;
porque mientras me duró
para lavar mis escesos,
con la legía del oro
quedé limpio y roto á un tiempo.
Cesaron libreas y coche;
no creerás el sentimiento
con que en esta descalcez
entré en los años primeros;

y cuando mas lo sentí,
fué cuando tras haber hecho
tanto ruido con lacayos
el dia de coche nuevo,
se vió andando á pie, obligada
mi vanidad por su empeño
á prevenir de zapatos
papeles para el invierno.
Y esto no fué lo peor,
sino que con el dinero
perdí la comodidad,
pero no el arrojamiento.
Proseguí mis travesuras
de modo, que fuí el objeto
del rigor de la Justicia,
y ya con mas propio riesgo,
que como quedé desnudo,
las heridas del proceso,
en pasando del vestido,
es fuerza entrar en el cuerpo.
De estos forzosos temores
resultó el no estar atento
al cuidado de una hermana
moza, hermosa y con empeños,
en que yo mismo la puse
con mis locos desaciertos.
Pues ella viviendo sola,
y yo en mi retraimiento,
quedó sin guarda mi honor,
y este tan justo rezelo
me llevaba allá las noches,
con temor de algun esceso,
que halló despues mi desdicha.
Pues una noche (aquí el pelo
se me eriza) no te espante,

que este fué el lance primero,
que en mi pecho caber pudo
de veras un sentimiento;
porque á todos los demas
mi condicion (cuyo estremo
es hacer chanza de todo)
nunca dió lugar adentro.
Llevado, pues, una noche
del cuidado de mis zelos,
entré por la puerta falsa
de un jardin, cuando al encuentro,
un hombre que la guardaba,
me salió osado, diciendo:
caballero, vuelva atrás:
cuál se quedaria mi aliento,
mira tú, considerando,
que al ir á mi casa veo
quien, ya como dueño de ella,
me trató con tal desprecio.
¿Quién lo dice? pregunté:
Quién tiene órden de su dueño
para guardar esta puerta.
Pues yo del mismo la tengo
para saber quien sois vos,
le dije. No la obedezco,
me respondió Repliquele:
Pues de otra usaré, que tengo
para mataros, y entrar
y quemar cuanto esté dentro.
A esto respondió su espada,
y al ruido de los aceros
salió otro, que dentro estaba,
y contra mí los dos puestos,
me tiraron de lo fino
Mejoréme yo; mas esto

de pintarte la pendencia,
ya pienso que estoy riñendo,
y no puedo hacerlo á espacio.
Acercábanse, y matelos:
uno calló sin hablar,
el otro quedó pidiendo
confesion, y yo ofendido
pasé por encima de ellos
á buscar mi aleve hermana;
y su cuarto discurriendo
en toda la casa hallé,
sino de mi voz el eco,
que huyó sin duda el peligro
avisada del estruendo.
Viendo incierta mi venganza,
y tan preciso mi riesgo,
que aunque pudiera salvarme
por lo honrado del empeño,
ya el cúmulo de mis causas
me hallaba sin el respeto
del oro, que fué mi escudo,
ó mis escudos lo fueron,
y que mi hermana tendria
el sagrado de un convento,
público mi deshonor,
mi venganza sin remedio,
pues tomando lo que pude
no me la dió entera el Cielo;
á huir se determinó
de mi afrenta mi desvelo;
y hallándote á tí en la calle,
sin referirte el suceso,
del modo que nos hallamos,
sin prevencion ni dinero,
nos pusimos en camino,

y hoy en la Corte nos vemos
sin arrimo, sin amparo,
pobres, sin conocimiento,
sin alvergue ni esperanza
de tenerle: esto prevengo,
para que cuando me vés
arrebatado y suspenso
de una hermosura que he visto,
y estando como me veo
desvalido, esta pasion
halla lugar en mi pecho:
tú con tu donaire añades,
para remate del cuento,
á todas estas locuras
lo que me está sucediendo.

Tacon.

¡Jesus mil veces! ¡Jesus!
si trayendo ese veneno
en el cuerpo, sin matarte,
ha entrado amor en tu pecho;
digo que yo no me admiro
de que no rebiente luego
quien bebe agua tras tocino.
¿Habrá algunos en Toledo
que te igualen la locura?

Fernando.

Yo, Tacon, te la confieso.

Tacon

Un loco hay que dice que es
el Papa, y el Rey su suegro;
y que está canonizado
noventa veces: mas esto,
qué va que no pesa tanto
como esto, aunque tenga el peso
una que vende besugos.

*

Fernando.

Las locuras que yo he hecho,
todas han sido á este tono.

Tacon.

Ya, señor, que aqui nos vemos,
tú, que otra vez has estado
aqui, si mal no me acuerdo,
¿qué barrio es este en qué estamos?

Fernando.

Los capuchinos son estos
de la Paciencia.

Tacon.

Sin duda
se me ha metido en el cuerpo,
pues te he podido sufrir.
¿Y esta iglesia? (1)

Fernando

El Caballero
de Gracia; y esta la calle
de la Reyna.

Tacon.

Estate quedo,
señor, porque he reparado,
que aquel hombre que está atento
te ha estado mirando mucho.

Fernando.

No le conozco, ni pienso
que otra vez le vi en mi vida.

Tacon.

Acá viene, ponte al sesgo,
por si es algo de cuidado.

---

(1) *Al paño Don Diego.*

ESCENA II.

Dichos y Don Diego.

Diego.

¿Si es él? él es, ó estoy ciego:
¿pues qué dudo? él es sin duda.

Fernando.

¿Mandais algo, caballero?

Diego.

En la voz le he conocido:
¿Don Lope amigo?

Tacon.

¿Qué es esto?

Diego.

¿Sin avisarme en Madrid
Don Lope de Lujan? ¡Cielos!

Tacon.

Tú lo eres, por si es pulla.

Fernando.

¿Hablais conmigo?

Diego.

Eso es bueno:
al cabo de catorce años,
que os juzgué en las Indias muerto,
sin haber á vuestro padre
dado aviso en tanto tiempo;
¿habiendo ahora venido
con tan ingrato silencio,
os quereis disimular?

Fernando.

Caballero, no os entiendo.

Diego.

Pues no teneis que encubriros,
fiado en lo que habrán hecho

los años, que aun hoy estais
como os fuisteis, vive el cielo;
y cuando vuestro semblante
no os manifestára, el eco
de vuestra voz no pudiera
engañarme: ¿venís bueno?

Fernando.

¿Qué es esto, Tacon?

Tacon.

¿Rey mio,
da usted de almorzar con eso?
porque estamos en ayunas,
y el cómo se da comiendo.

Fernando

Mirad que estais engañado.

Diego.

Don Lope, amigo, ¿qué es esto?
no le deis á mi memoria
tal desagradecimiento:
mirad que á tiempo venís,
que vuestro padre Don Pedro
ha heredado á vuestro tio,
y tiene solo en dinero
mas de ochenta mil escudos.

Tacon.

¡Ay Dios! ¿luego es muerto el viejo?
dadme un abrazo en albricias.

Fernando

Tente, ¿qué haces, majadero?

Tacon.

¿Qué he de hacer? Mi amo es Don Lope,
señor, que lo está fingiendo,
porque viene por la posta,
y quiere estar encubierto
hasta que llegue la ropa,

por no ir á su padre en cueros.

Diego

¿Pues yo no le he conocido?

Tacon.

Claro está; no se está viendo
que es Lope hasta las entrañas?

Diego.

Dadme los brazos.

Fernando,

¿Qué es esto?

Tacon.

Hombre del diablo, ¿qué quieres,
ya desbuchado el secreto?
si saben que ya eres Lope,
¿qué sirve hacerte Lorenzo?

Diego

Don Lope, por vuestra vida,
no dilateis el consuelo
á vuestro padre, que juzgo
que le haga mozo el contento:
mas esperad, que á la vuelta
de aquella calle le dejo,
y quiero ir por las albricias:
no os vais, por Dios, que ya vuelvo.

ESCENA III

Don Fernando y Tacon.

Tacon

¿Señor?

Fernando

¿Qué dices, Tacon?

Tacon.

Que nos viene á ver el cielo
con ochenta mil ducados;

fíngete este indiano muerto,

Fernando.

Pues, loco, ¿cómo es posible?

Tacon.

¿Pues en esto hay algun riesgo?
tú eres á él tan parecido,
que dice que aun en el eco
de la voz eres el mismo:
de este caso hay mil ejemplos,
que han sucedido en el mundo.

Fernando.

Pues si yo darle no puedo
razon de ninguna cosa
de su casa, aunque me veo
de modo que lo intentára,
á poder tener efecto,
siquiera para albergarme
hasta encontrar algun medio
de vivir; ¿cómo ha de ser?

Tacon

¿Pues para qué es el ingenio?
¿hay mas de decir que vienes
cansado, y que te hagan luego
la cama, y comer muy bien,
y cenar del tenor mesmo;
y si te preguntan algo,
en hallándote en empeño
dar respuestas generales,
y suspenderlos con esto
por hoy, hasta que mañana
busquemos otro remedio?
Comámosle de una vez
medio lado á aqueste viejo,
que no es bodegon su casa,
que han de pedirnos dinero,

y aunque se sepa el engaño,
señor, cerremos con ellos,
que audaces fortuna juvat.

Fernando

Quieres creer que no me atrevo;
que yo de poder me holgára.

Tocon.

Pues ves aqui un bravo cuento:
vamos y ahitémonos hoy,
que si se supiese luego
nos llevará á un hospital,
y allá tambien comeremos.

Fernando

No te canses, que es locura,...
¿qué me miras?

Tocon

Te estoy viendo:
¡vive Dios! que eres Don Lope,
y tú no te acuerdas de ello.

Fernando.

Calla, que ya se ha acabado
el sermon, y van saliendo
las mugeres de la iglesia.

Tocon.

¿Ahora acuerdas con esto?
mas sermon de capuchino
suele ser largo.

Fernando

Ya veo
á la dama que esperaba.

Tocon.

¡Oh! lleve el diablo sus huesos,
yo apostaré que por ella
aqueste lance perdemos.

ESCENA IV.

Dichos Doña Ines y Leonor con mantos.

Ines.

Tápate, Leonor, que aquí
aun está aquel caballero,
que nos siguió hasta la Iglesia.

Leonor.

Galan es.

Ines

Y muy discreto,
que nos dijo dos donayres
de buen gusto y muy á tiempo.

Fernando.

Yo quiero llegar á hablarla.

Tacon

¡Que haya hombre que tenga aliento
de enamorar en ayunas!
yo no he acertado requiebro
en mi vida, hasta tomar
aguardiente por lo ménos.

Fernando

Señora, por una prenda
que me habeis llevado, espero
desde que os dejé en la Iglesia.

Ines.

¿Prenda yo?

Fernando

Y de mucho precio.

Ines.

¿Cuál es la prenda?

Fernando.

Los ojos;
que me habeis dejado ciego.

Tacon.

Es cierto, y por eso tienta.

Ines.

No creais que yo os los llevo,

Tacon.

Mire usted bien en la manga.

Ines

Bien sé que yo no los llevo.

Tacon.

Yo veo uno.

Ines.

Pues no hay otro.

Tacon.

No es muy malo, que en efecto
mas vale tuerta que ciega.

Fernando.

¿Daréis licencia al deseo
de que os diga á dónde están?

Ines.

Todo será perder tiempo.

Tacon

¿Y usted me dará un oido
que me lleva? ¿no habla? ¡bueno!
yo sin oido estoy sordo,
usted muda, mi amo ciego:
con que ciego, sordo y mudo,
entre todos tres hacemos
el diablo de la cuaresma.

Leonor.

Muy mú mús

Tacon.

¿Pues qué es esto?
habló el buey, y dijo mú.

Ines

Para el agradecimiento

de esa voluntad, que acaso
fingís, basta en mi el esceso
de escucharos en la calle,
que yo no acostumbro hacerlo;
y os ruego que aquí os quedeis,
que no soy muger que puedo
ir de nadie acompañada:
ven, Leonor.

Fernando

¿Podré á lo menos
seguiros para saber
en qué casa el alma dejo?

Inés

El que la sepais ó no,
no os será de algun provecho:
haced lo que os diere gusto.

Tacon

¿A quién, digo, seguiremos?

Leonor.

¿Seguir á quién?

Tacon.

A ese brio.

Leonor.

Sígale, mas es mal pleyto.

ESCENA V.

Fernando y Tacon.

Fernando.

Yo he de ir tras ellas, Tacon.

Tacon.

¿Estás loco? vive el Cielo,
que echan tufo á doncellas,
que penetra hasta los sesos.

Fernando

Voy, no las pierda de vista.

ESCENA VI.

Tacon.

Señores, el Caballero
del Febo, era patarata:
con este hombre el juicio pierdo.
¿Habrá en los nominativos
caso como este? Mas, Cielos,
el que hizo á mi amo Lujan,
que es Maestre, á lo que pienso,
de la Orden de Lujanes,
se viene ácia mí derecho;
y un viejo de poco acá,
que no ha tres dias que es viejo,
Don Pedro se ha de llamar,
por si importa estoy en ello.

ESCENA VII.

Tacon, Don Pedro Lujan y Don Diego.

Diego.

Aquí le dejé ha un instante.

Pedro.

Estoy loco de contento:
¿mi hijo Don Lope está vivo?

Diego.

Este es el criado.

Tacon.

A ellos.

Pedro.

¿Amigo, servís á Lope?

Tacon.

¿Qué modo de hablar es ese?
¿servis á Lope? ¿qué es Lope?

¿tengo yo semblante ó gesto
de criado de poéta?

Pedro.

¿No me entendeis?

Tacon.

Ya lo entiendo;
mi amo no es Lope, Rey mio.

Pedro

¿Pues porqué respondeis eso?

Tacon.

Porque mi amo es Don Lope
de Lujan, mas Caballero
que el Caballero Danzado.

Pedro.

Pues dadme los brazos luego,
amigo, que es mi hijo Lope.

Tacon.

¡Qué escucho! ¿Vos sois Don Pedro
de Lujan?

Pedro.

Si, amigo mio.

Tacon.

Los pies mil veces os beso.

Pedro

¿Dónde se ha ido mi hijo?

Tacon.

Aquí volverá al momento:
¿qué vos sois su padre?

Pedro.

Sí.

Tacon.

¿Quéreis creer que aun no lo creo?

Pedro.

¿Pues eso dudas?

Tacon.

¿Su padre?

Pedro.

¿Pues porqué no lo parezco?

Tacon.

Eso como un huevo á otro.

Pedro.

¿Pues yo lo digo, no es cierto?

Tacon.

Si vos fuerades su madre,
no pusiera duda en ello.

Pedro.

¿Cómo Lope no me ha escrito?

Tacon.

Aquí vá perdido el cuento. *ap.*

Pedro.

¿Y al cabo de tantos años,
que ha que noticia no tengo
de él; porqué cuando ha venido
no fué á apearse al momento
á mi casa?

Tacon.

Ya dí en ello, *ap.*
alúmbreme Dios con bien:
la hambre el discurso me ha vuelto.
¿Pues no sabeis lo que pasa?

Pedro.

Yo, no.

Tacon.

Alábenme el ingénio. *ap.*
Milagro de Dios es que hoy
tengais hijo de provecho,
porque él de vos no se acuerda,
de sus padres ni sus deudos,
ni aun de sí, y sino es por mí,

á Madrid no hubiera vuelto.

Pedro.

¿Pues porqué?

Tacon.

Yo há que le sirvo,
(si habrá) once meses y medio,
porque viniéndome á España,
lo topé en la Habana enfermo.

Pedro.

¿De qué?

Tacon.

Del mal terrible:
oigan, que es raro el suceso.
A él le dió una perlesía,
y de ella resultó luego
un mal, que manía se llama,
de quien refiere Galeno,
que quita la voluntad,
memoria y entendimiento:
él lo perdió todo junto;
mas como traia dinero,
que él ha estado en Filipinas,
aunque no se acuerda de ello,
y allá dicen que hizo cosas,
y treinta y dos mil progresos,
con muy grande bizarría;
(no ha pasado caballero
mas galante á Nueva España,
desde que allá llegó el credo)
se curó en fin, porque allí
seis médicos le asistieron
de Cámara.

Pedro. ¿Qué decís?
¿de Cámara?

Tacon.

Bueno es eso,
¿tambien hay Cámara allá?

Pedro.

Proseguid.

Tacon.

Sanó en efecto,
y á fuérza de medicinas
restauró el entendimiento;
mas la memoria voló,
tanto, que fué fuerza luego
enseñarle á escribir, leer,
y hasta el mismo padre nuestro;
y su nombre, que tambien
se le olvidó: a compañero
ni amigo no conocia;
pues sus padres, volaverunt;
todo el humor radical
se le salió de los sesos;
y en fin perdió la potencia
redonda.

Pedro.

¡Válgame el Cielo!

Tacon.

No la de padre, que ya
pienso que teneis un nieto.
En fin, yo con las noticias
que sus amigos me dieron,
supe que era de Madrid
Don Lope, hijo de Don Pedro
de Lujan, y preguntando
por vos, de Sevilla vengo
informado de este barrio,
donde conocidos vuestros
me han guiado, que Don Lope

tambien se fuera á Marruecos
si se lo dijera *yo*.

Pedro.

¿ Qué se olvidó de sí mesmo?

Tacon.

Para firmar me pregunta
como se llama.

Pedro.

¿ Y remedio
no habrá para aquese mal?

Tacon.

Dicen que sí, con el tiempo.

Pedro

Pues aunque toda mi hacienda
se gaste al instante en ello,
le he de curar, si es posible.

Tacon.

Clavéla de medio á medio. *ap.*

Diego

De todo cuanto os ha dicho
es el testigo mi encuentro,
pues ni aun á mi me conoce.

Pedro.

¡ Raro mal !

Tacon.

Es sin ejemplo.

Pedro

¿ Qué remedio le aplicaron?

Tacon

El mas eficáz remedio,
es darle á comer muy bien,
y mucho, porque el cérebro
con vapores regalados
se le vaya humedeciendo.

ESCENA VIII

Dichos y Don Fernando.

Fernando

Ya sé la casa: en mi vida
ví mas hermoso portento.

Taçon.

Este es Don Lope.

Pedro.

¿Hijo mió?
llega á abrazarme al momento:
él es en talle y semblante. *ap.*

Fernando.

¿Con quién hablais, caballero?

Tacon.

Mire usted si monda olvidos.

Pedro

Yo soy tu padre Don Pedro.

Fernando.

Yo no os he visto en mi vida.

Tacon

¿No os lo dije? miren esto.

Pedro

¿Qué no te acuerdas de mí,
hijo mio?

Fernando.

Ni me acuerdo
de vos, ni sé qué decis.

Pedro.

¡Raro mal!

Tacon.

Es sin ejemplo.

Pedro.

Yo soy tu padre.

Fernando.

¿Qué padre?

Tacon.

Es como hablar adefesios:
el mal que le dió es tan fuerte,
que quedó el buen caballero
sin adarme de memoria.

Pedro.

Hijo, si ha querido el Cielo
que la memoria perdieses,
yo con mi amor te la vuelvo:
conóceme, pues desde hoy
entro á ser padre de nuevo.

Tacon.

Este, señor, es tu padre,
acuérdate. (1)

Fernando.

Este es enredo *ap.*
de Tacon: ¡rara agudeza!
yo la he de esforzar con esto.
Señor, yo no sé quien es
mi padre, y asi no os creo.

Pedro

¿Pues no basta saber yo
que eres mi hijo?

Fernando.

No por cierto,
que pues padre no conozco,
me importa saber primero
quien es quien me hace su hijo.

Pedro.

¿Pues quién pudiera emprenderlo,
sino es quien fuera tu padre?

---

(1) *Tirale de la capa.*

Fernando.

¿Pues cómo puede ser eso,
si no os he visto en mi vida?

Pedro.

Tu olvido causa ese efecto.

Tacon.

Pues claro es, que es el olvido.
Mas se han clavado con esto: *ap.*
padre hay ya para diez años;
y si el hijo verdadero
no viene, para heredarle.

Fernando.

¿Pues cómo yo he de saberlo?

Pedro.

¿Pues tampoco no me crees?

Tacon.

Lo peor de todo es eso:
en los artículos solo
he gastado mes y medio
de licion, porque los crea.

Pedro.

Lope, hijo, yo soy Don Pedro
de Lujan; tú de mi hacienda
y de mi casa eres dueño,
todo cuanto tengo es tuyo.

Fernando.

Muy bien me está á mí el creerlo,
mas yo no lo sé, por Dios.

Pedro.

Tu rostro lo está diciendo,
que aun lo veo en mi memoria;
como lo dejaste impreso.

Fernando.

Pues, señor, dadme los pies,

Pedro.

Los brazos y el alma en ellos
te daré, vamos á casa.

Diego.

¿No os acordais de Don Diego
Osorio, tan vuestro amigo?

Fernando.

Todo me parece sueño.

Pedro.

Efecto del mal ha sido.

Tacon.

Claro está, que ha sido efecto.

Pedro.

Vemos á casa, hijo mio,
no este gusto dilatemos
á tu hermana

Fernando

¿Tengo hermana?

Diego.

Teneis un ángel del cielo
por hermana, ¿y tambien de ella
os olvidais?

Tacon.

Eso es bueno:
¿pues ha de acordarse de ella,
si se olvida de sí mesmo?

Pedro

¡Rara enfermedad?

Tacon.

Muy rara.

Pedro

Ven, y sabe que Don Diego
será su esposo y tu hermano.

Fernando

De tal ventura me alegro,

Pedro.

Sí, hijo mio, anda acá, vamos,
yo voy loco de contento.

ESCENA IX.

Don Fernando y Tacon.

Tacon.

Señor, ¿qué dices del caso?

Fernando.

Que me ha admirado tu ingenio,
pues lo has dispuesto de modo
que el cogerme á mí de nuevo
tu industria lo ha acreditado,
y me da salida de ello,
pues con haberlo negado
quedo bien en cualquier tiempo. *Vase.*

Tacon.

Yo voy á hartarme de pabos:
¿qué es pabos? viven los cielos,
que me han de traer capones,
pollas, tortas, y á este viejo
le he de hacer con la memoria
que pierda el entendimiento.

ESCENA X.

DECORACION DE CALLE.

Doña Ana con vestido humilde, y Lainez viejo.

Ana.

Esta, Lainez, ha de ser la casa.

Lainez.

Si usancé de aquí pasa,
no la puedo seguir, que estoy molido:

basta el haber venido
siguiendo á vusancé desde Sevilla
á Madrid, sin traerme por la Villa
como cartero, preguntando casas,
que vengo echando brasas
de los pies, por mi vida.

Ana.

Yo siempre agradecida,
Lainez, le estaré de la fineza;
que su honrada nobleza,
á haberle yo elegido
para que me acompañe, me ha movido.

Lainez.

¿Eso nobleza? mas de alguna gorra,
me tiene á mí respeto en Calahorra.

Ana.

¡Ah cielos! ¡quién pensára,
que deste modo yo en Madrid me hallára,
y que pudo Doña Ana de Ribera
llegar de esta manera
á tener, desgraciada,
por dicha el ser criada
de quien dudando estoy que me reciba!
Mas si mi suerte esquiva
permitió que mi hermano
encontrase en mi casa á quien la mano
me habia dado de esposo,
y que viese furioso
primero los indicios de su agravio,
que pudiese mi labio
darle satisfaccion, diciendo que era
quien honrarme pudiera,
siendo ya mi marido
Don Lope de Lujan, recien venido
de las Indias á España,

el que encontró, y con furia tan estraña
dejó muerto ú herido,
porque de él no he sabido
desde la infeliz noche, que al estruendo
del riesgo salí huyendo:
sin duda, pues no pudo mi noticia
descubrirle, ó es muerto, ó la Justicia
le ha preso, el menor mal es que sea cierto,
pues quedo sin bonor, si acaso es muerto.
Por las noticias que él me habia dado
de quien era su padre, me he arrojado
á venir á Madrid, donde es preciso,
que de si es muerto ó no venga el aviso;
y por saber en todo lo que pasa
he buscado su casa,
que me dicen que es esta: aqui á su hermana
vengo á buscar: ¡ah, infeliz Doña Ana!
¡quién á mí me dijera
que con temor me viera,
como me veo aqui de desgraciada,
de que otra me reciba por criada!
Pero ya de allá dentro
sale gente al encuentro:
Lainez, vaya, espéreme en la calle.

Lainez.

Pues ya yo de dormirme tenia talle:
¿ha estado acaso usancé hasta ahora
en oracion mental?

Ana.

Una señora,
que busco, sale ya, váyase luego.

Lainez.

Que no tarde vuesancé la ruego,
y no me haga esperar con este frio,
que yo no tengo nada de judío.

ESCENA XI.

Sala en casa de Don Pedro.

Doña Ines y Leonor.

Ines.

¡Leonor, galan forastero!

Leonor.

¡Y el pícaro del criado
qué agudo y qué redomado!
por estos hombres me muero.
¿Hay cosa como escuchar
una muger á un discreto
en cada voz un concepto?
estos hombres se han de amar,
que cada dia hallarás
en él gala diferente,
y el que es galan solamente
es para un dia no mas.

Ines.

Que me dejó, te confieso,
su discrecion inclinada;
mas una muger honrada,
pasar de aquí fuera esceso.
En la que su honor prefiere
á su deseo, esté amor
ha de ser como la flor,
que en un dia nace y muere.

Leonor.

Yo tambien mi honor prefiero,
y muere tambien mi amor
en un dia como flor,
pero la huelo primero.

¿Y en efecto, ha de morir
este amor?

Ines.

Fuerza ha de ser,
si no he de volverle á ver.

Leonor.

¿Y al verle?

Ines

No sé decir
lo que haré; el riesgo presente,
la que es honrada desprecia,
que quien mas promete es necia,
pues el tiempo la desmiente.
¿Mas quién está aqui?

ESCENA XII.

Dichos y Doña Ana.

Ana.

Señora,
una muger desdichada
soy, del blason informada,
que vuestra casa atesora.
Un riesgo me ha sucedido,
que contra mi honor resulta,
y habiendo de estar oculta
vuestro sagrado he escogido.
Mi propia resolucion
mi peligro da á entender,
pues no lo puedo emprender
sin tener grande ocasion;
cuando ni soy conocida,
ni tengo en peligro tanto
mas abono que mi llanto:
mirad pues siendo entendida,

si es mi mal harto cruel,
pues sin abono ú favor
sé que pretendo un error,
y he atropellado por él.
En lo que os sabré servir
mientras mi estrella fatal
dispone enmienda á mi mal,
podeis, señora, advertir,
al tratar vuestros despojos
quién soy yo, que mi pesar
ahora no os puede dar
mas testigo que mis ojos.

Ines

Alzad, señora, del suelo,
que vuestro hermoso semblante
de quien sois prueba es bastante;
y pues vuestro desconsuelo
de mí se viene á valer,
no os faltaré, que aun aquí
puedo yo temer de mí
lo mismo, siendo muger.
En mi cuarto recogida
podeis estar, hasta que
mi padre licencia dé,
que es justo que se la pida.

Ana

El logro os dé amor, señora,
que vuestra hermosura espera.

Leonor.

¿Si es esta carantoñera
de las que se usan ahora,
que entran con arengas tales,
para llevarse un vestido
debajo de otro escondido,
como zapatos papales?

¿Y qué sabrá hacer usté,
si se compone la fiesta?

Ana.

En una casa como esta,
cuanto se ofrezca sabré.

Leonor.

¿Y cómo ha nombre?

Ana.

Lucía.

Leonor.

¿Es la que salió al corral?

Ana.

De todo he salido mal.

Leonor.

Pues esta muy bien salia:
mas señora, mi señor.

Ines.

Entraos á mi cuarto, pues,
hasta que os llame despues.

Ana.

Espero vuestro favor.

Leonor.

Venga sin miedo.

Ana.

Me espanta
en todo la suerte mia.

Leonor.

Pues á fé que la Lucía
no tiene ojos para santa.

ESCENA XIII.

Don Pedro, Don Fernando, Don Diego y Tacon.

Pedro.

Entra, Lope, á ver á Inés,
que es tanto el contento mio,
que divertido en mirarte,
en llegar me he detenido:
él es mi mismo retrato.

Ines.

¡Válgame el Cielo! ¡Qué miro! *ap.*
¿mi padre y el forastero
aqui con tal regocijo?

Pedro.

Inés, abraza á tu hermano:
Lope es el que vés.

Fernando.

¿Qué miro?
Tacon, esta es la tapada
de la iglesia.

Tacon.

Bueno, lindo:
eso es huevos y torreznos.

Pedro.

¿Cómo está tu amor remiso?
¿no le llegas á abrazar?

Ines.

Señor, como no le he visto
otra vez, porque él se fué
siendo yo niña, esto ha sido
estrañeza del recato.

Fernando.

Yo soy, señor, el remiso:
dadme los brazos mil veces,

que el alma y el alvedrio
os doy en ellos.

Tacon.

¿Y cómo?
señores, quién habrá visto
hombre con tanta ventura,
que el abrazar sin peligro
pueda á su dama, delante
de su padre y su marido?

Fernando

¿Pues cómo con tal tibieza
me recibes?

Ines.

No ha podido,
tan de repente con vos
entrar de hermano el cariño.

Pedro

El irá entrando despues:
alegraos ahora, hijos.
Don Diego, vamos los dos,
que es menester prevenirnos
de regalos para Lope.

Tacon.

Traiganle mucho tocino,
que lo come bravamente.

Diego.

Señora, el parabien mio
recibid de la ventura.

Ines.

Y como tal le recibo.

Pedro

Despues Lope os le dará
en siendo de Ines marido:
venid conmigo, Don Diego.

Fernando.

Esto es malo, vive Cristo.

Tacon.

¿Pues no es peor para el otro?

Pedro.

Inés, vé tú á prevenirlos
el cuarto.

Ines.

Ya te obedezco.

Fernando.

Señor, espera.

Tacon.

De olvido
es menester algo aquí.

Fernando.

¿Ah señor?

Pedro.

¿Qué dices, hijo?

Fernando.

¿Cómo se llama mi hermana?

Pedro.

Inés.

ESCENA XIV.

Fernando, Inés y Tacon.

Fernando.

Ha, si, Inés, me olvido
facilmente.

Ines.

¿Qué me quieres?

Fernando.

Entrar adentro contigo,
y que vuelvas á abrazarme.

Inés.

Hermano, interés es mio:
toma los brazos y el alma.

Tacon.

Aprieta, pléguete Cristo,
pues tienes dispensacion.

Fernando.

¿Me quieres mucho?

Luis.

Te estimo
como hermano,

Fernando

¿Y no mas de eso?

Ines.

¿Pues qué mas?

Fernando

Yo soy mas fino.

Ines.

¿Pues por qué?

Fernando.

Porque te quiero...

Ines.

¿Cómo?

Fernando.

Como á dueño mio.

Ines.

Pues yo á tí...

Fernando.

¿Cómo me quieres?

Ines

No sé esplicar mi cariño;
porque antes que como hermano
como galan te habia visto.

Fernando.

Pues quiéreme de ese modo,

que á mí me pasa lo mismo.

Ines.

No puede ser.

Fernando.

¿Por qué no?

Ines.

Porque este amor es distinto.

Fernando.

Truécale tú.

Ines.

¿Cómo puedo?

Fernando.

Como yo lo hago contigo.

Ines.

¿Y á qué fin?

Fernando.

Al de quererte.

Ines.

Tiene eso mucho peligro.

Fernando.

¿Pues en qué?

Ines.

Vamos, Don Lope.

Fernando.

Entra pues, que ya te sigo:
¡qué linda hermana que tengo!

Ines.

Jesus, ¡qué hermano tan fino!

Tocon.

Bien puedes enamorarla,
que todo entra en el olvido.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Sala en casa de Don Pedro.

Fernando y Tacon de gala.

Fernando.

Fingir mas no he de poder,
que es muy de veras mi amor.

Tacon

Por San Francisco, señor,
que no lo eches á perder:
mira aqui cuán bien tratado,
rico, galan y lucido
te traen, airoso y vestído,
y ahito de regalado;
cuando ayer los dos nos vimos
muertos de hambre y desdichados
tan de los desamparados
que sarna tener pudimos.

Fernando.

¿Si sé que Ines me querrá,
no es lo mejor declararme,
y logrando esto casarme?

Tacon.

¿Sabes si el viejo lo hará?
y cuando hacerlo le cuadre
(que yo en pensarlo me alegro)
¿para qué has de hacerle suegro,
si le tienes suegro y padre?

*

Fernando.

Yo no puedo reprimir
lo que á Ines el alma adora.

Tacon.

Señor, que no es tiempo ahora
porque lo has de destruir:
cierto, que eres desalmado

Fernando.

¿Yo?

Tacon.

Despreciar por los dos
el bien que nos hace Dios,
¿no es grandísimo pecado?
¿Teniendo mesa tan buena,
quieres perderla atrevido?
Despues de haber bien comido
sabe bien la buena cena.
¿Tú no te estás divertido
todo el dia con tu Ines?
¿no la enamoras despues
con la capa del olvido?
¿ella no da cada instante
de quererte testimonios?
¿Pues hombre de los demonios,
porqué idea semejante?

Fernando

¿No ves, que su padre está
sus bodas apresurando
con Don Diego, y no sé cuándo,
segun la priesa se da
para matarme serán?

Tacon.

¿Pues tú, que podrás, no es llano,
estorbarlo como hermano
mejor que como galan?

Porque el engaño está urdido
con empeño y con rescate,
pues cualquiera disparate
lo atribuyen al olvido.

Fernando

¿Cuándo lo pueda estorbar
(pues eso es fácil de hacer)
qué salida ha de tener
mi amor, ó en qué ha de parar?

Tacon

Procura tú con cuidado
una ocasion

Fernando.

¿Y al tenerla?

Tacon.

Procurar enternecerla
á cuenta de lo olvidado:
y como el daño se vea,
en tomando posesion,
entra la declaracion,
cuando el viejo la desea.

Fernando

Que durar puede, haces cuenta,
mucho el engaño á ese tono

Tacon.

¿Qué, el padre? yo te lo abono
hasta el año de noventa.

Fernando

¿Y si sucediese, que
venga el hijo verdadero?

Tacon

Mas hijo entonces te infiero.

Fernando.

¿Cómo?

Tacon.

Yo te lo diré:
Cuando este mozo se fué
de aquella edad que tenia,
contigo se parecia
tanto como ahora se vé.
De un retrato que quedó
aquí de él, á ti han sacado,
que ellos bien se han engañado,
porque me he engañado yo.
Catorce años de mudanza,
que ha que este mozo ha partido,
ya le habrán desparecido;
con que tú la semejanza
tienes de aquel parecer,
que dejó á todos acá;
y él que con otro vendrá,
se le han de desconocer:
con que á tí te harán regalos,
y á él le enviarán á Pavía,
y si en ser hijo porfia,
le han de derrengar á palos.

Fernando

Si él dá señas, su aprehension
¿no es forzoso que se tuerza?

Tacon.

¿No vés que tienen mas fuerza
los ojos que la razon?
porque con lo parecido
tiene el viejo tal debate,
que ha tragado un disparate
tan grande como un olvido.

Fernando.

¿Qué te ha pasado hoy con él?

Tacon.

Ya te lo voy á decir,
que es cosa pue hará reir
al Rey Don Pedro el Cruel.
Lastimado él de tu olvido,
dolor que al alma le apunta,
de médicos hizo junta
en casa de un conocido.
Para relator á mí
del caso, allá me llevó,
entré en la tal casa yo,
y dando con ellos, vi
tres hombres en un salon,
rúcios, pues ya encanecian,
cuyas barbas parecian
cortaduras de turron.
Propuesto el caso despacio
de tu olvido, el parecer
de uno fué, no puede ser;
y otro dijo, est implicacio:
¿Cómo implicacio? á los dos
dijo el viejo puesto en medio:
usted mire si hay remedio,
que ello es verdad, juro á Dios,
y háganle alguna receta.
Dijo uno hoc est insania:
yo dije: ni es Ananía,
ni Azaría, ni Profeta.
Dijo otro desde el cadalso:
tal mal no es posible que haya;
si hubiera demencia, vaya;
mas sine demencia, es falso.
Otro (aquí mi risa viene)
muy panzudo entre los dos,
dijo entre regüeldo y tos,

¿en aprendiendo retiene?
No señor, respondí yo,
que aun á veces se ha olvidado
de mí, que sóy su criado;
él las cejas estiró,
y dijo: échenle en las ollas
mas verdura, y desde aqui
coma leche, y respondí:
¿no es mejor que le dén pollas?
Fuéron los tres con licencia
á consulta, esto fué vicio,
que al verlos perder el juicio
perdió el viejo la paciencia.
Y arrojando un juramento,
dijo: váyanse á una noria:
¿cómo han de curar memoria
hombres sin entendimiento?
Fuímonos con que tu olvido,
mientras es mas imposible,
lo tiene él por mas creible
en fé de lo parecido
Con que si no te regala,
ó hace algo que no te cuadre,
puedes olvidar que es padre,
y enviarlo noramala

Fernando.

El viene.

Tacon

Pues atencion
al nombre, que me he mudado.

Fernando.

¿Cómo es?

Tacon.

Cerote: cuidado;
que ingrediente es del Tacon.

ESCENA II.

Dichos y Don Pedro.

Pedro

Cada vez que á Lope dejo,
vuelvo á verle con dolor:
¿qué haces, Cerote?

Tacon.

Señor....
gran memoria tiene el viejo. *ap.*

Pedro

No hallan remedio á este daño
los medicos?

Fernando

¿Quién entró?

Pedro.

¿Pues no has visto que soy yo?
¡hay olvido mas estraño!

Tacon.

Tu padre es.

Fernando.

¡O padre mio!

Pedro.

¿Hijo, quiéres que salgamos?
elige tú donde vamos:
¿quiéres al Prado, ó al Rio?

Fernando.

¿Qué decís?

Pedro.

Que te esperaba.

Fernando.

Vamos á comer si es hora.

Pedro

¿Pues no hemos comido ahora?

Fernando.

Es verdad, no me acordaba.

Pedro.

¡Vióse tan notable esceso!
Hijo, á darme penas vienes.

Tacon.

Bien haya el alma que tienes;
olvídate mucho de eso.

Pedro.

¿Quiéres comer?

Tacon.

Dí que sí.

Fernando.

¿Pues para qué, si lo digo?

Tacon.

¡Cuerpo de Cristo conmigo!
olvida algo para mí.

Fernando.

Donde quisieres los dos
podemos, señor, salir,
que yo no puedo elegir
donde estuviereden vos.

Pedro.

Inés viene aquí, sepamos
si ella tambien salir quiere,
y á la parte que escogiere
podemos ir juntos.

Fernando.

Vamos.

ESCENA III.

Dichos, Doña Ines y Leonor.

Ines.

Leonor, ya temblando voy

de mi loco desatino,
que yo tambien imagino
que me olvido de quien soy
Yo tengo amor tan tirano
á mi hermano, que le adora
mi fé.

Leonor.

No es mucho, señora,
que es muy buen mozo tu hermano.

Inés.

Aquí estan mi padre y él;
yo he de perder el sentido,
si de este amor no me olvido.

Tacon.

Señor, aquí entra el papel,
entáblale desde ahora
lo que despues has de hacer.

Fernando.

¡Qué hermosisima muger!
¿es de casa esta señora?

Pedro.

¡Jesus, que gran desatino!
¿no ves que es tu hermana Inés?

Fernando.

Perdóname, hermana, pues
que tan bella te imagino,
que no pienso que es verdad,
siempre que te llego á ver,
que siendo hombre, pueda ser
hermano de una deidad.

Pedro.

¡Qué cortesano y qué atento
se disculpó!

Tacon.

Aquesto es gloria.

Pedro.

Lo que perdió de memoria
le creció de entendimiento:
del dolor llevar me dejo
cuando el alma lo imagina.

Tacon.

Mientras él mas desatina,
mas lo vá creyendo el viejo.

Pedro

¿Hijo, de esé olvido en tí,
qué siente tu entendimiento?

Fernando.

Yo, señor, bueno me siento,
y nada me aflige á mí.

Pedro

Aunque es tanta pena el verle,
esto me alivia tambien.

Tacon.

Mientras él comiere bien,
no tiene usted que temerle.

Ines

Señor, del mal de mi hermano *ap.*
yo he inferido (á Dios pluguiera,
que nunca mi hermano fuera,
para ser mi amor en vano)
nadā con el tiempo dura,
y que tendrá cura siento.

Tacon

Pues hágase el casamiento,
y verán qué presto hay cura.

Pedro.

El, si deja de mirar
á uno, si no hay quien le acuerde,
aquellas especies pierde,
y no las vuelve á cobrar:

¿Tú, si allá tuviste cuenta,
de que el Médico infirió,
que las especies perdió?

Tacon.

De navegar con pimienta.

Pedro.

De eso el mal le daría allí:
¿mas cómo este mal le dió?

Tacon

Eso es lo que no sé yo.

Fernando.

¿Señor, qué hacemos aquí?
¿nos quedamos hoy sin Misa?

Pedro

¿Misa á las tres de la tarde?

Tacon

Yo pienso, así Dios me guarde,
echarlo á perder de risa.

Pedro

Hija, quédate con él,
que temo que me ha de dar
un gran mal de este pesar.
¡Hay delirio mas cruel!
de gastar mi hacienda trato;
y por no ver lo que pasa,
he de traer á mi casa
todo el Proto-Medicato.

ESCENA IV.

Dichos menos Don Pedro.

Fernando.

¿Vase mi padre enojado,
ó he hecho algun desvarío?

Ines.

No es enojo, hermano mio,
que antes se va lastimado.

Fernando

Pues sentémonos tú y yo:
ven, hermana, que contigo
tengo yo el cielo conmigo:
¿quieres?

Ines.

¿Digo yo que no?

Fernando.

Ven, pues.

Ines.

¡Que permita el cielo, *ap.*
que á esta tan loca pasion
dé mi hermano la ocasion!
que me he de perder recelo.

Fernando.

¡Qué lindas manos que tienes!
¿hase visto tal blancura?
lo mejor de tu hermosura
son ellas.

Ines.

Siempre tú vienes
lisonjero, ¡hay ansias mias!

Fernando.

Besártelas no resisto.

Tacon.

¿Si esto haces, pléguete Cristo,
por qué pides gollerías?

Fernando.

¿No será bien que los dos
en enamorar nos demos?

Ines:

¿Pues siendo hermanos podemos?

Fernando.

¿Qué dices? ¡válgame Dios!
es tanto lo que te quiero,
que cada vez que me olvido
de que tú mi hermana has sido;
al oírtelo me muero.

Ines.

Deja esa aprension tan vana.

Fernando.

Este olvido es gran rigor.

Ines

¿No se te olvida el amor,
y se te olvida lo hermana?

Tacon.

No has oido una coplilla
de Gil, que eso contradice,
pues le culpas

Ines.

¿Y que dice?

Tacon.

Escucha la redondilla:
¿di, por qué no das un medio
que remedie tu pesar?
era el remedio olvidar,
y olvidósele el remedio.

Fernando.

A la culpa que me impones,
con ella he de responderte;
oye, que satisfacerte
quiero en las mismas razones:
entre el corazon flechado,
y la memoria perdida,
una cuestion se ha formado;
él te quiere, ella te olvida,
con que la lid se ha trabado:

el corazon dice pues
que hay un medio, que es remedio;
y ella le arguye despues:
si un medio el remedio es,
¿dí, por qué no das un medio?
El medio es, que el corazon
que eres mi hermana se acuerde;
mas siendo de ella esta accion,
la memoria que te pierde
le da luego esta razon.
No es medio para tu fuego,
que yo lo llegue á acordar;
pues si te quito el sosiego
has menester otro luego
que remedie tu pesar.
Viendo el daño la razon
de fuego tan encendido,
en tan injusta pasion,
siendo culpado el olvido
riñe solo el corazon.
El dice, ¿yo qué he de hacer?
la memoria has de culpar,
que temiéndome ofender,
pensó que para querer,
era el remedio olvidar.
La razon condeno luego,
que la memoria en la fragua,
á costa de mi sosiego,
eche del acuerdo el agua
para apagar este fuego.
Aunque perdiese mi gloria,
si ejecutase este medio
fuera mi salud notoria;
mas faltome la memoria,
y olvidóseme el remedio.

Ines.

Este no es discurso, cielos, *ap.*
que sin memoria se hace,
la duda me satisface,
pero me da mas recelos.

Tacon.

Leonor, ¿ quieres que hermanemos
los dos tambien ?

Leonor.

¿ Para qué ¿

Tacon.

¿ Para qué ? ¿ pues no se ve?
porque nos enamoremos.

Leonor.

¿ Luego enamoran tambien
los dos ? ¿ pues no es grave error ?

Tacon.

¿ Pues con fraternal amor
no pueden quererse bien ?

Leonor.

¡ Jesus ¡ ¿ pues no los atajas ?
y aun por eso he reparado
que está tan embelesado
Don Lope.

Tacon.

Pues ella, pajas.

Leonor.

Señora, ¿ aquella criada
se ha de estar siempre escondida ?

Ines.

Ha, sí, Lope, por tu vida
me hagas un gusto.

Fernando.

Enojada
dejas á mi obligacion;

¿tú pedirme has menester
lo que por tí debo hacer?

Ines.

Yo te estimo la atencion:
yo recibí una criada,
porque sabe hacer mil cosas
de las que se usan curiosas,
es disceeta y muy honrada,
y gustaré de tenella;
quiero que, si no te olvidas,
licencia á mi padre pidas,
que no me atrevo sin ella.

Fernando.

Cierto, Ines, que me has corrido.
¿de eso estás embarazada?
venga luego esa criada,
di que yo la he recibido.

Ines

Leonor, á Lucía luego
trae aqui.

Leonor.

Ya voy, señora;
mas no puede ser ahora,
porque viene aqui Don Diego.

Ines.

¡Cielos, que con este hombre *ap.*
sea el casarme forzoso,
y que haya de ser mi esposo
quien me asuste aun con el nombre!

Fernando.

Todo el color ha perdido *ap.*
al oirle, antes de verle,
indicio es de aborrecerle.
Tacon, gran dicha he tenido.

Facon.

Eso de Tacon no entiendo,
que soy Cerote, tonton
¿ quieres que con el Tacon
nos conozcan el remiendo?

Fernando.

Que me ama no hay que dudar.

Tacon.

Pues si eso tienes, ¿ qué pides?
una tarde que te olvides
de tu amor puedesla hablar.

ESCENA V.

Dichos y Don Diego.

Diego.

Ya, cielos, logran mis dichas
cuanto mis ansias desean.
Pues Don Lope, hermano mio,
hállete yo en hora buena,
cuando por haber logrado
lo que mi suerte concierta,
hermano llamarte puedo,
que hermano soy.

Fernando

¿Ines bella,
quién es este caballero
que tanto nos hermanea?

Ines.

Es Don Diego.

Diego.

¿ Qué pregunta?

Ines.

No os conoce.

Tacon.

¡Linda flema!
¿no le he dicho á usted que diga
quien es, cuando á verle venga,
ó que traiga sobrescrito?
¿Si usted sin mal no se acuerda,
qué milagro es que se olvide
con mil ventosas acuestas?

Diego.

Don Lope amigo, yo soy
Don Diego Osorio, quien llega
á lograr dicha tan alta,
que ser vuestro hermano espera,
y esclavo de Doña Inés;
porque estando ya dispuesta
la voluntad de Don Pedro,
solo que el Nuncio supliera
nuestras amonestaciones
faltaba, y la diligencia
vengo yo de hacer ahora,
porque esta noche ser pueda
dueño felíz de esta dicha;
y ahora, en albricias de ella,
de besar su hermosa mano
os pido justa licencia.

Ines.

¡Ay, Leonor, yo estoy mortal!

Leonor.

A esto no hay mas de paciencia.

Fernando.

¿Qué es esto, Tacon?

Tacon.

¿Pues eso;
no se vé en lo que desea?
él traia priesa de nóvio.

Fernando.

Vive Dios, que si se acerca, *ap.*
para besarla la mano,
le he de romper la cabeza.

Diego.

¿No decís nada, señora?
mas suspension tan modesta
debiera yo agradecer:
claro está que dais licencia
de que yo os bese la mano,
y el no decirlo es modestia
del recato que yo estimo;
y asi, la de vos supuesta,
con licencia de Don Lope...

Fernando.

Tened, tened, con la vuestra.

Diego.

¿Pues licencia no me dais
de besar su mano bella?

Fernando.

No, que primero soy yo.

Diego.

No es posible que os entienda.

Tacon.

Que ha estudiado en Alcalá,
y fué primero en licencias.

Diego.

Ahora lo entiendo menos:
¿Don Lope, pues qué os arriesga
en que yo bese la mano
á mi esposa, cuando es cierta
la boda para esta noche?

Fernando.

¿Qué boda?

Diego.

¿No se os acuerda
de que yo he de ser su esposo,
pues vuestro padre lo ordena?

Fernando.

¿Pues para qué estoy yo aquí?

Leonor.

¡Ay Vírgen de la Cabeza!
tu hermano quiere casarse
contigo.

Inés.

Olvidarle deja,
Leonor, que mi hermano aquí
con este olvido me alienta,
que si no fuera por él,
me hubiera caido muerta.

Diego.

Don Diego, de no entenderos
el alma tengo suspensa.

Fernando.

Pues yo bien claro os he hablado.

Diego.

¿Pues vos os casais con ella?

Fernando.

Don Diego no nos cansemos,
que aunque Doña Inés lo quiera,
no ha de casarse con vos.

Inés.

¿Leonor, hay dicha como esta?
la vida me dá este hermano.

Leonor.

Yo pienso que lo dijeras
con mas gusto, á no ser tanto
el parentesco.

Diego.

Suspensa
tengo la voz y el enojo,
Don Lope, á vuestra respuesta;
porque si es inconveniente
para vos y vuestra herencia,
que se case Doña Inés
antes que vos, ser pudiera
la respuesta de otro modo;
mas decirme con soberbia
que no ha de casar conmigo,
es injuriar mi nobleza;
y vive Dios, que á no estar
Inés aquí, á quien respeta
mi amor y veneracion,
tomára yo de esta ofensa
la satisfacion que debo.

Fernando

Pues si os embaraza ella,
guiad donde no os estorve.

Diego

Pues seguidme en hora buena.

Inés

¡Ay Cielos! detente, hermano.

Fernando

Suéltame, Inés, que es bajeza
no castigar su osadía.

Diego.

Soltadle, señora, y venga.

Tacon.

¿Hombre, te biede la vida?

Diego.

Eso se verá acá fuera:
dejadle salir.

ESCENA VI.

Dichos y Don Pedro.

Pedro

¿Qné es esto?

Tacon.

¡Jesus! perdióse la hebra:
todo aquí se desvarata.

Diego

Señor Don Pedro, la ausencia
trueca á los hombres: Don Lope
mas mi amigo pensé que era,
y vos pudierais decirme
cuando él vino, sin ofensa,
que no me casaba, y no
empeñar mis diligencias
para quedar desairado;
pero de vos, con la queja
me satisfago, y Don Lope
escusar esto pudiera.

ESCENA VII.

Dichos menos Don Diego.

Pedro

¿Qué es esto, Lope? ¿qué es esto,
Inés? ¿qué palabras nécias
son las que dice Don Diego?

Tacon.

Señor esto se remedia
con disparatar aqui: (*A Don Fernando.*)
ácia el olvido con ella,
que yo te sacaré de ello.

Fernando.

Señor, es la desvergüenza

mayor qne he visto en mi vida
entró aquí, y en mi presencia
la quiso besar la mano.

Pedro

Si es su esposo, bien pudiera.

Fernando.

¿Cómo su esposo, señor?
¿pues de mi qué hacer intentas?

Pedro

¿Pués qué he de hacer yo de tí?

Fernando

¿Yo no me caso con ella?

Pedro.

¿Con tu hermana has de casarte?
¿Cerote, no se lo acuerdas?

Tacon

Señor, harto lo trabajo,
mas no hay diablos que le metan,
por mas que esté mazeando,
esta hermana en la cabeza.

Pedro

¿Pues tú, Inés, esto á tu esposo
advertirle no pudieras?
tan poco su amor estimas?

Ines

Yo, señor, quererle es fuerza.

Fernando.

¿Cómo es eso de quererle?
pues ingrata, falsa fiera,
tirana de mis sentidos,
hechizo de mis potencias....

Pedro.

¿Lope, qué es esto, qué es esto?

Tacon

¡Ay, que ahora se me acuerda!

¿en qué estado está la Luna?

Pedro.

Ayer entró Luna nueva.

Tacon.

¿No es la de febrero?

Pedro.

Sí.

Tacon.

Pues de Lope no hagais cuenta
hasta que entre la menguante.

Pedro.

¿Pues porqué?

Tacon.

Hace años en ella
que le dió el mal; y esta Luna
le entra con tanta violencia,
que hace en ella mil locuras.

Pedro.

¿Ahora me dás esas nuevas?
Lope viene á darme muerte.

Tacon.

¿Pues no es bien que te lo advierta?
en la Habana abrió ahora un año
á un clérigo la cabeza,
porque le iba á confesar.

Pedro.

¡Hay desdicha como esta!

Fernando.

No os canseis, señor, que ese hombre
no se ha de casar con ella,
vive Dios, ú he de matarle.

Tacon.

Señor; el humor le lleva, (*A Don Pedro.*)
ó nos hará aquí pedazos.

Pedro.

Lope, hijo, tu gusto sea:
no se casará tu hermana,
sino es cuando tú lo quieras.

Fernando.

¿Me dás palabra?

Pedro.

Si doy:
¡hay para un padre mas pena! *ap.*

ESCENA VIII.

Dichos y un cartero con cartas, y una en la mano,

Cartero.

Ah de casa.

Pedro.

Leonor, mira
quien llama.

Cartero.

Tres cuartos vengan:
á Don Pedro de Lujan,
en la calle de la Reina:
de Toledo.

Leonor.

Es una carta.

Pedro.

Págala.

Leonor.

Mi faldriquera
no puede.

Tacon.

Yo tengo cuartos:
tome usted, que el trago espera.

Cartero.

Dios guarde á vuesas mercedes.

ESCENA IX.

Dichos menos el Cartero.

Tacon.

Destos hay uno qué deja,
de las cartas que vá dando,
un porte en cada taberna.

Pedro.

¿Vióse tal bellaquería? (*Lee para sí.*)
algun pícaro és, que intenta,
viendo el dolor en que estoy,
acrecentarme la pena;
y á la que hacia mi hijo
es parecida la letra.
en esto se ve que es burla.

Fernando.

¿Que es eso?

Pedro

Una desvergüenza
de alguien que de mí se burla
en la carta; óyelo en ella.

Lee. *Padre y señor mio: Habiendo tantos años que no sabeis de mi, ahora que he vuelto á España, no os he querido avisar de Sevilla, por escusaros la pesadumbre de unas heridas que me dieron en aquella ciudad: ahora llego á Toledo, y siendo noche de estafeta, no he querido dejar de lograros la alegria de que estaré en vuestra casa tan presto como la carta. Dios os guarde.*

Lope.

Fernando.

¿Y aqueso decís que es burla?
la burla, señor, es esta
que estais haciendo de mí;
pues como la carta muestra,
teniendo hijo, me quereis
hacer á mí hijo por fuerza;
y vive Dios que es engaño,
que en la Corte no pudiera
haberse hecho con un negro.

ESCENA X.

Dichos menos Don Fernando.

Pedro.

¿Qué dices, Lope? hijo, espera.
Cerote, llámale apriesa.

Tacon.

Por Dios, que la has hecho buena:
¿sabiendo que es la creciente,
le vas á dar esa nueva?
mas habré de trabajar
en que por padre te crea,
que en los artículos ya.

Pedro.

Síguele, Cerote, apriesa,
y traele á casa

Tacon.

Ya voy,
señor: ¡cuál el viejo queda! *ap.*
no le sacarán del casco
que es su hijo mismo, aunque venga
su hijo y los de la Barbuda.

ESCENA XI.

Dichos menos Tacon.

Pedro.

Si esto, Ines, no se remedia,
este mozo ha de matarme.

Ines.

Dejar que se pase es fuerza
esta creciente de Luna,
y por no irritarle en ella,
concederle cuanto pida.

Pedro.

Dices bien; y pues su tema
es de casarse contigo,
dí tú, que estás muy contenta
de que haya de ser tu esposo.

Ines.

Pluguiera Dios, que de veras *ap.*
lo pudiera ser.

Leonor.

Señora,
ahora es ocasion que puedas
pedir licencia á tu padre;
porque es lástima que tengas
aquella pobre muger
encerrada, sin que vea
ni hable á nadie de la casa.

Ines.

Dices bien: señor, quisiera
que una merced me otorgases.

Pedro.

En sabiéndolo está cierta.

Ines.

Me ha venido una criada,

que es cuanto el gusto desea
para la comodidad
de una muger de mis prendas,
y quisiera recibirla,
si tú me dieses licencia.

Pedro.

¡Jesus! que venga al instante.

Ines.

Pues, Leonor, entra por ella.

Leonor.

Aqui está en este aposento:
Lucía, salga acá fuera.

ESCENA XII.

Dichos y Doña Ana.

Ana.

Cielos, si pone mi suerte
en mi mal alguna enmienda;
que aunque he estado tan cerrada,
cuando Leonor sale y entra,
de las palabras que dice
ha inferido mi sospecha,
que está Don Lope en su casa;
mas porque ella no la tenga
de mí, preguntar no he osado.

Pedro.

Vengais muy enhorabuena,
Lucía, á servir á mi hija,
que teneis linda presencia,
y de muger recatada.

Ana.

Señor, aunque asi mi estrella
me trata, soy bien nacida.

Pedro.

Bien el semblante lo muestra:
hija, un gran gusto me has dado,
quédese muy norabuena,
y enciendan luces, que es noche;
tú ve á prevenir la cena
de Lope, que su regalo
es lo que mas me desvela:
lleva luces á mi cuarto.

ESCENA XIII.

Dichas menos Don Pedro.

Ines.

Ya, Lucía, en casa quedas.

Ana.

Beso mil veces tus plantas.

Ines.

No estés de aquesa manera;
entra conmigo, Lucía:
¡Ay amor loco! ¿qué intentas? *ap.*
este hermano ha de ser causa...
mas no me entiendo á mí mesma.

Ana.

Cielos, si está aqui Don Lope,
todo mi mal se remedia.

ESCENA XIV.

DECORACION DE CALLE.

Don Lope y Don Felix de camino.

Lope

Don Felix de Guzman, esta es mi casa;

aqui de lo que os pasa
en vuestra pretension me dad aviso;
que pues el cielo quiso
que en el camino yo haya conocido
amigo como vos, agradecido
seré á mi buena suerte,
en seros firme amigo hasta la muerte.
Ya que mi esquiva estrella
quiso que ausente de una dama bella,
que no sé dónde está, venga muriendo;
el amor y la pena resistiendo.
No quiero decir que era *ap.*
Doña Ana de Ribera;
porque siendo Don Felix de Sevilla,
es fuerza conocerla; y permitilla
no quiero aqueste agravio,
que no es acuerdo sabio
cuando no sé el suceso
de su peligro; y puede haber esceso,
que me obligue de nuevo
á no poder pagar lo que la debo.

Felix

Don Lope, vuestra casa he sabido,
y vos por mi posada habeis venido,
que es aqui junto al Carmen, pues el cielo
quiso que allá en Sevilla, en vuestro duelo,
no habiéndoos conocido, no asistiera;
en Madrid ha de ser de otra manera,
porque sin veros no ha de pasar dia.

Lope

Pues que la suerte mia
de tan graves heridas ha querido,
que bueno me halle ya y convalecido,
yo os doy palabra de ello.

Felix.

Yo ignoro el que os hirió; pues el sabello
nada me importa, no os lo he preguntedo,
porque os he visto en esto recatado.

Lope.

Es, Don Felix, el caso,
de que el honor está pendiente acaso
de alguien que me está mal que esté agraviado,
y por esta ocasion os lo he callado;
y porque aunque conozco á quien me ha herido,
no soy de él conocido;
porque sin saber él con quien reñia,
mató al mayor amigo que tenia,
por cuyo riesgo pude yo obligarme
á esconderme en Triana hasta curarme,
sin que de él saber mas haya podido,
pues por mi amigo estoy tan ofendido,
que si yo le encontrára,
á matarle el enojó me obligára.

Felix.

Don Lope, los amigos que lo fueren,
no han de saber lo que callarles quieren:
quedaos con Dios, que vos tendreis ahora
un rato con un padre que os adora,
tras tanta ausencia, sin haberle dado
nueva de vos.

Lope.

A Dios, amigo mio.

Felix.

Yo voy á mi posada con cuidado,
porque hoy en Madrid hallar confio
mi amigo Don Fernando de Ribera,
que de alguna quimera
la ocasion de Sevilla le ha traido,
y á Madrid me dijeron que ha venido. *Vase.*

Lope.

Cielos, trás tantos años,
cierto es, que á todos he de hallar estraños:
yo he de probar si alguno me conoce,
mas fuerza es que me emboce,
porque dos hombres entran en mi casa,
así saber espero lo que pasa.

ESCENA XV.

Dicho Don Fernando y Tacon.

Tacon.

Señor, viven los cielos, que aunque venga
una ristra de hijos, no es posible
que tú dejes de serlo, estás terrible:
además, que no puedes, si es tu intento
hacer el casamiento,
lograrlo, si te sales de su casa.

Fernando.

¿Pues qué he de hacer si sabes lo que pasa?
¿quieres que á un desaire me aventure?
pues no es posible que el engaño dure
en viniendo su hijo.

Tacon

Cierto, que estás prolijo,
no saldrá el viejo ya de la quimera,
aunque el mismo hijo pródigo viniera:
con aqueste furton, que ahora has hecho,
quedas tú siempre bien, y él satisfecho;
porque despues del caso averiguado,
siempre puedes decir que lo has negado,
y si esto no te mueve, por San Pablo,
mira qué has de cenar hombre del diablo,
que hay esta noche grandes prevenciones

Fernando.

¿Pues qué hay para cenar?

Tacon.

Unos capones,
que imagino que cantan en la cena
un villancico de la noche buena.

Lope.

No puedo conocerlos por lo obscuro,
ni entenderlos, por mas que lo procuro.

Fernando.

Yo por mejor tuviera
decir que soy Fernando de Ribera,
y le obligára la nobleza mia
á darme á Doña Ines; mas tu porfia
me obliga ya á que entremos.

Tacon.

De eso trato,
simple, pues te dan tanto de barato,
toma la posesion con buen despejo,
que despues aun vendrá á rogarte el viejo.

Fernando.

Finge tú que yo estoy muy enojado.

Tacon.

Yo le pondré al vejete de cuadrado.

Fernando.

Ya tu consejo elijo.

Tacon.

Su hijo has de ser, por Dios, aunque otro hijo
ahora traiga, por probar el padre,
un testimonio aqui de la comadre.

ESCENA XVI.

Don Lope.

Allá dentro se entraron, vive el cielo,

dejándome el recelo
de no saber quien son; sin mí he quedado:
¿mas qué vano cuidado
tengo yo de mi casa,
si en ella nada sé de lo que pasa?
¿Pues para qué me asusto,
que mi temor no es justo,
cuando yo no sé nada?
¿no puede ya mi hermana estar casada?
Llamar quiero á esta puerta;
pero no es menester, que ella está abierta:
entrar quiero, y dejar mi duda en calma.

ESCENA XVII.

Sala en casa de Don Pedro.

Lope y despues Tacon.

Lope.

Mas no sé que recelo tiene el alma:
el corazon helado me dejáron
estos hombres que entráron;
no es buen indicio que se asuste el pecho,
que el no estar satifecho
el corazon en casos presumidos,
es porque él sabe mas que los sentidos.
Con luz sale aquí un hombre;
este de casa es, no hay que me asombre:
pues tan seguro aquí le considero,
de él informarme, preguntando, quiero (1).

Tacon.

Señores, suelta la sisa
traigo al jubon y al coleto,
que este viejo recoleto

(1) *Tacon con una luz.*

me hace descalzar de risa.
De como él y yo me llamo,
su hija y todos los del cuento,
queda haciendo en su aposento
una memoria á mi amó
Llegué á verla (aqui me rio)
y decia el papelejo:
Don Pedro de Lujan viejo
es vuestro padre, hijo mio:
Ines luego, y en hilera
toda la casa ha ensartado,
rematando en el fregado
Dominga la cocinera.
Ya de imajinar me alegro
lo que hará, aunque no le cuadre,
cuando acostándose padre,
vea que amanece suegro.

Lope.

¿Ha hidalgo?

Tacon.

¿Quién pudo entrar
aquí?

Lope.

Preguntaros quiero...

Tacon

¿Y es buen modo, caballero?
¿no hay puertas para llamar?

Lope.

Templaos.

Tacon.

Hasta la cocina
se podia entrar usté.

Lope.

¡Sois de casa?

Tacon.

¿No lo vé?
¿tengo de ser de la China?

Lope.

Responded, que no es prolijo
preguntando un forastero.

Tacon.

¿Si es el hijo verdadero? *ap.*
vive Dios, que huele á hijo:
registrarle con la luz
el rostro quiero; aqui llamo:
él se parece á mi amo,
como un huevo á un avestruz.

Lope.

¿Pues Don Pedro de Lujan
vive en esta casa ó no?

Tacon.

Desde que en ella plantó
un hijo como un jayan.

Lope.

Hijo tiene.

Tacon.

Y que ha venido
de las Indias no ha ocho dias,
con más botas que Tobías.

Lope.

De la carta lo han sabido. *ap.*
De eso no me satisfago,
si á recibirle no han ido.

Tacon.

Ya lo tiene recibido:
y dado carta de pago.

Lope.

¿Recibido ya su padre?
¿si aun no le ha visto?

Tacon.

¿No, dijo?
señores, este es el hijo, *ap.*
por la leche de mi madre,
la hora fatal llegó:
valor, que este mentecato
ni se parece al retrato
ni al padre que le engendró.
Señor, vos estais prolijo,
y mi amo se ha de acostar,
y le voy á desnudar.

Lope.

¿Quién es vuestro amo?

Tacon.

Su hijo.

Lope.

Cielos, si alguien se prohija *ap.*
en mi ausencia, ¡qué pesar!
hijo debeis de llamar
al marido de su hija.

Tacon

¡Jesus! este es el demonio;
¿pues espíritu sin luz,
cómo, si huyes de la cruz
sabes la del matrimonio?

Lope

¿Diablo me llamais? ¿por qué?

Tacon.

Porque aquí decís á bulto
lo que yo, aun de puro oculto,
sospecho que no lo sé.

Lope

Oid, no seais majadero.

Tacon.

Usté, en vez de señoría,

me da la majadería.

Lope.

Entrad, y que un forastero
le quiere besar la mano,
decid á Don Pedro.

Tacon.

Ahora,
que ha que está durmiendo una hora:
vaya usté y vuelva temprano.

Lope.

Entrad luego.

Tacon.

A esta ocasion
idos vos, porque no os tope,
que si sale aqui Don Lope
os dará algun trasquilon.

Lope.

¿Qué Don Lope?

Tacon.

Mi señor.

Lope.

¡Que escucho! ó estais sin seso,
ó estas borracho.

Tacon.

Algo hay de eso.

Lope.

Entrad, ó del corredor
os echaré.

Tacon.

¿Tan liviano
me juzga? á acostarme voy,
y os perdono, porque estoy
con la candela en la mano.

ESCENA XVII.

Dihhos y Don Fernando.

Fernando

¿Que es esto? ¿quién da aquí voces?

Tacon.

Señor, este hombre que ves,
que por que me duele un callo,
no le mato á puntapies.

Fernando.

¿Pues qué quereis, caballero?

Lope.

¡Qué es lo que mis ojos ven!
darte la muerte, enemigo.

Fernando.

¡Ah traidor (1)!

Tacon.

¡San Rafael!

Lope.

¡Ah infame! ¿la luz has muerto?
mas venganza tomaré,
aunque á obscuras, de mi ofensa.

Fernando.

¿Quién eres, hombre?

Lope

Cruel,
soy quien heriste en Sevilla.

Fernando.

Por la voz le buscaré,
que este ha ofendido mi honor;
mas ya he encontrado con él, *Riñen.*

---

(1) *Mata la luz.*

Tacon.

¡Ay! que matan á mi amo ¡

Dentro Don Pedro.

Haz sacar luces, Ines.

Dentro Doña Ines.

Señor, mira si es mi hermano.

Dentro Leonor.

A oscuras nada se ve.

ESCENA XVIII.

Dichos, Doña Ines, Leonor y Don Pedro.

Pedro.

Sacad luces (1).

Ana.

Aqui están;
¡qué es lo que miro! ¿no es
Don Lope este?

Lope.

¿No es Doña Ana
esta que veo?

Fernando.

¡Ah cruel,
aleve y fiera!

Ana.

¡Ay de mí!
valedme, cielos.

Pedro.

Detén,
Lope, hijo.

(1) *Quédase Don Pedro en medio, y Don Lope á la puerta, por donde ha de salir Doña Ana con luz, y Don Fernando y los demás enfrente.*

Fernando.

Ya no soy Lope,
dejadme, Don Pedro, pues.

Lope.

¿Doña Ana?

Ana.

Don Lope, esposo;
defiéndeme aqui tu fe
del peligro de mi vida,

Lope.

Esto lo primero es:
vente, Doña Ana, tras mí. *Vase.*

Fernando.

Dejadme que muerte dé
á una aleve y á un traidor.

Pedro.

Haz sacar luces, Ines:
hijo, Lope....

Fernando.

Todo el mundo
no me podrá detenér. *Vase.*

Pedro.

Pues tras tí me has de llevar. *Vase.*

Ines.

¡Qué es lo que mis ojos ven!
¡ah ingrato hermano! ¡Ay Leonor!
que esta criada cruel
era dama de mi hermano.

Leonor.

De eso tiene el parecer.

Ines.

De envidia y zelos voy muerta:
¿mas si es mi hermano, porqué. *Vase.*

Tacon.

¡Jesus, y qué bravo caldo
se ha revuelto! mas si es
el caldo de olla podrida,
quiero ser la liebre en él.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Sala en casa de Don Pedro.

Doña Inés, Don Pedro y Tacon.

Pedro.
Inés, yo pierdo el sentido
de dolor.
Inés.
Templa el cuidado,
señor, que te has desvelado,
y esta noche no has dormido.
Pedro.
¿Cómo habia de dormir
quedándose Lope fuera?
¡qué tenerle no pudiera!
¡Qué no le pude seguir!
Y de lo que mas me aflijo,
fue que diciendo partió,
que no era su padre yo,
ni él era Lope mi hijo.
Tacon.
Ya esto acabó, no hay que hacer *ap.*
enredos ya, ni mentir:
mañana habré de pedir
limosna para comer;
pues señor, ya me despido.
Pedro.
¿Porqué, amigo? ¿qué te ha dado?

Tacon.

Señor mio, esto ha durado
lo que mi Dios fué servido.

Pedro.

¿Tambien tu lealtad me olvida?

Tacon.

¡Si él no vuelve, qué he de hacer!

Pedro.

¿Cómo que no ha de volver?
perderé el juicio y la vida.
¿Cerote, porqué ocasion
te quieres ir? ¡de ánsia muero!

Tacon.

Como usted no es zapatero,
no puedo darle razon.

Pedro.

Aunque mi pesar lo note,
¿qué causa hay, Cerote, dilo?

Tacon.

Que en acabándose el hilo,
no es menester mas cerote.

Pedro.

¿Cómo acabarse? ¡ay de mí!
mira que me das la muerte:
si hay algun pesar mas fuerte,
dilo ya, y muera yo aquí.

Tacon.

¿No lo ven? con mas presteza. *ap.*
podrá sacarle el gatillo
de la quijada un colmillo,
que el hijo de la cabeza.

Ines.

¿Qué á mi hermano le sucede?
yo estoy sin mí de temor.
¡Qué quieres injusto amor!

¿Y porqué volver no puede
á casa?

Tacon.

Yo lo dijera,
mas de él tengo mucho miedo.
Ahora yo he de ver si puedo *ap.*
sacarle algo por postrera
¿Vé usted aquel hombre tan fiero
que á reñir con él se atreve?
pues es un hombre á quien debe
mi amo un poco de dinero,
y él á mi amo antes debia
dineros, que le pagaba,
y siempre que le encontraba,
al punto se los pedia;
mas despues que le pagó,
mi amo el deudor vino á ser,
y no hay modo de poder
cobrar de él.

Pedro.

¿Pues por qué no?

Tacon.

Se olvidó que le debia.

Pedro.

¿Pues cómo no se olvidó
de lo que el otro debió,
pues siempre se los pedia?

Tacon.

Por eso á reñir se mueven.

Pedro.

Y es razon que se los pida.

Tacon.

De lo que debe se olvida,
mas no de lo que le deben.

Pedro.

¿Y eso recatando estás,
cuando estoy tan afligido?
¿de cuánto la deuda ha sido?

Tacon.

Cien escudos son, no mas.

Pedro.

Pues yo se los pagaré,
porque no esté tan molesto.

Tacon.

Si señor, salgamos de esto,
que yo se los llevaré.

Pedro

Pues yo voy á mi aposento
á dartelos de contado.

Tacon

Pues con eso está ajustado,
y vendrá Lope al momento.

Pedro.

¿Solo por esto reñia,
y con cólera tan ciega,
que soy su padre me niega,
y al otro matar queria?
Al verlo tan impaciente,
temí que fuera otro esceso.

Tacon

¡Jesus! ¿pues no adviertes que eso
lo ocasionó la creciente?

Pedro.

Por los cien escudos voy
al instante á mi escritorio.

ESCENA II.

Dichos menos Don Pedro.

Tacon

Animas del Purgatorio. *ap.*
cien Misas de ellos os doy:
nadie culpe á mis cuidados
la estafa, al verme perdido,
que no es mucho haber vendido
un hijo por cien ducados.

Ines.

¿ Dime, ingrato, desatento,
tu traicion, si lo sabia,
porque á mi no me decia
de esta muger el intento?
¿ Es bien haber engañado
á mi amo con su sentido,
cuando yo de mi me olvido?

Tacon.

¡ Ay, que el mal se le ha pegado.

Ines.

¿ Mas qué he dicho?

Tacon.

¡ Ay Dios, qué esceso!

Ines.

¡ Sin mí estoy! locura es.

Tacon

¡ Jesus! ¿ Pues la hermana Inés
ahora sale con eso?

Ines.

A poder ser él mi esposo,
confieso que le estimara
mas que á otro, á quien juzgara
tan fino y tan amoroso.

Tacon.

Eso ya es inclinacion.

Ines.

No es delito, aunque sea así.

Tacon.

¿Pues qué me darás á mí,
si traigo dispensacion?

Inés.

¿Dispensacion? esa es buena.

Tacon.

Eso no saben acá;
el de Miquinés las dá
á seis cuartos la docena.

Ines.

Mas tente, Cerote, y mira
quien es quien entra aquí dentro.

ESCENA III.

Dichos y Don Lope.

Lope.

Ya de Doña Ana el encuentro
templó en mi afecto la ira:
de Felix en la posada
esta noche la he asistido,
que como recien venido,
fué allí mi eleccion forzada
para poderla librar;
allá sola se quedó,
y al punto que amaneció,
mi padre vuelvo á buscár.

Ines.

¿Quién es?

Lope.

¿Hase levantado
ya Don Pedro de Lujan?

Tacon.

¡Qué es lo que miro, San Juan!

Inés.

¿Quién es?

Tacon.

El deudor pasado,
en acreedor convertido.

Ines.

Caballero, ya saldrá
mi padre, y os pagará
lo que mi hermano ha debido.

Lope.

¿Sois vos su hija?

Ines.

Yo soy.

Lope.

Dame los brazos, hermana.

Inés.

¿Qué decís?

Tacon.

¡Santa Susana!

Lope.

Yo soy tu hermano.

Tacon.

Ya voy.

Lope.

Hermana Inés.

Tacon.

¡Hay quimera
mas linda!

Ines.

¿Yo hermana? paso;

Tacon.

Debe de pensar acáso
que eres tú la hospitalera;

Lope

¿Cómo con despego tal,
llegas un hermano á ver?

Tacon.

Usted lo debe de ser
del hospital general.

ESCENA IV.

Dichos y Don Pedro.

Pedro.

Vamos, Cerote á pagarle
á este hombre, que es lo primero,
que ya aquí llevo el dinero.

Tacon

Pues bien puedes derramarle.

Lope.

Padre y Señor.

Tacon.

¡Cristo eterno!

Pedro

¿Qué habla este hombre? ¿Padre dijo?

Tacon

Si, que ahora os sale este hijo
como cebollon de invierno.

Lope

¡Cielos, qué es esto que toco!
¿no me conoces?

Pedro.

¿Quién eres?

Lope.

¿Que soy Don Lope no infieres?

Pedro

¿Qué dices, hombre, estás loco?
¿eso me dices á mi,

cuando mi hijo está en casa?

Lope.

¡Cielos, qué es esto que pasa?

Tacon.

¿No lo dije? venlo aquí:
miren aquí los regalos
que halla, el diablo me lo dijo:
si este hombre da en ser su hijo,
le han de dar cuatro mil palos.

Lope.

Padre y señor, padre mio,
Don Lope soy de Lujan,
que auuque los años me habrán
trocado el rostro, no el brio
que heredé de aquesos brazos;
y si en mi ausencia ha fingido
alguien, que tu hijo ha sido,
yo le haré dos mil pedazos,
que sin duda es hombre bajo
quien finge por su interes,
que es tu hijo.

Tacon.

Por Dios, que es
tieso el hijo como un ajo.

Ines

Señor, esto es fingimiento.

Tacon.

Gran dia ha de ser el de hoy.

Pedro.

Hija, vive Dios, que estoy
perdiendo el entendimiento.

Lope.

Señor, yo anoche llegué,
y aquí encontré á mi enemigo,
y no hablé entónces contigo,

porque á su hermana libré.

Pedro

¿Luego quién riñó con él
fuisteis vos? ¡de pena muero!
¿No es á quien debe el dinero
este hombre?

Tacon

Digo que es él.

Lope.

¿Qué dinero?

Tacon.

¿Hay taravilla
como esta, ó es carantoña?
¿usté no es hijo de Oña,
el Mercader de Sevilla?

Lope.

Hombre, tu error lo imagina,
si esa apariencia te ofrece.

Tacon.

Señores, se le parece
como un pollo á una sardina.

Pedro

Caballero, vive Dios,
que ya es mucha demasía,
y mucha bellaquería,
cuando el que riñó con vos
era mi hijo, querer
fingiros vos hijo mio,
cuando á vuestro desvarío
contradice el parecer:
porque si por darme enojos
lo habeis querido fingir,
os lo sale á desmentir
lo que están viendo los ojos.
Mi hijo Don Lope está en casa;

y él es mi mismo retrato,
y si vuestro desacato
ya mas adelante pasa,
tendrá osadía tan vana
castigo á su atrevimiento.

Tacon

Verán si no pára el cuento
en zurrarle la badana.

Lope.

¡Qué es lo que escucho! señor;
quien riñó conmigo, era
Don Fernando de Ribera,
y quien con ciego furor
en Sevilla me hirió á mí
en su casa, por Doña Ana
de Ribera, que es su hermana
aquella que estaba aqui;
y esto lo echareis de ver,
en que al punto que la vió
á matarla se arrojó;
y yo para defender
el peligro de su vida,
de tu casa la saqué,
y á otra casa la llevé,
donde la tengo escondida:
y si no crees que es verdad,
vente tú, señor, conmigo:
que hallando en ella un testigo;
saldrás de tu ceguedad.

Tacon.

Celos, no es nada la veta
de la media.

Pedro.

Mas me aflijo:
¿tu amo no es Lope mi hijo?

Tacon.

Como Lope fue el poeta.

Pedro.

¿Pues qué es esto?

Tacon.

Esas son largas.

Pedro.

Tú me harás desesperar.

Tacon.

¿Helo yo de averiguar?
yo soy Cerote y no Vargas.

Lope.

Villano, pues tú este daño
estás fomentando aqui,
viven los cielos, que en tí
he de vengar el engaño.

Tacon.

Señor, sé tú mi coleto.

Lope

Aunque lo contrario intentes,
yo soy su hijo, y tú mientes.

Tacon

Por mí, mas que seas su nieto.

Pedro

¿Qué intentas, hombre prolijo?
¿no basta darme pesar,
sin que vengas á matar
el criado de mi hijo?

Lope

Que yo soy tu hijo, señor.

Tacon.

Bien puede él haberlo sido,
sin que tú lo hayas sabido.

Ines

Padre, el remedio mejor

es el irlo á averiguar,
y que tú vayas á ver
lo que dice esa muger:
que ella no puede afirmar,
que sea Lope su hermano,
estando él aqui presente,
que si él su engaño desmiente
cuanto diga será en vano.

Pedro.

Allá he de ir. ¡Si esto seria
verdad, y este mi hijo fuera!

Ines.

Yo las albricias me diera,
que á mí mas bien me estaria.

Pedro.

Venid, pues

Lope.

Ya yo os asisto.

Tacon

Ve tú, y allá te lo aven.

Pedro

Tú has de seguirnos tambien.

Tacon.

Esto es malo, vive Cristo.

Pedro.

Guiad: ¿dónde habemos de ir?

Lope.

A salir de éste embarazo.

Tacon.

Pues ya se desata el lazo,
bien me podré yo escurrir.

ESCENA V.

Doña Ines.

¡Cielos, se habrá visto pecho
en confusion semejante!
¡que yo con un hombre encuentre,
que me enamore en la calle,
que entré en mi casa inclinada,
y que le traiga mi padre
por mi mismo hermano á casa,
que en rostro, presencia y talle
tenga señas de mi hermano,
palabras y obras de amante;
y que su amor y su olvido
me obligue contra la sangre!
¡Que una muger forastera
venga á mí, porque la ampare,
que yo en casa la reciba
con generosas piedades,
que venga un hombre de fuera,
que aqui riñendo se hallen
mi hermano y él, al sacar
ella una luz, su semblante
mueva en mi hermano un enojo
de quien el otro la guarde,
y ahora vuelva este hombre mismo
con razones eficaces
afirmando, que es mi hermano,
y entre confusion tan grave
se hallen todos los sentidos
sin saber ácia qué parte
poder guiar el discurso;
y cuando ningun dictámen
en todos ellos es fijo,

sólo mi amor es constante,
sin que las dudas se alteren,
ni la razon le contraste
de ser mi hermano el que quiero!
Sin duda hay secreto grande
de amor entre tantas dudas,
y el corazon es quien sabe
estos secretos á veces;
pues si él permite que ame,
siendo quien saberlo puede,
sin duda no es yerro amarle,
que á ser mi hermano, el delito
contradijera la sangre;
mas caso que no lo sea,
¿qué importa el quererle fácil,
cuando ya en darme á Don Diego
está tan firme mi padre,
que hoy dice, que de secreto
con él ha de desposarme?
¡Amor, qué quieres de mí,
cuando eres para templarte,
si no es mi hermano, imposible;
y si es mi hermano, culpable!

ESCENA VI.

Doña Ines y Leonor.

Leonor.

Señora, tu hermano viene
descolorido el semblante.
y ajado, como quien suele
pasar la noche en la calle.

Ines.

¡Ay Leonor, que yo presumo,
que son mayores mis males!

que no es mi hermano.

Leonor.

¿ Qué dices ?

Ines.

Que hay ya muchas novedades.

Leonor.

¿ Pues qué mas quiere tu amor,
si que no es tu hermano sabes ?

Ines.

¿ Qué importa, si con Don Diego
me quiere casar mi padre ?

Leonor.

¡ Jesus, y qué mentecata !
¿ no sabes que él es tu amante ?

Ines

Sí lo creo ; así es verdad.

Leonor.

¿ Pues hay mas de que le engañes
á tu padre, y que este Lope,
que por hermano te traen,
con la piel del otro hermano,
hoy la bendicion le gane,
como el otro lo hizo marras ?

Ines.

¿ Cómo ha de ser eso facil ?

Leonor.

Mas él viene.

Ines.

Sin mí estoy
entre dos precisos males.

ESCENA VII.

Dichas y Don Fernando.

Fernando.

Despues que toda la noche
de ofendido, y vigilante,
por buscar mis enemigos,
no dejé casa ni calle,
sin poderlos encontrar;
apénas el dia sale,
cuando en la Red de San Luis,
queriendo pasar al Carmen,
á Don Felix de Guzman
encontré, mi amigo grande,
al cual de verme admirado
calló mi afrenta el semblante;
que no há de saber mi agravio,
hasta mi venganza, nadie.
Enseñóme su posada,
donde volver á alvergarme
pienso hasta hallar mi enemigo,
que ya no es bien que yo pase
en lances de honor con burlas,
de amor, y olvido, adelante;
y así, á Don Lope, y á Ines..
mas ella está aqui.

Ines.

Pesares, *ap.*
matad, ó morir. ¿Don Lope,
señor; hermano, qué haces?
¿qué novedades son estas?
¿de dónde vienes? ¿qué traes?

Fernando.

Ya, señora Doña Ines,

es fuerza que el alma os hable
con las veras, que hasta aquí
decente ocultó el donaire.
Yo no soy hermano vuestro,
no, no el cariño lo estrañe,
que el lugar que tengo en él,
(si es mi ventura tan grande,
que haya merecido alguno)
no vengo á desocuparle,
sino á pedir, que de hermano
me le troqueis en amante:
para aquesto en vuestro pecho
no ha de entrar, ni salir nadie;
yo estoy dentro, vos me veis,
no el decoro os embarace,
porque no habreis menester
mas, que para mejorarme,
dar el oficio al amor,
que estaba haciendo la sangre;
y porque ocuparle puedo,
conozcais, digo, ocuparle
por capáz del favor vuestro,
que á vos no os merece nadie.
Don Fernando de Rivera
soy; que en aquel mismo instante
que os ví en Madrid, de Sevilla
acababa de apearme:
trájome aquí una desdicha
(permitidme que la calle,
porque al decirla, recelo,
que me arrojeis de la parte
donde me temeis, señora,
si vos llegais á mirarme,
aunque fué sin culpa mia,
vestido de este desaire).

Estando en la calle, pues,
sin tener donde alvergarme,
sin socorro, por cogerme
sin prevencion este lance,
á los ojos de Don Diego,
y al ansia de vuestro padre,
posiblemente engañaron
las señas de mi semblante;
y esto junto con fingir
mi criado con tal arte
la enfermedad de mi olvido,
hizo el engaño mas fácil.
Trájome á casa por hijo,
donde trocando el dictamen,
lo que acepté desvalido,
lo proseguí por amante.
Obligóme vuestro amor
á lo que sin causas tales
fuera, señora, indecente
en un hombre de mi sangre.
Mas ya el declararme es fuerza,
porque en mi pecho no caben
aquellas burlas fingidas
al lado de mis pesares.
Vuestro amor sé que en él vive,
y creed, señora, que es grande,
pues tal linage de pena
no resiste el maridage.
A decir esto resuelto
vengo á vos, y á vuestro padre,
porque en ningun tiempo pueda
ser por mi engaño culpable,
que aunque en esto os aventure,
mas quiere mi noble sangre
que airosa verdad os pierda,

que indigna cautela os gane.
Y mirad lo que os estimo,
pues cuando mi duda sabe
que el digno lugar de hermano
tengo en vuestro pecho afable,
mi corazon no se atreve
á estar en él como amante,
sin que antes de aqueste engaño
la aleve mancha se lave.
Don Fernando de Rivera
soy, por mi noble linage,
del logro de mis deseos
son mis blasones capaces;
pero capaces, teniendo
vuestra gracia, que esa nadie
la merece, porque es gracia;
y la nobleza mas grande,
cuando se pone á la vista
de luces tan celestiales,
solo es un vaso capaz
donde sus favores caben.
Solo mi amor os propongo
por mérito de mi parte,
y ese lo es queriendo vos,
sin que yo pueda quejarme
de vos, porque no quereis,
que el no ser mi amor constante
correspondido, es desdicha,
no culpa en vuestro dictamen,
que no nace la hermosura
obligada, cuando nace,
á querer á quien le quiere,
si es la de su amor constante.
Ya, pues, señora, que yo
la obligacion de mi sangre

he cumplido, haced ahora
lo que el afecto dictare;
si os conviene, consultad
mi deseo á vuestro padre,
y del engaño, con él
por el amor disculpadme;
y sabed que yo no puedo,
por lo que el alma os aplaude,
dejar nunca de ser vuestro,
aunque mi amor no os alcance.
Y si fuere mi fortuna
tan corta, que no se abrase
por víctima el corazon
en vuestro incendio suave;
quejoso de mi desdicha,
y agradecido á mis males,
por la gloria de la causa,
viviré de mis pesares,
contento de haber perdido
una ventura tan grande,
por no ajar me bizarría
de tal engaño al ultraje.

Ines.

Don Fernando, quien pudiera
con palabras eficaces
decirte los parabienes
que doy á mi amor de hallarte
galan, cuando por mi hermano
estaba oculto en la cárcel
de mi silencio; aquel dia
que te ví, en el mismo instante
los ojos que me pediste;
eres tú quien me llevaste:
mas de este amor el estorvo
es el gusto de mi padre,

que me casa con Don Diego;
mas primero que me casa,
á morir me resolviera
Ahora, pues tú ya sabes
de mi amor, y tu peligro,
ponte en el riesgo, de parte
del remedio, si hay alguno.

Fernando

Ya, señora, llegó el lance
tan á punto del estremo,
que el remedio que aquí cabe,
es el que yo no me atrevo
á proponeros amante,
por el respeto que os tengo.

Leonor.

¿Respeto? es para galanes
de la era del Rey Bamba,
que oliendo el favor de un guante
estaba nueve ó diez años;
pero ya no se usa el trage
de las calzas atacadas.

Ines.

Fernando, no lo dilates:
antes de decir mi amor
pudieras embarazarte;
mas diciendo que te quiero,
mas que atento eres cobarde.

Fernando.

Pues el remedio, señora,
solo es poneros en parte
donde digais que sois mia,
sin que el riesgo os lo embarace,
que desde allí á ser mi esposa,
me toca á mí lo restante.

Inés.

Cuándo ha de ser eso?

Fernando.

Luego.

que en sabiendo vuestro padre
que no soy su hijo, es preciso
que aquesta ocasion me falte.

Ines

¿Y dónde he de ir?

Felix.

A un convento.

Ines.

Pues, Leonor, los mantos trae.

Leonor.

Al arma, Comendadores. *Vase.*

Ines.

Toma, dueño mio.

Fernando.

¿Qué haces?

Ines.

Darte la mano....

Fernando.

¿Qué dices?

Ines.

De tu esposa

Fernando.

¡Dicha grande!

Inés.

Esto es preciso.

Fernando.

¿Por qué?

Ines.

Por ir honrada.

Fernando.

¿A qué parte?

Inés.

Siendo yo tu esposa ya,
adonde tú me llevares (1).

Fernando.

Pues yo al alma la traslado
por mi labio.

Inés.

No te tardes.

Fernando.

Vamos, pues.

Inés.

Ya yo te sigo.

Fernando.

Bien haya mi suerte

Leonor.

Andares,
eso sí, marido á gusto,
aunque sea pobre, que hacé
la boda en Carnestolendas
con quesadillas y ojaldres.

ESCENA VIII.

Sala en la posada de Don Felix:
Doña Ana con manto y Don Felix.

Felix.

Señora, perdonad, que con la prisa
de salir con Don Lope esta mañana,
un papel olvidé, cosa precisa
para mi pretension.

Ana.

Prevencion vana,

(1) *Sale Leonor con los mantos*

es lá que haceis, señor, en vuestra casa,
en quien os debe amparo tan atento.

Felix.

Entre tales amigos, siempre pasa
al que hace el gusto el agradecimiento:
ademas de que á Don Lope se lo debo,
y estando aqui vos sola, no me atrevo
á entrar aunque es segura mi fineza.

Ana

Esa atencion tendrá vuestra nobleza
por lo que á sí se debe;
pero no porque aqui la causa os mueve,
que de vos, y de mí Don Lope alcanza,
cuando me trae aqui la confianza,
que merece tan fiel correspondencia.

Felix.

Pues de entrarle á buscar me dad licencia.

ESCENA IX.

Doña Ana.

¡Cielos, que yo viniera
á buscar mi peligro, y que saliera
delante de mi hermano!
cómo esto pudo ser, discurro en vano;
si no fue, que ofendido,
á Don Lope siguiendo haya venido:
dicha ha sido librarme de la muerte,
ya agradezco á mi suerte,
que habiéndome Don Lope aqui traido,
no me haya conocido
aqueste caballero,
que de Sevilla es, á lo que infiero,
pues yo allá oí su nombre;
sombra no encuentro ya, que no me asombre

de mi hermano en la intrépida locura,
de cuyo enojo aqui no estoy segura,
pues siempre me parece que le encuentro.

ESCENA X.

Doña Ana, Don Fernando, y despues Don Felix.

Fernando.

¿Don Felix de Guzman está aqui dentro?

Ana.

Valedme, cielos, en tal riesgo ahora.

Fernando

¿No está en casa Don Felix, mi señora?

Felix

¿Quién á Don Felix busca?

Ana.

Ahi os espera.

Fernando

Tu amigo Don Fernando de Ribera.

Ana.

¡Ay cielos! yo soy muerta,
si no puedo salir por la otra puerta.

ESCENA XI.

Don Fernando y Don Felix.

Felix.

¿Amigo mio, qué es lo que me quieres?

Fernando.

Aqui vienen conmigo dos mugeres,
que mientras hago yo una diligencia,
de que se esten aqui dareis licencia.

Felix.

Amigo, vive Dios, que me has cogido
aqui otro pájaro en el nido.

Fernando.

¿ Por qué ?

Felix.

Porque aqui tengo una señora,
que me encargó un amigo; mas ahora
se lo entraré á rogar: decid que espere,
que no lo puedo hacer, si ella no quiere.

Fernando.

Sí querrá por dos horas solamente,
que en las mugeres no es inconveniente;
que ellas no se embarazan.

Felix.

Voy â verlo,
que no puedo hacer mas que proponerlo.

ESCENA XII

Don Fernando, Doña Ines y Leonor.

Fernando.

Entra, Ines.

Ines

¡ Ay Fernando! quiera el cielo,
que de mi amor se logre el firme zelo
con que te sigo.

Fernando.

Aqui estarás en tanto
que yo busco el convento.

Leonor.

¡Cielo santo!
la oracion de San Juan me salió cierta,
porque en echando el huevo fui á la puerta,
y Cerote dijeron de allí á un rato,
y cerote bien viene con zapato.

ESCENA XIII.

Dichos, y Don Felix.

Felix.

Fernando, ya no es menester licencia,
que la muger se fue Y es evidencia, *ap.*
que de Fernando ha sido conocida,
pues al verle, de aqui se fue afligida,
de ella daré á Don Lope buena cuenta;
sea quien fuere, ha sido desatenta.
¿Fernando, tú, despues de háber venido,
acaso alguna dama has conocido?

Fernando.

Sino es á la que veis, otra ninguna.

Felix.

¿Pues qué es esto? ¡hay muger mas importuna,
que porque entró aqui un hombre se haya ido!
amigo, ya en tu intento estás servido.

Fernando.

Pues despues de dejar estas señoras
aqui dentro, te pido por dos horas,
que me acompañes á una diligencia.

Felix.

Eso no puede ser con tu licencia,
porque otra ocupacion me llama.

Fernando.

¿Mayor?

Felix

Sí, de buscar aquesta dama,
que para irse, mas causa no ha tenido,
que huir de tí, si á tí te ha conocido.

Fernando.

¿Muger que huyó de mi? cielo, si fuera
mi hermana esta cruel, que bien pudiera,
pues no es conocida ella de mi amigo:

¿quién te trajo esa dama?

Felix.

Eso no digo,
porque dama y secreto me ha fiado,
y en cuanto esto, he de estar siempre á su lado.

Fernando.

¿Pues hay peligro?

Felix.

Y grande, según dice.

Fernando.

¡Cielos, si he sido yo tan infelice, *ap.*
que contra mí mi amigo esté empeñado!
mas aqui es imposible mi cuidado:
que Don Felix el cargo no admitiera,
cuando supiese que mi hermana era:
ignorándole, menos ser podia;
porque, ¿cómo es posible, que en un dia,
siendo Don Felix hoy recien venido,
sea de mi ofensor tan conocido?
Yo, Don Felix, he de irme á aqueste intento.

Felix

Esta la llave es de mi aposento,
dadsela á esa señora,
que yo á buscar la otra voy ahora.

Fernando.

Vamos, pues.

Felix.

A buscarla me resuelvo.

Fernando.

Cerrad, señora, vos, que luego vuelvo.

ESCENA XIV.

Doña Ines y Leonor.

Ines.

Cierra, Leonor, la puerta:
¡Cielos, si tanta dicha será cierta!
mas mira. que á la puerta están llamaudo,
abrela, pues, quizá será Fernando.

Leonor.

Sin sosiego me tiene el casamiento,
Dios quiera que no pare en sentimiento.

Ines.

¡Hay pena mas tirana!

Leonor.

¿Quién llama aqui?

Dentro Don Lope.

Yo soy, abre Doña Aua.

Leonor.

¡Ay, señora, muerta estoy!
tu padre.

Ines.

¡Jesus mil veces!

Leonor.

Aqui nos parten las nueces,
ó las piernas; yo me voy.

ESCENA XV.

Doña Ines, Don Pedro, Don Diego, Don Lope y Tacon.

Pedro.

Yo tanto me he detenido
para que sea Don Diego
testigo de que estais ciego,

Tacon.

Escurrime no he podido.

Diego.

¿Vos Don Lope? vive Dios,
que á no ver que vuestro engaño
es castigo mas estraño,
reñido hubiera con vos.

Lope.

Pues la verdad no ha podido,
ni las señas que yo he dado
tan seguras no han bastado
para haberme conocido;
y el tener acaso ese hombre
el semblante que os engaña,
que yo tuve, cuando á España
dejé, y el tomar mi nombre;
no pretendo ahora, pues,
que por hijo me tengais,
sino que aquí conozcais
como ese hombre no lo es (1).
Este es mi padre, Doña Ana,
no te encubras, que es en vano:
dí quién soy yo, y quién tu hermano.

Ines.

¡Hay pena mas inhumana, *ap.*
que encontrarme aquí mi padre!

Lope.

Dilo, pues, que aquí no hay mal
que recelar.

Tacon.

No hagas tal
por la leche de tu madre.

---

(1) *Tápase mas Doña Ines.*

Lope.

Da, pues le importa á mi fama,
de descubrirte licencia.

Pedro.

¿No veis cómo en mi presencia
no osa decirlo esta dama?

Lope.

¿Doña Ana, qué intentas, dí,
que á hacer una grosería
me ocasionas?

Ines.

¡Suerte mia, *ap.*
qué he de hacer, que estoy sin mí!

Tacon.

Por vida de Inés de Astorga,
que lo diga; velo usted,
ella lo niega.

Lope.

¿Porqué?

Tacon.

Porque aunque calla no otorga.

Pedro.

De vuestro engaño prolijo,
viendo el desengaño os dejo.

Tacon.

Señores, con esto el viejo
mas se encarniza en el hijo.

Lope.

¿Cómo iros? vive Dios,
que antes se ha de descubrir,
y tambien se ha de decir
quien soy delante de vos.

ESCENA XVI.

Dichos y Don Felix.

Felix.

¡Vive Dios, que hallar no puedo
esta muger! ¡Mas qué miro!
¿quién está aqui?

Lope

Pues Doña Ana,
primero el desaire mio
escusar quiero, pues siendo
tu esposo, no has querido
descubrirte, y así yo...

Ines.

¡Valedme, Cielos Divinos!

Felix.

¿Qué es lo que haceis? deteneos.

Lope

Felix, Doña Ana es testigo
de lo que á mi honor le importa;
y por mas que le he pedido
que se descubra y lo diga,
no quiere.

Felix.

Tened por Cristo,
que esta dama no es Doña Ana.

Lope.

¿Pues quién?

Felix.

No puedo decirlo,
ni aunque quisiera pudiera,
porque la trajo un amigo
aquí, sin saber quien es.

Lope.

¿Pues y Doña Ana?

Felix.

Se ha ido.
de aquí, sin saber yo donde.

Lope.

Eso, Felix, es indicio
de que estais vos en su intento,
y fomentais su designio:
¡ O falso amigo! ¡ó traidor!

Felix

Ni traidor, ni falso amigo
soy, porque esta no es Doña Ana.

Pedro.

¿ Pues si veis que ella no ha sido,
qué es lo que intentais ahora?

Lope.

Descubrirse no ha querido,
y yo he de hacerlo, Don Félix.

Felix.

Pues que yo he de resistirlo
entended.

Lope.

Viven los cielos,
que tu traicion, falso amigo....

Felix.

Don Lope, viven los cielos,
que es verdad cuanto os he dicho,
y no es Doña Ana esta dama.

Pedro

¡Qué escucho! ¿ Don Lope dijo?

Tacon.

¿ Si lo finge para tí,
no puede haberlo fingido
para el otro?

Pedro.

Caballero,

Don Lope es un hijo mio,
que este que veis, no es Don Lope.

Felix.

Yo esa duda no averiguo,
solo esta dama defiendo,
que me ha encargado un amigo;
entraos, señora, allá dentro.

Ines

La vida á este hombre he debido.

ESCENA XVII.

Dichos menos Inés.

Lope

Don Felix, esa es traicion,
que mi acero...

Pedro.

¿Estais sin juicio?
mirad que estoy á su lado,
si intentais tal desatino.

Diego.

Y yo tambien.

Tacon.

Y yo y todo.

Lope.

Padre, vos....

Pedro.

¡Ay tal delirio!
hombre, yo no soy tu padre.

Tacon.

Señor, que te llame tio,
pártase la diferencia,
y házle siquiera sobrino.

Lope.

¿Señores, caso como este,

habrá á otro hombre sucedido?
Viven los Cielos sagrados,
que perdiendo estoy el juicio.

Felix.

Don Lope, esta es la verdad.

Pedro.

Que no es Don Lope; hombre, idos,
ó perderé la paciencia,
y haré con vos un delirio.

Diego

Y yo tambien, vive Dios,
que estais ya muy atrevido
en un engaño tan grande.

Tacon.

Y yo tambien, vive Cristo,
pues quereis ser hijo hongo
que sin sembrarle ha nacido.

Lope.

A todas esas injurias
respondo que las permito,
porque aunque mi padre aquí
á mí no me ha conocido,
yo le conozco por padre,
y le respeto como hijo;
y porque dudo si es cierto
lo que Don Felix ha dicho,
iré á buscar á Doña Ana,
y ella será fiel testigo
de mi verdad, si la hallare;
y vive el Cielo Divino,
que si la ocultais, Don Felix,
de mí tengais el castigo.

ESCENA XIX.

Dichos menos Don Lope.

Pedro.

Caballero, este pesar
por mí causa habeis tenido,
que este hombre sin duda es loco.

Tacon.

Si señor, porque ha querido
hacerse hijo de mi amo,
como si espiga de trigo
fuera él, que de repente
le salen tres ó cuatro hijos.

ESCENA XX.

Dichos y Don Fernando.

Fernando.

Ya he apalabrado el convento....
¡Mas, cielos, qué es lo que miro!
¿Don Pedro y Don Diego aquí?
¿si á Doña Inés habrán visto?

Pedro.

Este es mi hijo, señor;
vén acá, Lope, hijo mio,
¿Qué es esto? ¿dónde has estado?

Fernando.

¿Pues, señor, ya no has sabido
que no soy tu hijo?

Pedro.

¡Hay tal cosa!
¡qué no sanes de tu olvido!

Tacon.

¿Señor, yo no te lo dije?

no hay remedio, vive Cristo,
de que al otro hijo le crean.

Fernando

¿Don Felix, dónde se ha ido
la dama?

Felix.

Allá dentro está,
que nadie la ha conocido.

Fernando.

Mirad, que este hombre es su padre.

Felix.

¿Su padre? ¡grande peligro!

Pedro.

¿Lope, cómo no me abrazas?

Fernando

Forzoso es aquí fingirlo, *ap.*
por el peligro de Inés.
¿Pues, señor, qué te ha traido
á esta casa?

Pedro

Un hombre loco,
que dá en que él es tú, y ha dicho
aquí cuatro mil locuras.

Tacon.

Es un loco, vive Cristo:
Señor, mira lo que pasa:
de risa pierdo el sentido.

ESCÈNA XXI.

Dichos, Don Lope y Doña Ana.

Lope.

Aquí vereis, Caballero,
si es verdad lo que yo digo;
entra conmigo, Doña Ana.

¡Ay, cielos, qué es lo que miro!

Fernando.

¡Ah, infiel hermana!

Lope.

Teneos,
Don Fernando, que el delito
de Doña Ana os está bien:
entrad, señora, conmigo.

Felix.

Ahora estoy á vuestro lado.
Mirad, que he dado á este amigo
palabra de defender
de aquesta dama el peligro.

Fernando.

Mirad, Felix, que es mi hermana.

Felix.

Fernando, lo dicho dicho.
¿Cómo tu hermana? ¿qué dices?
¡hay mayores desatinos!

Fernando.

A todos he de mataros;
quitaos vos, que nada miro.

Pedro.

¿Tú me pierdes el respeto?

Tacon.

En estando enfurecido,
se matará con su padre.

Lope.

Don Fernando, ya os he dicho
que os está bien.

Fernando.

¿Bien á mí?

Lope.

Si, siendo yo su marido.

Fernando.

De esa suerte decís bien,
pues restauro mi honor limpio.

Lope.

Pues ahora, porque todos
salgamos de un laberinto,
¿vos Don Fernando no sois
de Ribera?

Fernando.

Asi lo afirmo.

Lope.

Pues yo, señor, soy Don Lope
de Lujan.

Pedro.

¡Cielos, qué he oido!
¿pues nó eres mi hijo tú?

Fernando.

Sí, yo lo soy, y lo he sido.

Pedro.

¿Pues cómo aquesto respondes.

Fernando.

Porque vos no habeis sabido
como lo soy, mas vereislo.

ESCENA XXII.

Dichos, Doña Inés y Leonor.

Leonor.

Ah, Doña Inés.

Inés.

Dueño mio.

Fernando.

Dame la mano.

Inés.

Soy tuya.

Fernando.

De este modo soy tu hijo,
porque hasta aquí lo fuí solo,
porque soy el Parecido.

Tacon.

Lleve el diablo quien hablare
palabra sobre lo dicho.

Pedro.

Pues me está bien, yo lo aceto.

Tacon

Pues, Leonor, tu mano pido.

Leonor.

Yo la doy, y con dos manos.

Tacon.

Y con esto, y con un vitor....

Todos.

Para Moreto; aquí tiene
fin dichoso el Parecido.

El Parecido en la Corte.

Es una de las comedias mas conocidas del público y de las que mas agradan en el teatro, asi por la fácil inteligencia de la fábula, como por la progresion de la accion y el interés que inspiran los personages. Uno de los principales es Tacon, que apoya la equivocacion de Don Diego cuando cree que Don Fernando de Ribera es Don Lope de Lujan, engañadó por la perfecta semejanza de aquel con este amigo suyo.

Diego.

¿Don Lope, amigo, qué es esto?
no le deis á mi memoria
tal desagradecimiento:
mirad que ha tiempo venís,
que vuestro padre Don Pedro
ha heredado á vuestro tio,
y tiene solo en dinero
mas de ochenta mil escudos.

Tacon.

¡Ay Dios! ¿luego es muerto el viejo?
dadme un abrazo en albricias.

Fernando.

¿Tente, qué haces majadero?

Tacon.

¿Qué he de hacer? Mi amo es Don Lope,
señor, y lo está fingiendo,
porque viene por la posta

y quiere estar encubierto
hasta que llegue la ropa,
por no ir á su padre en cueros.

Diego.

¿Pues yo no le he conocido?

Tacon.

Claro está: ¿no se está viendo
que es Lope hasta las entrañas, &c.

Tacon, pues, habla con Don Diego y Don Pedro, mientras su amo sigue á Doña Ines; les hace créer que es Don Lope, y finge la enfermedad que le ha privado de la memoria para que no se comprometa cuando le hablen de asuntos domésticos.

La necesidad en que se hallan amo y criado hacen vacilar á Don Fernando; pero las dificultades que se le presentan para sostener el fingimiento, y la nobleza y pundonor de su carácter, son para él obstáculos insuperables. Tacon, acosado de la necesidad las prevee todas, agota los recursos de su ingenio, y por último, dice á su amo

Vamos, y ahitémonos hoy,
que si se supiese luego
nos llevará á un hospital,
y allá tambien comeremos.

Fernando.

No te canses, que es locura....
¿Qué me miras?

Tacon.

Te estoy viendo;
¡vive Dios! que eres Don Lope
y tú no te acuerdas de ello.

Este personage en fin disminuye con la ingeniosidad de sus pensamientos y ocurrencias las dudas que debia escitar en Don Pedro la llegada de su verdadero hijo. No citaremos, por evitar prolijidad, las gracias que Moreto pone en boca de este personage, además de que ellas mismas se manifiestan escitando la risa del espectador.

A pesar del movimiento de Tacon durante toda la pieza no por eso amortigua el interés que inspiran Doña Inés y Don Fernando. La pasion de estos dos amantes está pintada con decoro y ternura, y la declaracion del último llena de nobleza y honradez. Se halla colocada con tal arte y tan bien preparada que la espera ya el espectador.

Ines.

Señor, hermano, ¿qué haces? &c.

Fernando.

Ya, señora Doña Ines,
es fuerza que el alma os hable
con las veras que hasta aquí
decente ocultó el donaire.
Yo no soy hermano vuestro;
no, no el cariño lo estrañe
que el lugar que tengo en él
(si es ventura tan grande
que haya merecido alguno)

no vengo á desocuparle,
sino á pedir que de hermano
me le troqueis en amante, &c.

Hay escenas de mucho mérito é interés, como la quinta, sesta y sétima del segundo acto, y especialmente la diez y seis y siguientes del mismo.

Los amores episódicos de Doña Ana y Lope están bien enlazados con la accion, y contribuyen directamente al desenlace de la pieza, que es digna del ingenio de Moreto.

PARTIR Á TIEMPO.

PIEZA EN UN ACTO

DEL CÉLEBRE SCRIBE,

TRADUCIDA

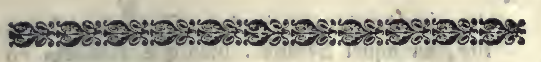
por Don Ramon Arriala.



MADRID. IMPRENTA DE REPULLÉS.
1835.

PERSONAS.	ACTORES.
DON COSME GONZALEZ, comerciante.	*D. C. Latorre.*
DOÑA ANA, su muger.	*D.ª C. Rodriguez.*
CÁRLOS, su sobrino. .	*D. J. Romea.*
ISABEL, su sobrina. .	*D.ª I. Boldun.*
EL VIZCONDE DE MIRALTA.	*D. F. Romea.*
RODRIGUEZ, dependiente de don Cosme.	

La escena se figura pasar en Madrid en casa de don Cosme. El teatro representa un salon; puerta en el fondo. A la derecha del actor la puerta de la habitacion de doña Ana, á la izquierda la del despacho de don Cosme. Una mesa junto á la puerta de la derecha.



PARTIR Á TIEMPO.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL *junto á la mesa*: DON COSME *en pie dando unas letras á un criado.*

Cos. Dos mil... cuatro mil... ocho mil... doce mil... en letras; y seis mil en oro... Lleva estos diez y ocho mil reales á don Jorge mi cajero... son los fondos para su viaje. (*Sale Rodriguez.*)

Isab. Al fin se va... pobrecillo... recien casado...!

Cos. Sí, sobrina mia... sino dispones otra cosa, hoy mismo á las cuatro camino de Cádiz... y de alli á la Habana... Qué haces tú ahí?

Isab. Estoy repasando mi leccion de italiano.

Cos. Pues! de italiano... para qué sirve eso? si fuera de castellano... vaya... y aun eso... aqui estoy yo... que en mi vida he abierto un libro, á no ser de caja. Y sin embargo, no por eso he dejado de hacer pesetas... digo... me parece que he hecho una pacotilla muy decente... pues empecé sin nada.

Isab. Decente? considerable...! y no tenia usted nada?

Cos. Oh! aquellos eran otros tiempos... todavía me parece que me estoy viendo en Sevilla...

de mancebo de una tienda... Qué calor, hombre, en aquel Sevilla... bien que entonces no necesitaba yo mucho para que se me calentasen los cascos.

Isab. Dicen que los ha tenido usted muy ligeros, querido tio.

Cos. Un poco, querida. Y las manos listas. Eso es todo lo que me ha quedado de mis juventudes. Por fortuna ahora todos me obedecen. "Señor don Cosme, por arriba; señor don Cosme, por abajo." Ya se ve! á fuerza de vender por cuenta de otros he llegado á vender por mi cuenta. El aguardiente sobre todo es el que me ha hecho hombre. Hasta que me cansé y dije: basta de comercio. Negociante, girante de letras, especulador en grande, empresario. No siendo de teatros, se entiende. Ese es mal comercio. Quiebra segura. El público consume mas aguardientes que comedias. Me he hecho de oro, y me parece que no empleo mal mis riquezas.

Isab. Seguramente. Ha ayudado usted á sus parientes.

Cos. Ah! Por desgracia ya quedan pocos. Ya no tenia mas que á tí y á tu primo Cárlos... los tres no bastábamos á consumir tanto. Entonces los amigos me dijeron: "Gonzalez, cásate:" los amigos siempre aconsejan esas cosas. Doy en pensarlo, y al cabo un dia veo á una muchacha... Voto va! Ésta, dije para mí, ésta. Por desgracia era la hija de una condesa... familia interminable... la mas encopetada que se paseaba por el Prado.

Isab. Era cosa de desesperarse.

Cos. Yo lo creo; pero de alli á poco averiguo que era una casa arruinada... el padre emigrado... perseguido... ya se ve, liberal... el año veinte y cinco... confiscado por Calomarde. Ánimo, dije yo. Ésta es la mia. Hable el dinero. Y habló: toma si habló, mejor que un procurador. Se discutió mi peticion, y resultó algo de la discusion, porque de alli á poco nos casamos. Entonces conocí lo que valia el dinero. Abrí mi caja, y contemplando por un lado mi muger, por otro mis doblones, viva el presupuesto! esclamé. Otros se andan rompiendo los cascos para encontrar la felicidad; yo eché por el atajo; la compré. Sí señor; la muchacha mas bonita y mas amable de Madrid.

Isab. Sí por cierto.

Cos. No es verdad? Qué talento, hombre! Y luego ha tenido la bondad de amarme y hacerme feliz. Solo una cosa me incomodaba al principio. Yo no habia de votar, no habia de jurar... no habia de decir diferiencia, sino diferencia... Vea usted ahora! No soy yo el que hablo? No tengo dinero? y si alguna vez se me escapaba alguna de esas tonterías, ya tenia encima á mi muger, y á todos esos señorones que la visitan... qué risas! qué algazara! Por vida de...

Isab. Tio!

Cos. No tengas miedo; ahora no está mi muger aqui. Déjame desahogar siquiera un rato por la mañana. A mis solas. Asi es que he llegado á aborrecer á todos esos marquesés y señoritos que hablan pulido... monadas!

Isab. Sin embargo, querido tio, los hay tan amables...!

Cos. Hola! Tú tambien? Ya se ve, el baile, y el piano, y la cabatina, y el italiano... voto va...! Pues si te caso, descuida, que no ha de ser...

Isab. Qué dice usted?

ESCENA II.

DICHOS. RODRIGUEZ *saliendo de la habitacion de* DOÑA ANA.

Rod. La señora pregunta por la señorita...

Isab. Ay! y yo me estoy aqui charlando...

Cos. Qué importa? Espérate.

Isab. Bien quisiera; pero me estará aguardando mi tia para darme leccion... es tan buena... ella misma se ha encargado de mi educacion. Cuando me hizo usted venir á Madrid, yo no sabia nada... era tan torpe... Todo el mundo se reía de mí! No decia mas que tonterías.

Cos. Pues asi te queria yo... podiamos hablar al menos, y nos entendiamos.

Isab. Sí, pero ya ve usted, quién se hubiera querido casar conmigo? Mi tia me dice siempre que en el matrimonio no hay felicidad posible, cuando uno de los consortes tiene que avergonzarse del otro... y como ya en el dia en la sociedad todo el mundo tiene buena educacion...

Cos. Quieres dejarme en paz! Oiga! Pobrecilla! Pues no cree que va á encontrar un marido en la leccion de geografia y de historia... Teniendo dote...! Esto no es cuento: esta es la ver-

dadera historia, la historia de España de ahora, y la de siempre, y la de todos los paises. Pero haz lo que quieras... Me has hecho hablar mas que un ministro... y tengo sed... Rodriguez! Dame una copa de aguardiente. (*Isabel hace una seña á Rodriguez.*) Qué es eso? no has oido?

Isab. Pero tio, no se acuerda usted de que el médico le ha prohibido á usted...

Cos. El médico, el médico... ese es otro... que me quiere educar á mí tambien. Empeñados todos en que tengo la misma enfermedad que mi padre: mentira! mi padre no tenia un cuarto: por fuerza se habia de morir! Una campanilla! Tu tia llama.

Isab. Voy, voy.

Cos. Oyes, no vayas á decirle una palabra de lo que ha dicho el médico... se asustaria...

Isab. Bien, tio. (*Vase.*)

Cos. Y no me dejaria beber mas que vino mezclado con agua... y par diez! que eso es echar á perder dos cosas buenas. A ver, tú... echa ahí, echa... esta vida se ha de pasar á tragos... Qué tal? (*Apurando la copa.*)

Rod. Esa es filosofia.

Cos. Es la verdadera. Bruto, toma tú, y ayúdame.

Rod. Yo, señor!

Cos. Vamos! Lo mando yo. Asi. A tu salud.

Rod. A la de usted. (Este es todo un amo: llano, sin etiquetas. El pan pan, y el vino vino.)

ESCENA III.

DICHOS. EL VIZCONDE, *y despues* CÁRLOS.

Viz. Vamos, sube... si me has de (*Al paño.*) presentar.

Cos. Qué es eso? (*Apurando la copa.*)

Viz. A ver: está su ama de usted (*A don Cosme.*) visible?

Cos. Mi ama!

Viz. Sí; mi señora doña Ana... anúncieme usted.

Cos. Qué le anuncie! (*Furioso.*)

Cár. Buenos dias, querido tio! (*Entrando.*)

Viz. Su tio! qué diantres (*Aparte asombrado.*) he hecho yo...!

Cár. Don Cosme Gonzalez. (*Presentando su tio al Vizconde.*) El señor Vizconde de Miralta. (*A su tio.*)

Cos. Pues... un vizconde... ya me lo podia yo haber figurado.

Cár. Ha conocido este verano pasado á mi tia y á mi prima en los baños de Sacedon.

Viz. Donde he tenido la fortuna de prestar algunos servicios de poca entidad á esas señoras.

Cos. Cierto; mi muger me lo escribió.

Viz. Y á mi vuelta, he recibido un convite, de que vengo á darle las mas espresivas gracias.

Cos. Siendo gusto de mi muger... (*A Cárlos.*) Dónde diablos vas tú á buscar esos conocimientos...

Cár. Es un amigo antiguo... un compañero del colegio de S. Mateo.

Cos. Sí, eh...? es lástima que sea vizconde... Pobrecillo! Siendo amigo de mi sobrino, caba-

llero, siempre sereis bien recibido... quiere usted tomar alguna cosa... una copita de aguardiente... vaya! anímese usted.

Viz. Esto es magnífico! me convida (*Aparte riendo.*) á echar el aguardiente.

Cár. Tio... esas cosas no se hacen. (*Bajo á don Cosme.*)

Cos. Eh? Vaya! Pues... Rodriguez, llévate eso... Pido á usted mil perdones, caballero, por mi atencion... le dejo á usted con mi sobrino... está usted en su casa... Cárlos es mi hijo, ó lo mismo que si lo fuera.

Cár. Querido tio...!

Cos. Y eso que ahora nos tiene abandonados; esto es un sentimiento ciertamente para todos.

Cár. Oh!

Cos. Ademas, está triste; está muy mudado.

Cár. No, tio mio. (*Esforzando una sonrisa.*)

Cos. Pues qué, eso no se ve?

Viz. Dice bien el señor; ayer en la ópera, por ejemplo, tenias un aire tan abatido... creí que estabas malo. Qué diablos tienes?

Cár. Habia trabajado demasiado.

Cos. Muy mal hecho... las matemáticas van á acabar con él. Tiene demasiado juicio. Yo le quisiera mas calavera. Usted podia ponérmelo al corriente, señor vizconde. Te hace falta dinero? Quieres algo? aguarda... triste y en la ópera... voto va! Hay por alli alguna... apostaria...

Cár. Tio!

Cos. Cierto que eso es cuenta tuya. No digo mas palabra. Voy á avisar á mi muger: la diré que hay aqui un vizconde que quiere verla. Aun

así, Dios sabe si estará visible, porque hace algun tiempo que anda mala tambien... y taciturna, y... Servidor de usted. (*Vase.*)

ESCENA IV.

CÁRLOS. EL VIZCONDE.

Viz. Con que este es don Cosme Gonzalez, ese negociante tan rico, tan considerado, y de quien me ha hecho su muger tantos elogios?

Cár. El mismo. Es un señor escelente, á quien lo debo todo, mi ecsistencia, mi educacion. Daria la vida por él.

Viz. Oh! lo sé; no se me ha olvidado todavía aquel lance que tuviste en una ocasion con un caballerete insolente que quiso burlarse de él, y que quedó suficientemente escarmentado. Pero cuánto me recuerdo de su muger, cuyo buen tono y distinguidos modales...

Cár. Ah! eso es lo menos en ella... fuera imposible encontrar reunidos mas virtud y mas juicio... Casada por orden de sus padres, cuyo bienestar aseguraba este enlace, con un hombre cuyo género de vida y cuya educacion no podian simpatizar nunca con ella, no desconoció los inconvenientes de su posicion... Pero ha sabido triunfar de ella... y donde otra hubiera visto tan solo un deber, ella ha sabido encontrar la felicidad

Viz. De veras?

Cár. Podrán hacerla sufrir las aprensiones de su marido, pero tiene bastante talento para no sonrojarse... ella le protege con su dignidad, le

ennoblece á los ojos del mundo: en una palabra, le estima tanto, que obliga á los demas á imitarle, y estimarle tambien. Esa es la sociedad; la muger es la que hace al marido respetable ó ridículo.

Viz. Es decir que le quiere?

Cár. Sin duda, porque sabe muy bien sus deberes.

Viz. Y crees que sea feliz?

Cár. Eso solo Dios lo sabe... pero al menos parece serlo... tal vez lo será tambien. Yo bien sé que mi tio es á veces impaciente, colérico, pronto... es el hombre del pueblo, de la naturaleza, con todos sus arrebatos generosos y todos sus defectos de educacion... pero es tan bueno para su muger... la quiere tanto... Oh! sí, indudablemente... es un matrimonio feliz. Por otra parte ella posee un encanto inesplicable que comunica su felicidad á cuantos la rodean.

Viz. A quién se lo dices? Este verano he pasado tres meses á su lado, y te confieso que he estado á dos dedos de perder la cabeza.

Cár. Eh? de veras?

Viz. Y bien? qué te da? Quieres impedir que guste tu tia? trabajo te mando; ni era yo el único: cuantos jóvenes habia en Sacedon le hicieron la corte... Por lo que hace á mí, mas ducho que otros en esos negocios, conocí desde luego que era tiempo perdido y toqué retirada...

Cár. Querido vizconde! (*Cogiéndole la mano.*)

Viz. Parece que me lo agradeces... (*Riéndose.*) pues amigo no fue virtud. Pero ella no echó en saco roto la delicadeza de mi conducta; me

granjeé su amistad, y esto era ya pagarme acaso con usura... y yo, por otra parte, en vez de una pasion loca que me hubiera hecho culpable ó desgraciado, he encontrado en otra ese amor puro y verdadero, nunca perturbado por los remordimientos, nunca emponzoñado por el temor... amor que hará en lo sucesivo la felicidad de mi vida... en una palabra, quiero casarme.

Cár. Tú? te felicito; y aun mas á la elegida.

Viz. Pues la conoces.

Cár. Yo!

Viz. Sí... y acaso no te hago esta confianza sino con miras interesadas... Hace dos años encontré en algunas sociedades á una jóven, bella como un sol, pero sin educacion, sin... desconocia enteramente los usos del mundo; era casi un objeto ridículo; yo era el único que, no sé por qué, la habia defendido algunas veces... á lo mejor desapareció; de entonces acá apenas me habia vuelto á acordar de ella, cuando este año la vuelvo á ver en los baños... figúrate, amigo mio, la gracia, la elegancia personificadas... y sin haber perdido su primitiva sencillez y candor, un entendimiento claro, cultivado... Dos años de educacion esmerada y de estudio habian llevado á cabo este prodigio... y lo que mas me ha llegado al corazon, es que se me ha figurado que el deseo de parecerme bien ha tenido alguna parte... no lo puedo dudar.

Cár. Es posible?

Viz. Sí; eso, y la bondad, el esmero de tu tia...

Cár. Es mi prima? Isabel?

Viz. La misma.
Cár. Y piensas en casarte con ella? Tú, jóven, rico, de ilustre cuna...
Viz. Y por qué no?
Cár. Ah! querido vizconde... nunca me hubiera atrevido á desearle á mi prima un enlace tan ventajoso... Debo sin embargo franquearme contigo... Mi tio, á quien el trabajo y el comercio han elevado á una fortuna colosal... mi tio, que es en el dia uno de los primeros negociantes de Madrid, ha empezado su carrera por ser en Sevilla mozo de una tienda... y nada mas.
Viz. No lo sabia... y ahora no me perdonaré nunca de haberme reido de él... para empezar de ese modo y acabar asi, es preciso algun mérito indudablemente. En adelante le respetaré.
Cár. Esa circunstancia no altera tu resolucion?
Viz. Te chanceas? no somos compañeros? no hemos estudiado juntos?
Cár. Pero tu familia acaso...
Viz. Mi familia piensa como yo. En el dia, amigo mio, el comercio, la industria, la riqueza, el talento, la cuna, todas son aristocracias... se dan la mano. Quién gobernará mañana, quién mandará? Un grande, un procurador, tú, yo, si nuestro talento nos da aptitud: en el dia no hay mas que dos clases en la sociedad... los que tienen educacion, y los que no la tienen... esos son los únicos enlaces desiguales, esos los desgraciados. Por consiguiente, y gracias al mérito que se ha sabido crear tu prima, no estamos en ese caso,

y aqui me tienes con mi pretension, que traía escrita por mas señas...

Cár. Querido amigo!

Viz. Espero que mi ejemplo te anime... y que lanzarás lejos de tí esas ideas melancólicas y sombrías... haz como yo, una buena eleccion y una buena boda. Eso te distraerá.

Cár. Yo...? qué diferencia! es imposible... (*Suspirando.*) no hay felicidad para mí.

Viz. Y por qué?

Cár. Ah! si supieses... si yo pudiera confesarte... Silencio! (*Mirando á la puerta.*) aqui tienes á mi familia... te dejo con ella.

ESCENA V.

DON COSME. DOÑA ANA. EL VIZCONDE. CÁRLOS.

Ana. Mil perdones, vizconde; le he hecho á usted aguardar... no esperaba visitas tan temprano...

Viz. Efectivamente; yo soy el que debo disculparme...

Ana. Todo lo contrario: nos trata usted como amigos. Mi esposo me lo decia ahora mismo; debemos estar agradecidos...

Viz. Señor...!

Cos. Usted es muy amable. (Es mucha muger; ella me hace decir siempre mil lindezas, sin que á mí me cueste trabajo pensarlas.)

Ana. A Dios, Cárlos; (*Viendo á Cárlos que ha cogido su sombrero.*) ayer te esperábamos para comer... y no viniste... nos tuviste con cuidado.

Cár. Querida tia!

Cos. No te lo decia yo? Maldito (*A Cárlos.*) si yo te entiendo jamas. Lo mismo que por la noche: yo contaba contigo para que la acompañases al baile... y nada.

Cár. Me fue imposible.

Cos. Imposible! Y poco despues doy el brazo á mi muger, que iba hecha un cielo por cierto, y me veo al caballerito á diez pasos de nosotros en medio de la calle, con el agua que caía, viéndola subir al coche. Y todo para qué? para irse luego con el señor vizconde á suspirar y gemir á la ópera.

Cár. No lo creais.

Ana. Y aun cuando eso fuese... (*Esforzando una sonrisa.*) qué habria de malo...? me crees tan severa por ventura...! Cárlos, en siendo tú feliz, no deseo yo otra cosa... Esas son cuentas (*Señalando al vizconde.*) por consiguiente del señor; ahora, en teniendo penas, las reclamo; tengo derecho á ser tu confidenta... este es el privilegio de las tias; no sirven para otra cosa.

Cár. Señora!

Cos. Asi, asi... si has de ser el hijo de la casa... en atencion á que yo no he tenido ninguno de mi muger... lo cual no es culpa mia...

Ana. Cosme...!

Cos. Lo digo, porque pudiera creerse...

Ana. Vizconde, nos hará usted el (*Apresurándose á interrumpirle.*) favor de comer hoy con nosotros?

Viz. Señora, será para mí una felicidad.

Cos. Bueno! é irán ustedes al teatro... Supongo, Cárlos, que hoy acompañarás á tu tia.

Ana. Acaso tendria mas gusto en ir á la ópera; yo no voy á la ópera esta noche.

Cár. Seguramente no lo cree usted como lo dice.

Cos. Me alegro, porque en la ópera... francamente, me duermo.

Ana. Cárlos, quieres decir que vayan por un palco?

Cár. Iré yo mismo, si usted gusta.

Viz. Abajo tengo mi coche; puedo llevarte.

Cár. Y tu pretension? (*Bajo al vizconde.*)

Viz. No me atrevo delante de tu tio. (*Bajo á Cárlos.*)

Cár. Vamos, pues.

Viz. Creyendo que no estaria usted (*A doña Ana.*) visible tan temprano, me habia tomado, señora, la libertad de escribir á usted.

Cos. Eh?

Viz. Y á usted, señor don Cosme, acerca de un asunto que me interesa sobremanera.

Cos. Asunto para mí?

Viz. Quiero, pues, dejar á ustedes en libertad para que lo piensen detenidamente. Ahí está; á mi vuelta sabré la respuesta. Vamos.

ESCENA VI.

DOÑA ANA. DON COSME.

Ana. Qué significa esto?

Cos. Para tí es el sobre... no acostumbro á leer las cartas de mi muger... dicen que es malo...

Ana. Qué es esto? quién hubiera (*Con alegría.*) imaginado...? pide la mano de Isabel.

Cos. Oiga! (*De mal humor.*)

Ana. No te llena de gozo como (*Asombrada.*) á mí la idea de un enlace tan ventajoso?

Cos. Maldito!

Ana. Y por qué?

Cos. No te diré que tengo antipatía á los señores, esto sería una necedad, porque al fin un hombre vale siempre tanto como otro hombre... En todas las clases hay hombres de mérito... y en resumidas cuentas, no es culpa suya si es vizconde... pero sí te diré que mi sobrina puede contar con un dote de veinte y cinco mil duros lo menos, que le tengo apartados; y pardiez! que no me he tomado yo el trabajo de atesorarlos para enriquecer á un estraño.

Ana. Es que el vizconde es rico.

Cos. Él, ú otro... qué mas me da? no es uno de los mios... y yo quiero que lo que he ganado con el sudor de mi frente no salga de la familia... es suyo, les pertenece... y lo tendrán... no conozco mas que un marido que pueda convenirle á Isabel... Cárlos, mi sobrino.

Ana. Cárlos?

Cos. Dónde hay un muchacho mas honrado, de mejor índole, mas juicioso, mas valiente...? No quieres que dé Isabel á mi sobrino!

Ana. Sí, esposo mio, sí... me parece muy natural... (Pobre Cárlos...!) pero...

Cos. Pero... pero... qué diablos de objeciones me vas á hacer? Es posible que en quedándonos solos siempre has de hacer la oposicion! Solo delante de gentes eres ministerial. Pues, no hay mas; ese ha sido siempre mi plan, y sino te lo he dicho antes, es porque hace tiempo

que he notado una cosa, que me aflige por cierto.

Ana. Qué cosa?

Cos. Tú sabes cuánto quiero á Cárlos; es mi consuelo, mi apoyo... despues de tí, es la persona á quien mas quiero en el mundo. Ya se ve, como tú eres buena y amable... le quieres, porque yo le quiero... por darme gusto... pero no es eso lo que yo quisiera...

Ana. Qué dices?

Cos. En una palabra; te cuesta trabajo... no parece sino que tienes miedo de agasajarle, de manifestarle cariño...! A veces le tratas con cumplimiento, y aun á veces mal; sí señor, mal.

Ana. Yo!

Cos. Te lo probaré... por ejemplo. No pudiendo yo abandonar mi casa y mis negocios, deseaba que él te hubiese acompañado en tu viaje... tú preferiste ir sola con tu sobrina y una doncella. Yo no te quise contradecir, pero fue para mí un sentimiento, y para él tambien.

Ana. Para él?

Cos. Voto va! él no gasta parola... no dice frases, no dice nada... pero allá en sus adentros... ya sé yo que nos quiere... á los dos. Mientras yo he estado malo, él se ha puesto á dirigir la casa; y par diez! aunque no era esa su carrera, lo hacia mejor que yo; mejor: al cabo tiene sobre mí la ventaja de la poca edad, de la actividad... y qué celo! Pues y para contigo? no digo nada. Siempre á tus órdenes: se dejaria él matar por alcanzarte un billete para la ópera ó para un baile... Y eso, eso es lo que necesitamos para ser felices... eso vale algo mas que

un estraño, que un desconocido... Está resuelto; y supuesto que hemos hablado de esto, hoy mismo es preciso que empieces á darle á conocer nuestros planes.

Ana. Yo! (*Turbada.*)

Cos. Tú... Quién mejor? Él no se opone nunca á tus deseos... á tí te será mas facil que á nadie persuadirle...

Ana. Probaré al menos. (*Turbada.*)

Cos. Es preciso; sino creeré que tienes un interes decidido en proteger al vizconde...

Ana. Pudieras creer...?

Cos. Oh! Sí... tú siempre te has inclinado á los señores... ya se ve, la cabra tira al monte. Pero yo, que no tengo nada que ver con ellos...

Ana. Esposo mio!

ESCENA VII.

DICHOS. CÁRLOS. (*Pensativo, y hácia el fondo.*)

Cos. Ahí le tienes... siempre pensativo... siempre triste... Qué diablos tiene? Cárlos...

Cár. Ah! tio... (*Volviendo en sí.*)

Cos. Acércate... tu tia tiene que hablarte.

Cár. De veras...? aquí estoy. (*Con viveza.*)

Cos. Hola...! parece que eso te ha (*Sonriéndose.*) sacado de tu letargo. Yo tengo que dar algunas instrucciones á mi cajero, que marcha dentro de poco...

Cár. Lo sé... Para esa empresa que piensa usted establecer en la Habana.

Cos. Precisamente.

Cár. Bonita especulacion... bien manejada sobre todo.

Cos. Asi lo espero... Pero tengo entre manos otro proyecto por acá que me interesa mas... aqui nos estábamos ocupando de él... pienso en tu porvenir... en tu felicidad... Mi muger te contará... Ahí te quedas, pues... charlen ustedes. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DOÑA ANA. CÁRLOS. (*Asombrado y siguiendo con los ojos á su tio.*)

Cár. Qué tiene mi tio?

Ana. Que tiene...? Cárlos... quiere casarte.

Cár. Ah! Eso llama él mi felicidad...? Espero que no tratarán de hacerme feliz á pesar mio; y como yo no he de consentir...

Ana. Cómo? sin conocer á la que te destinan?

Cár. No dudo que será rica, jóven, (*Amargamente.*) amable; en una palabra, perfecta... Pero, sea quien fuere, desde ahora rehuso todo partido... Ni amor, ni matrimonio... jamas. Bien estoy asi.

Ana. Tan feliz eres!

Cár. Feliz yo...? Soy el mas desdichado de todos los hombres...

Ana. Por qué? (*Con viveza.*)

Cár. Ni lo sé... Una fiebre lenta me consume y me mata... sin esperanza, sin porvenir, esta vida que empiezo ahora á recorrer, me parece acabada para mí.

Ana. Quién, sin embargo, pudiera tener esperan-

zas mas lisonjeras? Estimado, querido de todos, la fortuna te llama... la gloria acaso, los honores.

Cár. Gloria! Honores! Y para qué? A quién puedo ofrecer esos bienes? Quién se interesa por mi?

Ana. Quién? nosotros, Cárlos... no somos nadie tus parientes, tus amigos?

Cár. Sí; lo sé... todos ustedes me quieren...

Ana. Pues si lo sabes, por qué hablar asi? no me toca á mí, lo sé, aconsejarte... Pero si mi edad me priva de ese derecho, mi cariño, acaso, me le da. Vamos á ver; confiámelo todo; soy tu tia, tu amiga.

Cár. Bien... sí... su confianza de usted obliga la mia. Usted sola conocerá mi situacion... Amo... pero sin esperanza de ser amado... mas.. sin querer serlo jamas... porque si lo fuese huiria al fin del mundo.

Ana. Insensato! Has podido dar entrada en tu corazon á una pasion culpable!

Cár. Culpable? Quién lo ha dicho?

Ana. Las penas que sufres... porque un amor puro y legítimo no proporciona mas que felicidades... Pero vuelve en tí, reflecsiona adónde puede conducirte un amor semejante.

Cár. Ah! nunca ha amado usted cuando me hace esa reflecsion... adónde puede conducirme...? á amar, à sufrir... y esos tormentos mismos constituyen la felicidad de mi ecsistencia. Lejos de evitarlos, los busco, los deseo; y últimamente, mi tio lo ignora... me habian ofrecido un destino, un buen destino... lo he rehusado... era preciso alejarme de ella, era forzoso salir de Madrid.

Ana. Ah! está en Madrid? (*Conmovida.*)

Cár. En Madrid!

Ana. Y no has pensado nunca en su tranquilidad, que podias perturbar... en su vida, que podias llenar de amargura...

Cár. Ah! Señora, si ese amor tan dulce á la par y tan cruel pudiese alterar su tranquilidad... si yo pudiese creerlo... Es imposible... su virtud la coloca sobre mí... y á Dios gracias, yo soy solo desgraciado.

Ana. Si lo eres es porque quieres, porque te entregas sin defensa al peligro, en lugar de huir de él, ó de arrostrarle. Yo no soy mas que una muger, y harto débil sin duda...! pero si algun dia, por mi desgracia, tuviese que luchar con sentimientos semejantes á los tuyos, lejos de ceder á ellos cobardemente, moriria tal vez, pero triunfaria... Tendrás tú menos valor? tendré que darte yo lecciones de valor y de energía? Vamos, Cárlos, amigo mio, créeme; no hay sentimiento, por profundo que sea, que la razon no pueda subyugar... ni desgracia tan grande que no pueda soportar y vencer nuestro corazon...! Yo te ofrezco mi apoyo, mi ausilio... y si eres lo que yo creo, si eres digno de mi aprecio, tú seguirás mis consejos.

Cár. Bien. Hable usted.

Ana. Tu tio quiere casarte con Isabel.

Cár. Isabel... mi prima... imposible... la quiere otro, el vizconde, mi amigo.

Ana. Es preciso persuadírselo á tu tio.

Cár. Lo haré.

Ana. Otros partidos habrá.

Cár. Jamas para mí: lo he jurado. Nada espero de la que amo, pero le conservaré siempre entero este amor que ella ignora, y unos juramentos que no ha recibido.

Ana. Enhorabuena. Hay otro medio que asegurará tu tranquilidad, y la suya tal vez... ese destino que te han ofrecido, y que te aleja de Madrid, es preciso aceptarle.

Cár. Privarme de su presencia? de mi felicidad...! qué le he hecho yo á usted para que me dé un consejo de esa especie?

Ana. Sin embargo, es preciso seguirle... solo asi puedes conservar mi amistad... elige.

Cár. Jamas.

Ana. Caballero, le creí á usted digno de mis consejos... le dejo á usted abandonado á sí mismo; nada tengo que decirle. (*Cárlos se aleja, echa una mirada al salir á doña Ana, que no le mira; suspira y sale.*) Ah! qué mal proceder!

ESCENA IX.

DOÑA ANA.

Por qué me inquieta su partida? Desterremos para siempre su memoria... quiero; sí... no (*Se sienta.*) puedo... presente, le temo; ausente, le echo menos... al verle me sonrojo... su nombre me hace temblar. Sin embargo, nunca me ha dicho que yo... debiera ignorarlo... Ah! Dios mio! Dios mio! Dame fuerzas para resistir; protégeme contra mí misma.

ESCENA X.

DOÑA ANA. DON COSME.

Cos. Vamos, (*Al paño.*) qué niñerías son estas?

Ana. Mi marido!

Cos. (*Hablando consigo mismo.*) Los hombres han de ser hombres.

Ana. Qué hay?

Cos. Don Jorge, mi cajero, que cuando yo le estoy hablando de vinos de Málaga, de azúcar y de café, da en la gracia de enternecerse... casi iba á llorar...

Ana. Por qué?

Cos. Ni me escuchaba pensando en su muger y en su hijo... Qué diablos? es preciso estar en lo que se hace... ademas que hay tiempo para todo... Yo no digo que no sea uno sensible... pero á ciertas horas... acabados los negocios. Aqui me tienes á mí; ya estoy libre... Y qué? has visto á Cárlos? Cuándo es la boda? Está ya decidido?

Ana. No del todo... (*Turbada.*) pero espero que...

Cos. Eso es otra cosa... (*Alegremente.*) con tal que al fin se verifique... si ellos no tienen prisa yo tampoco, gracias á una idea que me ha ocurrido...

Ana. Cuál?

Cos. La ausencia de don Jorge me va á sobrecargar de negocios, y he pensado en agregarme mi sobrino, que precisamente está desocupado.

Ana. (Dios mio!)

Cos. Me le asocio; vivirá con nosotros... al lado

de su prima, de su futura... no se separará ya nunca de nosotros.

Ana. (Soy perdida!) Y crees que lo aceptará?

Cos. Estoy seguro; por darme gusto... me ayudará á llevar mi casa, me servirá de compañía continuamente... y en mis ausencias no te quedarás tú sola... él te distraerá, te consolará... ahora sobre todo, que has dado tambien en la flor de hacer la sentimental... y de estar siempre mala, y...

Ana. Es verdad... pero creo que me aliviaría mucho si tuvieses la bondad de concederme lo que tantas veces te he pedido.

Cos. Cómo? (*Admirado.*) Ese proyecto de que me volviste á hablar el otro dia?

Ana. Precisamente. Déjame salir de Madrid, déjame ir á pasar algunos meses á nuestra hacienda de Andalucía.

Cos. Qué diablo de idea! Es que cuando las mugeres se empeñan en una cosa... Desde que empezó el invierno le ha tomado una aficion al campo! Vaya, señor...! Ya van cuatro veces que me viene con la misma cancion... y en qué tiempo... hágame usted el favor.

Ana. No me importa. Todas las estaciones me son iguales.

Cos. Pues á mí no. Acaso puedo yo estar separado todo el año de tí? Pues qué, se me ha olvidado ya el verano? Mi sobrino y yo... aqui solos... ni sabiamos qué hacernos, ni... en este caseron que me parece mayor todavía cuando tú no estás... A Dios sosiego, y felicidad, y... no parece sino que te lo llevas todo contigo.

Ana. Pues bien, vente conmigo. (*Enternecida.*)

Cos. Contigo? Ya se ve que iria, si pudiera... pero y mi comercio, y la casa? Oh! no, no, no. Yo no puedo apartarme de mi casa, y despues de haber trabajado todo el dia, necesito verte á mi lado... y hablar, y... Esto me distrae, me alegra... en una palabra, te necesito, no puedo vivir sin tí... es imposible.

Ana. Sin embargo, si me quieres, acabarás por concederme lo que te pido... padezco aqui demasiado.

Cos. Si fuese por tu salud no vacilaria; pero precisamente los médicos han dicho que no te conviene.

Ana. No importa; déjame partir.

Cos. Pero quién diablos te echa de aqui? Qué te obliga...?

Ana. Es preciso.

Cos. Y por qué? sepamos.

Ana. Querido esposo, no tienes bastante confianza en tu muger para...

Cos. Confianza? ilimitada.

Ana. Entonces no me preguntes mas... fiate de mí, y déjame partir.

Cos. No, par diez! no; mil veces no. Maldito si comprendo un empeño semejante; preciso hay algo aqui...Oh! yo lo sabré...quiero saberlo; lo ecsijo.

Ana. Ymposible.

Cos. Con que hay algo? Y no lo sabré? Pues bien, no concedo nada... no te separarás de mí.

Ana. Dios mio! (*En la mayor turbacion.*) no queda ningun medio, que yo sepa al menos.

Cos. Qué dices?

Ana. Que sometida á tí, á mis deberes, he creido por espacio de mucho tiempo que no habia

cosa en el mundo agena de ellos que pudiese hacerme impresion... me he equivocado... Hay sentimientos que no dependen de nuestro corazon ni de nuestra voluntad, que nacen á pesar nuestro, y contra los cuales no hay defensa, porque cuando una empieza á temerlos han echado ya raices...

Cos. Cómo?

Ana. No; no es decir que debas alarmarte, ni que este corazon haya dejado nunca de ser tuyo; es tuyo, sí, por deber, por gratitud, por... y á Dios gracias soy digna de tí, nada tengo que echarme en cara... pero acaso no pudiera decir siempre otro tanto... Tú eres mi mejor amigo, mi guia, mi protector... permíteme que ceda á unos temores... infundados acaso... pero que suscita en mí la conciencia de mis deberes y el cariño que te tengo.

Cos. Santo Dios! Qué acabo de oir? Amarias á otro?

Ana. No, no; pero temo... (*Bajando los ojos.*) No sabe.. no lo sabrá jamas... (*Con viveza.*) y para afianzarlo mas, quiero huir.

Cos. Y ese hombre quién es? Quién?

Ana. Qué te importa?

Cos. Y por qué le amas?

Ana. No he dicho eso.

Cos. Pero yo lo sé... lo creo... estoy (*Fuera de sí.*) seguro... era preciso haberlo impedido... no haberlo sufrido jamas... dominarse, vencerse; siempre es uno dueño de sí mismo.

Ana. Lo eres tú en este momento?

Cos. Voto va! Eso es otra cosa! no es amor lo que yo tengo... es ira... es rabia... contra tí... contra todo el mundo.

Ana. Qué mas he podido hacer yo sin embargo? He hecho mal en confiarme á tí....? en recurrir á mi marido, en implorar su proteccion...?

Cos. No, no es eso; no... has hecho bien, sí... Yo soy quien pierdo la cabeza... aunque jamas se haya hecho á un marido semejante confesion, te creo... eres virtuosa... te estimo, te respeto... A él solo es á quien aborrezco... Cómo se llama? quién es? nómbramele, su nombre... Oh! estoy seguro de que le conozco, de que le detesto, de que le he abominado siempre... y si le encuentro...

ESCENA XI.

DICHOS, RODRIGUEZ.

Rod. El señor vizconde de Miralta. (*Anunciando.*)

Ana. El vizconde...! Ah! Dios mio! vendrá por la respuesta.

Cos. En eso estamos pensando. Qué se vaya!

Ana. Qué haces? Una grosería... imposible... pero, cómo recibirle ahora, cómo disculpar... En este momento... Suplícale que espere en la sala... (*A Rodriguez.*) Dile que voy allá... que una ocupacion... que me estoy vistiendo.

Rod. Bien, señora, bien. (*Vase.*)

Cos. Cuántos cumplimientos para un vizconde! (Ah...! qué idea! si fuese... los baños... Él es, sí.. estoy seguro, seguro.)

Ana. Qué tienes?

Cos. Nada... absolutamente nada... déjame... éntrate ahí. (*Doña Ana va á salir por la puerta del foro; don Cosme señálandole la de la derecha.*) No; ahí... á tu cuarto.

Ana. Pero qué significa esto?
Cos. Quiero que me deje usted... (*Conteniendo su cólera.*) lo ecsijo; lo mando.
Ana. Ah! me haces temblar... obedezco, obedezco.

ESCENA XII.

DON COSME.

Sí, sí... es él... debe ser él... yo lo sabré... le insultaré delante de todo el mundo, si es preciso... le preguntaré por qué quiere á mi muger, por qué es correspondido... Oh! no temo el ruido... me es igual... necesito escándalo... y si se ofende, le mataré, ó me matará él á mí... Está en mi casa... está aquí... espera á mi muger. No será ella quien reciba su visita... yo... yo. (*Da un paso para salir, y entra Cárlos.*) Mi sobrino!

ESCENA XIII.

CÁRLOS. DON COSME.

Cos. Cárlos!
Cár. Qué tiene usted?
Cos. Oh! Cómo deseaba verte y abrazarte...! A Dios, á Dios.
Cár. Adónde va usted?
Cos. A vengarme.
Cár. De quién? Por Dios, modérese usted... no dé usted una campanada, no provoque un escándalo. Quién le ha ofendido? Hable usted.
Cos. Ah! Bien quisiera... pero no puedo... no me

atrevo... si bien; á quién pediré consejo? á quién confiaré mis penas, sino á mi mejor amigo?

Cár. Penas! Y quién las causa?

Cos. Quién sino la persona que amo mas en el mundo...? mi muger! Tú sabes si la quiero...! Pues bien... en este matrimonio, en esta intimidad nunca he tenido un solo instante de completa felicidad... nunca he podido mirarla como mi igual... No sé que especie de respeto y de superioridad me aleja de ella y me impone... Ni á amarla me atrevo... y por colmo de mi desgracia... yo mismo, á pesar del estudio que ponia en agradarme, he conocido mil veces que no es dichosa, que se avergüenza en el mundo de su marido...

Cár. Qué dice usted?

Cos. Sí; y esa es mi desesperacion, el haber de conocer yo mismo que le soy inferior, que no la merezco... Por qué la han sacrificado...? Por qué me la han vendido? Yo hubiera encontrado entre mis iguales una compañera educada como yo, una muger de mi clase que nunca me hubiera despreciado.

Cár. Qué idea!

Cos. Que me hubiera estimado y respetado, querido tal vez.

Cár. Y qué puede usted pedirle á la que ha escogido? Puede usted dudar por ventura de su cariño?

Cos. Sí, Cárlos, sí; dudo: hoy dudo; ni cómo pudiera ser de otra manera? Me contemplo á mí mismo, y me hago justicia. En esa sociedad que la rodea todos tienen otra educacion,

otro talento, otro... qué sé yo! No son todos jóvenes mas amables que yo? Vota va!

Cár. Y puede usted suponer que su muger... que la virtud misma, fuese capaz de engañarle...

Cos. Engañarme! No... no es eso lo que quiero decir... antes me quejo de su franqueza. Por qué ha tenido conmigo tanta confianza, ó por qué no la ha tenido completa? Sí; porque... ella ha sido, (*A media voz.*) ella misma, la que me ha confesado... aqui... ahora... que prefiere, que ama á otro.

Cár. Qué oigo? Cielos...! (*Fuera de sí.*) Y lo ha sufrido usted, y lo sufre usted todavía?

Cos. Cárlos, tú que hace poco me encargabas la moderacion...

Cár. Es que yo soy quien debe castigar semejante ultraje.

Cos. Cárlos, amigo mio! (*Deteniéndole.*)

Cár. Déjeme usted. Estoy furioso!

Cos. No saldrás de aqui... lo ecsijo; lo mando.

Cár. Es inútil... su nombre nada mas... su nombre.

Cos. Hé ahí precisamente lo que yo no sé... lo que se ha negado á confesarme. Pero sospecho que es el vizconde.

Cár. El vizconde!

Cos. A eso salia cuando has entrado; á averiguarlo, á hacérselo confesar á él mismo.

Cár. Qué dice usted? Iba usted á comprometer á su muger? Por otra parte es un error. El vizconde tiene otras miras, lo creo al menos... Y por parte de mi tia, qué motivo tiene usted para sospechar...?

Cos. Escucha... es un hombre á quien teme... de quien quiere huir... Ya varias veces antes de

ahora me habia hablado de un viaje... pero de una manera vaga, sin insistir... Pero hoy ha sido con empeño... me lo ha rogado... al instante, dice...! Preciso es, pues, que hoy mismo, esta mañana, hace poco, la presencia de alguien haya dispertado esos sentimientos en su corazon y la haya decidido á hacerme una confesion de esa especie.

Cár. Cielos!

Cos. Tú sabes acaso...

Cár. No, nada...

Cos. Pues bien; yo lo sabré... Preciso será que me lo diga... de lo contrario, infeliz... No me conoce.

Cár. Por Dios, cálmese usted.

Cos. Dices bien: podria echarlo todo á perder... conozco que yo no haré mas que desatinos... Pero tú, tú que eres nuestro amigo, tú tendrás acaso mas ascendiente, mas talento... es preciso que la hables.

Cár. Yo!

Cos. Por su mismo interes, aconséjala que me lo diga... si cede, no hay cosa que yo no pueda hacer por ella; pero si se resiste, hazle ver que la paz de nuestro matrimonio, que nuestro porvenir, que toda nuestra felicidad pende solo de eso. En fin, Cárlos, fio en tí... arréglalo lo mejor que puedas... Me lo prometes? sí...? á Dios, Cárlos, á Dios. (*Se entra por la izquierda.*)

ESCENA XIV.

CÁRLOS.

No puedo esplicarme lo que pasa por mí! Pero, á pesar mio, se ha deslizado una idea en mi corazon... una idea, que me haria el mas feliz de todos los hombres... ó acaso el mas desgraciado... No, no... no es posible... no quiero pensar en ello! Yo criminal? Jamas; yo propio me daria el castigo. El esceso mismo de mi felicidad me mataria! (*Va á salir á tiempo que entra doña Ana.*) Es ella!

ESCENA XV.

DOÑA ANA. CÁRLOS.

Ana. Yo muero de impaciencia...! Mi marido... Es preciso verle... Cielos! Cárlos! (*Dejándose caer sobre un sillon.*) Dios mio!

Cár. Señora, que tiene usted?

Ana. Nada... no quiero nada... quiero estar sola.

Cár. Cómo he de abandonarla á usted en ese estado?

Ana. No tengo nada; acababa (*Esforzando una sonrisa.*) de tener con tu tio una esplicacion en la cual la razon estaba sin duda de su parte.

Cár. No creo...

Ana. Quién te ha dicho...? (*Admirada.*)

Cár. Él mismo... que acaba de confiarme la causa de sus penas.

Ana. A tí...? Santo Dios! (*Conteniéndose y procurando disimular.*) Espero, Cárlos, que cono-

ciendo, como yo, el genio de tu tio, y sus arrebatos, no darás crédito á ideas cuya falsedad no tardará él mismo en conocer.

Cár. Señora, solo creo qne usted merece el respeto del mundo entero, y que es usted la misma virtud.

Ana. Ah! Estoy lejos de merecer esos elogios.

Cár. Y muchos mas todavía.

Ana. De qué lo sabes?

Cár. Todo lo demuestra... todo lo prueba... y yo por mi parte, muy otro ya de lo que era esta mañana, probaré en lo sucesivo, no á igualarla á usted, eso fuera imposible... pero al menos á imitarla, á seguir de lejos sus huellas.

Ana. Qué dices?

Cár. Que ahora ya puedo morir... he agotado en un solo instante toda la felicidad que podia esperimentar en la tierra... nada tengo ya que desear, nada que envidiar... Dígame usted solamente que mi corazon ha adivinado el suyo.

Ana. Ah! Habrá vendido (*Levantándose espantada.*) mi secreto!

Cár. No... ese secreto le pertenece á usted todavía... Nada ha dicho usted; nada sé... he podido equivocarme en tanto que vuestros labios no han destruido ni confirmado mis sospechas... pero cual fuere su fallo, todo lo olvidaré, lo juro... todo... escepto el honor y la gratitud.

Ana. Púes bien, pruébamelo.

Cár. Dócil á las órdenes de usted, las espero.

Ana. Esta mañana me decias: "Si fuese amado, huiria al fin del mundo."

Cár. Lo he dicho; es cierto.

Ana. Partid.

Cár. Ah! Qué acabo de oir? (*Arrojándose hácia ella.*)

Ana. Ni una palabra mas... conozco mis deberes... tú conoces los tuyos... Cualesquiera que sean mis órdenes, me has prometido obedecerme... y si fueses capaz de vacilar un solo momento, dejarias de ser temible para mí.

Cár. Obedeceré... No hay sacrificio de que no me sienta capaz... Tengo felicidad bastante ya para toda mi vida... Mi tio...

ESCENA XVI.

DICHOS. DON COSME, *y luego* EL VIZCONDE É ISABEL.

Cos. La has hablado? La has (*A Cárlos.*) decidido á no tener secretos para mí?

Ana. Sí; estoy decidida... todo lo sabrás.

Cos. Ah! Querido Cárlos, qué agradecido debo estarte! En cambio te prometo cuanto ecsijas... habla, dicta condiciones. Sepa yo su nombre, y consiento en todo...

Ana. Bien! Tus sospechas se habian fijado en el vizconde...

Cos. Cierto... y todavía...

Ana. Silencio... él es. (*Entra el vizconde dando la mano á Isabel.*) Para probarte hasta qué punto estabas equivocado, y para desvanecer completamente en tu imaginacion semejantes ideas, ecsijo en primer lugar, que consientas en su boda con Isabel, á quien ama, y de quien es amado.

Cos. Yo consentir...

Ana. Empiezas ya á faltar á tu palabra...?

Cos. No... pero eso es cuenta de mi sobrino, á quien yo la destino, y que no sufrirá jamas, segun creo... (*El vizconde mira á Cárlos, que le coge la mano y le tranquiliza.*)

Ana. Cárlos me ha dado ya su consentimiento. Pregúntale sino...

Cos. Es posible?

Cár. Sí, querido tio. No te lo dije? (*Bajo al vizconde.*)

Viz. Querido amigo! (*A Cárlos.*)

Isab. Cárlos!

Cos. Y tú tambien? Puesto (*A Cárlos.*) que lo he prometido, y que se abusa de esta manera de mi palabra...

Cár. Para hacer felices á dos amantes.

Cos. Enhorabuena... que lo sean, si pueden... Quedándome mi sobrino, me consolaré...! Es eso todo? (*A doña Ana.*)

Ana. No... no es Isabel la única persona por quien tengo que hablar... Tengo que pedir para Cárlos...

Cos. Y por qué no habla él mismo?

Ana. No se atreve... y me ha dado á mí esa comision.

Cos. No se atreve...? (*Asombrado.*) Qué diablos...?

Ana. Es natural que á su edad busque medios de instruirse... de ver mundo... hace tiempo que tiene proyectado un viaje...

Cos. Cómo? Mas viajes? (*Furioso.*) qué quiere decir esto?

Ana. Hé ahí lo que le impedia hablar... el temor de incomodarte... sin embargo, ese es el secreto

que le hace desgraciado, y si le quieres, no te negarás por mas tiempo á sus ruegos, y á los mios.

Cár. Sí, tio mio; es preciso... y si me negais esa gracia...

Cos. Te atreverias á marcharte á pesar mio? Cómo, (*A media voz.*) Cárlos, quieres abandonarme? y tú has podido concebir una idea semejante? Voto va! que va á ser de mí? A quién confiaré mis (*Mirando á doña Ana.*) penas? Qué significa esa comezon de viajar, ese vago deseo de ver tierras? Hallarás otra en que seas mas querido que en esta? por ventura yo y tu tia no te sabemos hacer feliz? Enhorabuena; aumentaremos nuestro cariño... solo te pido en cambio, Cárlos, que permanezcas á mi lado... quédate, hijo mio, quédate.

Cár. Ah! querido tio!

Cos. Cede...! Se enternece! (*Al vizconde y á Isabel.*) Amigos mios, ayudadme... Y tú tambien... estás ahí (*A doña Ana.*) sin decir nada... no parece sino que tienes deseos, interes en que se vaya.

Cár. No insista usted, tio mio; mientras mas me abrume usted de bondades... mas conozco que debo ratificarme en mis proyectos.

Cos. Qué dices?

Cár. No tengo otro modo de pagar sus beneficios... este viaje no será inútil para usted... En lugar de un dependiente, en lugar del cajero don Jorge, que nunca podrá mirar con grande interes sus especulaciones de usted, yo seré el que las haré prosperar... Yo iré en su lugar.

Cos., *Ana.* é *Isab.* Cielos!

Cos. Quieres ir hasta la Habana?

Cár. Sí señor.

Cos. Y los peligros de la travesía? y la mudanza de clima...? si cayeses enfermo...

Cár. Qué importa? (*Aparte con alegría.*) Soy amado.

Cos. Y aunque te librases de tantos riesgos... dentro de algunos años... á tu vuelta... sé el medico tenia razon, acaso ya no me encontrarás...

Cár. Qué dice usted?

ESCENA XVII.

DICHOS. RODRIGUEZ.

Rod. Señor, don Jorge (*A don Cosme.*) me envia á decir á usted si tiene alguna otra cosa que mandarle: la silla de posta está abajo enganchada y pronta á partir.

Cár. Y don Jorge, dónde está? (*A Rodriguez.*)

Rod. Abajo con su muger, que llora y se desespera.

Cár. (Otro mas á quien hacer feliz!) Dile que se quede... (*A Rodriguez.*) que yo voy en su lugar. Aun es hora; con la misma silla iré á mudar el pasaporte, y que me envien á Cádiz mi equipage.

Rod. Usted, señorito?

Cár. Anda aprisa. (*Vase Rodriguez.*)

Cos. Es decir que no hay modo de detenerte?

Cár. A Dios... (*Tendiendo la mano á todos.*) quédese aqui cuanto me interesa... cuanto me es caro...

Ana. Cárlos, eres un hombre de bien.

Cos. Par diez! Y quién lo duda? Ah...! (*Mirando á doña Ana, que se vuelve.*) ella tambien llora! gracias á Dios! Pensé que le veía marchar tranquilamente sin echar una lágrima.

Cár. A Dios, tio mio... padre mio! (*A don Cosme.*)

Cos. Ah! ingrato! (*Vuelve la cabeza hácia Isabel y el vizconde, y se aparta con ellos mientras que Cárlos se acerca á doña Ana.*)

Cár. He cumplido con mi deber? (*A doña Ana.*)

Ana. Sí. (*Don Cosme se sienta en un sillon abrumado de dolor, y el vizconde é Isabel á su lado tratan de consolarle.*)

Cár. A usted lo debo, y parto (*Con gozo.*) feliz sin remordimientos. (*Doña Ana le tiende la mano.*)

Cár. Ah...! Está empapado (*Cogiendo su pañuelo.*) en sus lágrimas... nunca me separaré de él... lo consiente usted? (*Doña Ana abandona el pañuelo. Cárlos le oculta en su seno, y corriendo hácia el fondo.*) A Dios, no me olviden ustedes, y sean felices!! (*Vase, y salen tras de él Isabel y el vizconde.*)

Cos. (*Tendiéndole los brazos.*) Cárlos! hijo mio! Oh! Ya partió! (*Queda solo con doña Ana; despues de una ligera pausa se levanta y se acerca á ella.*) Tú lo has querido... he obedecido en todo... he consentido en su boda... mas aun... en esa partida... Ahora... te toca á tí... reclamo tu palabra. Su nombre... (*Con cólera reconcentrada.*) quién es ese hombre...? (*Se oye el ruido de un carruage en el patio que arranca: este ruido estremece á don Cosme, qué se pone una mano en el corazon.*) Habla... su nombre... Dónde está?

Ana. (*Tendiendo los brazos hácia la parte donde se ha oido el carruage.*) Ya ha marchado! (*Don Cosme lanza un grito y esconde la cabeza entre sus manos.*)

FIN.

LA PASION SECRETA.

COMEDIA EN TRES ACTOS

ESCRITA EN FRANCES POR M. SCRIBE.

TRADUCIDA POR

D. J. M.ª SANCHEZ DE FUENTES.



BARCELONA:

IMPRENTA DE J. OLIVERES Y MONMANY,

CALLE DE LA FUSTERÍA.

1837.

PERSONAS.

El caballero *Dulistel.*
Albertina, su esposa.
Celia, hermana menor de esta.
Leopoldo de Mondeville.
Derosoir, solteron amigo de Dulistel.
Victor.
Un criado de Dulistel.
Otro de Derosoir.
Convidados que no hablan.

La escena es en Paris en la casa de Dulistel.

La Pasion secreta.

ACTO I.

El teatro representa un elegante gabinete: á la derecha en el primer bastidor una chimenea francesa, y á la izquierda un escritorio; dos puertas laterales en el segundo término.

ESCENA I.

Victor. Leopoldo. *siempre el primer actor inscrito, está colocado el primero á la izquierda del espectador.*

Leop. (*con emocion*) ¡Con que tu ama está en casa!

Vic. Si señor; que tiene de particular á las nueve de la mañana!

Leop. Oh! nada; pero como tengo que hacer con el Señor de Dulistel, interin, preguntaba por su señora. Dices pues que ha vuelto?

Vic. No por cierto, caballero; si no ha salido; todavía está durmiendo.

Leop. Estás seguro de ello?

Vic. Dificil es asegurarlo... puedo yo acaso saberlo?... Digo que lo presumo... porque mi Señora aun no ha llamado á su doncella. Pero voy á decir á mi amo que V. le espera.

Leop. No corre prisa; cuando baje á su aposento. Eh! dime, Victor. (*aparte*) No, no; que iba yo hacer? preguntar á este domestico! (*alto*) Está bien.

Vic. Tiene V. algo que decirme?

Leop. No.

Vic. Tanto mejor, porque me precisa salir; tengo que negociar algun dinero mio. Vea V.! es muy desagradable cuando se está sirviendo. Todo el dia es necesario emplearlo en los asuntos de los amos; y no queda mas recurso que aprovechar el tiempo que ellos duermen. V. no lo dirá?... (*vase*).

ESCENA II.

Leopoldo solo.

Leop. Esto es incomprensible! Pero sí; era ella, estoy seguro. En aquella calle desierta... estraviada... callejon de san Roque, sola á las siete de la mañana... y deslizarse misteriosamente en aquella casa de tan

ruin apariencia!... un portal angosto... una escalera obscura!... y antes de entrar en ella, que mirada de temor dió al rededor de sí!.. Ah! apesar de aquel velo que ocultaba la mitad de sus facciones, he reconocido su modo de andar, su jentileza... Yo la amo demasiado, y ha mucho tiempo que la amo para haberme engañado. Mas con todo, como sospechar... como creer que la mujer mas sabia, mas virtuosa, mas irreprensible hasta ahora... Ah! hay para confundirse!... y no poder darse por entendido!... No poder quejarse!... Porque no tengo tal derecho... no, no tengo ninguno... Alguien viene... si fuese ella!... No; es su hermana.

ESCENA III.

Celia y Leopoldo.

Cel. (*á un criado*) A las once el almuerzo: mi hermana lo ha dicho.

Leop. Señorita Celia!

Cel. (*corriendo vivamente hácia él*) Ah, Dios mio! Leopoldo! (*conteniéndose y haciéndole un saludo*) Señor de Mondeville, sea V. bien venido... Qué sorpresa!...

Leop. Sí; deseaba ver al señor de Dulistel, su hermano politico de V.

Cel. Malo! es decir que viene V. por él, no

por nosotras: muy dichoso es de estar en los negocios.

Leop. Verdaderamente.

Cel. Por esto solo; porque en cuanto á lo demas es de un carácter muy fastidioso. Aquí es enfermedad del pais: se respira en estas ricas habitaciones un aire de importancia, de engreimiento, que se pega á todo el mundo. V. el primero, sí señor; V. no es tan amable en Paris como en la Aubernia hace tres años, en aquel antiguo castillo que me parecia tan alegre, y al que V. asistia todas las noches.

Leop. (*suspirando*) Ah! Celia, qué recuerdos!

Cel. Le afligen á V.?... pues yo cuando estoy de mal humor los traigo á la memoria, y me ponen en un estado feliz durante todo el dia. Lo éramos tanto mi hermana y yo al lado de la anciana tia que nos educó!... Un poco regañona, algun tanto ecsijente... era necesario acompañarla siempre, y algunas veces al dia era algo pesada; mas cuando entraba la noche, cuando el criado viejo abria la puerta del salon, diciendo en voz alta: D. Leopoldo de Mondeville! entonces volvíamos á ser jóvenes, la juventud mandaba. Qué brillantes conciertos! Cuanto apetecia nuestras contradanzas!... nuestra bulliciosa risa, que mi buena tia no podia oir... Porque á pesar de sus defectos, tenia

escelentes cualidades... era sorda! Solo una cosa me disgustaba entonces... como era yo tan niña!... es que V. bailaba siempre con mi hermana.

Leop. Es cierto!

Cel. Sí: mi aprension era una ridiculez, no es verdad? Porque al cabo es muy natural: ella era mas bonita y amable que yo. Por lo mismo como ahora soy mas juiciosa no conservo aquellas ideas; por otra parte, mi hermana ya está casada.

Leop. He aquí lo que no concibo, y estraño aun como ha podido verificarse este enlace.

Cel. El señor de Dulistel pidió su mano.

Leop. Demasiado lo sé, demasiado, que se desposó con el Sr. de Dulistel, coronel, baron del Imperio. ¿Pero como han podido encontrarse desde la calzada de Antín, á lo interior de la Aubernia?

Cel. Durante el año que estuvo V. en Inglaterra á cuidar á ese viejo pariente que acaba de dejarle su gran fortuna... V. que nada tenia!

Leop. No tratamos ahora de mí, sino del Sr. de Dulistel.

Cel. Ay! Dios mio, que vivo se ha vuelto desde que ha heredado! Pues bien! El Sr. de Dulistel iba como todo el mundo, y por ser moda, á tomar las aguas del monte de Oro para su salud, que no podia ser mejor. Visitando la quinta de mi tia, quinta pin-

toresca, romántica, y not[illegible]e mas aun por su situacion que por la[illegible]ables personas que la habitaban: v[illegible] hermana, se enamoró, la pidió á mi [illegible]a, que aunque sorda, no era ciega; la cual lisonjeada por las ventajas de tal union, dijo que sí.. mi hermana no dijo que no.. y vea V. como la tenemos hoy, Sra. de Dulistel. Ya lo sabe V. todo. Está V. satisfecho?

Leop. Verdaderamente.

Cel. Pues en este caso, debia V. darme las gracias.

Leop. Y sin duda V. habrá sido quien la ha empeñado á aceptar...

Cel. Yo!... Dios me libre! Verdad es que cuando supe iba mi hermana á casarse con un baron, coronel de Napoleon, estaba encantada, ya me disponia á admirar, y todos los objetos tomaban á mi vista un aspecto militar! no hay duda; mas, un hombre de cuarenta y cinco años, que discurre y especula, que nunca habla de Wagram ni de Jena, sino de su renta, de los cuatro canales, de las acciones de los puentes, un coronel hombre de negocios, un héroe comerciante, sombrío cuando gana, regañon cuando pierde, y triste cuando nada hace... En cuanto á lo demas, es muy buen hermano político, y su trato muy agradable.

Leop. Sí, por cierto.

Cel. Sí señor; la gloria es muy fastidiosa

cuando se la [illegible] de cerca. Así es que, aun que soy basta[illegible] pobre, si se me hubiera presentado se[illegible] partido...

Leop. Qué! Le [illegible] V. rehusado?

Cel. Sin duda alguna; á él y á cualquier otro que solo me ofreciese riquezas. Fuera necesario que antes estuviese yo bien segura de su carácter, de su bondad, y de su ternura... Sin estas cualidades prefiero permanecer soltera!... Acaso es tanta desgracia? No vale mil veces mas, que pasar como mi hermana sus dias y noches llorando?

Leop. Cielos! que dice V.?

Cel. Ah!... Yo no queria hablar de esto! Ha sido á mi pesar... porque es un secreto.. un gran secreto que quería guardar para mí sola.. y que guardo aun, pues se lo confio á V.

Leop. Que buena es V.!.. Vamos qué..?

Cel. Bien... esta noche al entrar mi hermana, me disperté, y como mi cuarto está contiguo al suyo, habia yo abierto cuidadosamente la puerta para preguntarla acerca de la reunion, cuando la veo aun en trage de baile... pero pálida y las facciones demudadas, teniendo en sus manos una carta, que estregaba con un movimiento convulsivo.

Leop. (*con emocion*) Una carta!

Cel. Levantóse... y la arrojó al fuego... una lágrima corria por su mejilla... y yo tre-

mula, y temiendo me sorprendiese, me recogí en mi cuarto, aunque no he podido dormir. Y esta mañana cuando entré á verla, á las siete de ella, para abrazarla...

Leop. (*vivamente y con alegria*) A las siete... y ella estaba allí... qué felicidad!...

Cel. No... no estaba... se habia ya levantado.

Leop. (*aparte y con despecho*) Y habia salido.. Era ella.. no hay duda.

Cel. (*vivamente*) Qué es esto? qué hay? acaso sabe V. lo que la tiene tan desazonada?

Leop. No señora.

Cel. Sí señor; ya lo veo es una desgracia el ser discreto: y á mí que lo soy se hace este desaire? mientras que V.

Leop. No se incomode V. por esto; si llego á descubrir algo ya se lo diré todo, se lo prometo, por terrible que sea.

Cel. Enhorabuena.

Leop. Silencio! alguien viene.

ESCENA IV.

Celia, Derosoir, Leopoldo.

Cel. Nadie, nadie, es el Sr. de Derosoir, ese viejo solteron tan rico... el amigo de casa.

Dero. (*desde el bastidor*) No dispierten Vds. á nadie... no tengo prisa... almorzaré si es necesario para hacer tiempo (*entra y saluda*) Señorita Celia... Señor de Mondeville..

jóven recomendable á quien todos aprecian, particularmente desde su regreso de Inglaterra.

Leop. Es V. muy atento. V. vendrá aquí como yo á sus negocios?

Dero. Nada de eso; hace mas de veinte años que Dulistel es mi íntimo: conocíle cuando era subalterno y yo tesorero general. Pero jamás tuve negocios con él: jamás le dí prestado... lo que probablemente es causa de la ínalterable amistad que nos une.

Leop. Como!.. Lo atribuye V. á eso?

Dero. Sí; jóven... regla general: quiere V. estar bien con todo el mundo, no preste en su vida á nadie. Porque lo mejor que puede sucederle es que le devuelvan lo prestado; y que gana V. con esto? ello no impide que dé V. si gusta... eso ya es muy diferente...

Cel. Lo que sucede á V. con frecuencia, Sr. de Derosoir.

Dero. Sí... en cuanto mis facultades lo permiten.

Leop. Tiene V. razon.

Cel. Dar es mas agradable que recibir.

Dero. Por lo menos se acuerda uno mas.

Cel. Que idea!

Dero. No obstante es muy cierto: el que hace un beneficio jamás le olvida, al paso que quien recibe.. (*gesto de disgusto de Celia*) Ah! entiendo, quiere V. como el otro

dia, llamarme corazon frio y egoista, por que veo el mundo tal cual es... por tanto me callo para no destruir á V. sus ilusiones de diez y seis años... ¿La Sra. de Dulistel, su encantadora hermana de V., está visible?

Cel. No señor, creo que no.

Dero. Ella, lo mismo que V., deseaba ir esta semana á la ópera, y yo la traigo la llave de un palco.

Cel. De veras? no me acuerdo. Señor de Derosoir, V. es la providencia de las damas... siempre socorriendo sus pequeñas necesidades, siempre ramilletes, dulces, y palcos para la ópera!

Dero. Pues hoy me ha costado algo. Se desgarraban los vestidos... afortunadamente estoy en relaciones con la empresa... (*saca del bolsillo los libros siguientes y los da á Celia*) Tome V., señorita, las últimas obras de Dantan, sus últimos epígramas que han salido á luz; en el dia nadie nos hace reir como él. Adjuntas van las nuevas contradanzas que han salido de casa Trupena, é igualmente la suscripcion de V. á la *Revista de Paris.*

Cel. Decia yo bien?.. Si es V. tan complaciente!

Dero. A mi edad no se tiene otro mérito, y yo haria recorrer todo Paris á mis caballos, para poder complacer á V. y á su hermanita. V. la dirá que la espero aquí en el salon, y no dudo...

Leop. (*Con ironia*) Que vendrá inmediatamente.

Dero. Pues sí señor; es la verdad; aunque parezca á V. efecto de presuncion.

Cel. Voy á ver á Albertina, y me encargo de su comision de V.

Dero. Tanta bondad!

Cel. Es justicia... tambien se encarga V. con frecuencia de las nuestras (*vase*).

ESCENA V.

Derosoir y Leopoldo.

Dero. (*Mirándola al salir*) Encantadora niña. Ah! si tuviese yo veinte y cinco años... pero si tengo mas... es una desgracia para ella... y para mí; porque de toda la familia es la de mas juicio y discernimiento.

Leop. Qué quiere V. decir con esto? Acaso su hermana... querria V. suponer que?..

Dero. Yo! nada; es una señora escelente, deseada, festejada. Es muy natural!

Leop. Es decir que la hacen la corte?

Dero. Sí señor... pero una corte muy asidua... de numerosos adoradores.

Leop. V. les conoce?

Dero. Intimamente; á uno en particular, el mas enamorado, el mas apasionado.

Leop. Y quien es? hable V.

Dero. (*friamente*) Le hablo en este momento.

Leop. (*con sorpresa*) Caballero!

Dero. Esta V. muy asombrado porque he adivinado su secreto. Oh! pues aun sé muchos mas. Como no tengo, gracias á Dios, destino, esposa, ni familia, nada hago en la sociedad sino observar, y todo lo veo, todo lo adivino; en cambio soy discreto, nada digo.. este es el modo de granjearme amigos, y yo lo soy de todos, porque viéndome enterado prefieren tenerme por confidente, que por enemigo.

Leop. Ah! convengo con V.

Dero. V. lo ve?

Leop. Es una pasion que no puedo sofocar ni reducir á la razon. Hace tres años, que amarla es mi único pensamiento, y mi sola ocupacion; maldigo esta fatal ausencia, esta herencia, que dándome riquezas, me ha robado la única mujer que puedo querer en mi vida... Ah! si ella fuese aun libre, todo cuanto poseo seria suyo; pero desposada, unida á otro, qué puedo yo hacer?.. amarla en silencio, entregarme al placer de verla, de seguirla por todas partes, á los teatros, al paseo... Tan pronto furioso por su frialdad, como regocijándome por una indiferencia que desespera á mis rivales, y me desespera á mí mismo. En fin cada dia, sonrojado de mi debilidad, vuelvo en mí jurando

huirla, olvidarla, y al dia siguiente empiezo de nuevo... esta es mi vida, caballero; no llevo otra.

Dero. (*sentándose cerca la chimenea*) Comprendo! La esperanza le sostiene á V.; y para curarle es preciso quitársela desde luego: sepa pues que es forzoso renunciar á madama Dulistel, porque jamas llegará V. á ser su amante.

Leop. (*sentándose cerca de el*) Ah! Y quien se lo hace à V. creer?

Dero. No le diré la frase de moda; que tiene un marido respetable... porque V. como yo sabe que esto nada prueva... mas hay otro obstáculo... un obstáculo insuperable.

Leop. (*á Derosoir, que se entretiene en sacar una pastilla de un cucurucho*) Y cual es?

ESCENA VI.

Los precedentes y Albertina.

Albertina sale por la puerta de la derecha vestida con mucha sencillez; abre la puerta con precaucion, y ve á Leopoldo y Derosoir que la dan la espalda.

Alber. Jesus! jente ya en esta pieza! (*Marcha de puntillas, atraviesa la sala, y sale por la puerta de la izquierda que es la de su cuarto.*)

ESCENA VII.

Leop. En nombre del cielo! acabe V... porque desde hoy, desde esta mañana, sospecho... hay alguien á quien ella prefiera?... alguien mas feliz que yo?

Dero. Alto aquí... no; no he dicho esto... al contrario, con un carácter por naturaleza ardiente, ecsaltado, susceptible de las mas vivas pasiones... vea V. como se porta desde su casamiento... es la mujer mas discreta y virtuosa que conozco.

Leop. (*con viveza y levantándose*) V. me lo asegura?.. Ah! respiro; y cree V. que nadie llegará jamás?...

Dero. (*levantándose tambien*) V. me pregunta demasiado; pero creo poder contestarle que si llegase un dia á tener un amante, no sería de esos jóvenes tan gallardos, tan amables y elegantes... como V., mi amiguito. Desconfia ella de estos hombres; seria mas bien uno de aquellos, en quienes no se piensa, ni se cuenta para nada con ellos... cualquiera por ejemplo, de mi edad, ó de mi carácter... no hablo por mí; entendámonos.

Leop. Ya lo creo; pues á cincuenta años...

Dero. No sería esta una razon: la edad madura dá mas ventajas de las que V. piensa. Desde luego ya no se nos cree peligrosos, y un viejo de regular fortuna, galan y ob-

sequioso, goza en Paris, para con las mujeres de innumerables privilegios de los que no se duda... un hombre de esta clase, ni esclaviza, ni embaraza, ni tiene consecuencias, ni obligaciones; así es que en todas partes se le encuentra, en todas es bien recibido, festejado; es el amigo del marido, el oráculo de la casa, el consejero de la familia, y en nuestros tiempos nosotros reemplazamos á los abates de antaño.

Leop. Indudablemente.

Dero. En tal posicion, no haciendo mas que aguardar con paciencia las buenas ocasiones, es imposible que deje de presentarse alguna; y vea V., para no hablar ahora sino de lo que le concierne, se acuerda V.: ¿ hace algunos años antes de enamorarse, de una viudita joven á cuya casa asistia yo por las noches? madama Santa Susana... á quien V. adoraba?..

Leop. Y que me fué infiel!

Dero. Yo causaba su desvío: aunque estoy muy persuadido de no poder por ningun estilo compararme con V... La viudita tenia antojo por parecer en Longs-champs en una berlina, que V. no podia proporcionarla entonces: yo la presté la mia, que era nueva, elegante, magnífica...

Leop. Qué escucho!.. En una mujer tan veleidosa y una cabeza como aquella bien es posible; pero cualquiera otra...

Dero. Otra mujer, otros caprichos, otras ideas, otros devaneos, que pueden satisfacerse: el asunto es conocerlos para aprovecharse de ellos, y, como dije á V., este es mi estado, no es otro.

Leop. Acabe V. esta manifestacion... acabe V., se lo suplico.

Dero. No puedo, con ella nada adelantaria V.; mas por su interés voy á hacerle otra fruto de mis observaciones.

Leop. Cual es?

Dero. Que mientras V. se ocupa inutilmente de una mujer fria, insensible, indiferente, que jamás pensará en V., hay aquí otra jóven tierna, y candorosa que le ama.

Leop. Dios mio! quien es?

Dero. La hermanita de madama Dulistel, la jóven Celia...

Leop. Qué escucho!

Dero. V. nada sabia... ni ella tampoco; pero yo, espectador desinteresado, hace un siglo que lo he advertido.

Leop. Será solo amistad para conmigo.

Dero. No, no; bien sé yo hasta donde alcanzo: es amor, el amor puro y cándido de una jóven, el primero, el verdadero amor... que nosotros los observadores tenemos rara vez que observar en el mundo. Y podria V. vacilar? Ah! mi querido amigo, si estuviese yo en su lugar!

Leop. Pero si no lo está V.

Dero. Desgraciadamente; pero respondo á V. de ser la mujer que le conviene: tiene V. la misma franqueza, las mismas ilusiones... cásese V., mi amigo, cásese V... y míreme como el amigo de la familia, es cuanto le pido.

Leop. Mil gracias!

Dero. Ola! Aquí está mi querido Dulistel con su esposa.

Leop. (*con despecho*) Su mujer! Ah! no puedo disimular mi turbacion (*pasa á la izquierda del espectador*).

ESCENA VIII.

Leopoldo, Derosoir, Albertina en trage de mañana, muy elegante. Dulistel. Victor.

(*Dulistel entra disputando con Victor.*) ¿Como es esto, Señor Victor? hace dos horas que estoy llamándote, y se me contesta que has salido á tus negocios.

Vic. Señor!

Dulis. Acaso te pago para eso? Por vida de... Y hacer que me encolerice, estorbarme, interrumpirme en mis operaciones mercantiles de los fondos de Sto. Domingo.

Vic. Vengo de casa de un paisano mio, que me ha traido una parte de la herencia de mi primo: vea V., una sucesion de 2,000 francos es una felicidad!

Alber. (*á su esposo, sonriendo*) Vamos, que-

rido, es preciso tener alguna consideracion al dolor de un heredero.

Vic. Mi ama es muy buena!..

Alber. Además, esto no quita que adviertas estan aquí nuestros mejores amigos. El caballero Mondeville, el señor de Derosoir, quienes nos esperaban yá, segun me ha dicho Celia.

Dulis. (*pasando con desenvoltura por delante de Derosoir.*) Buenos dias Derosoir. (*con afecto á Leopoldo*) Felices, mi querido amigo. V vendrá á darme noticia de nuestro negocio; tenemos suerte en la eleccion? (*Los actores están con el órden siguiente: Leopoldo, Dulistel, Derosoir, Albertina, Victor.*)

Leop. Sí; coronel; V. mismo podrá juzgar por estas cartas.

Dulis. Es V. tan obsequioso! (*á Victor.*) Mi berlina está pronta?

Vic. No señor; como nada habia V. dicho!

Dulis. Por vida de Mahoma! Pues debias adivinarlo: ¿acaso no he de ir á la bolsa? Vé pues; y que me avisen en cuanto enganchen.

Alber. Esto es obra de veinte minutos.

Dulis. Pues veinte minutos de retardo, pueden ser veinte centimos de pérdida.

Alber. Y qué! olvidas tu almuerzo?

Dulis. Qué importa? en la guerra como en la guerra. Acaso, tambien se almuerza cuando se tiene que hacer?

Alber. (*á Victor*) En cuanto á mí, sábete que ya tomé chocolate; sin embargo sirve á tu amo. (*sale Victor*) *Albertina ha ido subiendo el teatro para hablar con Victor, vuelve á bajar y se coloca entre Dulistel y Derosoir. Los actores se encuentran colocados asi: Leopoldo, Dulistel, Albertina, Derosoir.* (*continua Albertina á Dulistel*) Ah! Dulistel, pues que vas á la bolsa, olvidábaseme decirte que tengo unos fondos en mi poder, de los que suplico te encargues.

Dulis. Fondos? y cuales?

Alber. Cuarenta mil francos que el señor Archambaud tu notario, me ha remitido en tu ausencia... el dote de mi hermana que debes interesar en rentas de Nápoles.

Dulis. Pero no será hoy; no creo tener tiempo para ello.

Alber. Tampoco me acordaba que puedo guardarlos en mi escritorio.

Dulis. Mejor; á mí vuelta te los pediré. (*á Leopoldo*) V. que no sabe que hacerse de sus fondos debiera tomar de la Isla.

Leop. Gracias, caballero; me hallo ya demasiado rico.

Dulis. Tome V. del interés de España! Es lo que necesita. Despues hablarémos de nuestras elecciones en mi reunion; porque esta noche tenemos una, mi esposa lo quiere, no salimos de esto, los convites y reuniones me abruman... ayer mismo! qué fastidio,

en ese baile al que fué necesario acompañar á madama, sitiado por aqnel viejo General siempre hablándome de combates, y campañas! Oh! es muy fastidioso, y tán mala conversacion! En llegando á la batalla de Austerlitz...

Leop. Bella época, coronel!

Dulis. Efectivamente; la única en que ascendió la renta á 82. Nunca estuvo mas snbida en tiempo del Emperador... es asombroso!

Dero. Pues sin embargo, aquel era el buen tiempo.

Dulis. (*con desprecio*) Sí, á propósito para especulaciones (*á Albertina*) especulaciones de tu gusto; porque anoche en ese baile, encontré á madama ocupada, no en una contradanza, sino en una mesa de ecarté rodeada de jóvenes encantadores, con quienes perdia el tiempo divinamente.

Alber. Y bien; qué?.. lo pagaba el dinero. Todavía no tienes bastante?

Dulis. No señora; pues que vivimos en un tiempo en que el dinero, el oro, es el solo poder real, positivo y razonable.

Leop. Razonable!..

Dulis. Si señor; hoy dia en 1834 qué es la nobleza? Qué el nacimiento? Quien los desea?. Nadie. Oro; esto es muy diferente, todo el mundo lo pide, personages de categoria, subprefectos, prefectos, ministros, qué quereis?. Honores, dignidades? no; dinero, y por prueba, su-

primid los sueldos y suprimís la ambicion.

Leop. Permitame V. !.. todavía... hay jente..

Dulis. Que gritan contra la fortuna, es verdad! y quienes son? Pretendientes que no teniendo, desean.

ESCENA IX.

Los precedentes y Celia

Cel. (*saliendo por la derecha del espectador*) El té está pronto; yo acabo de prepararlo.

Dulis. Bravo! Almuerzas tú Derosoir?

Dero. Toma, yo siempre; como que he venido á eso!.. y aunque como tú, no tengo negocios, tengo la felicidad de morirme de hambre. (*á Albertina*) Venia á dar á V. cuenta de los encargos que me habia cometido. Pero ahora es imposible; con un marido tan precipitado... y mi estómago tambien... si yo supiese el momento de ver á V.

Alber. Pronto. A la una, estaré solo para V.

Cel. Y al caballero Mondeville, no le convidais?

Leop. Mil gracias, Señorita; me he desayunado.

Dero. (*á media voz á Leopoldo*) Muy bien para quedarse á solas.

Leop. (*tambien á media voz*) Caballero!

Dero. Nada hay de malo en eso.

Dulis. Ea! Derosoir, cuando gustes; advir-

tiéndote que yo siempre me desayuno en diez minutos (*entra el primero en el comedor*).

Dero. (*siguiéndole*) Así como Napoleon, vosotros los hombres grandes sois muy espeditos; yo soy muy diferente; necesito mas tiempo (*hace pasar por delante á Celia, á la que saluda y vuelve á Albertina*). Señora, á la órden de V. á la una, seré puntual.

ESCENA X.

Albertina, Leopoldo.

Leop. (*despues de un instante de silencio*) El señor Derosoir es muy feliz en merecer la amistad y confianza de V.

Alber. Sí; pero en un hombre de su edad, qué mal háy en ello? por otra parte, pienso que él la merece.

Leop. No digo yo lo contrario: ¿pero entre sus amigos de V. no hay algunos mas antiguos y no menos decididos tal vez, que tengan tambien derechos que reclamar?

Alber. De mis antiguos amigos, solo veo á V. Leopoldo, y esto tal vez seria poco conveniente... quise decir peligroso... para mí sin duda... no para V.

Leop. Peligroso!.. en que pues, Señora?

Alber. No sé... desde luego los jóvenes son naturalmente indiscretos.

Leop. Pues no creo yo haber dado á V. motivo para suponerlo.

Alber. Ni yo pienso haber dado á V. motivo para serlo.

Leop. Tal vez, señora; y si refiriese á otros que á V. lo que ví esta mañana... callejon de San Roque, n.º 7.

Alber. Caballero, qué quiere V. decir?

Leop. Ah! tranquilícese V., señora.. por gracia, por piedad, ocúlteme esa turbacion, que confirma todas mis sospechas.

Alber. Sospechas!..

Leop. Ah!.. y podria V. dejar de esperimentar los tormentos que yo he sufrido, cuando esta mañana, estando solo en el Boulevard, pensando en una persona en quien está toda mi ecsistencia... de repente me parece verla pasar junto á mí en un carruaje de alquiler... Error! ilusion! me decia yo mismo, y sin embargo, como á pesar mio, con el corazon oprimido por no sé que presentimiento, seguí aquel carruaje que se pára en la esquina de la calle del Pescado, y de la callejuela de San Roque.... Una mujer baja de él... aquel velo, aquella capa, no tiemble V. señora, podian pertenecer á cualquiera, á todo el mundo; mas lo que solo pertenecia á ella, era su gracia, su continente, aquel andar que reconoceria entre mil.. Queria huir, el cielo me es testigo, y no sé como me encontré con ella, para velar

sin duda, por ella... una entrada estrecha, obscura, una escalera tortuosa!... y en el tercero... sí, en el cuarto tercero!.. aqnella puerta... ah! temblaba de inquietud... pronto fué de cólera... un jóven bien vestido... con frac azul... salió á abrir... yo le ví al cerrar; y cuando el temor de un escándalo tan solamente, pudo contenerme de embater aquella puerta... cuando receloso de sucumbir á aquella tentacion, huyo fuera de mí, perdido, ocultando á la vista de todos el suplicio que esperimentaba!.. Y V. desconfia de mí, de mi discreion, de mi amistad!.. Ah señora!..

Alber. En verdad caballero!! Es una relacion que me pareció tan interesante, que no le he querido interrumpir; es un cuento.. cuento histórico si V. quiere, y cuyos detalles pueden ser verdaderos, escepto el nombre de la heroína, porque esa no soy yo.

Leop. Qué dice V.?

Alber. No señor: por lisonjero que sea para mi amor propio persuadirme que por todas partes cree V. verme, semejante ilusion pudiera acarrear consecuencias muy funestas.. En este momento que me apresuro á desengañar á V. y manifestarle que no me ha visto en la calle que dice, por la razon muy obvia de no haber estado en ella, y que tampoco conozco allí á nadie...

Leop. Será posible!.. V. no conoce allí á nadie? y no obstante ahora poco, cuando yo hablaba, esa turbacion que he creido reparar?

Alber. Oh! debo confesar que el principio de su relacion de V. me habia turbado un poco, asustado algun tanto; porque es verdad que sin saberlo mi esposo, ni mi hermana, he salido esta mañana.

Leop. V. lo ve?

Alber. Para ir á casa de un célebre retratista, que vive en esta misma calle, cerca de casa.

Leop. Gran Dios?

Alber. Una sorpresa que reservo á mi hermana para pasado mañana, que es su dia.

Leop. Ah! Señora...

Alber. Despues de todo esto, caballero, es muy natural que V. no me crea bajo mi palabra. No hay mas que preguntar al retratista, y sobre todo mi retrato, cuyo testimonio tendrá tal vez mas fuerza que mi palabra.

Leop. Perdon... perdon señora... Esto es confundirme; y ahora que recuerdo, que comparo, como pudo ser que en mi locura, en mi delirio... Yo debí ver á V. como la veo en este momento, no debiera haber creido á mis ojos; mayormente cuando no tenia yo otra prueba, otra certeza que este instinto desconfiado y celoso, de que aho-

ra me avergüenzo!.. sí; yo soy el culpable, pues que pude dudar de V.

Alber. Silencio!.. aquí llegan mi esposo y mi hermana.

ESCENA XI.

Dulistel saliendo del comedor, Derosoir, Albertina, Celia, Leopoldo, Victor que permanece en el fondo del Teatro.

Dulis. (*á Derosoir que le sigue*) Si quieres que te lleve dílo.

Dero. Un desayuno precipitado no vale un comino; y pues que tu berlina esta pronta, me dejarás en frente de la bolsa, en la puerta chinesca, donde tengo que comprar algunas frioleras para uno de mis clientes.

Dulis. Como gustes. (*buscando en el escritorio de la izquierda del espectador*) Mis facturas, y mi cartera! mis guantes! mi sombrero!

Cel. (*enseñándoselos á Victor quien los presenta á su amo*) Allí están coronel. (*aparte*) Valgame Dios que mal dice un guerrero hácia la bolsa (*á Dulistel que se vá*) Y no abrazas á mi hermana?

Dulis. (*abrazando á Albertina*) Es verdad! Adios querida. (*Los actores del modo siguiente: Derosoir, Dulistel, Albertina, Leopoldo, Celia, Victor al fondo; en segundo bastidor.*

Dero. (*á Dulistel*) Y tus facturas?

Dulis. Tienes razon! ya no me acordaba (*vuelve á tomar los papeles que habia dejado sobre el escritorio.*)

Cel. (*á su hermana.*) Ay! se me habia olvidado!.. Victor me ha dicho que alguien desea hablarte en particular.

Alber. (*sonriéndose*) A mí!..

Vic. (*adelantándose entre Albertina y Leopoldo*) Sí, señora; un jóven que no ha querido manifestar su nombre.

Alber. Y eso porqué?

Vic. Dice que V. ya sabrá de que se trata... que viene de la callejuela de San Roque n.º 7.

Leop. (*mirando á Albertina con indignacion*) Cielos!

Alber. (*turbada*) Ya sé porqué; voy á recibirle (*á Dulistel que sale con Derosoir y Victor*) A Dios amigo!

Dulis. (*llevándose á Derosoir*) Vamos, vamos (*salen*).

Celia sube el Teatro, les acompaña hasta la puerta, y vuelve á colocarse entre Albertina y Leopoldo. Los actores , Albertina, Celia, Leopoldo.

Alber. Yo espero que esta noche en nuestra reunion tendrémos el placer de ver al señor de Mondeville.

Leop. No señora, no podré.

Cel. Qué desgracia!

Alber. Y eso porqué?

Leop. Señora voy á manifestárselo si gusta.

Alber Lo que es ahora... no.

Leop. Es muy justo... la esperan á V. y mas tarde temeria ser indiscreto; porque ha concedido V. una audiencia al señor de Derosoir.

Alber. Verdad es... por algunos instantes, pero luego á las dos, tendré la satisfaccion hoy, así como los demas dias de recibir la visita de V... puedo contar con ella?

Leop. Iré, señora. (*saluda á Albertina que sale por la izquierda.*)

ESCENA XII.

Leopoldo. Celia.

Cel. Y bien, ha descubierto V. algo?

Leop. No... no: hasta ahora nada. (*aparte* Ella quiere engañarme, ya no hay duda; pero á lo menos tendré el placer de confundirla! (*sale bruscamente sin saludar á Celia que se para en la mitad de un saludo.*)

Cel. Muy bien!.. se marcha sin saludar, ni mirarme siquiera!.. puede que él tambien vaya á la bolsa (*entra en el cuarto de la izquierda*).

ACTO II.

La misma decoracion que en el primer acto.

ESCENA I.

Celia y Victor entrando por la puerta derecha.

Vic. Sí señorita; es el maestro de canto de V., he oido su carruaje en el patio, porque viene á gorjear en coche (*á parte*) y nosotros detrás; esto no pega.

Celia. Voy pues; porque esta noche tenemos concierto, y es muy probable que me hagan cantar mi aria con variaciones.

Vic. Perdone V. señorita, que la detenga: si no es incomodarla quiero pedirla un favor.

Cel. Dí; pronto.

Vic. Es con respecto á la sucesion que me ha tocado... Esto me atormenta, me vuelve infeliz, no sé que hacerme: cuando solo era un pobre diablo no pensaba en nada; pero ahora que soy rico, que tengo dos mil francos, es muy natural: yo, quisiera..

Cel. (*riendo*) Tener cuatro mil.

Vic. O mas... Todos dicen que es posible, que esto se ve todos los dias, que mi amo puede informarme, porque conoce á estos

señores que hacen ganar dinero á todo el mundo, y que les llaman segun creo corredores de cambio! Señores en verdad muy respetables. Hay uno de ellos que frecuenta esta casa, y jamás me atrevo á hablarle... Si V. quisiera decirle dos palabritas por mí?

Cel. Acaso me escucharia? Qué entiendo yo de eso?.. Así te aconsejo busques otra proporcion para tu capital.

Vic. Solo conozco una, en donde hasta ahora he puesto siempre mis ahorros.

Cel. A saber?

Vic. La lotería.

Cel. (*con disgusto*) Bravo!

Vic. Lo que digo es bueno para el pueblo, para la jente sin fortuna! aunque es un establecimiento tan inmoral que todo el mundo pierde; y yo quiero ganar.

Cel. Pues bien, creeme, lleva tu dinero á la caja de comunes depósitos.

Vic. Y esto doblará mi sucesion?

Cel. No: pero te impedirá el perderla

Vic. V. lo cree?

Cel. Sí; pero tú haz lo que quieras.

Vic. Bien señorita; mas es el caso que no abren la caja sino los domingos, hoy es martes; y si hasta entonces estoy sin ver una administracion, corriente... mas en pasando por ella... yo me conozco... hay un 50, y un 42, que siempre los tengo presentes.

Cel. Pues bien; qué quieres hacer?

Vic. Que si mi señorita tuviese la bondad de guardar mi sucesion hasta el domingo, me haria muchísimo favor (*la presenta unos billetes*).

Cel. (*tomándolos*) Toma! si no es mas que esto, con mucho gusto.. (*viendo entrar á Albertina*) Aquí está mi hermana. (*Albertina entra abre su escritorio y se pone á escribir.*)

Vic. Me voy. (*aparte*) El caso es que si ella ó mi ama hubieran querido hablar por mí!. pero los amos todos son iguales. Nunca quieren que nosotros lleguemos á ser ricos, porque entonces no tendrian quien fuese á la trasera de sus coches.

ESCENA II.

Alber. (*continua en el escritorio.*) Me vuelvo loca, esto ya es insufrible, jamás llegaré á entender ese cálculo.

Cel. (*aprocsimándose.*) Cuan ocupada estás!

Alber. Ah! eres tú.... Mira que el maestro te espera en el salon.

Cel. Voy á él (*mostrándola los billetes*) pero como yo no tengo escritorio, guárdame esto en el tuyo.

Alber. Qué es esto?

Celia. Dos mil francos, que el buen Victor me ha pedido le guarde (*mostrando el escritorio*). Te los pongo ahí?

Alber. Como quieras.

Cel. Mira... á la derecha, sobre estos papeles.

Alber. (*sonriendo*) Esos papeles te pertenecen... es tu dote.

Cel. (*suspirando*) Mi dote!... nada arriesgas con guardarlo por mucho tiempo.

Alber. Por qué razon?

Cel. Porque no pienso en casarme.

Alber. Otros tal vez lo piensen por tí! y si mis ideas, si mis esperanzas pueden realizarse...

Cel. Qué dices?

Alber. Sí; tengo necesidad de verte feliz... seria una dicha para mí.

Cel. Hermana mia!

Alber. Déjame; que está aquí Derosoir.

Cel. (*marchándose y mirando al escritorio*) Ah!. bien; mi dote, si se trata de eso.. (*sale*).

ESCENA III.

Derosoir y Albertina.

Alber. V. por fin aqui.

Dero. Estamos solos?

Albèr. Sí: mi esposo está en la bolsa, y mi hermana en su leccion de piano.

Dero. Ea, pues; y como nos encontramos hoy?

Alber. Mal!.. He pasado muy mala noche, y esta mañana la aventura mas pesada, mas contraria... Ya se la diré á V.; pero digáme V. algo.

Dero. Todo va á pedir de boca.

Alber. De veras?

Dero. Y que esto va á aumentar; es la voz general.

Alber. Cuan feliz soy por V. Ya respiro! tardo tanto en salir de este asunto, en volver á ser lo que era! Porque crea V., amigo, que no me conozco, no soy la misma, no puedo vivir.

Dero. Vaya una locura desazonarse de este modo!

Alber. Desazonarme!... llama V. á esto desazon? cuando es un suplicio, un tormento espantoso, y al reflecsionar que sin saberlo ni advertirlo, llegué allí... bah! esto es inconcebible, es un arcano. Ah! y á quien debo acusar?.. á nadie... ni aun á mí misma, pues fué con la intencion mas pura, mas laudable...

Dero. Es verdad!

Alber. Siempre sucede así.... á las mujeres nos pierden las buenas intenciones, porque no desconfiamos de ellas, y nos abandonamos... y ellas nos conducen muy pronto mucho mas allá de lo que quisiéramos. Yo! por ejemplo: unida á un hombre que hubiera querido y que no puedo amar, me dije, á lo menos no amaré á nadie. Fiel á mis deberes seré para con todos fria é insensible. La mujer lo es siempre que quiere. Sí, yo lo seré; lo prometo.

Dero. Promesa que ha cumplido V. y que tiene su mérito. Aun la estoy á V. viendo á su entrada en el gran mundo!.. y las pretensiones que nacieron por todas partes al traslucirse la indiferencia de Dulistel.

Alber. Sí; no se hubiera hablado mas de una viuda. Tantos eran los cuidados, obsequios, y adoradores; acabé por tenerlos en todas partes... y vea V... Sí; V. mismo el primero...

Dero. Yo?..

Alber. Sí; amigo mio, convengo á mi pesar, que en esta tan constante amistad con que V. me obsequia, me pareció entrever alguna intencion de galanteria, algunos proyectos de seduccion... ah!.. estoy loca al fin se lo digo á V. todo, y le pido perdon de mis sospechas.

Dero. Sí... pues esté V. alerta; tal vez no son tan injustas como V. piensa.

Alber. *(con embarazo)* Nada de eso; yo tengo confianza en V., y V. me sostendria lo contrario... aunque no le creeria... V. es un amigo, mi mejor amigo, al que puedo abrir mi corazon... porque de V... sí, yo lo sé, nada tengo que temer.

Dero. Es V. tan amable!

Alber. Por desgracia todo el mundo no es como V., y en el número de mis adoradores, habia un jóven... rico... amable... mas todo esto no llamaba aun la atencion. Ha-

bia en él otro peligro mayor, y sobre todo muy estraño... un amor real, verdadero, y de que nunca me habia hablado. Lo que no dejó tal vez de contribuir á que yo le adivinara desde luego... Así con todas veras me esforzaba, le evitaba en lo posible, le huia, y pensaba diariamente en los medios de olvidarle.

Dero. Lo creo muy bien.

Alber. Se lo juro á V... era mi mayor deseo... mas cuan dificil se me hacia... y como conseguirlo cuando por todas partes triste y silencioso, le encontraba junto á mí, en el salon donde me presentaba, en el palco, sí... allí estaba, yo le veia... y mas aun cuando no estaba. En fin una noche al entrar en un baile, al que no le creia convidado... la primera persona que se ofreció á mi vista fué Leopoldo de Mondeville... Ay! Dios mio, yo no queria pronunciar su nombre... mas era él, sí; él era quien con un aire respetuoso me invitaba... cuando irritada contra mí, contra él, contra todo el mundo..... le deseché manifestándole que no bailaria en toda la noche, que padecia, que me hallaba indispuesta... qué sé yo? Decia la verdad y héme durante todo el baile refujiada en la sala donde no se bailaba, pero se jugaba. Notándose mi displicencia, y desabrimiento, se me ofrece una silla para el ecarté, que acepté con gusto,

muy feliz por tener en que ocuparme, y esperar así las doce, que parecia no debian llegar nunca. Desde aquel momento, aunque distraida, ganaba sin querer ni pensar en ello... la suerte parecia favorecerme; y siendo tan pronunciada, habia atraido al rededor de nosotros una multitud de jugadores que apostaban en favor ó contra de mí; la importancia que ellos daban al juego, me previno. Ya estoy atenta al mio, siguiendo todos sus lances, temiendo perder.... regocijada con mi ganancia, alentada por los aplausos de mis compañeros; era ya suma la ganancia, cuando dió el reloj...

Dero. Las doce?

Alber. No; las dos de la madrugada ! habia corrido el tiempo con tal rapidez, que todo lo habia olvidado..... aun á él mismo.... sí... por la vez primera despues de un año estuve tres horas sin ocuparme de él: estaba encantada, yo era feliz, ya tenia un medio de sustraerme á su imágen, de escapar de su amor que me perseguia sin cesar!.... y este medio de salud.... lo confieso; me entregué á el con deleite, con ardor: cada noche se me hubiera encontrado sentada cerca de la mesa verde; mi distraccion, mi esperanza, mi felicidad que al principio amé por reconocimiento, y algun tiempo despues por costumbre... Que quiere V. que le diga?.. es una còsa inaudita, incomprensible...

hechizada con aquellas alternativas de esperanza y de temor que hacian latir mi corazon, esperimenté allí sensaciones deliciosas, desconocidas, tanto mas vivas, cuanto que era mas necesario ocultarlas.... porque tenian todo el encanto de una pasion misteriosa, toda la felicidad de un amor satisfecho.... si.... aquello era felicidad, de aquello únicamente fué susceptible mi corazon, pero muy pronto me pareció insuficiente. Ya no oí hablar aquí mas que de especulaciones, del juego sobre los intereses, de gente que en un dia, en una hora, se habian enriquecido! Mi esposo mismo pasaba su vida en aquellas atrevidas combinaciones; en una palabra, él por la mañana hacia en grande, lo que yo por la noche en pequeño; y á mí á quien todo se resiste me llegó mi turno, y quise tambien probar la fortuna; confié á V. los beneficios que me produjo el juego, y todavía no acabo de creer como este ha querido favorecerme.

Dero. Quince mil francos en tres meses!..

Alber. Era mucho, yo era muy rica! no sabia que hacer de aquella suma inútil para mí.. pero decia yo: si pudiere doblarla, triplicarla.. eso solo formaria un dote para mi hermana, cuya fortuna consiste tan solo en 40,000 francos; y sin pedir cosa alguna á mi esposo, pudiera casarla, establecerla.. Ya me consideraba la causa de su felicidad. Esta idea es

la que me ha arrastrado de nuevo á aquellos lances fatales, de los que quisiera y no puedo retirarme. Qué dias de inquietud y de angustias ! Qué noches sin sueño ! y lo que es mas terrible esta fiebre continua, que consume y marchita el alma, hace volverse insensible á todo, hace no desear otra cosa que aquellas mismas emociones que tanto atormentan y martirizan; pero que sè han convertido en una necesidad, y sin las cuales no se puede vivir ! Si aun pudiese entregarme toda á ellas.... pero encerrar mi deseo en el pecho, hacer los honores de una tertulia, sonreir á uu marido, á los amigos, á los indiferentes..... sonreir cuando una mano de hierro estruja el corazon ! Y despues por la noche, cuando entro en casa cuando esta fiebre ardiente que me sostenia desfallece así como mi valor, siento un recuerdo espantoso que me causa miedo; sufro.... lloro, y cavilo ! Ah, amigo mio, soy muy desgraciada ¡

Dero. Y porqué, Señora? Nuestra nueva especulacion es infalible; despues de algunos dias que jugamos á la subida de los fondos públicos, ella continua.... y esta vez la fortuna nos recompensará nuestras pérdidas pasadas.

Alber. No creo en esto por ahora; nada me favorece cuando pierdo; aun anoche en ese maldito ecarté.... Sí; ese presumido conde

Dermilly vino á recostarse en mi silla.... siempre me lleva la desgracia.... estoy segura de perder cuando le tengo junto á mí... ah! y perder bajo mi palabra! Deber á Santelmo, otro ſatuo, que me ama, y que tuvo la osadía de decírmelo: así trataba de conquistarme.

Salí esta mañana, estuve en secreto á vender mis últimos diamantes, cuyo importe ha sido para satisfacer á Santelmo... y, desgraciada! he sido vista de Leopoldo, á quien en vano traté de engañar; pero prefiero decírselo todo.

Dero. En eso piensa V.?

Alber. Y porqué no? él es para mí únicamente un amigo, y puedo confiar en su discrecion tanto como en la de V.

Dero. Qué imprudencia!.... dar armas á ese jóven que aun ama á V.... y armas de que pudiera abusar.

Alber. Jamás!.... no le conoce V.. Pues bien; nada le diré, lo juro.. pero apresurémonos á concluir; y pues que la subida continua.... pues que ganamos....

Dero. Sí, señora.

Alber. Ganamos mucho?

Dero. Sí aguardáse V. al fin de mes, es decir, dos dias mas, pudiéramos, como dice Defrene mi agente de cambio, realizar límpios cincuenta mil francos de beneficio.

Alber. Cincuenta mil francos?

Dero. Si no se conforma V. con ganar menos vendiendo hoy mismo.

Alber. Esperemos pues dos dias... dígaselo V. á Defrene, en nombre de V., como de costumbre.

Dero. Confié V. en mi amistad, que se espondrá á todo antes que comprometerla.... V. no sabe cuanto la aprecio.

Alber. Sí; muchas pruebas me ha dado V.; por lo que seria muy ingrata en dudarlo.

Dero. Ah! esta sola palabra me basta: sí, mi amiga.... mi amable amiga.... crea V. que siempre.... ay! alguien viene.

ESCENA IV.

Derosoir, Albertina, Leopoldo.

Dero. El caballero Leopoldo ya...

Leop. (*aparte.*) Aun aquí! pues él nunca la deja!

Dero. A dios, señora (*bajo á Albertina.*) Voy á transmitir sus órdenes á Defrene, y volveré á participarla el resultado (*alto*) Agur, amigo Mondeville.

ESCENA V.

Albertina, Leopoldo algun tanto desviado.

Leop. (*bajo*) Hace dos horas que está con

ella!... y aun tenerla que hablar en voz baja!

Alber. Quedo á V. reconocida por su exactitud.

Leop. V. es quien parece ha deseado esta entrevista... de otro modo, yo no me hubiera permitido presentarme á V.

Alber. Por qué razon?

Leop. Suplico á V., Señora no me lo pregunte. El silencio que la guardo es todavia una prueba de mi afecto.

Alber. Lo veo.... V. tiene derecho de acusarme... de creerme culpable, y yo lo soy mucho, en efecto; pues me he visto obligada á engañarle, á ocultarle la verdad... mas sin embargo esta verdad no es de tal naturaleza que deba quitarme la estimacion de V., y darle sobre mi honor sospechas á las cuales yo jamás me resignaria.

Leop. Yo, sospechas!

Alber. Sí; ya las comprendo! y puedo responderle en una palabra. Juro, Leopoldo, que el misterio que ha podido V. notar en mi conducta no encierra ningun secreto del corazon. Juro á V. que no amo á nadie: *(con dignidad)* que soy fiel á mi esposo; me cree V?

Leop. *(mirándola)* Creer á V.!... sí; hay en esa voz un acento de verdad que me juzgo digno de comprender.... y ahora me despreciara á mí mismo si sospechase aun.

Alber. Doy á V. mil gracias... y V. mismo conoce que si ahora instase se lo diria todo... mas lo confieso.... esto seria muy cruel.... mucho me costaria.... y yo estimara de V. fuese bastante generoso para no ecsijirlo de mí.

Leop. Nada ecsijo, nada deseo saber. V. no ama á nadie; esto es solo lo que pido. Esta palabra basta á mi amistad.... si V. supiese que desgracia es ver perder él objeto en quien uno pusiera su estimacion en el mas alto grado, renunciar á su culto, á su adoracion !.... si señora, si; nada digo á V. de nuevo... Esté amor, del que jamás la he hablado, lo conocia V. tambien como yo.... antes que yo tal vez, y sin habernos esplicado nos entendíamos, yo para sufrir.... V. para no ver nada.

Alebr. Sí; Leopoldo. Si; yo no usaré ahora de la sorpresa, ni de la colera.... yo sé lo que vale una adhesion como la de V; mil otras se vanagloriaran de haberla inspirado; de partirla tal vez con otra. Yo no puedo; tal es mi destino, tal la suerte que yo misma me he impuesto.... Y lo que voy á decir á V. va á parecerle muy mal.... pero creo hubiera sido menos desgraciada *(pausa)* sí; tal vez hubiera hecho mejor en amarle.. (*con viveza*) y.... ahora es imposible.... solo la amistad puede reinar entre los dos. Una amistad de hermano.... esto solo pido...esto solo reclamo.

Leop. Ah! tanta bondad! V. quiere hacerme hoy muy feliz, y advierta que cuando no se está acostumbrado! Es una advertencia que he hecho de algun tiempo á esta parte, y acerca de la cual quisiera me dijese V. que amistad se digna prometerme.

Alber. Esplíquese V.

Leop. Pues bien, señora. Porque veo á V. un dia de buen humor, amable, encantadora, como hoy, como en este momento, por ejemplo, y luego por la mañana... que digo.... un instante despues ya se vuelve V. rara, caprichosa, y hasta colérica?

Alber. Pues qué ha notado V.?

Leop. El amante no ha podido notar cosa alguna; mas aquí es el amigo quien habla.

Alber. Sí; tiene V. razon.

Leop. Y de qué procede esa desigualdad de humor que antes no tenia V. jamás?

Alber. Ah!... eso tiene sus motivos.... que yo quisiera... mas que no me atrevo á confiar á V.... no, no podré jamás!..

Leop. O cielos! qúe siguifica esto, y que debo yo creer?

Alber. Ah! mi marido.

ESCENA VI.

Albertina, Dulistel, Leopoldo.

Dulistel. Bravo, bravo, bien jugado por vida de....

Alber. Que tienes Dulistel ¿que es eso? por cierto que es el primer dia del año que te veo reir.

Dulis. Es que vengo de la bolsa.

Leop. Y muy alegre.

Dulis. Sí; hoy ha sido una aventura agradable!.. un golpe en grande! Vds. saben que à mediados del mes, los fondos que habian estado por tanto tiempo en calma, tomaron de repente un movimiento de ascension?

Leop. Yo nada sabía.

Alber. Sí; estaban de alza; y bien?

Leop. Ah! V. lo sabía?

Alber. Si; de oirlo á Dulistel, que nunca habla de otra cosa: y bien qué?

Dulis. Pues hace algunos dias que mis negocios tomaban un aspecto muy poco lisonjero; era necesario para reanimarlos un golpe en grande; y los señores y yo nos habiamos avenido en secreto para tomar la renta al 101. Nuestras compras la han hecho subir al 104. al. 50 por 100

Alber. Pues ayer se cerró; por lo menos tú me lo dijiste comiendo.

Dulis. Es posible; pero esta mañana, he aquí lo mejor; ha llegado por sí misma al abrirse la bolsa al 50 por 105

Alber. Que fortuna.

Dulis. Ya lo creo; porque en el momento mismo que se aguardaba la baja, lo vendimos todo junto, todo á la vez, y realizamos en

una ecsalacion immenso beneficio, lo cual tambien es verdad, ha hecho bajar mas que de prisa, la renta á tres francos.

Alber. O cielos! y los que jugaban á la alza?

Dulis. Quiebra completa.

Alber. Dios mio tres francos de baja!

Dulis. Qué es eso?... qué te importa?... pues que yo gano.... Estás muy asustada; tú no lo entiendes, segun veo. Son otros los que pierden, pero yo! yo gano mucho *(rie)* Bah! las mujeres no entienden una jota en negocios. *(á Leopoldo)* Pero V. mi querido amigo, V. conoce que tres francos de diferencia, cuando se trata de sumas.... lo que me ha venido de perilla, pues mi especulacion de Sto Domingo me iba muy mal.

Leop. Ola? y queria V. asociarme á ella esta mañana!

Dulis No por cierto.

Leop. Sî señor.

Dulis. Qué quiere V.?.. entre amigos.. y despues esto es un albur; á la guerra, como á la guerra... Vaya, entro á mi aposento á hacer la liquidacion de la semana... no se incomode V. por esto... dejo á V. con mi esposa *(vase).*

ESCENA VII.

Leopoldo, Albertina.

Alber. (sentándose y aparte.) Ah! y Derosoir, no viene!.....

Leop. Perfectamente; y pues que él nos deja, volvamos á emprender la conversacion que á su entrada nos habia interrumpido.

Alber. Está bien.... otro rato.

Leop. No tal.... V quiere evadir la esplicacion.

Alber. Yo una esplicacion.... eh! y con qué objeto? sobre qué asunto?

Eeop. Ah! Señora; en qué ofendo á V.?.... de qué procede esa mudanza?

Alber. Una mudanza? donde la ve V.?

Leop. En todo: en su fisonomía.... en su razonamiento... en la agitacion en que V. se encuentra, cuya causa busco en vano.

Alber. Y quien le dice á V. que la haya?

Leop. Y á no dudarlo!... ciertamente, como decia á V. poco ha, este es uno de esos caprichos repentinos, uno de esos movimientos de mal humor de que se quejaba mi amistad.

Alber. Y cuando llegará á ser verdad!.. cuando seré tan estravagante, caprichosa, é insoportable como V. quiere suponerme.... V. cree que esas preguntas, esa sangre fria, esa flema, son propias para calmar?.... En

verdad! hay jente que nada entienden, nada adivinan.

Leop. Y como quiere V. que yo adivine un secreto de esta naturaleza?

Alber. Pues ahora, este secreto no es dificil de penetrar.... quiero estar sola... la presencia de V. me irrita.... me dá grima... me impacienta...

Leop. Por Dios, Señora; y es á mí á quien habla V. así, á un amigo?

Alber. Pues hábleme V. de su amistad... déme pruebas de ella.

Leop. Cuales ecsije V.?

Alber. Ya las he dicho: que me deje V. sola, que se vaya.

Leop. Si lo entenderé bien? Es V. la que me despide? la que me rechaza!! No es seguramente su corazon quien ordena ese proceder, y solo quiero ver en él un momento de mal humor.

Alber. De mal humor! de despecho!.... no señor; estoy tranquila... á sangre fria.... y pues que V me ha dicho mis defectos, voy á declararle los suyos: diré á V. que lo que hay de mas insoportable, mas fastidioso y mas ridículo á la vez, es querer regalar á las jentes, á su pesar, con consejos que no piden, con una presencia que les fastidia, con una amistad á la que renuncian.

Leop. Esto ya es demasiado!! me envileceria á mis propios ojos, si despues de tal ultraje,

pudiese yo aun conservar unos sentimientos que abjuro, y cuyos modos de olvidar conozco. Sí; señora, sí; en este mismo instante voy á probar á V. que hay otras que mas que V. merecen mi ternura.

Alber. Ea, caballero!

Leop. No á V. que nada es ya para mí; sino á su esposo, es á quien debo participar mis proyectos *(sale por la derecha)*.

ESCENA VIII.

Albertina, sola.

Por fin!.... partió... yo no sé lo que le he dicho, pero si le he incomodado.... si le he puesto muy colérico... tanto mejor, no seré yo sola.... porque he esperimentado, hace un cuarto de hora, movimientos de despecho y de furor... su presencia misma me irritaba.... todos se regocijan... todos ganan.. hasta mi marido. Yo sola soy perseguida de la fortuna... ah! lloraría de rabia... mi cabeza está echa un volcan! ardo .... sí; tengo fiebre... y Derosoir no viene... Qué habran hecho?... Qué sucederá?... Si yo pudiese saberlo.. si yo pudiese correr allá?.. No, no puedo: una mujer... es necesario que permanezca aquí para morir de inquietud! Los hombres son muy felices! Por lo menos están allí: pueden arruinarse, pero

saben su suerte, ellos no tienen, como yo, que contar estos minutos, estos instantes que abrevian mi vida!.. Y si no viniese?.. Si me vieran en este estado!.. estoy espantosa, no hay duda. *(componiéndose el cabello ante un espejo)* Dios mio! Dios mio! si pudiese salir de este apuro en que me encuentro..Sí mi marido ni el mundo nada saben, no jugaré mas, no volveré á jugar, lo prometo, lo juro. Y el cielo que me oye vendrá en mi socorro. Ah! Dios mio, tú eres mi esperanza, aun no la he perdido.... *(con otro tono)* Pero como estoy... yo me desespero... pierdo la cabeza!!... y sin duda mi ajente de negocios habrá hecho como mi marido.. no habrá tenido presente mis órdenes. Viendo esta baja repentina, en vez de aguardar dos dias más, lo habrá vendido en el acto.... no importa el precio... ganarémos menos, á esto se reduce todo.... Pero sí; aun ganarémos.. es esto mismo.. estoy cierta *(viendo á Derosoir,)*.

ESCENA IX·

Albertina y Derosoir

Alber. Ah! es V. mi amigo? Y bien qué beneficio? treinta mil francos?

Dero. Nò; señora.

Alber. No es sino el veinte y cinco?.. todavía no?... oh! Dios mio! es solo diez y ocho... ya estaba segura... siempre he jugado con desgracia!

Dero. Con desgracia... Ah! sí señora;..cuando menos se esperaba, una baja asombrosa...

Alber. Ya lo sé: mi marido me lo ha dicho todo... Así será que Defrene habrá vendido.. no es así?

Dero. No; señora.

Alber. Cielos!

Dero. Las órdenes que me habia V. dado, y que yo acababa de transmitirle, le prescribian aguardar al fin de més.

Alber. Eh! y qué importa?... no debia él adivinarlo y comprenderlo por sí mismo? Sí; pero vaya V. á pedir tanta prevision é inteligencia á esas jentes tan ruines! Gracias á él me veo perdiendo... y cuanto?... no tenga V. miedo... estoy tranquila... tengo bastante serenidad.

Dero. Pues V. pierde, con corta diferencia, lo que esperabamos ganar.

Alber. Gran Dios! cincuenta mil francos!

Dero. Es decir inclusos los derechos, etc, etc. que sé yo?

Alber. Cincuenta mil francos!.... yo deber esa cantidad! yo... una mujer... mi querido Derosoir, mi amigo, mi confidente, como lo harémos?.. en qué vendrá esto á parar?

Dero. Yo no sé... mas es necesario buscar es-

ta suma, procurársela... lo que haré desde mañana.... yo lo espero; pero es el caso que su ajente de V. Defrene quiere el dinero esta misma noche, al momento.

Alber. Es posible semejante proceder!

Dero. Escuche V... se han esparcido siniestros rumores... decíase que á la salida de la bolsa, dos ó tres de sus compañeros se habian fugado... él mismo no tiene ya muy corriente sus negocios... Y en estos casos se toman todas las providencias, todas las precauciones.

Alber. Pero desconfiar de mí!.... ó por mejor decir de V., que me servia de mediador.

Dero. Hay bastantes motivos. Como yo no queria nombrar á V., y sabe todo el mundo que no juego en la bolsa, le habia dado á entender sin afirmarle cosa alguna que las órdenes venian de su marido de V.... mi intimo amigo... un gran capitalista... esto era todo muy natural; pero como hoy ha visto que la baja provenia de la compañia de banqueros, á que pertenece el señor de Dulistel.. esto le ha inquietado... quiere se le pague sobre la marcha la diferencia, que como dije son cincuenta mil francos; sino, vá á venir aqui á verse con su esposo de V. para aclarar esto.

Alber. Por Dios... semejante esplicacion...

Dero. Con ella me amenaza.

Alber. Yo tengo la culpa, estoy perdida! Como impedir esta visita, y el escándalo que debe

seguirse á ella? y como, sobre todo, podrá ganarse tiempo?

Dero. Silencio.!... Dulistel está aquí.

ESCENA X.

Los precedentes y Dulistel.

Dulis. (*con lápiz en mano)* Por mi parte esto vá divinamente. De beneficio limpio, ciento sesenta y dos mil francos ochenta y cinco centimos... Muy desagradable es que aquellos caballeros tuviesen tanta parte... ah! todo hubiera sido para mí solo *(ve á Alber.)* Ah! tu por aquí Albertina? Acaban de darme una noticia... que me ha sorprendido algun tanto, no hay duda...

Alber. Cielos!

Dulis. (*calculando)* Y que nos concierne á entrambos.

Alber. (*á Derosoir en voz baja)* Todo lo sabe!

Dero. Nada de eso; no estuviera tan fresco.

Alber. avanzandose trémula) Vamos... y no puedo yo saber que noticia es esa?

Dulistel señala con la mano no le interrumpan, y continúa haciendo números sobre un papel)

Alber. (*tirándole del brazo)* Qué es pues? Que es?

Dulis.(*continúa)* Al instante, al instante..cuando haya concluido.... ya me has estorbado en esta operacion *(sientase á la derecha y continúa escribiendo con lapiz).*

ESCENA XI.

Albertina, Derosoir, Victor, Dulistel sentado.

Victor. Señor! Señor! un agente de cambio.
Dulis. El mio!
Victor. No; Señor, otro que está allá en la antesala: el Sr. de Defrene.
Alber. (*á p.*) Defrene; ya no hay esperanza!
Dero. (*a. p.*) Es él.
Vic. Pide hablar al amo!
Dulis. Defrene á esta hora!... si no tenemos negocios entre los dos; por otra parte está convidado para la reunion, ya nos verémos luego.
Vic. Dice que tiene mucha prisa, que es necesario hablar con V. al instante.
Dulis. Ruégale que me espere en el salon, y que no me estorbe mas.
Vic. Ya voy señor, y para que no se fastidie, yo le daré conversacion.
Alber. (*á Derosoir*) Un momento mas.. algunos minutos, y todo se habrá concluido; yo estoy perdida, mañana, gracias á él ya habré encontrado el medio de adquirir prestado... de procurarme esta suma... mas de aquí á entonces (*corriendo al escritorio*) ah! (*toma los papeles que da á Derosoir*) tenga V. llévveselos de contado.
Dero. Pues qué es esto!

Alber. Todo lo que hay allí, cuarenta y dos mil francos.. Vaya, y trate de que se contente con esa suma, y sobre todo que se marche.

Dero. Quede V. tranquila, yo me encargo de esto.

Alber. Ya respiro!... Dios! Leopoldo..

ESCENA XII.

Albertina, Dulistel, Leopoldo saliendo del cuarto de la izquierda.

Leop. (*friamente y á media voz á Albertina*) Perdone V., señora, siento comparecer aquí.. sin orden de V.; mas su señor esposo la ha dicho el motivo que me obliga á permanecer aun.

Alber. No señor; está allí abismado en sus cálculos.

Leop. (*á Dulistel que escribe*) Como, caballero! todavia no ha participado V. á la señora la demanda que he tenido el honor de hacerle?

Dulis. Nada mas que una cifra, y he concluido. (*repasa y con el lápiz siempre en la mano*) Sí querida, el caballero Leopoldo de Mondeville nos pide la mano... de mi hermanita política Celia.

Alber. Jesus mio!

Leop. De que procede esa turbacion?

Dulis. Como á su tutor, ya ves que consiento... un buen partido... un jóven de mucho

crédito en el departamento, del que quiero ser diputado... y además un enamorado que tiene prisa, pues que queria terminar al instante..... era necesario enviar á casa de mi notario para estipular los contratos, y le he decidido no sin mucho trabajo á esperar hasta la noche.

Alber. Esta noche? pero tú sabes que Celia?

Dulis. Casi nada tiene... ya lo sabe... ya se lo he dicho. *(corrijiendo su papel)* Esto debia ser un 8. en vez de un 7... Ya le he dicho que toda su dote consistia en los cuarenta mil francos que tienes allá en tu escritorio, y que puedes entregármelos.

Aaber. (*aparte*) Yo muero!

Dulis. (*calculando siempre*) Sí; él mismo ha querido firmar el contrato esta noche...

Alber. Esta noche!

Dulis. Él es quien así lo quiso; y pues que tenemos una reunion, servirá de algo.

Leop. *(que siempre ha observado á Albertina)* Caballero..... madama se encuentra mal...

Dulis. Quien?

Leop. *(corriendo á Albertina)* Su esposa de V.

Alber. *(con sequedad)* No señor; no... esto no es nada... un vahido... un desfallecimiento... me encuentro perfectamente.

Dulis. Eh! Señora. Ya no sé lo que llevaba, y tengo que volver á empezar esta colum-

na... *(Intérnase en el teatro, y Leopoldo, que estaba á la izquierda del espectador, pasa á la derecha mirando á Albertina que viene á sentarse cerca de su bufete. Los actores están del modo siguiente: Albertina, Dulistel, Leopoldo.)*

Leop. (mirando á Albertina, y aparte) Semejante turbacion al anunciarla este casamiento.. Si me habré engañado?.. Y sin decírselo á ella!.. si me amará?.. sí; sí; esto es, y esta pregunta que acabo de hacer! *(acercándose á Dulistel)*... Es necesario romperlo todo, caballero!.. Dios... Celia!...

ESCENA XIII.

Albertina, Celia, Dulistel, Leopoldo.

Dulis. Ah! tú por aquí? Ven, ven; cabalmente tratamos ahora de tí.

Cel. De mí?... Como es eso?..

Leop. (vivamente á Dulistel y en voz baja) Silencio! Caballero, no la hable V. de mis proyectos, ni una palabra siquiera.

Dulis. (bajo) Y porqué? pues...

Leop. (bajo y mirando á Celia) Porquè?... Porque quiero decírselo yo mismo...

Dulis. V. que tanta prisa tenia hace poco?.. en ese caso ya tendrá V. tiempo porque *(alto)* hoy esperamos á V. á comer... es preciso.

Cel. Alabo tu idea!

Dulis. No es verdad?.. y en cuanto á tí, mona mia, te aconsejo que esta noche te presentes bella, para lo cual nada descuides.

Cel. Yo presentarme bonita!..

Leop. *(bajo á Dulistel)* Por Dios! señor.... por favor....

Cel. *(mirando á todos)* Qué hay?... á qué preparar una sorpresa? todos se presentan con aire melancólico, disgustado... Acaso son hoy tus dias?

Dulis. Ni mis noches *(á Leop.)* Yo nada digo.. tan solo, sí, que hoy todo va bien.... todo nos alegra... y que en obsequio de las buenas nuevas es preciso estar alegres.... No es verdad, esposa mia? *(se dirije á Albertina que estaba distraida y sentada)*. Ah! válgame Dios! y Delfrene estará esperándome! voy á hablarle, y desde allí iré á casa de Archambaud mi notario: Vds. señoras al tocador.... y tempranito, á las seis... estén en el comedor, *(Arrastra consigo á Leopoldo, que tratará de aprocsimarse á Albertina. Esta sale por la puerta izquierda con Celia, que mira á todos con asombro.*

ACTO III.

El teatro representa un gabinete elegante: tres puertas en el fondo, que dan á un salon: puertas laterales.

ESCENA I.

Leopoldo y Dulistel de media etiqueta ambos. Leopoldo sentado, y con la escritura en la mano.

Dulis. Segun eso, V. la reconoce ciento cincuenta mil francos de dote?

Leop. (*levantándose y mirando hácia la puerta de la izquierda*) Si señor; (*aparte*) si yo pudiese hablarla un solo momento!.... antes que llegasen!

Dulis. Este artículo por parte de V. no ofrece dificultad?

Leop. Ninguna; pero estamos discutiendo sobre un contrato en esta pieza, en la que puede entrar todo el mundo; así que, mañana, su habitacion de V. será mas del caso para tratar este asunto.

Dulis. Mañana? Ah! esto, mi querido amigo, le hace á V; perder la cabeza... Si lo fir-

mamos esta noche, á las once.. V. mismo lo ha pedido, y quiere V. ahora estorbarlo?.. No lo creo, no hace dos horas que acabamos de comer, las señoras están en el tocador, y tienen para rato: volvamos pues al contrato.

Leop. *(aparte)* Ah! qué suplicio! qué es lo que he hecho!

Dulis. V. conocerá que hubiera yo podido dotar á mi hermana política; pero mi especulacion de Santo Domingo me ha absorbido mis capitales. Vamos es cosa terrible esto de negocios; nosotros los capitalistas somos desgraciados, jamás podemos hacer cosa alguna, jamás... mientras V., qué diferencia!... Hace la felicidad de una jóven sin fortuna, la de su familia... Ademas V. con su influjo contribuye al nombramiento de un hermano político, que gracias á V...

Leop. Será diputado; yo así lo espero.

Dulis. Tengo derechos!

Leop. Es V. coronel!

Dulis. Soy millonario!. Este es el fruto de quince años de trabajo, de los cuales el pais aun me es deudor. Así le digo á V. francamente que cuento con su discrecion; vamos, estoy embelesado con esta alianza.... Pero lo que hay de chocante en este negocio es que mi esposa... no sé lo que tiene contra V... pero este casamiento no la acomoda... no la conviene...

Leop. (*con alegria*) De veras?..

Dulis. Es positivo. Durante la comida ha estado de un humor muy particular, y cuando delante de Celia, que nada sabia aun, se ha puesto á hablar contra los maridos insensibles, egoistas... pagados de sí... en verdad que me hacia reir... y eso... era por V.

Leop. V. lo crée?

Dulis. Para asustar á su hermana, y prevenirla contra el matrimonio... pero esté V. seguro... guste ó no á mi esposa, Celia es mi pupila... y yo voy desde esta noche á mandarla...

Leop. No; por favor lo pido... no la hable V. todavía.

Dulis. Aun no?... pues V. no puede casarse sin decírselo.

Leop. Tan solo pido una hora. Quiero antes de declararme, saber por ella misma.. (*vivo*) porque en fin, oiga V... si ella no quisiere... si no me amara...

Dulis. (*riendo*) Ah... ah... ah... si tuviese uno que inquietarse por eso, jamás se casaria.

Leop. Qué quiere V... este es mi modo de pensar... aguarde V. todavía una hora, antes de decirla cosa alguna.

Dulis. Concedida!...

Leop. (*aparte*) Hasta entonces si no pudiese ver á Albertina, por lo menos la escribiré.

(*alto*) En cuanto á ese contrato que ha arreglado V. con el notario, no se tome la molestia de leérmelo... prefiero hacerlo yo solo... y si hubiese allí tintero...

Dulis. (*enseñándole la puerta de la derecha*) En ese cuarto encontrará V. cuanto necesite; sírvase notar al márgen sus observaciones, y dentro una hora un amanuense de mi notario Archambaud lo habrá puesto en limpio para esta noche.

Leop. Quede V. tranquilo. (*aparte*) Vamos á escribirla, y pongamos nuestra suerte en sus manos (*sale por la puerta indicada*).

ESCENA II.

Dulistel, despues Celia.

Dulis. Esto es!... que el diablo me lleve, si este no es un héroe de novela, un paladin.. Si alguna vez llega á entender de negocios!. Hace bien de casarse, pues tampoco sirve para otra cosa. Ah!... he aquí á la otra heroina... Ya estás lista, querida?

Cel. (*saliendo en traje de baile*) Yo nunca soy pesada en el tocador.

Dulis. Eso consiste en que no eres coqueta.

Cel. Podrá ser! pero en tal caso, con qué fin?... yo no tengo necesidad de agradar á nadie...

Dulis. Pues esta noche no hay que decir eso,

(*aparte*) Puedo muy bien sin faltar á mi palabra hablarla con maña.... en globo.... (*alto*) Celia, ven acá!

Cel. Qué aire de galantería y de misterio! Acaso tienes que hacerme alguna confianza?

Dulis. Todo es posible... Y qué dirias si te propusiese un enlace?

Cel. Esto me pasma!... y tú tambien!.. ve aqui precisamente la misma pregunta que hace una hora oí de mi hermana.

Dulis. Y qué la contestaste? (*Celia despues de un poco de silencio*).

Cel. Que no queria! y entonces me abrazó con júbilo.

Dulis. Ella te abrazó?

Cel. Verdaderamente... y yo temia que me vinieses tú haciendo otro tanto! y ahí tienes porque tardaba tanto en responder.

Dulis. (*colérico*) Pues de esto se trata... Vaya, que está precioso el rehusar, el hacérse la esquiva, y precisamente tú que no tienes riquezas!.. Dime; porqué no quieres? Porqué desprecias tu felicidad?

Cel. (*retrocediendo*) Ah! Dios mio! me haces miedo... yo no quiero los maridos malos... que se encolerizan... y como todos los dias no veo otra cosa... prefiero renunciar á la felicidad y no casarme...

Dulis. Ea pues; silencio!

Cel. (*en voz mas alta*) Prefiero quedarme soltera.

Dulis. (*á media voz*) Quieres no hablar tan alto?

Cel. Válgame Dios!

Dulis. (*tomándola una mano y aparte*) Tan cerca de ese cuarto desde donde se puede oir todo! (*á ella en voz baja y llevándola á la izquierda.*) Sabes cuan imprudente eres? se te presenta en este momentó un partido muy ventajoso!

Cel. Poco me importa.

Dulis. Es un jóven que desea ser amado por su persona... Te pide por esposa.

Cel. Pues yo no quiero!

Dulis. Y este jóven es el caballero Leopoldo de Mondeville...

Cel. (*dando un grito y llevando su mano al corazon*) Ah! qué es lo que has dicho? Es verdad? Repítelo aun... repite ese nombre..

Dulis. Leopoldo!

Cel. Con mucho gusto, mi querido hermano, con muchisimo gusto.

Dulis. Sabes que es muy rico?

Cel. Yo no le quiero por sus riquezas.

Dulis. Y él te reconoce una dote de ciento cincuenta mil francos!

Cel. Todo me es igual... sí quiero, sí; con qué es él!! Estás bien cierto?... Oh, Dios mio! Dios mio! estoy loca... Yo no debiera estár tan contenta... pierdo la cabeza... esto parece mal... sobre todo delante de alguien.. Tú no lo dirás á nadie... no se lo dirás á él?

Dulis. Qué es eso de decirlo! Ah! mi mujer; ahora será chistoso oirla, y dejarla hacer.. (*mirando á Albertina, á Celia y al cuarto donde está Leopoldo*) Bien puedo dejarlos, yo lo creo... á los tres, como de la familia (*sale por el fondo*).

ESCENA III.

Celia, Albertina en traje de baile.

Cel. Hermana mia! mi querida hermana... no lo sabes? ven pues aprisa... y te lo diré... porque no puedo contenerme mas.... y me sofoco... abrázame por de pronto.

Alber. Qué es esto?

Leop. (*entreabriendo la puerta del cuarto y viendo á Albertina*) Ella es... pero Celia aun está allá... esperaré (*cierra enteramente la puerta*).

Cel. (*acabando de abrazar á su hermana*) Se me pide en casamiento.

Alber. (*friamente*) Como estás dispuesta á rehusar!

Cel. (*alegre* Pero es el caso que es Leopoldo.

Alber. Qué)importa?.. tú me has dicho que no querias esposo.

Cel. Yo no queria mas que á él, y como esto era al parecer imposible, estaba decidida á rehusar todos los partidos, y á no casarme jamás para continuar amándole! Mas

cuanto lloraba yo, cuando á mis solas me decia: El necesariamente deberá tomar esposa... Tiene tan bellas cualidades, tanto mérito... y ademas esa maldita fortuna que le ha venido sin saber por donde !... Entre dia he estado alegre... indiferente... nadie advertía cosa alguna... y quien repara en una muchacha?... (*á media voz*) Pero desde que estoy sola, hermana mia, estoy con él... nunca me abandona, no pienso mas que en él.

Alber. Cielos!

Cel. Esto no está bien; ya lo sé, y yo misma me acuso y me lo reprendo continuamente; y si tú supieses cuan penoso es abrigar en el corazon un secreto, sin atreverse á confiarlo, tanto que quisiera una ocultarlo hasta á sí misma! Pero ahora ya puedo decirlo á tí, á todo el mundo... á él mismo... Oh! seguramente debió acusarme de indiferencia. No; nada sabrá, no tendrá de que dudar; pero una vez sea su esposa! qué felicidad decirle yo te amo! y pensar que esta misma felicidad no es un crimen! que es permitido; mas aún que es un deber! Ah! hermana mia! Hay para perder el juicio.

Alber. Ya empiezas?

Cel. Es verdad; si él me viese así, rompia este enlace. Pero qué tienes?.. tú no participas de mi alegría... estás turbada, inquieta.

Alber. Sí; convengo en ello... y si la especie de abnegacion en que te veo pudiese dejar en tu corazon algun lugar á tu amistad para conmigo.

Cel. Oh! siempre, siempre; aun que así suceda.

Alber. Te diré; si quieres hacerme un particular ſavor del que depende mi ſelicidad.. y la tuya, pues que tú no serias dichosa viéndome sufrir y padecer...

Cel. Padecer eh! y porqué? Habla... qué quieres de mí? qué es necesario hacer?

Alber. Bien pronto lo sabrás... esta noche probablemente él se declarará...

Cel. Tú lo crées?

Alber. Pues bien; lo que de ti quiero... es que no le contestes de contado... sino, eludir... diferir... pedir tiempo... tan solo un dia ó dos...

Cel. Entonces creerá que no le quiero...

Alber. Y eso qué importa?

Cel. Pues es el caso que yo quiero... Ah! porqué?.. te lo suplico porqué diferir aun?

Alber. Quiero por ti... por tu propio interés tomar algunos informes indispensables... asegurarme de tu pretendiente.. de su carácter.

Cel. No puede ser mejor!

Alber. Todo esto es muy posible; yo así lo creo... pero puede tener algunos defectos.

Cel. Ninguno, hermana mia, no tiene ninguno; desde que le conocemos no he descubierto en él ni uno tan solamente.

Alber. Todos los hombres son así, perfectos antes de la boda, y despues apenas se ha echado la bendicion...

Cel. Es tan difícil!

Alber. Pues bien; respóndele... esto no puede ofenderle, que depende de mí, y que no puedes sin mi consentimiento.

Cel. Pero tu consentirás... No es verdad?

Alber. Te lo juro.

Cel. Y tardarás mucho?

Alber. No; mañana, pasado mañana, tal vez esta noche... si averiguo lo que deseo.

Cel. Ah! dáte prisa, te lo suplico.

Alber. (*con énfasis*) Mas lo deseo yo que tú!

ESCENA IV.

Albertina, Celia, Victor.

Vic. Señorita Celia! V. disimule.

Cel. Qué quieres?

Vic. Decir á V. que tan luego como me atreví, hablé con ese señor que esperaba... el señor Defrene, un negociante que se encargará con gusto de mi sucesion y de correr con ella.

Cel. Enhorabuena. Y esto es lo que querias?

Vic. No; señorita, sino mis fondos, que debo entregárselos esta noche.

Cel. Mira: pídeselos á mi hermana que es quien los tiene.

. . . .

Alber. (*aparte*) Dios mio! (*alto y vivo*) Está bien, muy bien... luego, ahora no tengo lugar para eso.

Vic. Cuando mi ama guste! Pero el señor Defrene viene á pasar aquí la noche, y seria menester antes que se fuese...

Alber. Basta!.. Esta noche antes de las diez.. Pero y Derosoir á quien estoy aguardando!.. allí está. Vete Victor, vete: (*sale Victor por la puerta de la derecha*) Y tú (*á Celia*) piensa bien lo que te he dicho.

Cel. Sí; hermana mia... es muy terrible esto de no poder amar á las jentes, á medida de su gusto. (*sale por la puerta de la izquierda del fondo*).

ESCENA V.

Albertina, y Derosoir en traje de baile.

Alber. Vamos llegue V.

Dero. Jesus! que hay de nuevo? Acabo de recibir su billete de V... Venga V. pronto mi amigo, venga V. temprano y antes que todos... le esperaré en mi gabinete... Pues, ya estoy aquí. Y V. convendrá conmigo que solo, aquí, mano á mano con V., podrá creerse que esto es una dicha para mí.

Alber. Ah! mi amigo... estoy temblando.

Dero. Y eso porqué? Ya nada hay que temer... Defrene tomará paciencia... por lo

pronto ya se contentará con los cuarenta y dos mil francos.

Alber. Pero esa suma que dí á V. es la dote de mi hermana, y va á casarse.

Dero. Y con quien?

Alber. Con Leopoldo.

Dero. No es posible... este es un casamiento de desesperacion, que no se llevará á efecto.

Alber. Esta noche se firman los contratos... Es un milagro, que mi esposo no me haya aun hablado del dinero, pero de un instante á otro, él ó el escribano pueden pedirlo. Y entonces qué hacemos? qué se dice? confesar aquí, en esta sala, ante todo el mundo, que se me confió la dote de mi hermana, y que la he perdido... y como?... En el juego. Ah! por Dios, sálveme V. de la vergüenza de quedar afrentada á los ojos de mi marido, de mi hermana, y sobre todo de Leopoldo, que me amaba, á quien he despreciado, y á quien aun esta misma mañana he tratado tan indignamente. Y humillarme delante de todos, pedirles gracia, perdon... antes prefiriera morir.

Dero. Piénselo V... vamos, vamos con calma, con sangre fria... tratemos de discurrir un poco!

Alber. Oh! esto aun no es nada... Sobre la suma que dí á V. esta mañana á la ventura, y sin saber lo que hacia... hay dos mil francos que es preciso volver esta noche...

en este mismo instante... solo esto me faltaba, estar á disposicion de mis criados... Ah! qué leccion!..

Dero. Pues si no es mas que esto, tranquilícese V... Mi bolsillo de ordinario es suficiente para eso... y ademas tambien venia á ofrecérselo á V. (*la da una carterita*).

Alber. Ah! amigo mio.. como pagarle.. á V..

Dero. Ya lo encontrarémos.. no tengo prisa; aun hay clientes que acaban por pagarme, porque yo, como V. sabe, jamás presto sino á las damas.

Alber. Gracias, gracias mil veces... mas y para el resto como lo hago?

Dero. Esto ya es harina de otro costal.. porque hallar de contado cuarenta mil francos, es cosa muy rara en París.

Alber. Y á quien lo dice V.?.. Despues que V. nos dejó, y antes de comer, hice enganchar; he salido... corrí á casa de mis mejores amigos, y parientes á quienes creia poder confiarme... todos me ofrecian con celo sus servicios; mas desde que se trató de cuarenta á cincuenta mil francos todos querían ver á mi marido, y entenderse con él.

Dero. Está claro!

Alber. Otros me hablaban de escrituras, de notario, de hipotecas... Esto es lo que sé: y estas jentes tan adictas á mí, que tal amistad muestran en un salon...

Dero. Hay mucha diferencia de verlas por la mañana, ó por la noche... la perspectiva es muy diferente... El hombre de mundo y el hombre de negocios, son dos seres distintos y separados. Y para arriesgar sin garantías una cantidad como esa...

Alber. Sin garantías! cuando ofrezco mi palabra, un escrito, mi firma; y esto no es nada?

Dero. Oh! no, V. está bajo el dominio de un esposo, y su firma nada vale; por lo que eso es tan solo un negocio de confianza, de amistad, de generosidad... y generosidad á este precio no se encuentra mucho; pues los hombres, yo les conozco bien, casi todos son egoistas, interesados, no haciendo nada por nada.

Alber. Segun eso no encontraré á nadie... á nadie que me saque de este conflicto...

Dero. A nadie! esto es mucho decir... Buscando bien, tal vez encontremos alguno dispuesto á hacer á V. ese favor.

Alber. Un desconocido!

Dero. No; un amigo de V. que aceptaria ese billete, que adelantaria esa suma, incomodándose un poco, es claro, y quien para reintegrarla, esperaria todo el tiempo necesario.

Alber. Oh! háblele V... dígale que mi amistad, mi reconocimiento...

Dero. Permítame V... tal vez este asunto sea dificil de comprender.

Alber. Eh! y porqué?

Dero. Si por ejemplo, lo que es posible... ese sujeto amase á V.?

Alber. A mí?

Dero. No como ese aturdido de Leopoldo, con ese amor de veinte años, que espone y compromete.. sino con una adhesion madura, discreta, y razonable como la de esa persona...

Alber. Qué quiere V. decir? Esplíquese V...

Dero. Despues de esto podria yo engañarme, pues en el mundo hay muy pocos hombres razonables que tengan bastante amor para hacer una locura semejante... pero con todo, supongo que hubiese uno... uno solo, y que ese mismo hombre la dice á V... A pesar de mi discrecion, de mi afecto, de mi amistad, no tengo la mas remota esperanza de agradar á V. jamás, porque conozco que no soy jóven... no soy interesante... tengo un ánimo muy apocado... solo tengo un mérito: es mi fortuna... luego me es preciso valerme de ese mérito... pues que no tengo otro.

Alber. (*apartándose*) Qué indignidad!

Dero. Esto es únicamente, nna suposicion!... No he dicho que sea yo... ni tampoco de quien se trata... porque en nada me meto.. Como quiere V. que yo, hombre de mundo, independiente y libre de todo cuidado, sea tan necio que me meta en ese enredo, en

asuntos de intereses, de intrigas misteriosas, que pueden salirme mal, comprometerme, romper con su marido de V. mi mas antiguo amigo... Eh! porqué? Qué ganaba yo en eso?

Alber. Caballero!

Dero. En el mundo se hace una buena accion cuando se sabe, cuando se mira á uno. Tambien concedo un sacrificio como ese por algunas suscripciones, algunos rasgos públicos de beneficencia.... esto llama la atencion... se inserta en los periódicos... pero aquí en secreto! quien da las gracias? quien lo encomia?...

Alber. (*aturdida*) Esto no es posible, no es á V. á quien oigo. V. no querrá renunciar á mi confianza, á mi amistad, V. volverá á su verdadero carácter, que es noble y desinteresado. (*óyese llamar desde el fondo del salon, cuyas puertas están aún cerradas. El señor de Sorigni, y mad. su esposa*). Cielos! Ya entran en el salon. Ya llegan los convidados! (*óyese otra voz anunciando el señor Archambaud*). El notario!

Dero. Que viene por el contrato.

Alber. Derosoir!

Dero. (*á media voz*) Pues bien, escúcheme V. ya que no podré hablarla mas... Antes de esta noche una sola palabra de V... *No*, y me marcho... *Sí*, y soy de V. yo, y todo cuanto poseo,

Alber. (*con dignidad y arrojando la cartera.*) Infame!... esto es demasiado.... nada quiero de V.... ya nada... desprecio una amistad de que ahora me avergüenzo; y sea cual fuere mi suerte, será menos sensible el sucumbir... que el ser salvada por V.

Dero. (*azorado*) Qué quiere V. hacer? En qué piensa?

Alber. Gracias á Dios!... Aquí está mi esposo.

ESCENA VI.

Dulistel saliendo por la puerta de la izquierda del fondo. Albertina, Derosoir.

Dulis. Y bien señora, te quedas aquí?

Alber. Tengo que hablarte.

Dulis. Imposible: mira ya las jentes como llegan al salon. El señor Defrene, el señor Archambaud, y otros. Tu hermana se ha encargado de hacer los honores.

Alber. Enhorabuena.... porqué ya he dicho que tengo que hablarte, tengo que confiarte un secreto.

Dero. (*aparte*) Gran Dios!

Dulis. Un secreto á mí! Entonces querida, habla pronto; porque á esta hora no tenemos tiempo de hacernos muchas confianzas.

Alber. (*aparte*) Dios mio! que miedo tengo!

Dulis. Vamos, señora.

Alber. Pues bien; te diré que una amiga mia.. íntima.

Dulis. La conozco yo?

Alber. Y mucho!... Ahora se encuentra en un gran apuro.

Dulis. Ya caigo!.. dinero que te ha pedido prestado. La amistad es para estos casos; pero tú tienes la pension que te señalo para tu tocador, y tu economía, tus ahorros, pues que nada te escaseo, creo muy bien..

Alber. No, amigo; no bastáran mis ahorros, aunque fuesen diez veces mayores.

Dulis. (*con ironia*) Está claro!... si se trata de una suma considerable....

Alber. Sí.... cerca de cincuenta mil francos!

Dulis. Qué locura! y tú decias entonces...

Alber. Que me dirijía á tí mi única esperanza.

Dulis. Pues te has llevado chasco. Si se tratara de unos tres mil francos, no digo.. pero subir á cincuenta mil, aunque quisiera, tal vez no pudiese.

Alber. Quien? tú? cuando hoy mismo has hecho una ganancia tan considerable..

Dulis. Y qué importa!... Acaso conoces tú, la verdadera situacion de mis negocios? Y quien te ha dicho que el capitalista mas fuerte en apariencia no está con frecuencia, y sin que nadie lo sepa, en la posicion mas precaria, mas terrible!

Alber. Cielos!

Dulis. No tengo ahora ni por que acusarte, ni de que quejarme... bástete solamente, que ese sacrificio, en la actualidad, me es imposible (*vá á salir*).

Alber. (*deteniéndole.*) Pues es necesario, es preciso... á nadie puedo dirijirme mas que á tí. (*aparte*) Qué sonrojo! (*alto*) Y cuando sepas que esta amiga, intima es...

Dulis. Quien es, quien?

Alber. Una mujer casada, sin amigos! su honor depende de esto. Era una suma que no la pertenecia y ha espuesto á las rentas.

Dulis. En las rentas... es decir que todo el mundo juega sobre las rentas! Hasta las mujeres tambien se meten... bravo, bravísimo!... Esto la enseñará á seguir bien nuestras huellas; y yo de su marido, no la daria ni un céntimo.

Alber. Caballero Dulistel!

Dero. Qué osas decir?

Dulis. Lo que siento! La mujer que tiene esa pasion no se correjira nunca... si ella ha jugado hoy, jugará mañana, el otro, todos los dias; y despues de haber pagado diez, veinte veces, el marido se vé en la precision de dar una publicidad... un escándalo!.. esto es, de separarse; y yo que calcúlo me separaria desde luego, en el acto; no se perderia todo, por lo menos se salvarian los intereses.

Alber. Ah! cuan indiguo eres!

Dulis. A tus ojos; pero toda persona sensata aprobará mi modo de proceder; me remito á mi amigo Derosoir. Que dices tú de esto?

Dero. Escucha... por tu propio interés te di-

ria acaso, presta ese dinero... pero te conozco, tú no lo darás.

Dulis. No nay duda.

Alber. Ah! esto ya es demasiado! y no sé que hay aquí mas digno de mi cólera, ó de mi desprecio. No le molesto mas; ya no te pido nada, ni á tí ni á nadie. Habia en el mundo un corazon que le debia profesar reconocimiento... y gracias á ti se desprendió ya de este deber... ya no te debe nada. Adios! (*sale*).

ESCENA VII.

Dulistel y Derosoir.

Dulis. (*riendo*) No hay mas, esto es así; porque un hombre calcúla, y tiene conducta, les incomoda; mas yo espero que cuando esté á sangre fria, reflesionará sobre cuanto acabo de manifestarle...

Dero. Yo tambien lo espero.. y esto no puede menos de surtir buen efecto. Mas he aqui, nuestra jóven novia.

ESCENA VIII.

Celia Dulistel, Derosoir, luego Leopoldo.

Cel. Muy bien! Esto va perfectamente: Vds, estan en esta sala. Los convidados llegan por

todas partes, y ni tú ni mi hermana estais allá para recibir. Yo estoy sola, y no basto para todo.

Dero. Segun eso, habrá mucha jente?

Cel. Ya lo creo; demasiada, y lo que es mas aún espero, que lleguen sucesivamente (*aparte y mirando al rededor*). Pues que aun no le veo (*Dulistel abre una de las tres puertas del fondo, y se descubre el salon formando uno solo con el gabinete; aquel estará lleno de jente. Las señoras están sentadas cerca de la chimenea. Puestas estarán mesas de juego. Caballeros paseandose y rodeando las mesas. Dulistel va y viene, y saluda á todos*).

Cel. (*sola en el gabinete*) No hay cosa mas pesada que estas grandes reuniones... á las que asiste tanta jente (*mirando*) y en donde á nadie se vé (*viendo á Leopoldo que acaba de salir del cuarto de la derecha*) Ah!... héle ahí... ahora ya estoy tranquila. (*Sube al salon y da ordenes. Leopoldo se sienta en el sofá de la derecha frente del espectador; permanece pensativo con la cabeza apoyada en la mano.*

Leop. (*sentado*) No... no puedo persuadirme de lo que acabo de oir... ah! y yo pude engañarme hasta este punto! pude llegar á creer que ella me amaba.. corrióse el velo.. mis ojos se abren... y yo debo darla gracias, pues por ella iba á sacrificar un tesoro...un

ánjel... renunciar al corazon mas puro y tierno... ah! en adelante esto me servirá de ejemplo, cuando piense en amor.

Dulistel entrando en la sala con Derosoir y Celia. Los actores Celia, Dulistel, Derosoir, y Leopoldo siempre sentado)

Leop. á Celia) Sabe V. porqué razon su hermana no nos favorece con su presencia?

Cel. No por cierto.

Dulis. á Dero) Ya he mandado aviso á su cuarto para que venga.

Cel. Tambien vengo yo de allí.

Dulis. Y que hacia?

Cel. Estaba escribiendo.

Dero. Ah! escribiendo...

Dulis Afortunadamente, la ocasion es á proposito. Vamos es necesario conocer que las mujeres nada hacen á tiempo.

Dero. (*friamente*) Qué sabes tú?

Dulis. Pues bien veamos.. tú, Celia, en su ausencia, manda poner algunas mesas de juego en esta pieza... entabla alguna partida, de treinta y una, de ecarté, aquí que nada se hace.

Cel. (*llamando á algunos criados*) Está bien. (*mirando á Leopoldo que no habla*) Él no habla! ni una palabra siquiera.

Dero. (*á los criados que ponen dos mesas*) Así así; una mesa de ecarté para los jóvenes... y otra de treinta y una para la jente de esperiencia... la antigua treinta y una, por tanto tiempo olvidada y que vuelve á ser de moda. (*á Dulistel*) Esto es muy gra-

to para nosotros, para mí á lo menos. Esto prueba que tambien hay ocasiones en que los viejos llevan la ventaja á los jóvenes.

(A la izquierda se ha colocado una mesa de ecarté: á la derecha, en el fondo, mas cercana á la puerta del salon otra de treinta y una. Celia que tiene una baraja en la mano despues de haber ofrecido á muchas personas, á Derosoir que ha aceptado, se queda solo con una, y se aprocsima á Leopoldo.

Cel. Señor de Mondeville... gusta V de una carta?

Leop. (*levantándose*) Ah! Celia.. es V? (*la toma una mano, y la conduce al apuntador*).

Cel. No es mi mano lo que invitaba á V. aceptase, es un naipe.

Dero. y los jugadores de treinta y una están sentados. Muchos jóvenes tambien sentados al rededor del ecarté. Dulistel en pie cerca de ellos y mirando.

Leop. (*á Celia*) Gracias; nunca juego.

Cel. Demasiado lo sé... pero veia á V. solo en el sofá.

Leop. Solo... oh! no... estaba allí con V. pensaba en V... que es la mejor, la mas amable y hermosa de su secso, no entiendo como no lo habia aun advertido...

Cel. Como, caballero... es esta la primera vez?

Leop. Sí... estoy muy sorprendido... y embelesado; pero V... no tenia ninguna necesidad,.. no necesitaba V. esto... tambien se la hubiera amado...

Dulis. (*desde la mesa de ecarté*) Leopoldo, apuesta V.?

Leop. (*subiendo el teatro*) No.

Cel. (*aparte*) Pues ya estamos bien; vedle allí yendo de arriba á bajo(*siéntase á la derecha un en sofá*)

Leop. (*despues de haber mirado, y viendo que no le escuchan, se acerca al sofá en que acaba de sentarse Celia y la dice en voz baja y con calor*) Celia quiere V. ser mi esposa... quiere V. casarse conmigo?

Cel. Ah! Dios mio.

Leop. Responda V.

Cel. Atienda V.. cuando no se espera esta pregunta... y luego con un modo tan seco... y en este salon... en medio de toda la reunion..

Leop. Ellos... no pueden oirnos.

Cel. (*aparte*) Oh! y cuanto deseo decirle ahora mismo que sí (*á Leopoldo*) Caballero... no se incomode V.. se lo suplico.. y crea que si solo dependiese de mí... pero no falta quien le juzga con defectos... hay ciertas prevenciones (*vivo*) pero no las tengo yo... es mi hermana, y su consentimiento es tan solo, lo que es preciso obtener pronto... immediatamente, como que es lo mas esencial.

Leop. Y si lo pido... si lo obtengo esta misma noche... el de V. Celia?...

Cel. Oh! el mio... qué, le inquieta á V. eso?... Esté V. sobre sí... repórtese V. Aquí está mi hermana. (*ambos se levantan.*)

ESCENA IX.

(*Los mismos y Albertina, que al fin de la escena anterior ha aparecido por el fondo del teatro, saluda á todos, y entra en el gabinete. Los jugadores de ecarté se levantan saludan á Albertina y se apartan*).

Leop. (*saludando á Albertina*) Se ansiaba ya su llegada de V... Señora.

Alber. Mucha cortesía indica el haber notado mi ausencia.

Cel.)*pasa por delante de Albertina á quien dice en voz baja*) Todo va bien él habló ya, y yo le he contestado que no queria sin tu consentimiento. Con que por lo mismo á ti sola se espera, no pierdas tiempo. (*Sube el teatro, despues baja á la derecha. Los actores con el órden siguiente: Albertina, Dulistel, Leopoldo, Celia.*)

Dulis. (*Mirando la mesa de ecarté*) Como! el ecarté abandonado! y eso? Señores, Derosoir!

Dero. (*al fondo*) Yo estoy en la treinta y una, y no puedo levantarme porque gano.

Dulis. Pues bien, una señora, la ama de casa.

Alber. Quien, yo?

Dulis. Para que sirvas de ejemplo y de estímulo.

Alber. Si es indispensable... ademas para empeñar la partida (*viendo á su izquierda á Victor enfrente de ella y cerca de Celia, teniendo un paquete de papeles.*) Ah! Dios mio

Vic. (*bajo á Celia que esta cerca de Leopoldo*) Si V. pudiese hablar á la señora, de los dos.

mil francos, porque yo no me atrevo (*entra en el salon*).

Los actores como sigue: Albertina cerca de la mesa izquierda, Dulistel cerca la de la derecha, Leopoldo, Celia.

Leop. (*que ha oido lo que decia Victor*) Dos mil francos ah! la tengo compasion (*tomando una silla que hay frente de Albertina*) Sola señora? Disimule V. que se la haga esperar,.. y pues que nadie se presenta.

Alber. (*sentándose*) Dulistel, quieres poner por mí?

Dulis. (*que está en el fondo, baja*) Qué dices? Toda mi caja esta á tú disposicion ya lo sabes, y juego á tu favor (*mantiénese de pie en la mesa de ecarté, lo mismo que muchos jóvenes*).

Leop. Yo juego solo por mí.

Cel. Como! Caballero, V. juega?

Leop. Cuando es necesario!

Cel. Pues juego con V.

Leop. Pongo cinco napoleones.

Cel. Y yo un franco. (*oyese un piano en el salon*

Dulis. Una señora en el piano, madama Sorigní. (*entra en el salon, como tambien los jóvenes que rodeaban el ecarté*).

Leop. (*á Albertina*) A menos que V. quiera jugar tambien los diez napoleones que tiene ahí enfrente.

Alber. Leopoldo, con mucho gusto.

Cel. (*á Leopoldo*) Qué va V. á hacer?

Leop. Lo que V. vé; juego fuerte, ó prefiero no jugar; soy así.

Cel. Pero en V. que tiene ese aire de calma y de juicio, está eso muy feo!

Leop. No tenga V. cuidado, por los capitales que me ha confiado.

Cel. (*de pie, y mirando de cuando en cuando á su juego*) No se trata de eso: yo tambien espero que V. jugará con maestría y prudencia. (*aparte*) Esto es raro, nunca tiene triunfos!.... Y como se va animando, ya no repara en mí; y creo voy á descubrir los defectos de que mi hermana me hablaba: si por desgracia será jugador?... Ah! Dios mio! el billete de mil francos. (*alto*) Ya no voy mas con V... Ya he concluido. (*aparte*) Ya le habia yo juzgado bien, es un jugador declarado, tiene esta pasion!.. qué desgracia! un jóven que por otra parte tiene tan buenas cualidades... tanta instruccion (*mirándole*) Pero si es, que ni siquiera conoce el juego!. Quien vió sacar esos naipes en esa jugada,? (*alto*) Leopoldo, no enseñe V. sus triunfos!

Leop.. (*bruscamente*) Qué es esto? ¿Qué ¿quiere V. decir?

Cel. Que ha enseñado V. el rey de bastos.

Leop. Es el de espadas.

Cel. Digo que el de bastos! estoy bien cierta! yo lo he visto.

Leop. Pues yo estoy seguro de lo contrario. Y á qué se mezcla V. en esto?.. juego como

me place... V. no apuesta á mi favor, y por lo mismo no tiene derecho de aconsejarme.

Cel. (*aparte*) Jesus? y que malo es... yo jamás le habia visto así... jugador y colérico.. por ahora, dos defectos...

Leop. (*levantándose*) Esto es una fatalidad muy grande!

Alber. Eso se llama jugar con desgracia!

Cel. Lo creo muy bien. cuando no se hace caso de los consejos. (*aparte*) Qué carácter!

Alber. (*aparte*) Dos mil francos!... ya nada tengo que temer!

Leop. (*aparte.*) Es cuanto yo deseaba!..

Dulis. (*entrando*) Vamos, señorés, qué es lo que se hace aquí?. El té, el ponch, en la galería..

Dero. (*levantándose y aparte*) Bravísimo! Esto no podia llegar mas á tiempo, hace una hora que estoy ganando y no sabia como hacerlo para escurrirme. (*alto*) Yo quiero té.

Los jugadores. Eh! señor Derosoir, Derosoir.

Dero. Hombres de Dios, me lo han mandado los médicos, sí señores; debo tomarlo por mi salud (*salen todos escepto Leopoldo y Derosoir*).

ESCENA X.

Leopoldo, Derosoir; despues un criado de este.

Leop. Pobre Celia!.. ella me quiere, estoy seguro. (*Derosoir que ha contado su dinero quedó el último é iba á juntarse con los demas, cuando comparece un doméstico que entra*

cautelosamente y le detiene por la casaca)

Dero. Qué es esto? Ah! eres tú, Benito, mi volante?

Beni. (*á media voz*) Señor, un billete.

Leop. (*ecsaminandole*) Qué oigo!

Dero. De parte?

Beni. La doncella de madama Dulistel me lo ha entregado para V. hace mas de media hora; pero yo no podia entrar en este salon tan lleno de jente... y como V. no salia...

Dero. Tienes razon, me tenian preso en esa maldita treinta y una.. Está bien.. corriente.. ya te puedes ir. (*sale el criado*) (*Entretanto el criado sale y Leopoldo que habia subido el escenario entra en el gabinete y observa siempre á Derosoir que tiene el billete en sus manos.*) Es de madama Dulistel... es su respuesta!.. no me atrevo á abrirla... ó acepta mis ofertas.. ó me desecha para siempre. El sí ó el no: es cuanto le pido..

Leop. (*aprocsimándose*) Cielos!

Dero. (*siempre con la carta en sus manos*) Dirá que sí?.. dirá que no?.. Voy á saberlo.

Leop. (*deteniendo el brazo de Derosoir que iba á romper la nema*) No, Caballero!

Dero. Qué es esto? Qué hay?

Leop. (*apoderándose vivamente del billete*) V. no leerá este billete!

Dero (*vivo*) Por qué razon? Hay algun inconveniente?

Leop. Sé de parte de quien viene.. de la señora

Santa Susana, aquella jóven viudita que V. me robó.

Dero. (*riendo*) Qué locura! V. se equivoca, querido!

Leop. No por cierto! he reconocido su volante.. el mismo, que repetidas veces he visto en su casa.

Dero. Si es el mio! que en aquella época, es verdad, estaba á sus órdenes... mas ahora es muy diferente y suplico á V. me devuelva...

Leop No señor; nada!

Dero. Esto es ya demasiado!... y yo tambien me voy incomodando.

Leop. Incomódese V. cuanto guste! Ha mucho tiempo me debe V. el desquite de aquella aventura cuyo juguete he sido.

Dero. Repito á V. que esto está concluido, y no entiendo que tiene V. en este momento... V. que ya no se acuerda de ella, que al presente ama á otra, que digo, á dos por lo menos... Vamos; en nombre del honor, pido á V. me devuelva ese billete!

Leop. Por ningun estilo.. antes, nos batirémos!

Dero. No se trata de eso!

Leop. Si señor; nos batirémos! lo prefiero.

Dero. A mi edad batirse!

Leop. V. se hace el viejo, y no lo es.... el que es jóven para amar y para agradar, tambien debe serlo para batirse... por otra parte nada debe darle á V. cuidado.... ès soltero, sin hijos...

Dero. Caballero! este proceder es indigno!

ESCENA XI.

Leopoldo, Albertina, Derosoir.

Alber. (*corriendo al ruido*) Dios mio! De qué procede este ruido? Qué hay señores?

Dero. Una falta de política inaudita! increible! El señor, que se apodera de un billete dirijido á mí y que acabo de recibir en este instante (*bajo á Albertina*) El de V.!

Alber (*con espanto y ap.*) Cielos! Seria verdad? (*alto*) Es posible... caballero Mondeville?

Leop. Si señora; porque este billete cuya letra he creido reconocer, viene de una mujer que no amo... pero que he amado, es verdad, y que el señor me ha arrebatado; y cuando esta mañana he sido, con relacion al mismo asunto, el objeto de sus chocarrerias, ¿debo sufri racaso que delante de mí se goce en un triunfo de que se vanagloria?...

Dero. Yo no me he vanagloriado, ni me vanaglorio de nada.

Leop. En fin señora; mi enojo no es justo? disimulable? A V. tomo por juez, á V. me remito.

Dero. Pues yo tambien.

Leop. Y si V. me condena, no al señor, á V. volveré este billete.

Dero. Tampoco deseo otra cosa!

Alber. Está bien... muy bien, señores! consiento en decidir en este grave negocio....

Ah! Derosoir, mi esposo busca á V. por todas partes.

Dero. Voy señora! (*aparte*) Y no saber aun el contenido de ese maldito billete, que ya túve en mi poder! (*á Albertina*) Al instante soy con V. (*vase*).

ESCENA XII.

Leopoldo y Albertina.

Alber. Es posible señor de Mondeville? V. rival de Derosoir? En verdad, no es muy verosimil!

Leop. Así es ahora!... es decir fué; pero aun cuando ya el amor no ecsistē hay recuerdos penosos, humillantes, que destruyen todos nuestros sentimientos generosos; juzgue V. pues, si tengo motivo para estar incomodado!.. (*pausa*) Amaba yo á una mujer, bella, virtuosa, que merecia la adoracion de un mundo entero, y en recompensa de mis asíduos cuidados, de mis tormentos, de mi amor, solo recibiera de ella desdenes, frialdad, é indiferencia... No me quejo señora!.... desgraciado por sus rigores, era feliz con la amistad que de mí ecsijia... Yo la respetaba, la reverenciaba tanto como á Dios mismo, á quien adoramos aun que desoiga nuestras súplicas.

Alber. Ah! era mucho afecto!

Leop. Tampoco era una razon para ser amado, me hago justicia.. pero me decia yo: si no soy digno de su ternura, á lo menos

creo serlo de su amistad, de su confianza.. bien puede concederlas á quien le daría la vida... y me parece que con este título tenia ya algunos derechos: no es verdad señora?

Alber. Sin duda!

Leop. Pues bien!.. vea V. lo que ha herido mi corazon... lo que no perdonaré nunca! Esta mujer á quien tanto he amado, se encuentra en la desgracia, en un conflicto.. y para salir de él ha recurrido, á quien?. no á mí, que la hubiera dado las gracias de rodillas que hubiera sido demasiado feliz en darla mi fortuna, mi sangre!.. Dirijióse á quien pretende hacerla pagar sus favores.... que la propone venderlos!..

Alber. Gran Dios!

Leop. Esto indigna á V... no puede apenas creerlo; y yo mismo tendria mucha dificultad en persuadírmelo si no lo hubiese oido desde una sala, en que me hallaba por casualidad (*movimiento de ella*). Yo solo, señora!... yo solo en en el mundo... Sí; hay en la tierra un hombre que osó poner un precio, que nadie hubiera solicitado, y que ninguno hubiera obtenido!... Pero lo que aún se hará á V. mas increible, es que á semejante suplica (*mostrando la carta*) se han dignado contestar (*vivo*) para despreciarle sin duda!

Alber. Si señor, sí; para despreciarle eternamente.

Leop. No lo dudo, señora, ni lo dudé jamás; pero ya el responder es demasiado: no era justo ni necesario que semejante billete estuviese en manos de ese hombre; yo se lo arranqué en el momento en que iba á romper la nema, y segun convinimos, á V. es á quien lo remito... aquí está (*se lo da*). Y ahora que ya he castigado á Derosoir, tan solo resta vengarme de la que me ha desconocido.

Alber. Vengarse!

Leop. Ya he empezado, y acabaré. (*viendo entrar á Derosoir*).

Alber. Cielos!

Leop. Es él, vamos señora! vamos recóbrese V.. nada tiene que temer de él, ni de nadie.

ESCENA XIII.

Albertina, Leopoldo, Derosoir.

Dero. Y bien señora!...

Leop. (*pasando por delante de Derosoir*) Llegue V., caballero Derosoir... está visto que su estrella de V. debe ganar en todo.

Dero. Ya estaba yo seguro de ello, la señora habrá decidido...

Leop. Que soy un insensato.. y como á pesar de su dictamen, yo mismo no podia persuadirmelo, he leido el billete.

Dero. (*con prontitud*) De veras?

Leop. El cual no era de madama Santa Susana, es positivo... é ignoro cuyo sea; mas en todo caso, tampoco habia que batirse

por ese billete.. ni motivo para estar celoso, pues que solo contiene una palabra, una solamente, escrita con grandes letras... No.

Dero. (*despechado*) Está V. seguro?... Habia un no?..

Leop. Y nada mas... (*entre tanto Albertina ha hecho pedazos el papel*) Ahí estan los pedazos! la señora los tiene aún!..

Dero. (*aparte*) San Basilio! no me esperaba yo esto!

Leop. Despues de todo, caballero, si aún está V. resentido conmigo!

Dero. Nada de eso, mi amigo, y lo prueba el quedarme aquí para firmar el contrato.. porqué allá dentro se dispone ya lo necesario.

ESCENA XIV.

Los mismos y Dulistel.

Dulis. (*que ha entrado antes de concluir la escena anterior*) Ah! sí, querido, el notario ya llegó: está tomando un ponch, y espera para empezar á ejercer sus funciones, dos cosas muy esenciales que vengo á buscar.

Leop. A saber?

Dulis. En primer lugar el novio... y en seguida el contrato que he sometido á la aprobacion de V.

Leop. Es muy justo! (*sacándole del bolsillo*) Ahí le tiene V. (*se lo dá á Dulistel*).

Dulis. (*recorriéndole*) Cáspita... y ya firmado por V. Cuidado! que dice la supresion de la dote.

Leop. (*friamente señalando á Albertina*) Que la señora acaba de entregarme.

Dero. (*asombrado*) Será posible!

Leop. Está ya en mi poder!

Alber. (*á media voz y juntando las manos en señal de agradecimiento y aparte*) Ah! generoso, Leopoldo!

Dero. (*aparte y mirándola*) Como diablos lo ha hecho! no lo entiendo, me devano inutilmente los sesos!

Dulis. Está muy en el órden.. la dote estaba en poder de mi esposa... Ha hecho muy bien!

ESCENA XV.

Los mismos y Celia.

Cel. (*que ha estado al soslayo hasta entonces*) No por cierto... y el señor de Mondeville puede devolvérsela de contado.... sobre la marcha.

Todos. (*con asombro*) Y eso! Porqué?

Cel. Porque ya no me caso.

Leop. (*acercándose á Celia*) Celia!... es á V. á quien acabo de oir?

Cel. (*con candor*) Si señor; yo habia aceptado porque creia á V. de buen carácter, porque desde que le conocia, no le habia notado un solo defecto... pero V. los tiene.. lo sé; y mi hermana tenia muchisima razon, cuando esta mañana queria dilatar nuestra boda.

Los actores: Dulistel, Albertina, Celia, Derosoir.

Alber. (*corriendo hácia ella*) Yo, por ningun motivo, no... ya doy mi consentimiento. El es el mejor, el mas noble, el mas generoso de los hombres.. dále tu mano, Celia! dásela!... tú eres digna de esa felicidad, y él tambien.

Cel. Tú lo crees?

Leop. (*pasando cerca de ella. Los actores, Dulistel, Albertina, Leopoldo, Derosoir*). Amaré á V. tanto, que estoy cierto me perdonará mis defectos... ó mas bien, desde este instante, lo juro, me habré correjido.

Cel. En horabuena... porque está mal el ser colérico... y sobre todo jugador! Este es el jérmen de todos los vicios.

Leop. Está bien, está bien!

Cel. Dicen que arrastra á todo... que puede hacer olvidar virtud, honor, deber...

Alber. (*aparte*) Oh! eso nunca! nunca!

Leop. (*viendo á Albertina ocultar su turbacion é interrumpiendo á Celia*) Silencio!. Por favor!

Cel. Todavia colérico?... no digo yo!..

Leop. besándola la mano) Perdon! es la última vez.

Cel. (*sonriendo*) Veremos!.. por fin me resuelvo.

FIN DE LA PASION SECRETA.

PELAYO,

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS,

POR

DON MANUEL JOSÉ QUINTANA.

Representada por primera vez por los Actores del Coliseo de los Caños del Peral, en 19 de Enero de 1805.



VALENCIA:
IMPRENTA Y LIBRERIA DE MOMPIÈ.
AÑO 1822.

PERSONAS.

Pelayo.
Hormesinda, su hermana.
Veremundo, deudo de los dos.
Leandro, hijo de Veremundo.
Alfonso, duque de Cantabria.
Alvida, confidenta de Hormesinda.
Munuza, moro, gobernador de Gijon.
Audalla.
Ismael.
Un soldado gijonés.
Nobles asturianos.
Guerreros moros.

La escena es en Gijon.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un salon de la casa de Veremundo, adornado con varios trofeos de armas.

ESCENA PRIMERA.

ALFONSO Y VEREMUNDO.

Alfon. Si, respetable Veremundo; hoy mismo
de las murallas de Gijon me ausento,
donde tanta flaqueza y tanto oprobio
están mis ojos indignados viendo.
El moro triunfa, los cristianos doblan
á la dura cadena el dócil cuello,
sin que uno solo á murmurar se atreva
de opresion tan odiosa. No: aunque en medio
de esta vil muchedumbre apareciese
del gran Pelayo el animoso aliento;
en vano á libertad los llamaria,
ya nadie le entendiera.
Verem. Él en el seno
de la etérea mansion goza sin duda
la palma que á los mártires da el cielo
en premio á su virtud. Fiero, incansable
los llanos de la Bética le vieron
casi arrancar él solo la victoria,
que vendió la perfidia al agareno.
Él atajó el raudal á la fortuna
del soberbio Tarif, cuando en Toledo
del victorioso ejército sostuvo

la terrible pujanza un año entero.
De igual valor fué Mérida testigo;
hasta que puesta su cabeza á precio
por el infame Munuza, y escondido
desde entonces su nombre en el silencio,
ni de él ni de Leandro el hijo mio
la fama volvió á hablar.

Alfon. Dichosos ellos,
que asi por fin descansarán! Sus ojos
cerrados ya con sempiterno sueño
no verán el escándalo, la afrenta
de su sangre, el sacrílego himeneo
que hoy se va á celebrar. Oh Veremundo!
perdona esta vehemencia á mi despecho;
ser Hormesinda esposa de Munuza,
es duro oirlo y afrentoso el verlo.

Verem. Mal pudieran las débiles mugeres
resistir al halago lisongero
del moro vencedor, cuando sus armas
domaron ya los varoniles pechos.
Mira á la hermosa viuda de Rodrigo
ganar desde su triste cautiverio
el corazon del jóven Abdalisis,
y ser su esposa, y ocupar su lecho.
Mira á Eudon de Aquitania dar su hija
á un árabe tambien; y hacerla precio
de una paz....

Alfon. Y la hermana de Pelayo
debió seguir tan execrable egemplo?
escederle debió?

Verem. Yo deudo suyo,
que la eduqué, la amé cual padre tierno,
disculpo su flaqueza, aunque la lloro.

Alfon. Cabe disculpa en semejante yerro?

Verem. Sí, Alfonso, cabe: por ventura ignoras

el bárbaro y terrible juramento
que hizo Munuza? ignoras que asolada
Gijon hubiera sido en escarmiento
de su noble defensa, si Hormesinda
no la hubiera salvado con sus ruegos?,
si nuestra servidumbre es mas suave,
si aun ves en pie nuestros sagrados templos;
los cristianos, Alfonso, á su hermosura,
á ese amor que te indigna lo debemos.

Alfon. Abominable amor! union impía!
que Dios va á castigar; y ya estoy viendo
á esa desventurada, á quien seducen
los engaños del moro, ser muy presto
objeto miserable de sus iras.
Ignoras tú su condicion? Violento,
implacable y feroz; si es generoso
en la prosperidad, lo es por desprecio,
por arrogancia. Las inquietas ondas
que baten las murallas de este pueblo,
no son mas de temer en su inconstancia
que su alma impetuosa.

Verem. Hasta este tiempo,
Gijon solo conoce su clemencia.

Alfon. Ella se acabará que no está lejos
(y plegue al cielo que me engañe) el dia
en que soltando á su violencia el freno,
del tirano engañoso que ahora alabas
la rabia al fin confesarás gimiendo.
Yo tiemblo su frenética arrogancia,
y esta llegada repentina tiemblo
del fiero Audalla, Audalla conocido
por su celo fanático y sangriento.
A Dios; á darme asilo las montañas
bastarán de Cantabria, cuyos senos
ofrecen á la sed del africano,

en vez de oro y placer, virtud y fierro.
Ellas me esconderán.... Mas Hormesinda....

FSCENA II.

Hormesinda en el fondo del teatro y dichos.

Horm. Qué le diré, infeliz? á andar no acierto,
y mis rodillas trémulas se niegan
á sostenerme.
Verem. Acércate.
Horm. No puedo,
señor, que el corazon á vuestros ojos
siente aumentar su tímido recelo.
Verem. Dudas ya de mi amor, cara Hormesinda?
Horm. Dudar yo! no señor, en ningun tiempo (1).
A vos mi infancia encomendó mi hermano
cuando acudiendo de la patria al riesgo,
voló precipitado al medio dia
á probar en los árabes su acero.
Huérfana y sola, planta abandonada
en temporal tan largo y tan deshecho,
sola la proteccion de vuestro asilo
pudo abrigarme del rigor del viento.
En vos hallé mi padre, en vos mi hermano:
qué no pueda mi amor satisfaceros
tanta solicitud, tantos afanes!
Pero impotente el corazon á hacerlo,
su inmensa deuda agradecida aclama,
y para el pago la remite al cielo.
El, señor, él os recompense: en tanto....
(perdonad el rubor, el triste miedo
que me acobarda)... en tanto vuestros brazos

1 *Adelantándose hácia él.*

dad á una desdichada, que al momento
va á dejar este asilo de inocencia
donde sus años débiles crecieron,
y sobre ella implorad una ventura
que su dudoso y angustiado pecho
no se atreve á esperar.

Verem. Ah! Si bastasen
mis ruegos á alcanzarla, ni otro premio,
ni otra fortuna al cielo pediria
este infeliz y lastimado viejo.
Pero, hija mia!.... (1).

Horm. Ay! no: que las palabras
salgan de vuestra boca en son tremendo:
llamadme ingrata: pérfida; llamadme
infiel á la virtud, sorda al consejo,
qué me podreis decir que yo á mi misma
con dureza mayor no esté diciendo?
sabed, que aqueste cáliz de dulzura
tras el que anhela el corazon sediento,
á fuerza de amarguras y martirios,
está ya en mi interior vuelto en veneno.
Sabed....

Alfon. Si eso es así, por qué un instante
no levantais, señora, el pensamiento
á ser quien sois? la religion sagrada,
de la virtud os mostrará el sendero;
y la sangre que anima vuestras venas
para marchar por él os dará aliento.
Mostraos hermana de Pelayo: y antes
de ver que sois escándalo de los vuestros,
ludibrio de los bárbaros infieles,
esposa de un tirano....

Horm. Deteneos,

1 *Asiéndola de la mano afectuosamente.*

que si temí las quejas del cariño,
á la voz del insulto me rebelo.
Por qué si soy escándalo á los mios,
si tan injustos me condenan ellos;
por qué á la seduccion, á los halagos
del moro vencedor no me escondieron?
Cuando el furor y la venganza ardian,
cuando ya el hambre y el violento fuego
prestos á devorarnos amagaban;
era justo, era honroso en aquel tiempo
que yo á los pies del árabe irritado,
fuese á ablandar su corazon de acero.
Fui: mis plegarias el camino
hallaron de la piedad en su terrible pecho;
y libre del azote qué temblaba
este pueblo, su frente alzó contento.
Todos entonces, sí, me bendecian:
todos; y en tanto que al enorme peso
de sus cadenas agoviada España
mira asolados sin piedad sus templos,
hollados con furor sus moradores,
violadas sus mugeres, en el seno
de la paz mas feliz Gijon descansa.
Tirano le llamais, y él en sosiego
nos deja respirar, cuando podria
con sola una mirada estremecernos!
Es un tirano, y amoroso aspira
á llamarse mi esposo?... Ah! no lo niego,
inexorables Godos; á su halago,
á su tierna aficion, á su respeto
mi corazon rendí; vuestra es la culpa,
y el fruto ¡ hombres ingratos! tambien vuestro.

ESCENA III.

Alvida y dichos.

Alv. (1) Llegó el momento: el séquito está pronto
que debe acompañarte al himeneo:
Munuza espera á su adorada amante,
anunciando su gozo y sus deseos
con su esplendor hermoso las antorchas,
la música festiva en sus acentos.
Horm. Esto es hecho, gran Dios!
Alfon. Seguid, señora,
por donde os lleva tan culpable fuego:
que teneis que temer? las luminarias
que han de solemnizar vuestro contento,
solemnicen tambien y hagan patente
de vuestro hermano y patria el fin funesto.
Mi lengua, Veremundo, poco usada
de las lisonjas á los infames ecos,
deja este parabien á los amantes. *Vase.*
Horm. Que horrible parabien!.. Mas ya no hay me-
de volver el pie atras: que mi destino (dio
mas fiero y cruel cada momento
tras sí me arrastra, y sin poder valerme
á su imperiosa voluntad me entrego.
A Dios, (2): á Dios.

ESCENA IV.

Veremundo.

Verem. Mísero anciano!

1 *A Hormesinda.*

2 *Le besa la mano, y se va precipitadamente con Alvida.*

Ya que te resta? el lúgubre silencio,
la amarga soledad que te rodean,
fieles te anuncian tu postrer momento,
y cuán acerbo... O suerte! á que guardarme
para tal desamparo?

ESCENA V.

Veremundo, Leandro y despues Pelayo.

Leand. Amigo, entremos:
nadie nos sigue; la fortuna misma
nos ha guiado hasta el solar paterno.
Verem. Que voz es la que escucho? mis sentidos
me engañan? Mas no hay duda: ellos son! ellos!
ó providencia eterna! yo te adoro.
Hijo! (*corre á abrazarlos*)
Leand. Padre!
Pelayo. Señor!
Verem. Pelayo? Es cierto,
es cierto que vivís. Ah! que aun se niega
á tal ventura incrédulo mi afecto,
y abrazándoos estoy! Cómo os salvasteis,
decid, cómo vencisteis tantos riesgos,
que la desgracia y el rencor del moro
amontonaron ya para perderos?
El silencio, el olvido en que os hundisteis
eran señal de vuestro fin sangriento
para toda la España, que afligida
cifró en vosotros su postrer consuelo.
Pelayo. Ah! si bastantes á salvarla fuesen
la constancia, el ardor, el noble celo;
firme aun se viera, Veremundo, y dando
envidia con su gloria al universo.
Nuestras fatigas, el valor ilustre
de los que el nombre Godo sostuvieron,

hacer pedazos el infausto yugo,
pudieran ya que la sujeta el cuello.
Mas vano ha sido nuestro afan, y en vano
por el nombre de Dios lidiado habemos.
El retiró su omnipotente escudo,
y coronar no quiso nuestro aliento.
Vednos pues en los términos de España
prófugos, solos, deplorable resto
de los pocos valientes que mostraron
á toda prueba el generoso pecho.
La guerra en su furor devoró á todos.
Yo los vi perecer.... O compañeros!
que en el seno de Dios ya descansando
de vuestro alto valor gozais el premio;
mis votos recibid y mi esperanza;
vengue yo vuestra muerte y muera luego.
Verem. Admirable constancia! Mas, Pelayo,
de qué nos sirve contrastar al cielo?
cuando nuestros intentos la fortuna
les niega su laurel en el suceso,
ceder es fuerza, inútil es el brio,
pernicioso el teson. Si estando entero
contra el fiero rigor de esta avenida
no pudo sostenerse nuestro imperio,
te sostendrás tú solo? A quien consagras
tan heroico valor, tanto denuedo?
No hay ya España, no hay patria.
Pelayo. No hay ya patria!
y vos me lo decís! Sin duda el yelo
de vuestra anciana edad que ya os abate,
inspira esos humildes sentimientos,
y os hace hablar cual los cobardes hablan.
No hay patria! para aquellos que el sosiego
compran con servidumbre y con oprobios;
para los que en su infame abatimiento

mas vilmente á los árabes la venden,
que los que en guadalete se rindieron.
No hay patria, Veremundo! No la lleva
todo buen español dentro en su pecho?
Ella en el mio sin cesar respira:
la augusta religion de mis abuelos,
sus costumbres, su hablar, sus santas leyes
tienen aquí un altar que en ningun tiempo
profanado será.

Verem. Tu celo ardiente
te hace ilusion, Pelayo: en quién tu esfuerzo
puede ya confiar? Quien pierde á España
no es el valor del moro, es el esceso
de la degradacion: los fuertes yacen,
un profundo temor yela á los buenos,
los traidores, los débiles se venden,
y alzan solo su frente los perversos.

Pelayo. Y porque estén envilecidos todos,
todos viles serán? yo no lo creo:
mil hay, sí, Veremundo, mil que esperan
á que dé alguno el generoso egemplo,
y el estandarte patrio levantando
despierte á todos de tan torpe sueño.
Yo vengo á levantarle: aquestos montes
serán mis baluartes, á su centro
volarán los valientes, y el estado
quizá recobre su vigor primero.
Entremos pues: que mi Hormesinda abrace
á su hermano, señor; y que tendiendo
la noche el manto lóbrego, á seguirme
se prepare.

Verem. Buen Dios! llegó el momento
desgraciado y terrible.

Pelayo. Desgraciado
el instante feliz que ansió mi anhelo.

de abrazar á mi hermana!
Verem. Ay triste! Calla,
ese nombre en tu boca es un veneno.
Pelayo. Por que, decid, por que? vive?
Verem. Sí, vive:
pero su muerte te afligiera menos.
Pelayo. Que misterio! acabad: infiel?
Verem. Tu hermana
atajó los estragos de este pueblo.
Pelayo. Seguid.
Verem. Tu hermana á los feroces ojos
del bárbaro halló gracia... Ella es consuelo
de todos los cristianos que la imploran...
Ella hace nuestros grillos mas ligeros ..
Nada resiste al vencedor... Munuza
rendido, enamorado, al himeneo
de Hormesinda aspiró, y ella vencida...
Pelayo. Por piedad no acabeis... Estos los premios
son que á tanto afanar, tantos servicios
el cielo reservaba? el vilipendio,
la mengua, las afrentas. O Leandro!
Por qué al rigor del musulman acero
á par de tantos héroes no caíamos
allá en los campos de Gerez sangrientos?
Leand. Repórtate, Pelayo; á este infortunio
opon tu alta constancia, opon tu esfuerzo:
en tí la patria su esperanza fia;
no desmayes, aleja el pensamiento
de esa flaca muger: para tí es muerta.
Pel. Muerta! pluguiera á Dios!.. Por qué sabiendo
tal abominacion, al mismo instante *A Verem.*
un agudo puñal no abrió su pecho?
Ella con su inocencia moriria,
yo no viviera con borron tan feo.
Verem. A apoyar su virtud ya vacilante

siempre acudió mi paternal consejo;
la violencia jamas.

Pelayo. Costumbre impía!
tiránica opinion! injusto fuero!
las mugeres sucumben y en nosotros
carga el torpe baldon de sus escesos!
Ella esposa de un moro? Mas decidme,
desde cuando un enlace tan funesto
se ha estrechado?

Verem. Ahora mismo: en este instante
se celebra quizá.

Pelayo. Pues aun es tiempo;
volemos á la pérfida: mi vista
la llenará de horror; este himeneo
no se hará, no; si por desgracia es tarde,
la ahogará en mi presencia el sentimiento. *Vase.*

Verem. El en su ardiente frenesí se ciega:
sigámosle, Leandro; y á lo menos
si regir su furor no conseguimos,
con él cuando perezca moriremos.

ACTO SEGUNDO.

La escena en este acto representa un salon del Alcazar de Munuza.

ESCENA PRIMERA.

Munuza, Hormesinda en un sofá sostenida por Alvida en la actitud de ir volviendo de un deliquio: Audalla algo separado y mirándolos desdeñosamente desde un lado del teatro.

Mun. O ingratitud! ó fementil flaqueza!

con que cuando debiera la alegria
su corazon henchir, y este momento
ser el mas delicioso de su vida;
dudar! temblar! desfallecer!... y apenas
dan sus labios el sí, cuando oprimida
de congoja mortal, yerta la miro
á mis plantas caer!

Alv. Señor, mitiga
tu enojo; ya en sí vuelve.

Horm. En donde, ó cielos!
en donde estoy?

Alv. Recóbrate, Hormesinda,
mis brazos te sostienen, á tu lado
á tu esposo contempla.

Mun. Ella le irrita
con esa turbacion.

Horm. Ten, ó Munuza,
piedad de esta infeliz: por qué afligirla
tambien los ecos de tu labio airado,
y esas miradas de furor conspiran?

Mun. Cuál es, pues, dime, la funesta causa
de aquesta agitacion tan repentina,
de ese pavor horrible que en su frente
y en tus ojos atónitos se pinta?

Horm. El cielo ve la pena, los temores
que mi interior ahora martirizan,
y ve tambien á mi amorosa llama
esplayarse por él siempre mas viva.
Sed contento, señor; vos ya vencisteis...
el triunfo es vuestro, la vergüenza es mia.
Ah! qué dirán ahora los cristianos *á Alv.*
de esta muger desventurada?

Mun. Olvida
sus inútiles quejas; ellos deben
inclinar á tus plantas la rodilla

y servirte en silencio.

Horm. En dónde queda
el venerable anciano que solía
con su amor y consejos ampararme?
todo me abandonó: tú sola, Alvida,
tú solá no desdeñas mi fortuna.

Alv. Eterno mi cariño, dulce amiga,
siempre te seguirá.

Horm. De estas ideas
tiranizada ya mi fantasía,
trémula y vacilante á vuestro alcazar
á juraros mi fe fui conducida.
Jurada está, señor, no me arrepiento:
soy vuestra, lo seré.... cuando salian
las fatales palabras de mi boca,
y el acto solemnísimo cumplian,
me pareció que alzándose Pelayo
en medio de los dos y ardiendo en ira,
qué te hicieron, ó pérfida, los tuyos
para asi abandonarlos? me decia:
tiembla entonces el suelo, ante mis ojos
la luz de las antorchas se amortigüa;
baña el sudor mi frente, el pie me falta,
y opresa del afan caigo sin vida.
ó deliquio cruel!

Mun. O ilusion vana
que todo mi placer vuelve en acibar!
Ha de romper Pelayo á perseguirte
la noche eterna de la tumba fria
que ya le esconde?

Horm. Y si viviese acaso?
Ah! cual entonces su dolor sería!
desdichada de mi!

Mun. Lanza esas sombras
que tu tímido espíritu atosigan:

serénate ya en fin. Es tan dificil
coronar el amor, labrar la dicha
á un amante, á un esposo?

Horm. Ah! no... Pelayo,
ya en el cielo ante Dios dichoso asistas
gozando el premio á tu valor debido,
ya proscripto en la tierra, y triste aun gimas,
oye la voz de tu angustiada hermana,
perdónala. Tu esfuerzo y osadia
á defender la patria no bastaron;
sufre que yo la alivie en sus desdichas,
que yo la madre y protectora sea
de los vencidos que en su amor confian.
El lo quiere... (1) No es cierto? Ah! yo me en-
al afecto imperioso que me guia, (trego
noble Munuza; mas consiente ahora,
que sola un breve tiempo recogida
tu esposa pueda contemplar su suerte,
acallar los temores que la agitan,
y llenar solo su tranquilo pecho
del tierno y dulce amor que tu la inspiras (2).

ESCENA II.

Munuza, Audalla.

Mun. Es temor, es desden? qué es esto, Audalla?
pude esperar en semejante dia
tal confusion?

Audall. El sucesor augusto
del sublime profeta acá me envia,
no á arreglar tus querellas con tu esclava,
sino á que España nuestros tiros siga
de grado ó fuerza. Nunca los caprichos
del amor entendí, ni las caricias

1 *Mirando tiernamente á Munuza.*
2 *Vase con Alvida.*

del sexo engañador rendir pudieron
un momento jamás el alma mia.
Cercado siempre de armas y soldados,
entregado á las bélicas fatigas,
sé pelear y no amar: sé hacer esclavos,
nunca servir. Que nuestra ley divina
por siempre triunfe, y que ante el gran profeta
el universo incline la rodilla,
fue la eterna ambicion del pecho mio:
pues qué son con la gloria las delicias?
Por esto siempre vencedor mi brazo
en la guerra triunfó. Tú de esa indigna
pasion ya poseido, teme al cielo
que la flaqueza en el valor castiga:
teme que te abandone la victoria.

Man. Ah! si tus ojos vieran á Hormesinda
cuando anegada en llanto y desolada
por la primera vez ante mi vista
se presentó su tímida hermosura,
su ademan, sus palabras compasivas
llenas de encanto y de dolor, no solo
las entrañas de un hombre ablandarian;
mas rindieran tambien á las serpientes,
que abortan las arenas de la Libia.
Yo la escuché y venció: Gijon por ella
del bélico furor libre se mira.

Audall. Y no temes que al fin tanta flaqueza
llegue á causar tu irremediable ruina?
Ay del que es opresor si abre el oido
á la piedad, y si imprudente olvida
que ante él deben marchar la servidumbre,
la amenaza, el terror! Si asi no humillas
esta fiera nacion que á nuestras plantas
yace mas espantada que vencida,
teme tu perdicion. Goza en buen hora

del amoroso halago y las caricias
de esa cristiana; los demas perezcan,
ó en vergonzosa esclavitud nos sirvan,
mientras al Dios del Alcoran no adoren:
asi lo manda nuestro gran Califa.
Osarás resistir? olvidar puedes
que al partir de Damasco, esa cuchilla
para estender su ley puso en tus manos?

Mun. Y contra quien, Audalla, he de esgrimirla?
contra unos miserables que rendidos
ante mis ojos con pavor se inclinan?

Audall. Esos que tu arrogancia asi desprecia
serán los que castiguen algun dia
bondad tan temeraria.

Mun. Aun soy Munuza: *(corta pausa.)*
pendiente de mis hombros todavia
el formidable alfange centellea
que huérfanas dejó tantas familias.
Tiemblan de mi velando; aun se estremecen,
si su atemorizada fantasia
mi aterradora faz les pinta en sueños.

ESCENA III.

Ismael y dichos.

Ismael. Dos cristianos, señor, á vuestra vista
pretenden parecer; es uno de ellos
aquel anciano, el deudo de Hormesinda,
el otro un joven que dolor y enojo
en su semblante intrépido respira.

Mun. Entren al punto. *(vase Ismael.)*

Audall. Acuérdate, Munuza,
que el decreto supremo del Califa
se tiene al fin de promulgar mañana,
y aun hoy debiera ser....

Mun. Basta. *(vase Audalla.)*

ESCENA IV.

Pelayo, Veremundo y Munuza.

Mun. Qué os guia,
decid, á mi presencia?
Verem. Una aventura
para la gente mora, una desdicha
para el pueblo español: murió Pelayo:
testigo de su suerte la confirma
este guerrero, y á Hormesinda trae
la fúnebre y amarga despedida
de su hermano infeliz.
Mun. Quizá esta nueva *(aparte.*
los temores disipe que la ostigan.
Con qué murió Pelayo? Veis, cristianos,
en la fortuna nuestra ley escrita?
el cielo la consagra con victorias,
y os abandona: en qué os parais? seguidla,
Pel. Grande, pues, fue mi engaño, cuando oyendo
lo que la fama en tu loor publica, á pesar de
tu secta y de tu sangre,
virtudes de un valiente en ti creia.
La muerte de un contrario generoso
solamente el que es vil la solemniza.
Mun. Y quién eres tú, di, que tan osado?...
Pelayo. Sabe, moro, que alienta todavia
Pelayo en mi...
Verem. Señor, disculpa sea
de tal temeridad su afliccion misma.
En Pelayo su gloria y su esperanza
los españoles míseros ponian.
Ya pereció: las lágrimas que damos
al esquivo rigor de su desdicha,
no te ofendan, Munuza.
Mun. Yo á Pelayo

ni amé, ni aborrecí: mas su porfía,
su temeraria obstinacion pudiera
sernos fatal: asi cuando nos libra
Alá de su furor, gracias le rindo
de que siempre propicio nos asista.
Cristianos, sois perdidos!

Pelayo. No te fies
en tu prosperidad: Dios pudo un dia
separar su favor de aqueste pueblo
y abandonarle á su terrible ira.
De los Godos contempla el poderío.
La suerte en un momento le derriba:
la suerte puede hacer que en un momento
caiga tambien vuestra soberbia altiva.
Quién sabe si aplacado con nosotros
ya el cielo un brazo vengador anima
que ataje vuestra próspera bonanza?

Mun. Será el tuyo tal vez.... Mas Hormesinda
va á parecer delante de vosotros:
tú, imprudente, refrena esa osadia,
usa un lenguage y ademan conformes
á tu fortuna humilde y abatida;
y no al leon irrites que te escucha,
y por desprecio tu arrogancia olvida. (*Vase*).

ESCENA V.

Veremundo, Pelayo.

Verem. Gracias al cielo! al cabo con su ausencia
mi temerario corazon respira.
Cuál me has hecho temblar! ni tus promesas,
ni el velo que á tus ojos te encubria,
á asegurar mi agitacion bastaban.
Del tirano al aspecto enardecida
tu mente se arrojaba toda entera,
y en tus miradas fieras se veia

la mal cubierta indignacion: en vano
la desolada España en ti confia,
si no atiendes la voz de la prudencia.
No sabrás moderarte?

Pelayo. Y quién me obliga
á tan torpe disfraz? nunca Pelayo
descendió á la flaqueza, á la ignominia
de engañar; el que engaña es un cobarde
que confiesa su mengua en su perfidia.
Y yo miento mi nombre! yo le escondo
delante de ese moro! ó fementida
muger!

Verem. Ella se acerca.

ESCENA VI.

Hormesinda y dichos.

Horm. Padre mio,
con qué aun no me olvidais?... Pero que miran
mis ojos? Ay! él es... Valedme, cielos.

Verem. La ves á tu presencia confundida?
Calle la indignacion; hable, hijo mio,
la sangre solamente.

Horm. Ya á tu vista
tienes esta infeliz, esta culpable
á quien Dios en su cólera dió vida;
á quien antes de verse en tal momento,
la negra muerte aniquilar debia.
No imploro tu piedad, no la merezco,
ni cabe en el honor que en tí respira.
Pero permite que tu hermana ahora
con lágrimas rescate de alegria,
las lágrimas que un tiempo dió á tu muerte
en luto acerbo, y en dolor vertidas,
sufre que al gozo me abandone....

Pelayo. Aparta:
mi hermana tu? Jamás. Quien aqui habita,

quien se complace en la estacion odiosa
de la supersticion y tiranía
no puede ser mi sangre. En otro tiempo
tuve una hermana yo que era delicia
de Pelayo y de España: virtuosa,
inocente y leal, siempre fue digna
de todo mi cariño y mis cuidados,
que con mi patria la infeliz partia.
El cielo encarnizado en perseguirme
me la robó: la que mis ojos miran
es una infame apóstata, que ahora
mi vista indignamente escandaliza.
Ella insulta los males de la patria,
ella desprecia las desgracias mias,
ella en fin me aborrece.

Horm. Y que? No basta
ya mi pasion para encender tus iras,
sin que tambien destierres de mi seno
á la naturaleza que en él grita
con mas fuerza que nunca?

Pelayo. Y no gritaba
cuando la vil pasion que te perdia
te atreviste á escuchar, y te entregaste
al árabe feroz que te esclaviza?
No pensabas en mi? no contemplabas
que era clavar en las entrañas mias
un acero mortal, y atar la patria
al yugo atroz del musulman tú misma?

Horm. Qué peso puede hacer en la balanza
que los reinos del mundo alza ó inclina,
de una flaca muger la resistencia?
Pelayo, ó cuanta compasion tendrias
de esta desventurada, en quien ahora
tu enojo todo sin piedad fulminas,
si vieras mi amargura y mis combates!

Yo pudiera decirte....

Pelayo. Y qué dirias?

Horm. Que este amor á la patria que te enciende
es la sola ocasion de mi desdicha.
Yo inocente viví: nunca en mi pecho
la llama del amor se vió encendida;
en todas tus fatigas y peligros
mi llanto y mi memoria te seguian.
Cayó España, Pelayo: y ya aguardaba
á verme sepultada en sus cenizas,
á que me arrebatase en su violencia
el torrente veloz de la conquista;
cuando Gijon amenazada.... el cielo...
Perdona. El cielo mismo mi caida
consiente... España opresa, los cristianos
mi favor implorando, y cada dia
de ese moro tan bárbaro á tus ojos
la generosidad siempre mas viva,
los ejemplos, tu muerte... ó cuantas veces
dije: Pelayo, á defender camina
tu amada hermana de tan fiera lucha!
y Pelayo implorado no venia,
y la triste Hormesinda abandonada
del cielo y de la tierra...

Pelayo. Y que! por dicha
aunque tu hermano perecido hubiese,
la gloria de su nombre no vivia?
no reflejaba en tí? tú no debiste
defenderla guardarla sin mancilla,
y antes morir que recibir los dones
con que el moro doró nuestra ignominia?
Yo ví, yo vi la patria desplomarse
del Guadalete en la funesta orilla,
y sin perder aliento á sostenerla
el hombro puse y la constancia mia.

Tres años siempre combatiendo; España
de mi sangre y sudor toda teñida;
el rencor de los árabes, al mundo
mi celo y mi fervor publicarian.
Todo es ya por demas: qué soy ahora?
un vil aliado de la gente impia
que oprime mi pais. Desventurada!
los ojos vuelve en derredor, y mira;
no hallarás sino mártires: los unos
pereciendo al rigor de las cuchillas
del atroz sarraceno en las batallas:
los otros en las cárceles agitan
su pesada cadena; otros desnudos,
opresos de hambre y de miseria espiran.
Todos te enseñan á sufrir: qué importa
que otras mugeres débiles ó indignas
se hayan rendido al musulman alhago?
en medio del contagio debería
mantenerse Hormesinda ilesa y pura,
como á su hermano el universo mira,
cuando el estado se desquicia y cae,
impertérrito y firme entre sus ruinas.
Horm. Pues bien: tú ves mi error y le detestas;
yo tambien le detesto, y á mi misma.
He aquí mi seno, hiere, y en un punto
acaba con tu afrenta y con mi vida.
Pelayo. Tienes valor? eres mi sangre? aun tiempo
es de enmendar tú ofensa: esas vecinas
montañas van á ser el fuerte asilo
de los cristianos que á vivir aspiran
libres de la opresion; deja ese moro
que con su infame seduccion fascina
tu corazon; y atrévete á seguirme
á donde lejos del oprobio vivas.
No respondes?

Horm. Pelayo, es doloroso,
sin duda, aqueste lazo que abominas;
mas ya la suerte le estrechó, y...
Pelayo. Acaba.
Horm. El deber no consiente que te siga.
Pelayo. El deber! el amor.
Horm. Yo llamo al cielo
en testimonio...
Pelayo. Calla, y no su ira
despiertes contra tí.
Horm. Sí, yo le llamo,
él ve mi corazon y tu injusticia.
Pelayo. El vé triunfar tu abominable llama
de tu sangre y su ley. Pues que! No miras
que no es tuyo su Dios?
Horm. Yo ofrecí al mio
vivir siempre con él.
Pelayo. Promesa impía!
Horm. Yo la dije, él la oyó; mi pecho nunca
la negará.
Pelayo. Qué horror!
Verem. Tu ardor mitiga,
y acuérdate que la infeliz España
de tí su bien y su esperanza fia.
Huyamos de la vista del tirano.
Pelayo. A Dios, muger sacrílega: acaricia
al insolente moro a quien adoras;
conságrale tu abominable vida:
será por poco: escucha, los valientes
se van á levantar; la tiranía
contrastada va á ser; y si vencemos,
fuerza será que al ver á la justicia
alzar su brazo inexorable, tiemble
la prevaricacion. Tú de tí misma
quéjate entonces, si el horrendo crimen

en el estrago universal expias. (*vase con Verem.*)

Horm. Bárbaro! mi suplicio está aqui dentro:
no es posible mayor para Hormesinda.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Leandro y Veremundo.

Lean. Resuelto está, señor: aqui debemos
perecer ó triunfar: Pelayo intenta
que el mismo sitio que miró el agravio,
tambien presente á la venganza sea.

Verem. O que temeridad! él, hijo mio,
incauto al precipicio se despeña;
que rara vez corona la fortuna
lo que el furor frenético aconseja.
El suyo le arrebata: aun me estremezco
de las amargas y terribles quejas
con que culpó á Hormesinda; al fin salimos
del peligroso alcazar; y su pena,
sumida en un silencio formidable,
cuanto menos patente era mas fiera.
Te vió, y al punto te arrastró consigo
donde, no sé: pero quizá ya os cercan
tantos riesgos....

Leand. Mayor que todos ellos
el alma de Pelayo los desprecia:
en esta misma noche; en este sitio
á los patricios de Gijon espera,
y enardecer sus ánimos confia
á que le sigan en su heroica empresa.

Verem. Y vendrán?

Leand. No dudeis: los mas valientes
lo prometieron. Teudis y Fruela,

Eladio, Sancho, Atanagildo, Alfonso:
Alfonso que dejaba estas riberas,
y ya no parte. Todos deseaban
de Pelayo saber. Todos esperan
que ha de ser á su vista en esta noche
la suerte de Pelayo manifiesta.
La hora se acerca en fin: y por ventura
el momento feliz tambien se acerca
de empezar otra lid mas peligrosa,
pero de mas honor que la primera.
Tras de tantas fatigas y combates
rendir el cuello á la servil cadena
fuera insufrible mengua, y no es posible
que nuestro corazon consienta en ella.
Mas ya llegan aquí

ESCENA II.

Alfonso, varios nobles de Gijon, y dichos.

Alfon. De tí dolidos
los cielos, Veremundo, te conservan
á tu amado Leandro, y no consienten
que en tan amarga soledad padezcas.
Todos gozando en la ventura tuya
el parabien te dan.

Verem. Cuál lisonjea
ese tierno interes mi anciano pecho!
él os le paga en gratitud eterna,
nobles astúres, y pluguiese al cielo
que este bien que su mano me dispensa,
á todos los cristianos se estendiese.
El generoso celo que os alienta
me alcanza á mi, y al contemplarlo, hierbe
la sangre que la edad heló en mis venas.
Oh! si en aquesta vez consejos dignos
de ventura y honor de aquí salieran!

Mas no es posible: el mal que nos agovia
vence á un tiempo al valor y á la prudencia.
Alfons. Y por qué desmayar? No es un anuncio
ya de ventura la imprevista vuelta
de ese joven? Mis ojos se complacen
en ver un hombre al fin, donde antes vieran
solo viles esclavos...., ó Leandro,
tú que á su lado en las batallas fieras
con generoso esfuerzo combatiste,
responde, da este alivio á mi impaciencia:
vive Pelayo?

ESCENA III.

Pelayo y dichos.

Pelayo. Vive, si es que vida
se consiente llamar una existencia
de infortunios sin término acosada,
condenada al ultrage y á la afrenta.
Pelayo soy, el hijo de Fabila,
el que por tantó tiempo en la defensa
del estado sudó, cuyos trabajos
por toda España su renombre llevan.
Soy el que siempre independiente, libre
de entre la ruina universal ostenta
exento el cuello de los hierros torpes
que sobre el resto de los Godos pesan.
Qué me sirven empero estos blasones,
cuyo bello esplendor me envaneciera,
si ajados ya, por tierra derribados,
¡ó indignacion! un árabe los huella.
y Hormesinda los vende?... Ciudadanos,
si de vos por ventura alguno tiembla,
que en semejante infamia sumergida
su hija, su hermana, ó su consorte sea;

si en él se escucha del honor el grito
como en mi pecho destrozado truena,
ese me siga á castigar mi injuria,
y asi la suya con valor prevenga.

Alfon. Sí, yo te seguiré: deja, Pelayo,
á tu diestra valiente unir mi diestra,
alborozarme viéndote, y contigo
al moro jure inacabable guerra.
Alfonso de Cantabria te saluda,
y los buenos con él, que en tu presencia
ven renacer las dulces esperanzas
que ya en tu aciago fin lloraban muertas.
No solamente á castigar tu injuria
te seguiré sino á vengar con ella
á España que reclama nuestros brazos,
y de tanto abandono se querella.
Será su primer víctima Munuza.

Pelayo. O ardimiento feliz! Yo bendijera
mis propios males, si ocasion dichosa
de que la patria respirase fueran.
Bien lo sabeis: mis débiles esfuerzos
osaron contrastar en su carrera
al feroz Musulman: nunca mi pecho
á la esperanza falleció; mas piensa
que el árbol encorbado en la borrasca
sus ramas levantando ya dispersas
se enderece mas bello y mas frondoso,
y con su sombra á defendernos vuelva.

Verem. Si el peligro arrostrando denodados,
y pereciendo en él se consiguiera
el magnánimo fin; mi vida entonces
al altar de la patria por ofrenda
la primera á inmolarse correria:
mas la fuerza se abate con la fuerza.
Volved la vista atrás: mirad la plaga

que levanta en la Arabia un vil profeta,
la Asia y la Libia devastar, y al cabo
en la Europa caer: á su violencia
arrolladas las huestes españolas
el Gótico poder cayó con ellas,
y sobre él orgulloso el agareno
de mar á mar tremola sus banderas.
El español atónito en su estrago,
y ya domesticado en su cadena
ni de su daño y su baldon se irrita,
ni á los clamores del valor despierta.
Pel. Qué es pues el hombre? ó cielos! A su audacia,
se ven ceder las indomables fieras;
los montes rinden su orgullosa cima,
la esplosion del volcan aun no le aterra?
Y un hombre le subyuga!... Nuestros nietos
vendrán y esclamarán; ,,Por qué se sienta
,,sobre nuestra cerviz desventurada
,,del ageno temor la injusta pena?
,,Somos quizá los que en Gerez huyeron?
, ó los que abandonando la defensa
,,de la patria, labraron con sus manos
,,este yugo cruel que nos sujeta?''
Así España habrá contra nosotros,
recordando ¡o dolor! que á tanta afrenta,
á una opresion tan mísera pudimos
añadir el baldon de merecerla.
Alfons. Perezca aquel que sobre sí le llame!
El pueblo me decís duerme y se entrega
á los serviles hierros que le oprimen;
quién sabe si esa mar ahora serena
el soplo de los vientos solo aguarda
para bramar y amenazar soberbia?
Verem. No asi tan presto en la esperanza fio
vuestro arrojado ardor. Y si se niega

á seguir vuestros pasos la fortuna,
si sois vencidos en tan ardua empresa,
quién guarecer á la infeliz España
podrá de la venganza que violenta
en luto y sangre cubrirá al momento
las míseras reliquias que aun la quedan?

Pelayo. Es justa nuestra causa, el alto Cielo
la dará su favor.

Verem. Tambien lo era
cuando en Gerez lidiábamos.

Pelayo. No, amigos,
no lo fue, yo os lo juro, por la inmensa
pérdida que los Godos alli hicieron;
aun indignado el corazon se acuerda
que la molicie, el crimen nos mandaban.
En ruedas de marfil, envuelto en sedas,
de oro la frente orlada, y mas dispuesto
al triunfo y al festin que á la pelea,
el sucesor indigno de Alarico
llevó tras sí la maldicion eterna.
Ah! yo lo ví: la lid por siete dias
duró, mas no fue lid, fue una sangrienta
carniceria: huyeron los cobardes,
los traidores vendieron sus banderas,
los fuertes, los leales perecieron.
No lo dudeis, los vicios, la insolencia
de Witiza y Rodrigo á Dios cansaron;
y ya la copa de su enojo llena,
abrió la mano, y la vertió en los Godos
que tan torpes escándalos sufrieran.

Verem. Cedamos, pues, al celestial decreto
que á afan y cautiverio nos condena.
Cuando menos debiéramos, sufrimos:
y habremos de escuchar nuestra impaciencia
al tiempo que oprimidos y dispersos,

sin fuerzas, sin apoyo, se nos cierran
las puertas hácia el bien? Dios nos castiga;
pleguemos ya la frente á su sentencia.
Pelay. Quizá en tantas desgracias ya cumplida,
ó Españoles, está. Ved la halagüeña
ocasion que nos muestra la fortuna;
ella moviendo su voluble rueda
nos manda la osadia. Ved al moro,
ansiando en su ambicion toda la tierra,
salvar los montes, inundar las Galias,
que hollar tambien y esclavizar desea.
Allá se precipitan sus guerreros:
y á España en tanto abandonada dejan
á los que ya de combatir cansados
al ocio muelle, y al placer se entregan.
Llena Gijon de nobles fugitivos,
llenas tambien las convecinas sierras,
brazos y asilo á un tiempo nos ofrecen,
y acaso culpan la tardanza nuestra.
Demos pues la señal: ó cuántos pueblos
nos seguirán despues! Mas si se niegan
á tan bella ocasion ... Sirva en buen hora,
y la frente cobarde al yugo tienda
el debil y estragado medio dia:
hijos, vosotros, de estas asperezas,
á arrostrar y vencer acostumbrados
de la tierra y los cielos la inclemencia,
temblareis? cedereis? no. Vuestros brazos
alcen de los escombros que nos cercan
otro estado, otra patria y otra Epaña
mas grande y mas feliz que la primera.
Alfons. Jóven sublime! tú el camino hermoso
de la virtud y gloria nos presentas.
Tu ardimiento á imitarte nos anima.
Sigámosle, españoles: mas es fuerza,

si se ha de conseguir tan árduo intento,
que uno mande, los otros obedezcan.
Rodrigo pereció, y el cetro godo,
vilmente roto en su indolente diestra,
clama imperiosamente que otras manos
en su primer honor le restablezcan.
Nosotros que aspiramos á esta gloria,
aquí debemos, á la usanza nuestra,
el caudillo elegir que nos conduzca,
el Rey alzar que nuestro apoyo sea.
Mi voz nombra á Pelayo.

Pelayo. Nobles Godos,
no abrigueis tal error: con qué vergüenza
se afligiera la sombra de Ataulfo,
descansar viendo su real diadema
sobre una frente que el rubor humilla!
buscad otro mas digno en que ponerla,
ilustres campeones.

Alfons. No asi injuries
á tu espléndido nombre, á tus proezas,
al celo de los buenos que te admiran:
degradarte? jamás. Ah! no lo creas,
no es dado á una muger frívola y debil
manchar la gloria, y trasladar su afrenta
á aquel que sin cesar sus pasos guia
del honor y virtud por la árdua senda.
Ese escándalo torpe que te ofende,
en lugar de apocarte, te engrandezca
al terrible castigo de la venganza.
El pueblo adora en tí, la patria espera:
podrás dudar?... Valientes españoles,
respondedme: quién es, donde se encuentra
el que con mas ardor se ha ennoblecido
en esta grande y desigual contienda?
Quién de tantas desgracias á despecho

jamás desesperó? quién nos alienta,
y en nombre de la patria nos inflama?
Los Nobles. Pelayo.
Alfons. Quién, pues, ser nuestra cabeza
mas bien merece, y fundador ilustre
del nuevo estado que á rayar comienza?
Leandr. Pelayo.
Alfons. Él nuestro rey; caudillo nuestro
debe ser, ciudadanos.
Los Nobles. El lo sea.
Alfons. Oyes el voto universal? Ahora
vil desercion tu resistencia fuera; (1)
no es el trono opulento de Rodrigo
cercado de delicias y riquezas,
sumergido en el ocio y la molicie,
el que á tí los cristianos te presentan.
Los peligros, la muerte, las batallas,
tu debil solio sin cesar asedian.
Mas la gloria y la patria al mismo tiempo
á par de tí se acercarán con ellas.
Tus vasallos son pocos, mas leales;
todos por mí te ofrecen su obediencia.
He aqui el escudo, emblema del esfuerzo
con que debes velar en su defensa.
Hasta aqui mi igual fuiste; desde ahora
yo te llamo mi Rey: y á tus escelsas
virtudes y á tu gloria el homenage
rindo, que un tiempo les dará la tierra.
Plegué á Dios que la nueva Monarquía
que hoy por un punto tan estrecho empieza,
abarque toda España, y que tu espada
cetro del mundo con el tiempo sea!

1 *Coge un escudo y se presenta con él á Pelayo en actitud reverente.*

Pel. Pues yo ofrezco á mi vez, inclitos Godos, (1
ser en la dura lid que nos espera
siempre el primero y siempre conduciros
donde las palmas del honor se elevan.
Respeto eterno á la justicia juro:
si en algun tiempo lo olvidare, puedan
verter en mí su indignacion los cielos
con mas rigor que el que en Rodrigo emplean.
Deshecho entonces mi poder....

ESCENA IV.

Un gijonés y dichos.

El Gijonés. Cristianos,
volved la vista á la desgracia nueva
que asalta nuestra patria: ya Munuza
su indigna atrocidad descubre entera.
La indulgencia y piedad que antes mostraba
á nuestra desventura, á nuestras penas,
fingidas fueron, cebo pernicioso
de su vil seduccion: la ley perversa
de ser esclavo ó musulman el Godo
se publica mañana.
Alfons. Oh! si pudiera
mañana ser el venturoso dia
de oprimirle!
El Gijonés. Sabed que ahora se observa
un repentino y grande movimiento
en su alcázar; las armas centellean,
y la guardia se dobla; un mensagero
de Mérida enviado es quien altera
el tranquilo silencio de la noche.
Leandr. Prevengámosle, Godos: que perezca

1 *Poniendo la mano sobre el escudo.*

el tirano mañana á nuestras manos.
Verem. Y no temeis la muchedumbre fiera
de sus soldados? dilatadlo os ruego:
bastantes aun no sois, haced que vengan
á unirse con vosotros los cristianos
que esconden fugitivos esas sierras.
Pelayo. O mañana ó jamás. Quereis por dicha
vuestra fortuna abandonar espuesta
á la cobarde sugestion del miedo,
de la perfidia á la doblez funesta?
Mañana, cuando el bárbaro en la plaza
haciendo ostentacion de su insolencia
diere esa ley fanática, y el pueblo
hervir de oculta cólera se sienta;
entonces todos levantando á un tiempo
el fiero grito de imprevista guerra,
y proclamando en él la fe, la patria,
los fieles concitad á defenderlas.
Alfons. Al ardor que en mí siento, á la esperanza
que en este instante el corazon me alienta,
no hay que dudar, vencemos. O cristianos!
traidor se llame, y maldecido muera,
el que sin la victoria ó sin la muerte
su brazo aparte de tan santa empresa.
Sobre este acero al Dios que nos escucha,
ó vencer ó morir juro.
Leandr. En tu diestra (1)
lo juro yo tambien
Verem. Y yo. (2)
Los Nobles. No hay nadie (3)

1 *Asiendo la mano de Alfonso.*
2 *Acercándose á ellos en ademan de asir su mano.*
3 *Todos hacen el ademan de Alfonso jurando por su espada.*

que ansioso no lo jure.

Pelayo. O providencia!
Sí, que mañana al acabarse el dia,
ó vencer ó morir el sol nos vea.

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

Hormesinda y Alvida.

Alv. Vuelve en tu acuerdo al fin, mísera amiga:
de qué te sirve la agitada planta
aqui y alli mover, y en hondos ayes
los ámbitos llenar de aqueste alcázar?
A tu anhelante afan nadie responde;
el ceño con que escuchan tus palabras,
doblándote la duda y la zozobra,
doblan tambien de tu dolor las ansias.
Ven á tu estancia, y el querer del cielo
aguardemos alli.

Horm. Solo desgracias
ordenará: tú ves como en mi daño
cuanto pensé ¡infeliz! todo se cambia.
El amor de mi patria y de los mios
prendió en mi pecho la funesta llama
que me va á consumir: este himeneo
juzgaba yo que á la afligida España
anuncio fuese de quietud, y al moro
de templanza y quietud prenda sagrada.
Qué engaño tan cruel! Formado apenas,
mi hermano se presenta; me amenaza,
me aterra.... Ah! por qué el suelo en aquel punto
no se abrió y me tragó?

Alvid. Tú misma agravas
el peso de tu afan: aunque á Pelayo

ardiendo ves en repentina saña
por este enlace, al fin de la prudencia
escuchará la voz cuando cerradas
las sendas todas á vengarse encuentre.
Horm. Prudencia, Alvida, en él! cuándo escucharla
se le vió, si á su vista se presentan
gloria, virtud, y pundonor y patria?
vino á perderme y á perderse: él fia
en gentes abatidas y humilladas,
donde hallar encendida espera en vano
de su mismo valor la noble llama.
Quién sabe si á estas horas?... Tú lo viste
cuando llegó la misteriosa carta
que á Munuza de Mérida se envia,
todo agitarse aqui, doblar las guardias,
y salir Ismael... tiemblo al pensarlo:
si fue un aviso?.... incierta y agitada
no sé que hacer. Escucha: no á mi esposo
vida le dió una tigre en sus entrañas,
ni las sierpes de Libia sustentaron
con ponzoña y rencor su tierna infancia.
De hombres nació, y es hombre; y pues que ha (sido
ya sensible al amor, tambien entrada
dará en su pecho á la piedad. Alvida,
puede ser que arrojándome á sus plantas,
diciéndole yo misma...
Alvid. Oh! no te fies,
no al eco atiendas de esperanzas vanas.
Munuza usar clemencia con Pelayo?
error; funesto error! Quizá ignorada
su suerte aun es del moro; y tú serias
la que le señalase á su venganza!
Horm. Con que el perdon á tantos concedido
solo á mi sangre ese cruel negara?
Y nada, al fin, conseguirá mi llanto,

mis tiernos ruegos, mi cariño!...

Alvid. Nada.

Qué vale todo al tiempo que le gritan
la vóz terrible del sangriento Audalla,
la ambicion de mandar que le devora,
su ley feroz que á la crueldad le arrastra!

Horm. Asi huirá, pues; mis esperanzas todas;
todas las ilusiones de bonanza
que mi amor se fingió!... Sí: de los cielos
la saña incontrastable desplomada
siento que viene sobre mí: la tumba
me espera, y allá voy; pero manchada
con sangre fratricida, odiosa á un tiempo
á mi hermano, á mi amante....

Alvida. Ay triste! Calla:
él se acerca: en tí vuelve, hunde en tu pecho
por no irritarle tus amargas ansias.

ESCENA II.

Munuza y dichas, Despues Audalla.

Horm. Señor... ya que el rigor fiero y terrible
de que está vuestra frente acompañada
otro nombre mas dulce usar me veda..
Decid, señor, qué súbita mudanza
es la que encuentro en vos? Cuáles cuidados
ora os perturban? Movimiento y armas,
agitacion, sospechas, qué aparato
tan diverso de aquel que yo esperaba
en estas horas ver, en estas horas
destinadas á amor y á confianza!

Mun. Qué mucho al fin, que las sospechas velen
donde su acero la traicion prepara?
Vos misma... quizá cómplice...

Audalla. Munuza,
ya está tu orden cumplida.

Mun. A vuestra estancia,
señora, os retirad.
Horm. Ya os obedezco;
pero entre los consejos de la saña
memoria haced de mi; de las promesas
que un tiempo vuestro labio pronunciaba
en favor de este pueblo: nuestro enlace
iris debe ser.... (1)

ESCENA III.

Munuza y Audalla.

Mun. O como tardan!
Audalla. Mas yo la causa á concebir no alcanzo
de la inquietud, de la impaciencia estraña
que desde el punto mismo te atormenta
en que á tus manos se entregó la carta.
Guardarte de Pelayo ella te avisa;
la fama de su muerte ha sido falsa,
y hácia Asturias camina, donde acaso
alguna nueva rebelion se trama.
Qué mas alto favor de la fortuna
pudieras esperar? Ella le arrastra
á tu poder, y el golpe que le cabe
hace espirar la agonizante España.
Mun. Llegó el instante, sí, que yo me acuerde
de donde tuve el ser, que yo renazca
al noble ardor, á las costumbres fieras
que el amor de mi pecho desterraba.
Nunca hasta en este punto la sospecha
su atroz ponzoña derramó en mi alma;
supe lidiar, vencer, y despreciarlos,

1 *Munuza mueve la cabeza irritado en señal de que se vayan; Hormesinda se estremece y se van las dos.*

y dejarlos vivir. Qué me importaba
que impacientes mordiesen sus cadenas,
si ya á romperlas su valor no basta?
Quieres saber mi agitacion? pues vuelve,
vuelve la vista á la muger ingrata,
por cuyo amor y artificioso alhago
el ímpetu detuve á mis venganzas,
y mírala tambien, cual yo la miro,
cómplice ser de tan inicuas tramas.

Audalla. Tú sabes bien si mi rencor perdona:
cristianos todos son, y esto me basta
para odiaros sin fin: mas por ventura
tambien como nosotros engañada
la muerte de Pelayo ella creía,
y es inocente en su traicion.

Mun. No, Audalla,
no es inocente: el jóven qué aqui mismo
hablarla consiguió, vino á avisarla
de esta traicion acaso. Por qué ahora
de la tristeza en vez que antes mostraba,
de incertidumbre congojosa y viva
la miro palpitar? Pues tiembla y calla;
la perjura me vende; y sangre, sangre
pide á voces mi amor vuelto ya en rabia.

Aud. Ahora si que en tí encuentro aquel Munuza
educado en los campos de la Arabia;
ahora si que en tí mira el gran profeta
el firme musulman que antes no hallaba.
No haya lugar á la piedad.

ESCENA IV.

Dichos, Pelayo, Leandro, Ismael, guardias.

Leand. Qué intentas?
Por qué asi á tu presencia nos arrastran?
Por qué se ha hollado el respetable asilo

de la hospitalidad, sin que las canas
de un desarmado anciano librar puedan
su inocente mansion de vuestras armas?
Mun. En todos tiempos, en cualquiera sitio,
al que os venció en el campo, y ahora os manda,
debeis razon de vuestros pasos todos.
Quién sois? dónde vais?
Leand. Es nuestra patria
Gijon: mi padre el lastimado viejo,
que hoy sin respeto tu violencia ultraja;
este guerrero, en mis desgracias todas
amigo fiel, me alivia y me acompaña.
Sin fuerza á quebrantar nuestra coyunda,
sin paciencia bastante á tolerarla,
venir y saludar nuestros hogares,
y huir por siempre de la triste España,
ha sido nuestro intento.
Mun. Alma cobarde,
no encubras la verdad en tus palabras.
Dí presto á qué vinisteis.
Pelayo. Si lo sabes,
para qué lo preguntas? si en tu alma
ya las sospechas sin cesar te gritan
la suerte que mereces, á qué aguardas?
Junta á la usurpacion la tirania,
y ahuyente tu temor nuestra desgracia.
Mun. Mal el orgullo que tu lengua anima,
y esa arrogante ostentacion de audacia,
con la bajeza infame y alevosa
de tus acciones pérfidas se hermanan.
Rebelde, vil y miserable espia
viniste á sorprender mi confianza,
mi esposa á acongojar; y de este pueblo
á alterar la obediencia á mí jurada.
Pelayo que os envia no os defiende

del peligro mortal que os amenaza;
y si aun negais lo que saber deseo,
la muerte y los tormentos os lo arrancan.
Dónde está ese insensato? respondedme:
cuáles son sus intentos y esperanzas?
Pelayo. Quizá si lo supieses temblarias:
mas tú, arrogante musulman, te engañas
cuando en la fuerza y el poder fiando
piensas que todo á tu querer se allana.
No cuanto sabe ansiar logra un tirano:
talar los campos, demoler las casas,
inundarlas en sangre, esto le es facil;
mas degradar por miedo nuestras almas,
mas mover nuestro labio á tu albedrio,
bárbaro, á tanto tu poder no alcanza.
Auda. No asi oscurezcas tu esplendor supremo
dando ocasion á su arrogancia vana:
jamás asi se esplica la inocencia,
y ya culpables son, pues que te ultrajan.
Mueran, y sirvan de escarmiento á todos.
Mun. Caerán; pero no solos: tambien caigan
los nobles de Gijon, Teudis, Fruela,
Alfonso, Atanagildo...
Pelayo. De mi audacia,
de mi silencio cómplices no han sido:
respétalos, tirano.
Mun. Sin tardanza
vuela, Ismael, y encadenados todos
vengan á mi presencia en este alcazar. (*Vase*
Pelayo allá donde se esconde tiemble *Ismael.*)
viendo asi fenecer sus esperanzas:
y aguarde con terror la suerte que ellos.

ESCENA V.

Hormesinda y dichos.

Horm. No tan gran sacrificio á la venganza (1)
permitido ha de ser: Pelayo, el cielo
no ha concedido á tu infeliz hermana
ser grande como tú; pero á lo menos
te defiende en tu riesgo, te acompaña
en tu muerte. Munuza, este el camino (2)
es el que se ha de abrir tu injusta espada
si va á buscar su corazon.
Audalla. Pelayo!
Mun. Su hermano!
Leandr. Qué pronuncias, desdichada?
Sabes lo que revelas?
Pelayo. Ya qué importa?
Pelayo soy: la suerte se declara (*A Munuza*)
entera á tu favor, no la desprecies:
suelta la rienda á tu impaciente saña;
envuelve á esa infeliz en mi destino,
y en el morir igualanos: qué tardas?
Yo te aborrezco y te persigo; y ella
(no hay delito mayor) ella te ama.
Horm. Cesa, cesa, cruel. Divinos cielos!
A quién irán primero mis plegarias?
A quién persuadirán que de su pecho
despida esa altivez, esa arrogancia,
que al uno lleva á perdicion segura,
y á abusar de su fuerza al otro arrastra?
Si mis suspiros débiles no os vencen,
si este llanto que vierto no os ablanda,
saciad en mí los dos aun mismo tiempo

1 *Corriendo á su hermano, y en ademan de defenderle.*

2 *Puesta entre los dos y señalando su pecho.*

esa sed de venganza que os abrasa.
Nadie es culpable aqui sino yo sola:
yo he faltado á mi sangre y á mi patria,
y á mi esposo tambien: cuál es el brazo
que de una vez mi desventura acaba?
O Munuza! ese alfange tan teñido,
ya enseñado á verter sangre cristiana,
será mas diestro á derramar la mia.
Siega al punto con él esta garganta;
siégala, y presta á tu infeliz esposa
en tan fiero rigor su última gracia.
Mun. No abuses mas de la indulgencia mia; (1)
que aun á pesar de tus ofensas habla
en favor tuyo, y con silencio y miedo
mis soberanas órdenes aguarda.
Tú el duro trecho en que te ves contempla (2).
Ni arbitrio ya te queda, ni esperanza,
sino en mi compasion.
Pelayo. Yo no la imploro.
Mun. Conozco tu valor, sé tu constancia,
y entiendo bien que á contrastar tu pecho
vano es el riesgo, inútil la amenaza.
Pero esos infelices que arrastrados
son en aqueste instante hácia el alcázar;
pero toda Gijon, que al pronto incendio
de mi furor se mirará abrasada,
todo te manda doblegar tu orgullo:
quieres salvarlos, dí, quieres salvarla?
Pelayo. Qué pretendes de mi?
Mun. Que á su presencia
humilles esa frente temeraria;
y de obediencia dándoles egemplo,
la autoridad augusta y soberana

1 *A Hormesinda* 2 *A Pelayo.*

del Califa respetes. De perfidia
sé que no eres capaz ; tu fe me basta:
júralo por tu honor y el Dios que adoras,
y Gijon y tus cómplices se salvan.
Pelayo. Dices bien, musulman, en este pecho
jamás halló la falsedad entrada;
y primero faltará el sol al dia,
que á sus pactos Pelayo y sus palabras.
Mas oye : si en mi vida algun momento
hubo en que esta lealtad idolatrada
pude animarme á profanar, es este
en que me incitas á jurar mi infamia.
Fe te jurára, sí, mas solamente
por librar de la muerte que ahora amaga
ese afligido pueblo y mis amigos;
mas solo por el tiempo que tardára
en hallar un puñal que en sangre tuya
lavase al fin de mi baldon la mancha.
Pero nunca el oprobio salva á un pueblo:
nunca aquel que cobarde se degrada,
á la opresion doblando la rodilla,
despues su frente hácia el honor levanta.
Esto bien lo sabeis, viles tiranos.
Mun. Tú dictas, insensato, en tus palabras
tu sentencia.
Pelayo. Egecútala.
Mun. Al instante.

ESCENA VI.

Ismael, dichos.

Ismael. Pronto acudid, señor; Gijon alzada
se niega á obedecer ; los nobles fieros
de la atroz sedicion soplan la llama;
y al nombre de Pelayo que repiten,
el pueblo fiero con furor se exalta;
la sangre corre; vuestros guardias caen:

todo es ya confusion

Mun. Qué escucho! Audalla,
vamos á alzar el formidable azote
sobre esa muchedumbre vil y esclava.

Aud. Mas qué ordenas en fin de estos cristianos?

Mun. Ellos á las mazmorras del alcázar;
ella á la torre.

Pelayo. Su tremendo brazo
ya el Dios de los egércitos levanta
contra tu usurpacion: tiembla, caiste:
tu hora llegó.

Mun. Di que la tuya, marcha;
sé mi esclavo hasta el fin: cualquier que sea
la suerte que me aguarda en la batalla,
vencedor te condeno al escarmiento,
vencido te consagro á la venganza.

ACTO QUINTO.

El teatro representa una mazmorra.

ESCENA PRIMERA.

Pelayo y Leandro.

Leand. En esta cárcel lóbrega, espantosa,
donde toda esperanza se nos niega;
donde tiene la muerte en nuestro daño
su mano inevitable ya suspensa;
no al fin el hado adverso que nos pierde
enteramente su rigor despliega,
y el alivio aunque amargo nos permite
de unir nuestro dolor y nuestras quejas.
Mas tú entre tanto silencioso escuchas;
y sumergido en tu profunda pena
ni aun levantas los ojos á tu amigo.

Acaso el heroismo, la firmeza
que tantos males superaba un tiempo,
en el último trance ya flaquea?
Pelayo. Tu amigo desmayar! Ah! Tú lo sabes
si de tan santa causa en la defensa
esquivé alguna vez riesgo ó fatiga.
Mas mientras dura la mortal pelea,
en ocio vil y vergonzoso verme
esperando la muerte como espera
la maniatada víctima el cuchillo!
Leand. Cuando el forzoso término se acerca,
qué vale murmurar contra el camino
que sin recurso á fenecer nos lleva?
No empero sin venganza al fin moriremos,
y ya nuestros amigos....
Pelayo. Ah! pudiera
llamarlos con mi voz, darles aliento,
al eco ronco de las armas fieras
exaltarme y lidiar! y si el destino
triunfaba de mi vida en la pelea,
muriera; pero al menos combatiendo
contra esos fieros árabes muriera.
Asi el fin á mi vida igualaria;
asi el poder y dignidad suprema
á que ayer me vi alzar se autorizaban;
mas yo preso aquí estoy, y ellos pelean;
ellos mueren con honra, yo en oprobio.
Leand. Basta á tu gloria inmortal carrera;
y el mundo todo al contemplar tu suerte,
llanto y admiracion hará sobre ella.
Tú cual Pelayo morirás: mi alma
de ardor sublime y de constancia llena
se elevará á tu egemplo, y del destino
sabrá á tu lado resistir la fuerza.
Digna de tí será mi última hora:

y cuando en las edades venideras
los hijos de la patria honren tu nombre,
tambien de mi se acordarán sus lenguas:
en vida, en muerte acompañó á Pelayo,
dirán, y mi alabanza será eterna.
Pelayo. Sabes si tienes patria todavia,
infeliz? Si á este tiempo ya deshecha
la flaca resistencia de los nuestros,
coronan sus cabezas las almenas
en los muros del pueblo?... O Dios del mundo,
Señor de la victoria y de la guerra!
Has resuelto otra vez abandonarnos?
Viven pintadas en tu mente excelsa
las culpas de Witiza y de Rodrigo,
sin que ya nuestra fe borrarlas pueda?
Piedad! piedad! Tiempo es aun, perdona.
Cuando entregada esta region se vea
á la supersticion abominable
con que tu nombre el árabe blasfema,
será mayor tu gloria?... Ay! que algun dia
ha de llegar en que sereno vuelvas
hácia España tus ojos, y mirando
las plagas que tu enojo echó sobre ella,
de tan fiero rigor tú mismo llores,
y entonces tarde á la clemencia sea.
Leand. Oyes, Pelayo? (1) La mazmorra se abre;
llegó el momento de morir.
Pelayo. Que venga:
yo á Dios bendigo en él; venga, y acabe
la horrible incertidumbre, la impaciencia
que ya no puedo tolerar.

1 *Ruido de puertas.*

ESCENA II.

Hormesinda, Alvida y dichos.

Pelayo. Que buscas,
desventurada? Acaso la fiereza
de ese bárbaro atroz aqui te envia
para que á nuestro fin presente seas?
Horm. No, Pelayo; tu riesgo y mi cariño
me hacen volar ansíosa á tu presencia.
Vengo á salvarte.
Pelayo. O Dios! con que vencido
es tambien nuestro esfuerzo en esta prueba?
Horm. Tal vez ya lo será: desde la torre
ví con terrible estrépito las puertas
abrirse del alcázar, y furiosos
arrojarse los árabes por ellas.
Ya allí el tumulto bélico llegaba,
cuando al ver á Munuza, al ver su diestra
armada del alfange irresistible
que tantas veces vencedor le hiciera,
en aquel primer ímpetu arrollados
los nuestros de repente titubean;
y aunque siempre luchando, al fin el campo
les es fuerza ceder. La lid se aleja,
y entre los espantosos alaridos
que al batallar horrísono se mezclan,
de cuando en cuando el eco se distingue
en que *Pelayo*! y *libertad!* resuenan.
Un momento despues esos guerreros
á quienes nuestra guardia y la defensa
de aqueste alcázar encargada ha sido,
casi todos ardiendo á la pelea
se precipitan: los demas al ruego
cediendo, y á mis dádivas, nos dejan
la senda libre que el mar conduce.

Armas alli teneis ; el tiempo vuela;
venid, huyamos; que Hormesinda al menos...
Ah! perdona estas lágrimas postreras
que un desdichado amor saca á mis ojos!
Que Hormesinda en salvarte feliz sea.
Pelayo. Qué pronuncias? Huir? Leandro?... (1)
Horm. A donde, (*Deteniéndole.*)
á dónde vas, cruel? No ves mi pena,
no contemplas tu riesgo?
Pelayo. A la batalla,
á la victoria voy: ya nos entrega
el Dios Omnipotente ese tirano,
pues al fin libres combatir nos deja. (2)
Amigos, alentaos; nuestro es el dia,
como fue suyo el de Jerez: mi diestra
victoriosa os conduzca hácia este alcazar;
ella os enseñe á derribar las puertas,
á arder sus techos, derrocar sus muros,
á no dejar en él piedra con piedra. (*Vanse.*)

ESCENA III.

Hormesinda y Alvida.

Horm. Cómo de un frenesí tan desatado
el ímpetu atajar?.... Mas quien me veda
correr tambien de la batalla al campo,
y entre esos fieros adversarios puesta
sus golpes recibir? Quizá uno y otro
con solo mi morir contentos sean.
Alvid. Asi, qué lograrás? buscar tu daño,
y aumentar su furor con su presencia.
Ya ni á la sangre ni al temor te fies:
cuando retumba el eco de la guerra

1 *En ademan de marchar.*
2 *Dirigiéndose hácia el sitio del combate.*

ellos exhalan en sus endebles gritos,
y escuchados no son.
Horm. Naturaleza,
si este no me conoce por hermana,
y de esposa el cariño aquel me niega,
aun de esposa y de hermana el dulce afecto
para mayor tormento en mí conserva.
Ya en tan amarga situacion yo debo
al que mas infeliz de ellos se vea
acudir, defender... *Sé* que el destino
no me deja eleccion; sé que la senda
de espinas erizada y de amargura,
por donde al precipicio me despeña,
me es fuerza andarla toda: tú entretanto
abandona á esta víctima dispuesta
para el golpe fatal...

ESCENA IV.

Munuza sin alfange, Ismael, moros y dichas.

Mun. Moros cobardes,
no asi me aconsejeis; tras de la mengua
de ser vencido, la venganza sola
es el placer que el cielo me reserva.
O confusion! Quién de las manos mias
ha arrancado el alfange? En dónde quedan
Audalla y sus valientes? Por ventura
todos han muerto en la fatal pelea,
ó todos ya mirándome caido
de seguir á Munuza se avergüenzan?
Horm. Tu esposa no: por medio á los contrarios
sin aterrarse de sus armas fieras
ella te salvará: su tierno pecho
será el escudo en que los golpes hieran:
ellos se acordarán de tus piedades....
Mun. Quien te trae ante mi? Por qué renuevas

en mi mente hostigada la memoria
de mi descuido y criminal flaqueza?
Ella es ahora mi mayor verdugo:
por tí perdonó un tiempo mi clemencia
á esta ciudad rebelde, que al instante
debió ser igualada con la tierra.
Por tí dejé vivir sus moradores:
por tí en fin, sin arbitrio, sin defensa
en la horrenda traicion que me asesina
me miro fenecer.

Horm. Cómo te ciega
tu imprudente furor! no desconozcas
la postrera esperanza que te queda:
yo soy tu asilo.

Mun. Tú? Cuando mi imperio,
cuando mis muertos árabes me vuelvas,
cuando mi gloria... Di por tantos bienes
como tu desastrado amor me lleva,
ya que te resta por hacer?

Horm. Salvarte:
queda en esta mansion de tu grandeza;
yo saldré, yo á las plantas de Pelayo
me arrojaré; le rogaré, es fuerza
que respete tu vida, ó que contigo
perecer á Hormesinda se conceda.

Mun. De Pelayo! Qué dices? Al instante
arrástrale, Ismael, á mi presencia.
Quiero partirle el corazon yo mismo, (1)
quiero lanzar al pueblo su cabeza,
decirle: ahi le teneis, y complacerme
cuando se cubran de terror al verla.

Horm. No le busqueis.

Mun. Corred.

1 *Saca un puñal.*

Horm. Él está libre,
no le busqueis. O Dios! quizá se acerca
ya vencedor aqui : cede á su suerte.

Mun. Mas quién fue el temerario que las puertas
abrió de su prision?

Horm. No lo preguntes.

Mun Ah infeliz! fuiste tú? Muere, perversa; (1)
y que mi mano en el abismo te hunda,
donde tu aleve ingratitud me lleva.

Horm. Ay de mi! (2)

Mun. Me vengué; corred conmigo
á encontrarle, á acabar... (3)

Ismael. Pelayo llega;
los cristianos le siguen vencedores:
qué resolveis, señor? la resistencia
es aqui por demas.

ESCENA V.

Pelayo, Leandro, Alfonso y demas nobles.

Pelayo. Volad, amigos,
á Hormesinda, salvad: Munuza muera.

Mun. Munuza muere, sí; mas por su mano: (4)
mas despues de vengarse: mira. (5)

Pelayo. Es ella,
y espirando... Ah cruel!... (6) Hermana mia,
Hormesinda no me oyes?

1 *La hiere.*
2 *Cayendo en los brazos de Alvida.*
3 *Oyese ruido de los cristianos que llegan.*
4 *Se hiere y señala donde está Hormesinda.*
5 *Cae: Pelayo y los cristianos acuden á Hormesinda, dejando á Munuza y á los moros detras de sí.*
6 *Mirando á Munuza.*

Horm. Cual penetra
esa voz amorosa en mis oidos!
Cómo el rigor de mi agonía templa!...
Mi amor no halló perdon... vino el castigo,
y por cual mano !... A Dios ; venciste... reina...
Pero tal vez en tus gloriosos dias
algun recuerdo esta infeliz te deba...
esta infeliz .. que por tí muere... (*espira.*)
Pelayo. Oh cielo!
está ya tu justicia satisfecha?
Españoles, la sangre de Pelayo
bañando está la cuna que sustenta
vuestro imperio naciente, y otro duelo
que vano luto y lágrimas espera.
Muerto el tirano veis; ya no hay reposo;
siglos y siglos duren las contiendas.
Y si un pueblo insolente allá algun dia
al carro de su triunfo atar intenta
la nacion que hoy libramos, nuestros nietos
su independencia asi fuertes defiendan,
y la alta gloria y libertad de España
con vuestro heroico egemplo eternos sean.

FIN DE LA TRAGEDIA.

EL PELUQUERO DE ANTAÑO

Y

EL PELUQUERO DE OGAÑO,

PIEZA CÓMICA EN UN ACTO,

acomodada al teatro español

POR

DON JOSÉ MARÍA DE CARNERERO.

Representada en el coliseo del Príncipe.

MADRID.
IMPRENTA DE REPULLÉS.
Agosto de 1831.

PERSONAS.	ACTORES.
Don Braulio Viola, propietario.	*A. Azcona.*
Doña Prágedes, su hermana.	*C. Velasco.*
Alcibiades, peluquero moderno.	*J. Cubas.*
El señor Tupé, peluquero antiguo.. . .	*A. Guzman.*
Justa, sobrina del señor Tupé.	*J. Baus.*
Simon, criado. . . .	*J. Lledó.*

La escena es en Madrid en una casa de la plazuela de Afligidos.

EL PELUQUERO DE ANTAÑO

Y

EL PELUQUERO DE OGAÑO.

El teatro representa una sala medianamente amueblada. Hácia la derecha habrá un velador cubierto con una bayeta verde: hácia la izquierda un tocador.

ESCENA I.

Don Braulio y Doña Prágedes.

Bra. A todo esto, nos entenderemos, ó no? Lo que yo digo es que ya estás en una edad decisiva. O te resuelves á casarte, ó te quedas doncella toda tu vida.

Prág. No parece sino que tengo sesenta años. Mi edad es todavia muy razonable.

Bra. Ojalá fueras tú tan razonable como ella!

Prág. No diré que estoy en la primavera; pero...

Bra. Qué primavera, ni qué droga! Des-

engáñate, Prágedes. Cuando una muger ha cumplido los cuarenta y cinco, ya no cuenta sino inviernos. Lo que hay en tí es que alucinada con tantas malditas novelas como lees, das hasta en el tema de escribirlas: y tienes la cabeza muy á la ligera. Eso no va bien. Ya es ocasion de tener seso.

Prág. Gruñe, gruñe! Jesus, qué genio! Con eso de que eres mi hermano mayor te has erigido en censor perpetuo de mis operaciones, y no hay diablos que te aguanten.

Bra. Yo no soy censor, ni ganas. Lo que hago es estrañar tu conducta, y preguntarte por qué te estás quejando á todas horas de ser soltera, cuando sabes que te he propuesto un partido muy conforme con tu edad y con tus circunstancias? Don Trifon Quiñones es un escribano de Guadalajara, que ha sabido hacer su negocio; que conoce el mundo; que pasa por hombre de bien; y que, teniendo diez años mas que tú, te conviene en un todo. Ademas, de que le he dado mi palabra, y llegará á Madrid en esta semana. Por qué no quieres casarte con él? Veamos?

Prág. Por qué?... Porque espero encontrar un novio mas de mi gusto. Ahi tienes el busilis.

Bra. No es mal busilis el tuyo. Treinta años hace que estás esperando lo mismo, y se pasarán otros treinta sin que salgas del tranco.

Prág. Y quién, sino tú, tiene la culpa? A qué viene esa obstinacion de vivir siempre en esta retirada plazuela de Afligidos, que parece un desierto, y es preciso formar intencion á propósito para venir á ella? Crees tú que los jóvenes elegantes del dia tratarán de buscarme en este solitario alvergue? Ni qué muger hay que pueda encontrar un marido viviendo en un barrio como este?

Bra. Eso es: yo que vivo aqui en casa propia, me iré, por darte gusto, á alquilar otra en el centro de la corte que me cueste un ojo de la cara! No seria malo. Y luego, no son aqui muy puros los aires? Las gentes pueden ser mas pacíficas ni más tranquilas?

Prág. No te canses; esto es lo mismo que vivir en una aldea. Esta plazuela no está en Madrid.

Bra. Pues á lo menos no le anda muy lejos.

Prág. Muy bien; pruébamelo llevándome esta noche al teatro del Príncipe.

Bra. Te estorbo yo que vayas? Llévate contigo á Justa, tu ahijada. Yo por mí me voy á jugar al tresillo á casa de

mi amigo el procurador. Justa! (1) Has avisado al señor Tupé, tu tio?

Jus. Sí señor; pero estaba abajo en su tienda disputando sobre el mérito de los cantores italianos con un comadron, amigo suyo, y no estrañaré que se le haya olvidado.

Bra. Vuelve otra vez, y dile que me hace mala obra. Entre estos peluqueros los hay tan habladores! Mire usted qué entenderá él de óperas, ni de música italiana! Y el tal señor Tupé no es cosa lo que charla! Con que, hermana mia, hasta luego. Deseo que te diviertas mucho.

ESCENA II.

DOÑA PRÁGEDES *y* JUSTA.

Prág. Que me divierta mucho! Eso es. Pero entretanto en nada hemos convenido. Qué hombres estos!

Jus. Quéjese usted! El señor don Braulio por lo menos desea que usted se case; y no que mi tio!... Ya es obra! A fuerza de peinar peluquines ha perdido la sensibilidad. Pero qué manía tambien la de usted en no quererse casar con

(1) *Sale Justa.*

ese don Trifon Quiñones, que la propone su señor hermano? Al cabo... siempre será un marido como otro cualquiera; y esto ya es algo.

Prág. Calla, tonta! Cada uno se entiende, y trastejaba de noche! Si ese don Trifon fuese el primero en lista.... entonces no digo nada. Pero cuando el corazon ya no es de una.... Cuando Cupido se ha deslizado en su fondo con flecha anticipada!... Ay, Justa! Qué quieres que haga una frágil muger?

Jus. Eso es decir que ya está usted enamorada de otro?

Prág. Y quién no lo estaria como yo? Lo que siento, amiga mia, es que los caractéres de mi inclinacion son tanto mas violentos, cuanto han sido lo que se llama súbitos y espontáneos. La flecha entró aqui (1), y ha de tener uñas el que la arranque. La lástima es que sabe Dios si volveré nunca á ver al Ganimedes por quien suspiro! (2)

Jus. Pues qué, no es de este barrio?

Prág. No sé de qué barrio es.

Jus. Mas siempre será un vecino de Madrid?

Prág. Tambien lo ignoro.

(1) *Señalando el corazon.*
(2) *Enternecida.*

Jus. Pero al menos le conocerá usted?

Prág. Ciertamente que sí. Conozco su finura; conozco su corazon.... Pero en cuanto á su nombre y su apellido.... ni sé quién es.... ni dónde vive.... ni.... nada, amiga, nada sé. Un elegante incógnito; un jóven de la mejor perspectiva, puesto á la *derniere*.... Qué sobre-escrito el de su persona, Justa de mi alma! Qué desembarazo en sus acciones! Qué espresion en sus miradas! Y qué rizos los suyos! Ay qué rizos! Si tú los vieras!

Jus. Y dónde ha visto usted ese modelo de las gracias?

Prág. El domingo pasado en la funcion de Vista Alegre. Dime si mediando estos antecedentes estaré de humor de irme á empozar con ese don Trifon de Quiñones, con quien quieren unirme en desapacible consorcio.

Jus. Con efecto; seria terrible.

Prág. Yo habia ido con doña Anacleta, la muger de ese procurador tan amigo de mi hermano. Tratamos de sentarnos: el caballerito en cuestion conoció nuestra idea, y me cedió su asiento; pero con qué espresion! con qué galantería! Aquel es modo de levantarse de una silla, y de ofrecérsela á una señora! No creas que me la presentó atolondrada-

mente, como lo hubiera hecho uno de esos pisaverdes que andan por ahi bailando contradanzas. No señor. Nada de eso. Se levantó respetuosamente; y con una sonrisa.... la mas seductora de cuantas sonrisas pueden aparecerse en un semblante humano.... "Ruego á usted, señora...." me dijo; y sin saber cómo me arrimó el asiento con tal donaire y gentileza, que quedar sentada y penetrada de entusiasmo en favor de tan esquisita urbanidad, fue todo obra de un minuto.

Jus. El amor va muy de prisa, señora. No son pies los suyos; son alas.

Prág. Demasiado lo percibo. Luego fue á colocarse á corta distancia de donde yo estaba. Qué mirar aquel! Cuánto no me significó con la persuasiva elocuencia de sus ojos! Domingo ha sido, te lo juro, que me dejará memoria!

Jus. El mozo la flechó á usted, vamos. Si esas son cosas que no se pueden remediar. Luego vienen asi cuando una lo piensa menos; y... una vez introducidas en el pecho, vaya usted á decirlas que nos dejen en paz! Yo por mí lo veo.

Prág. Calle? Tú tambien?...

Jus. Mire usted, cuando mi tio, el señor Tupé, tenia su tienda en la calle Angosta detrás de la Aduana.... recibió un

oficial.... que tendria unos cuatro años mas que yo: tan.... vamos al decir, tan guapo.... que sin ofender al jóven de quien usted habla no le quita pinta en la descripcion que hace usted de él. Sucedió.... ya se ve.... que nos quisimos: nos lo dijimos, y nos prometimos no olvidarnos nunca.

Prág. Y cómo es que no te casaste con él?

Jus. Qué quiere usted? Suerte de las personas. Mi tio estaba ya en ello, y aun nos prometia cedernos con el tiempo su tienda, luego que él se retirase del comercio; pero el señorito que me habia enamorado.... ya se ve! era tan jóven... y tan ambiciosillo.... que se le metió en la cabeza ver mundo, y aprender el oficio, como él decia, por principios elementales. Queria, en una palabra, ser peluquero á la moderna; de estos del gran tono, que han estado en París, y que tienen esas tiendas tan cucas, y tan adornadas de luminarias y de espejos. Mi tio, que es de los peluqueros de allá.... de los del Diluvio, que siempre nos habla de los polvos, de los bucles, y de la coleta, y que por nada renunciará á los usos de su antigua práctica, riñó con el pobre muchacho; este se fue á Francia, y desde que ha vuelto, y ha puesto su tienda con ga-

binete, quinqués, y armarios de cristales, el señor Tupé y él ni se ven, ni se oyen.

Prág. Con que tu amante está en Madrid?

Jus. Sí señora, y como la digo á usted, hecho un señor. Sé que peina á varias duquesas, á dos bailarinas del teatro, á una.... no sé cómo me han dicho... *prima dona*, creo.

Prág. A una *prima dona*? Ahi es una friolera! Ya veo yo que tu querido debe ser un peluquero del gran tono. Y cómo se llama?

Jus. Él se llama Juanito; pero desde que ha vuelto de París, y tiene su tienda, se ha puesto el nombre de Alcibiades.

Prág. Alcibiades?... Qué nombre tan bonito!

Jus. Si usted le viera? Es tan jóven! Tan amable! Y qué habilidad la suya!... Para el corte del pelo dicen todos los señores que no hay otro! Ya ve usted, mi señora doña Prágedes, qué mas quisiera yo que casarme con él, y verme en un bonito gabinete con muebles de caoba!... Pero, la verdad, se me pasan mis miedos de que con tantos esplendores.... mi hombre se desvanezca, y... seria chasco que el *aceite de Macasar* le aturdiese la cabeza, y que me plantara por otra. No es verdad usted?

Prág. Vas á dar en zelosa, he?

Jus. Desengáñese usted. Tiene muchas parroquianas; algunas son muy bonitas; y el diablo las carga.... No digo que no se acuerde de mí.... pero, no ha oido usted decir que á la fortuna la pintan calva, y que es menester cojerla, aunque sea de un cabello? Figúrese usted, él que peina á muchas que no son calvas, y que tiene tantos cabellos á que agarrarse!!! Digo que estoy en brasas. Pero aqui está mi tio.

ESCENA III.

DOÑA PRÁGEDES, JUSTA, *y el* SEÑOR TUPÉ *con bolson de polvos, dos ó tres peines en la cabeza, y todos los aditamentos de un peluquero á la antigua.*

Tup. (1) Muy bien; muy bien: ya lo oigo. Si el señor don Braulio tiene prisa, haberme avisado con tiempo. No por ser peluquero es uno adivino. Qué diantre de gente esta! (2) Ah, mi señora doña Prágedes, estoy á los pies de usted.... todo lo estable.

(1) *Desde adentro.*
(2) *Saliendo.*

Prág. (1) Buenos dias, señor Tupé. Qué tal va de salud?

Tup. Señora mia, en cuanto al fisico no puedo quejarme. (2) Todo esto ejerce primorosamente sus funciones. Ahora, en cuanto á esto (3) malditamente. Hay lo que se llama una total decadencia.

Prág. Siempre se está usted quejando.

Tup. No me quejo de vicio; y eso es lo que siento. Va para un mes que he mudado de local, y que he alquilado la tienda de abajo al señor don Braulio. Pero ni por esas! Ah, mi señora doña Prágedes! El siglo no es próspero para los peluqueros. Hablo de los buenos peluqueros; de los prácticos en los principios de la verdadera escuela. Me entiende usted?

Prág. (4) Sí, amigo Tupé; bien le entiendo á usted.

Tup. Crea usted que somos dignos de compasion. El mundo está lleno de charlatanes, que desmoralizan el peinado público. Bárbaros! Nada ha podido resis-

(1) *Con tono de proteccion.*

(2) *Señalando las quijadas y el estómago.*

(3) *Señalando el bolsillo del chaleco.*

(4) *Sonriendo.*

tir á sus fatales tijeras. Quitaron las coletas; quitaron las bolsas; quitaron los bucles; quitaron los erizones. Qué no han quitado? Hé aqui la consecuencia de las nuevas invenciones.

Jus. Pero tio, qué quiere usted que suceda? Si todas esas cosas ya no son de moda?

Tup. No son de moda, he? A que me vas á hacer el elogio de los peinados modernos? Cuenta que te veo venir, y á mí no puedes engañarme.

Jus. Yo no lo digo por fin ninguno; pero lo cierto ello es....

Tup. Calla, sobrina, calla! Tú eres muy muchacha, y no has conocido los buenos tiempos. Si fueras mas vieja hablarias de otro modo. Pregunta á la señora (1), que ya tiene edad competente, y verás lo que te dice. Tu inesperiencia y tus pocos años te hacen caer en el lazo de las nuevas modas. *El aceite de Macasar*, *el agua de Venus*, *el bálsamo de la Meca*, y otras mil zarandajas que han dado en llamar, si no me engaño, *cosméticos*, y que maldito si hacen crecer un solo cabello.... Qué crecer! Lo mismo que si ejerciesen su

(1) *Por doña Prágedes, que hace ademan de no gustarla la frase.*

virtud en la palma de la mano. Ay, amiga! Si tú hubieras usado del *tuétano de vaca, de la grasa de oso, del sebo de Flandes, de la piel de anguila*! Estos sí que eran los verdaderos preservativos del pelo! Ah! Qué tiempos aquellos! No es una alevosía atroz la de haber desterrado el uso de los polvos? Iba usted por esas calles, y era un gusto. Todo el mundo con polvos! Polvos llevaba el militar elegante; polvos llevaba el almivarado abate; polvos llevaba el oficinista; y hasta el escribiente supernumerario solia llevar polvos. Qué borla entonces la de un peluquero! Ni la de un doctor de Salamanca tenia mas fama! Y no que despues, con los peinados rabones, con las cabezas á la *Caracalla*, á la *Tito*.... qué se yo! Todo se ha adulterado; y anda tal el oficio, que no puede conocerle la madre que le parió (1).

Jus. Vea usted! Mientras usted perora, el señor don Braulio espera, y se le está llevando Satanás.

Tup. Allá voy, allá voy, señor don Braulio. Este sí que es hombre de pro! Parroquiano admirable! Consecuente á los

(1) *Suena una campanilla.*

antiguos usos, no se ha dejado alucinar por el charlatanismo de esta época: fiel á sus polvos y á sus rizos, se le ve todavia con el respetable peluquin de nuestros abuelos. Puede que en todo Madrid no haya tres que hagan otro tanto. Por eso le peino con un gusto, con un esmero!... Siempre que vengo aqui, mi harina, mi bolsa, mi.... (1) Allá voy. — Mira, chica; te aconsejo que des un vistazo á la tienda mientras yo arreglo al señor don Braulio.

Prág. Sí, sí: no harás mal en bajar, y ponerte tus veinte y cinco, porque esta noche hago ánimo de que vayas conmigo al teatro.

Tup. Cómo? Y usted trata de dispensarla un favor tan señalado? Pues bien, vete á la tienda, y en cuanto yo baje verás que erizoncito te hago tan mono, y qué golpe que das con él.

Jus. (2) Un erizoncito? Pues estaré bonita. Ese es un peinado gótico.

Tup. He? Qué estás ahi rumiando entre dientes?

Jus. Nada. Digo que le doy á usted las gracias.

(1) *Suena otra vez la campanilla.*
(2) *Murmurando para sí.*

Tup. (1) Caramba, y qué prisa! Voy volando.

ESCENA IV.

DOÑA PRÁGEDES (2).

Estos parientes, Señor! Estos que ejercen la autoridad en las familias, qué empeño tienen en contrarrestar las inclinaciones de las jóvenes! Si ahora que me han dejado sola y melancólica me aprovechase de estos breves instantes para componer algunas páginas de mi novela!... Qué dulce es la redaccion de las epístolas amorosas! Una misma se hace la pregunta: una misma escribe la respuesta! Carta sesta. (3) *Clarisa al caballero Florindo.* "He recibido el billete de ayer. Qué podré deciros, amabilísimo caballero mio, despues de haberle leido? Mi corazon, transportado con la esplosion del sentimiento, que hasta ahora se reconcentró en sus recónditos pliegues..." Esto de pliegues, qué se yo; no me suena

(1) *Llaman otra vez, y Tupé recoge la bolsa de los polvos.*

(2) *Sentándose junto á la mesa.*

(3) *Escribiendo.*

bien! En sus recónditos senos... Asi está mejor (1).

ESCENA V.

DOÑA PRÁGEDES (2) y ALCIBIADES.

Alc. (3) Ni un mal criado que avise. (4) La vizcondesa del Césped, plazuela de Afligidos, á la derecha... (5) Aqui debe ser. (6) Ah! Ah! Aquella será sin duda la señora que me ha enviado á llamar para que la peine. (7) Señora, tendrá usted la bondad de decirme...

Prág. (8) Heim? Quién anda por ahi? (9) Dios mio, qué es lo que veo? Me engañan mis ojos? Este es mi jóven desconocido?

(1) *Escribe.*
(2) *Escribiendo.*
(3) *Entrando por la puerta del fondo.*
(4) *Mirando una targeta que saca del volsillo.*
(5) *Leyendo.*
(6) *Viendo á doña Prágedes, que está vuelta de espaldas á la puerta por donde él ha entrado.*
(7) *Se aproxima, y saluda.*
(8) *Volviendo la cabeza.*
(9) *Le mira atentamente.*

Alc. (Cielos! Mi conquista de Vista Alegre?) Cuán feliz debo llamarme, supuesto que tengo la dicha de volver á tener tan delicioso encuentro!

Prág. Poco á poco, caballero mio. Vamos por partes. Ya se lo anuncié á usted la otra tarde. Yo dependo de mi hermano don Braulio Viola. Verdad es que soy dueña de mi corazon, de mi mano, y de diez mil pesos de dote...

Alc. De diez mil pesos?

Prág. Sí; pero no puedo disponer de ellos sin la autorizacion de mi hermano.

Alc. Vuestra autorizacion para amarla es la que yo desearia. Yo me llamo Moncada (mintámos). Entro en las mejores casas de Madrid, y no pocas veces recibo en mi gabinete á los primeros elegantes. Ah! Si pudiera yo hacerme digno de vuestro cariño?

Prág. Y eso quién lo duda? Mire usted, aunque no estaba usted presente, usted era el que me inspiraba esas líneas (1).

Alc. (2) Dios eterno! Y será posible?

Prág. Qué hace usted?

Alc. Estampo mis labios en estos amados

(1) *Le enseña lo que escribia.*
(2) *Besando el papel.*

caractéres, que desde luego me guardo, si usted me lo permite (1). Yo la juro á usted no hacer de ellos el uso que acostumbro con otros de los que caen en mis manos. Muchos de ellos me sirven de papillotes. Dígnese usted, para ser completamente amable, concederme el favor de que frecuente su casa; de que la acompañe; de que la ofrezca mi brazo, ya sea en el paseo, ya si va al teatro, ya si...

Prág. Salgo poco: llevo una vida muy circular. Hoy, sin embargo, tengo un proyecto. Pienso salir con una ahijada mia.

Alc. No irán ustedes solas; yo se lo ofrezco. Me rehusará usted el honor de que les sirva de escudero?

Prág. Caballero mio, eso es demasiado...

Alc. Usted acepta: ya lo veo. Y adónde piensa usted ir? Al retiro? Al prado? Al teatro? De todos modos yo vendré. Cuenten ustedes conmigo.

Prág. Agradezco la fineza. Ahora voy á ocuparme de la composicion de mi trage, y á salir á comprar algunas cosillas que me hacen falta.

Alc. (2) Dígnese usted permitirme...

(1) *Se mete el papel en el bolsillo.*
(2) *Viendo que se marcha, en ademan*

Prág. Eso no; antes le aconsejo que se marche. Hay vecinos murmuradores que le habrán visto entrar, y no por ser esta la plazuela de Afligidos dejan de entretenerse las gentes en despedazar las honras agenas. Consiento, sin embargo, en que venga usted por nosotras. Hasta luego. (Vase) fondo.

Alc. Hasta luego!

ESCENA VI.

Alcibiades.

Se fue al cabo: respiremos. Qué diantre de ocurrencia! Ya se ve, yo me encontré en Vista Alegre con esta muger, y asi como me habia de dar por otra cosa, me dió por echarla chicoleos. Quién me habia de decir que me cogeria la palabra? Vamos, Alcibiades, la aventura es atrevida; pero la casualidad la empezó, y el ingenio debe acabarla. Y no es porque esté descontento con mi suerte. Las cortaduras de pelo me dan bastante que hacer: el oficio se sostiene, los casquetes y los postizos se consolidan, y en mis activas manos las

de quererla tomar la mano para acompañarla.

medias cañas no tienen tiempo de enfriarse. Todo esto es cierto, muy cierto. Pero al fin y á la postre yo no soy aun lo que se llama peluquero de primer órden; y en mis sueños ambiciosos no quisiera ceder la palma á nadie. Las pelucas de Mouché me dan en ojos: los peinados de Giraldi me agitan el espíritu: la voga de Petibon me inquieta: los inventos de Fortis me quitan el sueño. No hay duda! Si tuviera la dicha de hacer una buena boda! Con los diez mil pesos que tiene esta muger, no es cosa la estension que podria dar á mi comercio! En mi tienda, llena de adornos y de espejos, llamaria á mi auxilio á la escultura y la pintura: veríanse en ella coronados de laureles los bustos de los Emperadores Romanos; y quién sabe hasta dónde puede elevarme la fortuna? Todo me favorece. No amo, pero soy amado; la buena señora tiene una cabeza novelesca, es capaz de cualquier cosa; y me parece que no es ninguna obra del otro jueves el que un hombre que como yo... que maneja tantas cabezas, tenga el arte de calentarla los cascos. Ello sí, no deja de mortificarme la idea de esa pobre Justa, que me quiere tanto... y á quien quiero todavia, á pesar mio. La dí pa-

labra de matrimonio, y... por vida de los escrúpulos! Muchas veces el ser uno demasiado hombre de bien... He! Justa se consolará, se casará con otro... y luego su tio no está descalzo; pero la hecha de fachenda... y con toda la bulla no hace caso de mí. No hay duda, yo no tengo la culpa, y tomo mi partido. Prosigamos representando aqui mi papel de seductor; nadie me conoce, de consiguiente no darán en el ito de quién soy. Ay Dios mio! No es esta Justa?

ESCENA VII.

Alcibiades y Justa.

Jus. Será verdad? El és. Es Alcibiades. Cuánto me alegro verte!

Alc. Y yo tambien, querida Justa. (Qué encuentro de todos los diablos!)

Jus. Pero qué haces aqui? Qué buen aire te ha traido por estos barrios?

Alc. (1) Te juro que apenas lo sé yo mismo. Yo venia... creí que era aqui. Me han llamado de parte de una señora llamada la vizcondesa del Césped.

Jus. Ah! Sí. En la casa de al lado. Es hija de un abogado; se enamoró de ella

(1) *Turbado.*

fon

el vizconde, que es ya viejo hasta dejárselo de sobra; y se han venido á vivir á esta plazuela. Lo que es la vizcondesita es un diablillo: mas loca!... Pero qué tienes? Se me figura que estás pensativo, y que no te causa mucho gusto el verme.

Alc. No es eso: sino que como tu tio y yo estamos de punta... La verdad, tengo un miedo de encontrarme con él...

Jus. Cabalmente subo á buscarle, pues hay uno en la tienda que pregunta por él.

Alc. En la tienda?

Jus. Pues no te hablé de eso la última vez que te encontre? No te dije que mi tio alquilaba una tienda á don Braulio, el dueño de esta casa? Hace tanto tiempo que le peina! Como que su hermana me ha sacado de pila, y.. pero qué diablos tienes? En qué piensas? Ya se ve, estas tan petimetre! Qué diferencia de cuando eras aprendiz en casa de mi tio, y no tenias mas que un frac gris que estaba siempre tan blanco!

Alc. (1) No hables tan recio, muger. Qué diablos vas á decir?

Jus. Y qué cadena! Y qué anteojo! De cuándo acá eres corto de vista? Vaya, vaya, que estás hecho un señor. Pero

(1) *Haciéndola señas de que calle.*

á todo esto, yo supongo que siempre me quieres. No es verdad?

Alc. (Pobre muchacha). Mira, Justa, yo ignoro lo que sucederá; pero lo que sí sé es que aun cuando me case con otra siempre te querré á tí.

Jus. Con que es decir... Pero qué, te vas ya? (1)

Alc. Lo siento mucho; pero no puedo detenerme. Me esperan en otra parte.

Jus. Vamos, tendrás que peinar á algunas señoronas! Qué dichosas que son! Y yo, á quien has dicho que quieres... nunca he tenido la fortuna de que me pongas las manos en la cabeza. Si vieras cuánto me alegrára de que me peinaras una vez siquiera?

Alc. Estás loca?

Jus. No por cierto: mira, cabalmente tengo que salir esta tarde. Mi tio me ha ofrecido hacerme un erizoncillo... pero peinada por tí, aunque fuera de paso, estaria tan bonita!...

Alc. Pues bien, otro dia será. Ahora tengo mucha prisa.

Jus. Hombre, aunque mas no sea que un par de rizos. Me parece que un favor tan pequeño no me le podrás negar.

(1) *Viendo que hace ademan de marcharse.*

Alc. Pero dime, diablillo, y si viniere alguien?

Jus. Ahora no hay cuidado. La señora ha salido á comprar no sé qué frioleras. En cuanto á los demas...

Alc. Pues vamos, siéntate corriendo; un par de golpecitos de escarpidor, un rizo á la derecha, cuatro sortijillas á la izquierda, y quedas servida.

Jus. (1) Ah! Qué gusto! Y cuánto te lo agradezco!

ESCENA VIII.

Los precedentes y Tupé (2).

Tup. (3) Qué es lo que veo?

Jus. Cielos! Mi tio!

Tup. (4) Oiga, tú aquí? Y para que la befa sea mas completa peinando á mi sobrina?

Jus. Le juro á usted, tio mio, que ni una palabra siquiera me ha dicho de amores.

Tup. Calle la bachillera! Acaso no me incomodaria si no hubiese hecho mas que hablar de amoríos! Pero rizarla á usted?

(1) *Yendo por una silla.*
(2) *Saliendo del cuarto de don Braulio.*
(3) *Viéndolos.*
(4) *A Alcibiades.*

Tener la audacia de tocar con sus manos una cabeza que me pertenece por los vínculos de la sangre?

Alc. Vamos, señor Tupé, no hay que enfadarse.

Tup. Ingrato! Con que soy yo el primero que te enseñó á manejar el batidor, y ahora!... Cuando te recibí en mi tienda, ni siquiera sabias desenredar el pelo.

Alc. Usted me dió las primeras lecciones, no lo niego; pero hace ya tiempo que me he hecho superior á mi maestro. Y en efecto, usted qué es lo que ha adelantado? Nada; con su habilidad estacionaria se ha quedado en donde estaba, y nunca saldrá usted de sus peluquines y de sus antiguallas.

Tup. Mucho que no saldré, y tengo vanidad en ello. Las pelucas son la base fundamental de todo el sistema capilar; las pelucas ejercen en las artes una innegable influencia; bajo las pelucas han brillado genios muy sublimes y hombres muy célebres. Quevedo, el gran Quevedo, qué es lo que llevaba? peluca. Moreto, el precioso Moreto? peluca. Villegas? peluca; y todos peluca. Ellos se hicieron memorables con sus escritos, y yo con mis medias cañas.

Alc. Y qué? Cree usted que en el dia?...

Tup. Le veo á usted venir. Usted quiere decirme que hay muchos sabios, sin que sean pelucones; pero es un error muy clásico. Las cabezas sin peluca no adquieren la solidez ni el meollo de las que tienen la costumbre de usarla.

Alc. Con que la forma de los peinados modernos es, segun usted, contraria á los progresos de las artes?

Tup. Indubitablemente.

Alc. Ese sí que es disparate horrendo. Y á quién se lo dice usted? A mí, he? A mí, que toco y palpo lo contrario á cada instante? A mí, que hago los postizos á las heroinas de melodrama? Ayer, sin ir mas lejos, he tenido entre mis manos la cabeza de Orestes. Yo tengo la honra de arreglarle los cabellos sobre la frente; y soy, para que usted lo sepa, el que peina á Semíramis.

Tup. Y yo tambien peinaba á esa señora y á esos caballeros hace cuarenta años; pero los cómicos de entonces eran mas racionales, y los peinaba con polvos. Mas de una vez se los he puesto al maestro de Alejandro.

Alc. (1) Bravísimo! Polvos á los personages de la antigüedad! Eso era burlarse del público.

(1) *Riendo.*

Tup. (1) Cómo es eso de burlarse del público? Usted es un desvergonzado.
Alc. Usted es quien se propasa.
Jus. Tio, por Dios! Cálmese usted.
Tup. (2) No señora: este hombre y yo nunca haremos migas. Nunca; y por ningun título consentiré en que te cases con él. No me falta con que dotarte; pero jamas daré mi dinero á un peluquerillo lechuguino.
Alc. Ni yo iré nunca á emparentar con un empolvador tan rancio.
Tup. Ignorante! Que no sabe hacer uso del tuétano de vaca!
Alc. Rutinista, que no sabe salir de sus polvos!
Tup. Vaya usted muy horamala, señor Mirliflor. Ya verèmos en lo que para su tienda con sus kinkes y con sus espejos!
Alc. Vaya usted mucho con Dios, señor Tupé, y métase detrás de su mostrador de pino, pintado de almazarron y lleno de chinches.
Tup. Lleno de chinches?... Yo no sé quién me detiene (3).
Alc. Cree usted que le tengo miedo?

(1) *Muy enojado.*
(2) *A voces.*
(3) *Amenazándole.*

Jus. Ay Dios mio! Se van á agarrar de los pelos! Bien se conoce que es riña de peluqueros.

Alc. De todos modos, pensándolo bien, le abandono á usted el campo. Es mucha la distancia que hay de uno á otro, para que yo vaya á comprometerme en contestaciones con un zarramplin tan exótico y tan vetusto (1).

Tup. Zarramplin! Zarramplin á un peluquero de mis títulos, maestro examinador y apoderado del gremio? Oh gran San Ignacio, mi patron! No ois qué blasfemia!... Mira, sobrina, te prohibo rigorosamente que vuelvas á dar la palabra de Dios á ese tunante, y como advierta la menor transgresion á mis órdenes, juro por el nombre que tengo que no has de quedar con gana de reirte.

ESCENA IX.

TUPÉ, JUSTA *y* DOÑA PRÁGEDES (2).

Prág. (3) Salí con intencion de comprar

(1) *Váse.*

(2) *De mantilla y basquiña.*

(3) *Trayendo en la mano una gran peineta de moda.*

algo, y me he regalado esta peineta de pico de pato. Me parece que puesta en mi cabeza debe producir muy buen efecto.

Jus. Ah señora! Y qué peineta tan mona! Va usted á estrenarla hoy?

Prág. Esa es mi intencion. Oyes, quieres que te diga una cosa? (1) Pues sábete que le he visto.

Jus. A quién? Al jóven de quien me hablaba usted esta mañana?

Tup. Oiga?

Prág. Luego, al caer de la tarde, sin que nadie lo sepa, vendrá á buscarnos á las dos, y regularmente nos acompañará al teatro.

Jus. Cáspita, qué gusto! Y luego dirá usted que no es usted dichosa!

Tup. (Vaya usted viendo la antigualla esta con lo que sale).

Prág. Anda, ve á mi cuarto, y prepara todo lo necesario para vestirme con elegancia. El caso es que quisiera ir muy bien peinada.

Tup. (2) En ese caso aqui estoy yo á las órdenes de usted, mi señora doña Prágedes.

Prág. Calle, ahi está usted?

(1) *Hablándola bajo.*
(2) *Poniéndose delante de ella.*

Tup. Yo soy, y digo que deseo complacerla. Si usted gusta que la peine... la haré una *Castaña* que dará golpe. Yo aseguro que llamará la atencion de todas las gentes que concurran al teatro.
Prág. Mil gracias, amigo Tupé. Convengo que para los dias vulgares es usted un peluquero escelente... pero en las ocasiones solemnes... tal como la de hoy...
Tup. Cómo, señora? Y es á mí á quien dice usted eso? A mí, que la peino hace veinte y cinco años? Acuérdese usted de la cabellera á la circasiana con que la adorné la vez primera que mis dedos se ocuparon en el arreglo de su cabeza. Qué peinado aquel! Lo menos que empleé en él fueron doscientas horquillas.
Prág. Con efecto: bien me acuerdo que me hizo usted ver las estrellas con sus malditos tirones.
Tup. Y el tembleque de en medio, no estaba muy bien puesto?
Prág. Todo lo que usted quiera; pero yo pregunto si una muger elegante puede en el dia tenerle á usted por peluquero? No hay mas que mirar su tienda y su muestra.
Tup. Pues qué hay que pedirle á mi muestra? *Tupé, peluquero. Aqui se corta el*

pelo, segun las personas. Es decir... *ad libitum...* á placer de los que se le cortan. La academia no me daria un letrero mas claro, aun cuando estuviese en latin.

Prág. Pues á pesar de cuanto usted dice, lo que es por hoy no será usted quien me peine. Con que puede usted marcharse.

Tup. (1) Que me marche! Qué es lo que oigo? Me voy... pero de paso le contaré á don Braulio lo que ocurre; le diré que su digna hermana tiene luego una cita amorosa; y juro á brios que la he de enseñar lo que es capaz de hacer un peluquero irritado (2).

ESCENA X.

Doña Prágedes *y* Justa.

Prág. Sin embargo, asi no puedo ir. Siempre necesito peinarme.

Jus. Pues ya se ve. Con todo, como usted quisiera, yo sé que no tenemos muy lejos á un peluquero famoso. En una palabra, á mi amigo Alcibiades.

Prág. Pues qué, le has visto?

(1) *Temblando de cólera.*
(2) *Entra en el cuarto de don Braulio.*

Jus. Sí señora. En este momento está ahi al lado peinando á la condesa del Césped.

Prág. Vean ustedes si es coqueta? Enviar á buscar un peluquero al centro de la capital!... Y hace mucho que está?

Jus. Ya ha rato; y debe estar acabando.

Prág. Pues entonces... anda, y dile que venga. La tal condesa! Ya se ve! Asi se hace pasar por bonita!... Qué esperas? No ves que puede marcharse?

Jus. El caso es que yo bien iria, pero mi tio me ha dicho que como sepa que le hablo...

Prág. Pues muger, no te ahogues en poca agua. Manda á un criado que le llame.

Jus. Eso sí. — Simon! Simon! (1)

ESCENA XI.

Doña Prágedes, Justa y Simon.

Sim. Quién llama?

Jus. Oyes, llégate al lado, á casa de la señora condesa del Césped, y dí al señor Alcibiades que venga aqui al instante.

Sim. Y quién es ese señor Bicilades?

(1) *Llamando.*

Prág. Alcibiades, naranjo. Un caballerito que está con ella.

Sim. (1) Alcibiades.

Prág. Eso. Yo me voy á mi cuarto; en cuanto venga introdúcele; cierra la puerta, y que nadie entre sin que yo llame.

Sim. Le he de entrar al cuarto de usted?

Prág. Sí, hombre.

Sim. Y he de cerrar la puerta?

Prag. Qué plomo!

Sim. Y luego... que nadie entre?... (Pues dígole á usted que es pulida la comision).

Prág. No vas?

Sim. Ya voy. Qué prisa que tiene! Si todas son unas!

ESCENA XII.

DOÑA PRÁGEDES *y* JUSTA.

Prág. No quisiera que á mi hermano le diese la gana de volver al instante, y me sorprendiese preparándome á estar tan peripuesta. Eso acaso le daria en que pensar.

Jus. Ba! Se habrá ido á casa de su amigo el procurador; y ya sabe usted que

(1) *Procurando retener el nombre.*

cuando está allí... Y sobre todo, yo echaré el cerrojo á aquella puerta (1).

Prág. Dices bien. Pues anda, y preven todo lo necesario.

Jus. Sí señora, desde los zapatos blancos de seda, hasta la colereta bordada y el colorete.

ESCENA XIII.

DOÑA PRÁGEDES.

Con efecto; conviene hermosearme todo lo que sea posible. Estos son ribetes muy precisos para una soltera que tiene gana de casarse.

ESCENA XIV.

DOÑA PRÁGEDES y ALCIBIADES.

Alc. (2) Quién me llamará con tanta premura? Y qué es lo que me querrán?

Prág. (3) Quién viene? Ah, es usted, señor Moncada! Cáspita, que exactitud! El caso es que yo no estoy aun pronta. Espero al peluquero, y estraño cómo

(1) *Señalando la puerta de entrada.*
(2) *Al salir.*
(3) *Oyendo los pasos se vuelve, y le ve.*

tarda tanto. Bien que los tales peluqueros tienen esa maldita maña!

Alc. A quién se lo dice usted? (Qué será esto, y quién diablos me habrá llamado?) (1)

Bra. (2) Hermana... Abreme. Soy yo.

Prág. Ay Dios mio! Mi hermano!

Alc. El hermano de usted! Qué diablura!

Bra. (3) Prágedes! Hermana! Para qué diantres te has encerrado?

Prág. (4) Hermano, allá voy! Cielos! Qué pensará? Ah, caballero mio; váyase usted, váyase usted al instante.

Alc. Señora, eso está muy bien pensado; pero por dónde he de irme?

Prág. Jesus, qué apuro! Por aquí: venga usted; por aquí. Ahí está mi alcoba: Justa le indicará á usted el corredor, y podrá usted salir sin que le vean (5).

(1) *Mientras el anterior diálogo, Justa ha salido del cuarto de doña Prágedes, ha echado el cerrojo á la puerta de entrada, y ha vuelto á retirarse.*

(2) *Llamando por dentro.*

(3) *Llamando á la puerta.*

(4) *En voz alta.*

(5) *Le enseña el cuarto por donde se fue Justa, y va precipitadamente á quitar el cerrojo que está echado. Alcibiades*

ESCENA XV.

DON BRAULIO, DOÑA PRÁGEDES, JUSTA y ALCIBIADES, *todos en la situacion indicada.*

Bra. Qué veo? Querrás decirme, hermana, quién es este caballerito?

Jus. (1) Eso es! Vaya usted á enfadarse ahora! El señor es un peluquero que ha mandado llamar la señora.

Bra. Un peluquero? Qué es lo que estás diciendo?

Jus. Sí señor: viene á peinarla para que vaya luego al teatro.

Prág. (Fuego de Dios, qué serenidad la suya, y qué pensamiento tan feliz!) Muy bien, Justa (2): (muy bien! Sigamos la idea!) Sí, Braulio; el señor viene á peinarme. Ahi tienes la peineta que he comprado con ese objeto.

Jus. Y aqui está el peinador que traigo con el mismo fin. (3)

titubea un momento: en este tiempo salen don Braulio y Justa, trayendo esta atavíos de peinar.

(1) *Cortándole la palabra.*

(2) *Aparte á Justa.*

(3) *Enseñando el peinador que trae en el brazo.*

Alc. Estas señoras dicen la pura verdad. Yo soy un artista en cabellos; un arquitecto de peinados; muy conocido en Madrid por la ligereza de mi mano, y por mis casquetes parisienses.

Prág. (1) Divinamente! (Qué talento tiene! Qué caballero es!)

Bra. (Y serán tan necios que crean engañarme? No les dé cuidado, que yo les cortaré el revesino). Pues bien, caballero mio: supuesto que usted es peluquero, me alegro mucho. Me propongo acompañar esta noche á mi hermana al teatro; y como no me sabrá mal, ya que la ofrezco mi brazo, pasar por un hombre á la moda... va usted á hacerme el favor de quitarme este peinado al instante, y dejármele al estilo de los del dia.

Prág. (Dios mio! Qué ocurrencia de los demonios! Pobre jóven! En qué apuro va á verse.)

Alc. No hay en eso el menor inconveniente; y ya que usted lo quiere, voy á complacerle.

Bra. Sí señor que lo quiero. Vamos á ver (2).

(1) *Bajo á Alcibiades.*
(2) *Acerca una silla, y se sienta.*

Alc. Lo malo es que creí que aqui habria lo necesario, y no traigo ni pomada ni medias cañas.

Bra. (Ya empiezan las disculpas). No es mas que eso? Pues no se apure usted: cabalmente llega el señor Tupé, y él le proveerá de todo lo que le haga falta.

ESCENA XVI.

Los precedentes y TUPÉ.

Tup. Y bien, señor don Braulio!!! Pero qué miro? Tambien se me quiere quitar este parroquiano? Este parroquiano tan constante? El último que me queda... y el mas antiguo de todos? Y usted, señor don Braulio... usted tambien me deja?

Bra. No, amigo Tupé (1): usted no lo entiende. Esta es una probatura que quiero hacer; vaya usted al instante, y traigale al señor un bote de pomada, y unas medias cañas.

Tup. Oh! Acumulamiento de ultrages! Y quiere usted que yo le sirva de ayudante? (2) Y quiere usted que yo le ponga en las manos el hierro con que

(1) *Bajo á Tupé.*
(2) *Señalando á Alcibiades.*

ha de combatirme? Y para qué, señor don Braulio? Para que arruine desde sus propios cimientos ese peinado que hace treinta años... (1) Cielos! Y se atreve á tocar los bucles! No llegues ahi, miserable; detente... Ah, vándalos! Lo que es por ellos, todo lo cortarian con sus destructoras tigeras!... Son, no hay que darle vueltas, la langosta de los peinados.

Bra. (2) No sea usted bobo, señor Tupé. Déjele usted. Cuando digo que es una probatura! (Qué torpeza de hombre!)

Tup. Cómo quiere usted que le deje, cuando veo que se atreve á poner su mano usurpadora sobre mi propiedad? Porque su cabeza de usted es mi propiedad, sí señor; es mia. No hay en toda ella un solo cabello que no haya yo, de treinta años á esta parte, compuesto, empolvado y rizado, en lo general y en lo particular. Y yo veré esos pelos pasar á otras manos? Y á qué manos? A las de un ignorante, porque eso no es un peluquero.

(1) *Viendo que Alcibiades pone la mano en el peinado de don Braulio.*

(2) *Viendo que Tupé contiene en el aire el brazo de Alcibiades.*

Bra. (1) Cabalmente eso es lo mismo que yo me sospechaba; y por lo tanto le ruego que calle, y haga lo que le digo. Vaya usted á buscar sus medias cañas y su pomada, ó reñimos de veras (2).

Tup. Oh, baldon reservado á mi vejez! Y usted, buena maula (3), vaya usted delante. No quiero que esté usted aqui; y el por qué, usted no le ignora. — Con que ha de ser? (4) No quiero que diga usted que soy un cabezudo. Voy á traer lo que me pide. Que esto me suceda á mí? á mí? el coco, el veterano del oficio! Qué humillacion, Dios mio, pa- el gremio de los peluqueros! Cómo ha de ser. Doblemos la cerviz. Niña! Ya lo he dicho. Vaya usted delante (5).

(1) *Levántandose y hablando al oido á Tupé.*

(2) *Se vuelve á sentar.*

(3) *A Justa.*

(4) *A don Braulio.*

(5) *Se va precedido por Justa.*

ESCENA XVII.

DOÑA PRÁGEDES, DON BRAULIO y ALCIBIADES.

Bra. Dicho se está que van á traerle á usted todo lo necesario; pero en el ínterin no haria usted mal en aprovechar el tiempo, y en irme poniendo los papillotes.

Alc. Con mucho gusto. Eso no presenta dificultad alguna. (1) Asi. Hágame usted el favor de tener la cabeza derecha.

Bra. (2) Qué es lo que estoy viendo? Esta es letra de mi hermana.

Prág. Ay Dios mio! Es mi epístola amorosa!

Bra. (3) "Mi corazon, transportado con la esplosion de los sentimientos que

(1) *Registra en su bolsillo, y saca un papel qué rasga en muchos pedazos: se los da á don Braulio para que se los tenga, y empieza á ponerle uno.*

(2) *Mientras Alcibiades le pone el primer papillote da un vistazo á uno de los pedazos de papel.*

(3) *Leyendo.*

hasta ahora se reconcentró en sus recónditos senos..." Qué carta es esta? Y por dónde está en poder de usted? Responde tú (1).

Prág. Es inútil seguir fingiendo. Por lo mismo te confesaré la verdad. Sábete, pues, que el señor no es lo que está aparentando. Este caballero es un amante encubierto.

Bra. (2) Qué gran descubrimiento! Muger, quedarás cansada. O discurres que la noticia me coge de nuevas?

Prág. Calle! Y lo tomas con esa frescura?

Bra. Pero por qué no te has esplicado desde luego? El quererse es fabricar moneda falsa? (3) El señor te gusta, no es esto? Tú le gustas, no es asi? Pues mira, cásate con él, y punto concluido.

(1) *A doña Prágedes.*
(2) *Riendo.*
(3) *Levantándose con el papillote puesto.*

ESCENA XVIII.

Los precedentes y Tupé, *que al salir oye lo que dice don Braulio, y con la sorpresa deja caer en el suelo las medias cañas que trae en las manos y el bote de manteca.*

Tup. Cómo? Y usted los casa? Es cierto lo que oigo?

Prág. (1) Sí señor, sí. El señor se casa conmigo. Qué tenemos?

Tup. O desolacion! O indignacion! No queda mas que ver. La hermana de mi antiguo parroquiano se casa. Y con quién? Con un indigno compañero mio.

Prág. (2) Señor Tupé, vea usted lo que dice. El señor no puede ser compañero de usted.

Tup. No puede ser compañero mio? Con que es decir que es mas que yo, y que usted proclama superiores á los mios sus estilos y sus tirabuzones?

Prág. Hombre, eso es ser demasiado tonto. No le he dicho á usted ya?...

Tup. Qué ha de decirme usted que pueda convencerme, ni él tampoco? Ingrato,

(1) *Muy resuelta.*
(2) *Con énfasis.*

y qué momento escoge para darme el golpe fulminante! Ahora que, enternecido yo por las lágrimas de mi sobrina, iba á consentir en que se casasen, y á darles doce mil reales que tengo ahorrados, y que he ganado con el sudor de tantas frentes... Ahora!!!

Prág. Pero hombre, qué sarta de desatinos es esa?

Bra. Con efecto que está usted de remate. Quién diablos ha de entenderle?

Tup. Muy bien, señor don Braulio, muy bien. Se acabó todo. Una vez que usted me echa y me destierra, una vez que yo soy un proscripto del peinado, ceso de ser vuestro inquilino, me refugio á algun arrabal lejano, y en él ejerceré pacífico mi profesion de peluquero misantropo.

ESCENA XIX.

Los dichos y Justa.

Tup. (1) Ven, Justa, ven con tu perseguido tio; y no pienses mas en un ingrato que se olvida de tí, y de su antiguo maestro.

Jus. Qué es lo que usted quiere decirme?

(1) *A Justa, cogiéndola de la mano.*

Tup. Que tu fiel amante, el señor Alcibiades, se casa con mi señora doña Prágedes.

Jus. (1) Cómo, señora? Tambien quiere usted quitarme á mi querido? Pues cuántos necesita usted? Y tú tambien... es esto lo que me has ofrecido? (2)

Alç. Por Dios, querida Justa; cálmate, y no me eches la culpa.

Prág. Qué gerigonza es esta? A ver, á ver! Quieren ustedes hacerse inteligibles?

Alc. Sí señora: llegó el tiempo de hablar, y de decir la verdad. Asi como asi empieza á fastidiarme el papel de *personage incógnito.* Mi nombre tiene en sí bastante merecimiento, y no hay porque ocultarle. Señora mia, y señor mio (3), en mí estan ustedes viendo á Alcibiades. Ese brillante Alcibiades, cuyo nombre suena con celebridad en los fastos de las modas. Aqui donde ustedes me ven, no soy mas que un mero artista.

Prág. Un qué? No me llega la ropa al cuerpo. A que salimos con que este

(1) *Yendo hácia doña Prágedes.*
(2) *A Alcibiades.*
(3) *A doña Prágedes y don Braulio.*

hombre es un peluquero á lo natural?

Alc. Peluquero soy, y no me avergüenzo de ello. Lo que hay es que, aunque peluquero, tengo ambicion. He querido elevarme sobre mis iguales, y el señor Tupé no dirá lo contrario. Lo que siento es haber podido olvidar un solo instante á la que quiero de veras, y haberme manifestado ingrato á mi antiguo y respetable maestro. Pero yo repararé mis yerros. Proclamo aqui, y lo publicaré en el Diario y en todas las peluquerías de la corte, que á las lecciones del señor Tupé he debido los principios de mis adelantamientos y de mi fama; y si alguna vez el capricho y la moda llegan á erigirme una estátua, nunca podré negar que él me habrá servido de pedestal.

Tup. Gracias á Dios! Llegó el dia en que se me haga justicia!

Alc. Si esta declaracion no basta, y si Justa me perdona, y su tio se conduele del arrepentimiento de su discípulo, yo le diré: "Señor Tupé, pelillos á la mar: fuera rencores (1); salid de esta recóndita plazuela, y venid á estable-

(1) *Desde estas palabras Tupé se pone á llorar.*

ceros conmigo á la calle de la Montera, ú otro punto de los principales de la corte. Sea vuestra antigua esperiencia la que modere los ímpetus de mi juventud. Peluquero insigne, reinemos juntos. Vos por vuestros consejos, yo por mi ejecucion. *Consilio manuque.* Yo seré el Aquiles, y vos el Nestor de las peinaduras públicas."

Jus. Ah, tio mio! Ya lo veo! Usted se enternece!

Tup. (1) Su arrepentimiento me basta. Reconoce á su maestro: manifiesta su gratitud al hombre que le puso las armas en las manos... y yo le perdono (2).

Prág. Ay hermano, qué engañifa de todos los demonios! Espero que me sirva de leccion.

Bra. Sí; aprovéchate de ella, y lo mejor que puedes hacer antes de que sea mas tarde es casarte con el escribano don Trifon Quiñones.

Alc. Y yo peinaré á ese caballero... ó por mejor decir nosotros le peinaremos (3), pues desde ahora dicho se está que hemos de ser inseparables.

(1) *Llorando.*
(2) *Abraza á Alcibiades.*
(3) *Por Tupé.*

Tup. Todo lo que quieras, amigo mio, con tal que no me saques de mi rutina y de mi antigua práctica. Fiel á mis principios, quiero, en una palabra, morir peinando como peiné hasta ahora, y que de mí se diga

El peluquero Tupé,
aunque á otros supo enseñar,
nunca ha querido variar,
y es y será lo que fue.
El público que le ve
nada pronuncie en su daño;
y no porque sea ogaño
otro de la moda el aire,
se quiera hacer un desaire
á las pelucas de antaño.

FIN.

Calderón de la Barca

PEOR ESTÁ QUE ESTABA.

PERSONAS.

Don Cesar Ursino.
Don Juan.
El Gobernador de Gaeta.
Camacho, Criado.
Fabio, Criado.
Felix, Criado.
Flerida, Dama.
Lisarda, Dama.
Celia, Criada.
Nise, Criada.
Un Alcaide.
Un Criado.

La Escena pasa en Gaeta.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE SALA.

Sale el Gobernador leyendo una carta, y Felix vestido de camino.

Lee.

Solo á vos, amigo y señor mio, me atreviera á decir desnudamente mis desdichas; como á persona que si no fuere parte á remediarlas, será todo á sentirlas. Desta ciudad por causa de una muerte se ausenta un caballero, de cuyas señas y nombre os informará ese criado: lleva consigo una hija mia, que como cómplice en el primer delito, ha añadido el segundo. Hanme dicho que pasa á España: si fuere ese puerto el que tomaren por sagrado, detenedlos en él, aviniendoos como con mis hijos; porque ya que ellos anden errados en mi honor, yo de todo punto no le pierda.

Mucho á sentir he llegado
este infelice suceso
de don Alonso, y confieso
que le estoy tan obligado
en acordarse de mí
en sus desdichas, que diera
porque á ampararse viniera

este caballero aquí
una rica joya; y juro
al Cielo que mi valor
habia de dejar su honor
de toda opinion seguro;
porque es muy grande el empeño
en que un hombre á otro le pone,
cuando á hacerle se dispone
de tales desdichas dueño:
fuera de que yo le tengo
obligaciones muy grandes
desde que fuimos en Flandes
amigos, y ya prevengo
hacer finezas por él,
y solo saber espero
quien es este caballero,
este homicida cruel
de su vida y de su honor.

Felix.

Don Cesar Ursino es quien
un hombre mató, y tambien
robó á Flerida, señor,
que no hay duda que él seria,
pues por su hermosura bella
fué el desafio, y él y ella
faltaron el mismo dia.
Yo le conozco, y si quieres
que buscarle solicite,
dadme orden de que visite
las posadas, pues tú eres
Gobernador, que yo vengo
de mil señas advertido,
que aquí ha de estar escondido.

Gobernador.

Yo mismo en persona tengo

de andarle con vos buscando,
y asi avisarme podeis
de las señas que traeis.

Felix.

Aquesta mañana, cuando
á la posada llegué,
pasar ví un criado suyo,
de cuyas señas arguyo
que aquí don Cesar esté,
pues con él habia venido.

Gobernador.

¿Seguístele?

Felix.

Ya encargué
á un camarada (porque
no era dél tan conocido)
le siguiese y me avisase
donde le dejaba.

Gobernador.

Bien;
id é informaos de quien
le siguió, de cuanto pase
en su busca; y cuando haya
alguna luz, iré yo
á prenderle, porque no
es bien que sin tiempo vaya;
que ir un juez alborotando
el lugar sin saber mas,
es advertirle no mas
de que le andamos buscando;
y él se guardará mejor.

Felix.

Cuerdamente has prevenido;
y de todo eso advertido,
volveré á verte. *Vase.*

Gobernador.

¡Ay, honor,
en una fácil muger
á cuanto peligro estás!

ESCENA II.

El Gobernador, y salen Lisarda y Celia.

Lisarda.

¿Señor?

Gobernador.

¿Hija, dónde vas?

Lisarda.

Vengo á verte, y á saber
en qué mi amor te merece
tan gran desaire, que asi,
sin acordarte de mí,
salgas de casa: parece
que estás triste.

Gobernador.

No te espante
ver en mí tan loco estremo,
que al fin como padre temo.
¿Qué perdido caminante
en noche obscura llegó
donde á un pasagero viese
robado, que no temiese?
¿qué marinero tocó
el golfo donde ignorado
está el escollo cruel,
sepulcro de otro bagel,
que no quedase admirado?
¿qué animoso cazador
encontró á la luz primera
muerto á manos de una fiera,

que no tuviese temor?
Yo, pues, en este papel,
caminante, he descubierto
donde está el riesgo mas cierto;
marinero, he visto en él
el bagío; y cazador,
en él he visto la fiera
que darme la muerte espera;
porque al fin es el honor
para quien su riesgo advierte
caza, camino y bagel,
y están opuestos en él
escollo, peligro y muerte.

ESCENA III.

Celia y Lisarda.

Lisarda.

Llena estoy de confusiones:
¿si es que mi padre ha sabido
algo, Celia, y ha querido
con tan prudentes razones
avisarme de que tiene
peligro su honor?

Celia.

No sé;
mas muy ponderado fué
el sermon que nos previene:
sin duda que algo ha entendido
de tu necia voluntad;
y si va á decir verdad,
mucha razon ha tenido
en reñirte, porque seas
tan á costa de tu honor,
heresiarca de amor,

pues introducir deseas
nuevas sectas; si tú amaras,
como tus padres y abuelos,
con tus quejas y tus celos,
penas y glorias, no hallaras
las dudas que en un amor
encubierto y disfrazado,
de tu galan ignorado
y sabido de tu honor.

Lisarda

Celia, mas razon tuvieras
de culpar mi necio amor,
cuando del primer error
advertida no estuvieras:
mas ya que desentendida
me has culpado de ese modo,
quiero advertirte de todo
La fama y honra adquirida
de mi padre, mereció
que su Magestad le diera
este gobierno, y viniera
en él á servirle: yo
con mi padre (claro está)
vine á Gaeta, y aqui
bien vista de todos fuí,
y tan bien vista, que ya
el serlo, Celia, sentia,
pues de ninguna manera
dueño de mí misma era;
cuando de casa salia,
en cualquier parte escuchaba
la hija del Gobernador;
y en la iglesia era mayor
el ruido cuando á ella entraba:
si salia, jamás allí

faltó quien me conociese;
ni fuí á parte que no fuese
con publicidad, y así
era de todos notada;
si lloraba ó si reia,
en la plaza se sabia:
y deste aplauso causada,
(que aun cansa la vanidad)
para que sin tanto juez
pudiese verme tal vez,
depuse la autoridad,
y con algunas criadas
á esos jardines salia,
donde hablaba y donde via
con libertad de tapadas:
un dia que al mar salí,
(¡ó Cielos, y quien supiera
en que dia el mar le espera!)
en él á mi padre ví,
con la turbacion forzosa
en una quinta me entré,
donde un caballero hallé,
que viéndome temerosa,
en mi defensa se puso;
porque sin duda creyó
mayor mal cuando me vió,
y á ampararme se dispuso.
Yo agradecida á la accion,
mi riesgo le aseguré,
y á pocos lances hallé
no solo resolucion,
sino ingenio y gracia al doble;
nobleza no digo, pues
hombre valiente y cortés,
ya habia dicho que era noble:

díjome que le dijese
quien era, á que respondí,
que si queria que allí
algunas tardes le viese,
iría, con condicion
que no habia de saber
jamás quién era, ni hacer
en esto demostracion
de seguirme, ni rogarme
que el rostro le descubriese;
ni mi nombre le dijese.
Volvió cortés á obligarme
jurándolo asi, confieso
que algunas tardes volví
á verle, que él está allí,
no sé si escondido ó preso;
porque no supe jamás
mas de que se llama Fabio:
yo que busco, sin mi agravio,
el divertirme no mas,
sin peligro de mi honor,
pues él apenas lo sabe;
dejando aparte lo grave,
tengo iba á decir amor,
mas no me atrevo, porque
la novedad que en mí veo,
no es bien amor ni deseo,
ni sé lo que es; solo sé
que mi padre no ha de ser
con sus razones bastante
para que amante ó no amante,
yo le deje de ir á ver.

Celia.

Temo esas locuras, cuando
hechos los conciertos ya,

tu padre á tu esposo está
por intantes esperando :
y tanto, que ha ya mandado
que el cuarto bajo de casa
cuya puerta al tuyo pasa,
limpio esté y aderezado,
porque ha de hospedarse en él;

Lisarda.

Esto solo me faltó,
ay Celia, para que yo
de mi fortuna cruel
mejor me pueda quejar.

Sale Nise.

Una bizarra muger,
forastera al parecer,
dice que te quiere hablar;
si dás licencia.

Lisarda. ¿No dice
quien es?

Nise. Solo dice que es
una muger.

Lisarda. Entre, pues.

ESCENA VI.

Dichos, y sale Flerida con manto tapada.

Flerida.

Ya será puerto felice
de mi fortuna, no en vano
este suelo á que me ofrezco,
si besar en él merezco,

señora, esa blanca mano. (1)

Lisarda.

Alzad, señora, del suelo,
ved cuan gravemente yerra
quien asi rinde á la tierra
todas las luces del cielo.

Flerida.

Cuando mi beldad lo fuera,
rendirme no fuera error
á otro cielo superior,
que asi es una y otra esfera:
fueramos cielos las dos,
y estuvieran en el suelo
un cielo sobre otro cielo;
y estando rendida á vos,
que ostentais luces tan bellas,
yo que lloro mi fortuna,
seré el cielo de la luna
y vos el de las estrellas.

Celia.

Bachillera es la señora. *ap.*

Lisarda

Estimo en mucho el favor,
no por cielo superior,
que esotro ilumina y dora,
sino por ver que en las dos
está bien partido asi
el hacerme estrella á mí,
haciendoos planeta á vos:
¿mas qué mandais en efecto,
en que os sirva?

Flerida.

En vos quisiera

(1) *Descúbrese y arrodillase.*

que noble amparo tuviera
una infeliz.

Lisarda.

Si es secreto
quedaré sola

Flerida

No importa
que sepan, si por bien es
lo que han de saber despues.

Lisarda.

Pues decid.

Flerida.

Yo seré corta:
hermosísima Lisarda,
en cuya belleza, en cuya
discrecion están demas
el ingenio y la hermosura:
Yo soy; ¿pero qué os importa
que encareceros presuma
limpio honor, ilustre sangre,
padre noble y fama augusta,
si en quien se confiesa pobre
está padeciendo dudas
la nobleza, y en quien llega
á haber menester, se injuria
el valor, porque en efecto
con suerte mísera y dura,
los pobres son en el mundo
sátiras de la fortuna?
Una muger soy no mas,
pero por serlo procura
mi desdicha hallar piedades,
que el valor no negó nunca.
¡Oh quien trajera consigo,
para haceros mas segura

mi verdad, algun testigo,
que mas que la lengua muda
os informára de mi!
mas suplan su ausencia, suplan
su falta los ojos mios,
fuentes que mi rostro inundan,
serán testigos de abono
estas lágrimas, que juran
desde luego que es verdad
cuanto la lengua pronuncia.
Hija soy de ilustres padres,
cuyo nombre es bien que encubra
por su respeto, pues basta
que destruyeron mis culpas
su honor allá, sin que aquí
su fama tambien destruya.
Puso los ojos en mí
entre otras personas muchas,
un caballero mi igual
en partes como en ventura,
solicitaba mi calle;
siendo (desde que madruga
la aurora á peinar en flores
las madejas de oro rubias,
hasta que en lechos de nieve
halla undosas sepulturas,
juzgando para sus rayos
todo el mar pequeña tumba)
girasol de mis ventanas,
haciendo galas confusas
con mil colores, la calle
selva de galas y plumas.
Girasol era de dia,
pero desde que entre turbias
sombras el sol rebozado

á nuestros ojos se oculta,
era un Argos que velaba,
á cuya constancia, á cuya
fineza postré el decoro
de mi libertad; disculpa
mi facilidad, que eres
muger, y sabrás sin duda,
cuanto nuestra vanidad
de verse adorada gusta.
En este estado llevaba
viento en popa la fortuna
nuestro amor, gozando alegres
ratos que la noche oscura
dispensa entre dos amantes,
siendo jazmines y murtas
de un jardin verdes testigos
de mis temores y dudas,
porque asi se estima mas
lo que mas se dificulta
¿Quién dudará que ellos fueron
nuestra tormenta? ¿quién duda
que ellos la calma de amor
volvieron montes de espuma?
Un bizarro caballero
sin darle ocasion alguna,
dió en mirarme; pero hallando
en mí desdenes é injurias,
paseando mi calle, vió
que el recato y la cordura
no era oro todo, y que amor
iba á la parte, con fúria
celoso quiso vengarse,
(pensiones de amor injustas)
y una noche triste y fea
aun mas que otras; pues la luna

sacó entre nubes el ceño
lleno de sombras y arrugas.
Vino primero á la calle,
donde cauteloso hurta
la seña, y entra al jardin
á tiempo (¡ó suerte importuna!)
que ya mi esposo venia:
el cual viendo (¡ó pena dura!)
á las luces que en su muerte
temerosamente pulsa
ese trémulo farol,
esa lámpara nocturna,
entrar un hombre, tras él
entra, y ciego le pregunta
con mal formadas razones,
que le diga lo que busca:
él no le responde nada,
sino se emboza y empuña
la espada: yo que miraba
ni bien viva ni difunta,
iba á responder por él,
cuando veo que se juntan
los dos, y brillando á un tiempo
las dos espadas desnudas,
se tiran, no asi animados
cometas el aire cruzan
como estos rayos de acero,
pues para que no les suplan
el fuego, hicieron los dos
que fuego la tierra escupa.
Quiso Dios, quiso mi suerte,
(ya que hubo de ser alguna)
que al pecho de mi enemigo
llegó primero una punta:
muerto soy dijo, y cayó

sobre unas flores caducas,
que á ser tálamo nacieron,
y murieron siendo urnas
Mi esposo en viéndole (¡ay cielo!)
dijo en voces tartamudas:
goza, ingrata, aquese amante,
que á tales horas te busca,
pero en su sangre bañado;
y aun asi no me asegura,
que para matar de celos
basta un muerto: yo confusa,
como pude quise hablarle;
más sin esperar disculpas,
que son alcoran los celos,
que no se dán á disputa,
salió del jardin, adonde
el fuste y la rienda ocupa
de un rocin que le esperaba;
¿diré un pájaro sin pluma?
Si, pues volaba: Yo triste
quedé muerta, cuando escuchan
mis oidos, que en la calle
ya la vecindad murmura,
ya mi casa se alborota,
ya mis criados se turban,
y ya mi padre infelice
á voces por mí pregunta:
no me atreví á responderle,
antes teniendo la fuga
por entonces á su enojo
por mejor y mas segura,
salí de casa y me fui
llena de asombros y angustia,
á la de una amiga, adonde
estuve algun tiempo oculta:

supe en ella que mi amante
pasar á España procura,
y para satisfacerle,
salí, señora, en su busca;
pero no he hallado hasta aquí
seña ni razon alguna:
y advirtiendo en tantos riesgos
que voy caminando á oscuras,
quiero á mi loca esperanza
dar en el mar sepultura;
y asi, habiendo de vivir
honrado á la sombra tuya,
porque habiéndome informado
tu valor y tu cordura,
de tí, de tí he de valerme;
no consientas pues, no sufras
que una muger bien nacida
ande espuesta á las injurias
del tiempo, criadas tienes,
y poco número es una:
mi opinion, señora, ampara,
mis desdichas asegura,
mis temores favorece,
lisonjea mis fortunas:
muger eres, por muger
me favorece y ayuda,
asi no tengas amores,
ó los tengas con ventura.

Lisarda.

Alza, señora, del suelo,
y esas lágrimas enjuga,
que se correrá la aurora
si asi su oficio la hurtas:
no he menester mas testigos
de abono que tu hermosura,

para creer que son ciertas
todas las desdichas tuyas;
¿di, cómo te llamas?

Flerida.

Laura.

Lisarda.

Pues, Laura, si de eso gustas,
desde hoy quedas en mi casa,
no á servir como procuras,
sino á ser servida: entra
en ella, que es cosa justa
que no te vea mi padre,
hasta que licencia suya
tenga para recibirte.

Flerida.

Guárdete el Cielo: ¡ay fortuna,
no me sigas mas, que basta
verme en tantas desventuras. *Vase.*

Celia.

No sé, señora, si aciertas
(si bien la piedad es justa)
en admitir en tu casa
esta muger.

Lisarda.

¿Pues qué dudas?

Celia.

Que hay ya muger en el mundo,
que es doncella y que es viuda,
es villana y es señora,
y con cautela y industria,
si bien viste una mentira,
mejor una ama desnuda.

ESCENA V.

Decoracion de Jardin de una Quinta.

Salen don Juan y don Cesar en trage de camino.

Juan.

Grande ventura ha sido
haberme en esta quinta detenido,
don Cesar, pues en ella
os hallo sin pensar.

Cesar.

Mi buena estrella
aquí os trajo, los brazos
me dad segunda vez.

Juan.

Con tales lazos
y con nudo tan fuerte,
que no le pueda desatar la muerte:
¿qué haceis aquí?

Cesar.

Son cosas
muy largas de contar, y muy penosas;
bien se ve que de Flandes
venis, don Juan, pues ignorais tan grandes
novedades.

Juan.

Ya he oido,
Cesar, que una desgracia habeis tenido,
por eso me he admirado
de hallaros hoy aquí tan descuidado.

Cesar.

No lo estoy, don Juan, mucho,
pues con temores y sospechas lucho,
que si no os conociera,

de donde estoy á veros no saliera:
mientras pasage espero,
(porque embarcarme para España quiero)
estoy aquí escondido;
que el dueño desta quinta me ha servido,
y en ella retirado,
tengo por mas seguro su sagrado;
pues cuando alguien viniera,
tengo aprestado un barco en la ribera,
donde remando puedo
hacerme al mar, y asegurar el miedo.

Juan.

Yo me huelgo de oiros,
y de llegar á tiempo en que serviros
podré, sabed que tengo
mucha mano en Gaeta; porque vengo
amante venturoso
á lograr un amor, y á ser esposo
de la ilustre Lisarda,
rica, noble, bellísima, gallarda,
y al fin única hija
de don Juan de Aragon, nada os aflija,
porque es en esta tierra
gobernador y capitan á guerra,
y de algo ha de valerme
tener el padre alcaide.

Cesar.

En vos hacerme
merced, no es ahora nuevo,
que me acuerdo muy bien de lo que os debo:
goceis los desengaños
de ese amor, de esa fé felices años;
y aparte el cumplimiento,
¿no me direis, amigo, con qué intento
aqui entrasteis?

Juan.

Queria

en esta quinta divertir el dia,
que á Gaéta he venido,
como soldado al fin, mal prevenido
de joyas y de galas;
y aunque las de soldado no son malas,
no son de desposado;
y quiero estar dos dias retirado,
mientras que me prevengo
de mucho lucimiento que no tengo,
de llegar como vengo de camino
á vista de mi esposa.

Cesar.

Ya imagino
mas las venturas mias,
aqui os podeis estar esos dos dias
escondido conmigo.

Juan.

Lo hiciera, á no tener aquí un amigo,
que es alcaide del fuerte, ya avisado;
envíele un recado,
y divertido en esta
variedad, esperando estoy respuesta;
por eso mismo quiero
apartarme de vos, pues cuando espero
que á recibirme venga,
no es justo que de vos noticia tenga.

Cesar.

Bien habeis reparado.

Juan

Quedad con Dios, que yo tendré cuidado
de veras en secreto,
y que os he de servir, Cesar, prometo.

ESCENA VI.

Cesar y sale Camacho.

Camacho

¿Qué va que estás haciendo
ahora un soliloquio reverendo,
en que llamas á cuentas
el alma y los sentidos, y que intentas
que ende hecho diablo de autó el pensamiento
tras la memoria y el entendimiento?
¿señor; quién vive ahora?
¿vive Flerida ausente, ó la señora
que tapada pretende
tener futura sucesion de duende?

Cesar.

Aunque siempre he tenido
por cansadas tus burlas; nunca han sido;
Camacho, mas pesadas
que ahora.

Camacho.

¿Pues de qué, señor, te enfadas?

Cesar.

De que hayas preguntado
quien vive en mi memoria y mi cuidado;
¿puede, di, en él y en ella
vivir nadie, sino es Flerida bella?

Camacho.

¿Pues si amas de esa suerte,
cómo otro amor ahora te divierte?

Cesar.

Porque ausente me veo
tan lejos de su amor y mi deseo.

Camacho.

Y en su sede vacante te acomodas;

asi lo hacemos ya todos y todas.

Cesar.

Perdí una noche triste
patria y amor.

Camacho.

Sola una cosa hiciste,
que todos te han culpado.

Cesar.

¿Reñir allí?

Camacho.

No.

Cesar.

¿Cuál?

Camacho.

Haber dejado
allí á Flerida bella,
y ponerte tú en salvo antes que á ella.

Cesar.

Dices bien, mas si ama,
¿quién me culpa, dí, que entre á ver su dama,
y con otro la vea;
y cuando entonces tan atento sea,
que en ocasion tan fuerte
mida el dolor y la eleccion acierte,
me culpe, que yo sé que no lo errára,
si ahora á verme en la ocasion tornára
porque de dos la una,
no se yerra en el mundo cosa alguna:
¿mas qué será de Flerida?

Camacho.

¿No oiste
á un pasagero cuando aqui veniste,
que en Nápoles por cierto se decia
que en un convento Flerida vivia?
mas por lo que hemos dicho

de aquella dama andante del capricho
singular, ella viene,
y aquí lugar acomodado tiene
lo de lupus sin fábula, que quiere
decir, segun colijo,
que asi Lope á sus famulos lo dijo.

ESCENA VII.

Dichos, y salen Lisarda y Celia tapadas.

Cesar.

Ya mi deseo sabia,
al ver en pardo arrebol
salir rebozado el sol,
que era para el campo el dia,
vengais á dar alegria,
sol disfrazado, á estas flores,
que bebiendo resplandóres
de una luz que no se vé,
como á su diosa por fé
os estan diciendo amores.

Lisarda.

Creer cortesana quiero,
que las flores me dirán
esos favores, si estan
oyendoos tan lisongero;
porque á vos os considero
tan galan, que aun á las flores
habeis enseñado amores.

Cesar.

Antes dellas aprendí,
despues que venís aqui,
las quejas y los favores;
y enseñarlas fuera error,
que no hay flor aqui delante

que por haber sido amante
no se la entienda la flor;
todas tuvieron amor,
y pues amaron primero,
no me hagais tan lisongero.

Lisarda.

Soislò mucho.

Cesar.

¿En qué lo veis?

Lisarda

En que sin ver me quereis.

Cesar.

¿Pues no hay amor verdadero
sin ver lo que se ama?

Lisarda.

No.

Cesar.

Yo lo pruebo.

Lisarda.

¿Cómo?

Cesar.

Asi à
¿un ciego puede amar?

Lisarda.

Sí.

Cesar.

Pues como un ciego amo yo.

Lisarda.

El ciego que nunca vió
ama lo que considera,
y como verlo no espera,
no desea verlo: luego
si pudiera ver el ciego,
no àmara lo que no viera;
y ahora al contrario, pues vos

no sois ciego y podeis ver;
sin ver no podeis querer.

Cesar.

Engañada estais por Dios,
porque este amor en los dos
es de mayor fundamento.

Lisarda.

¿Hay para eso otro argumento?

Cesar.

El objeto principal
es de un alma racional
la luz del entendimiento:
este amo en vos, y si viera
sin nuve esos rayos rojos,
hoy entre el alma y los ojos
el amor se dividiera;
luego menos firme fuera
en dos mitades partido,
que esté solo al alma unido:
ved si era justo en tal calma
quitar un amor del alma
para darsele á un sentido.

Lisarda.

Cuando el alma dividiera
con los ojos su luz clara,
menos el alma no amara,
aunque mas el amor fuera.

Cesar.

No entiendo de qué manera.

Lisarda.

Una luz de rosicler
arde, y si á su hermoso ser
otra pavesa se aplica,
su llama la comunica,
y ella no deja de arder.

Fuego es amor, y dá ciego,
no viendo, en el alma enojos;
y aunque le enciendan los ojos,
no dejará de ser fuego,
y tanto como antes: luego
los ojos que estan agenos
de luz, y de sombras llenos,
arder entonces verás;
siendo en un sentido mas,
sin ser en el alma menos.

Camacho

¿Y piensa imitar aquí
aquel estilo, doncella,
de su amiga? ¿diga, y ella
ha de estar tapada?

Celia.

Si.

Camacho.

Pues no me ha de ver á mí
tampoco, que yo tambien
tengo honor.

Celia.

Hace muy bien;

Camacho

Estemos, cuerpo de Dios,
de máscara dos á dos,
y llévete el diablo, amen,
si jamás te descubrieres;
y ese tallazo ocultando,
lleve tu manto arrastrando
por donde quiera que fueres;
desenmantarte no esperes
jamás, tengas manto tanto,
que te adore Garamanto,
y despues en el infierno

te esten dando manto eterno
las fúrias de Radamanto.

Cesar

Convencido estoy, no quiero
en el discurso pasado
tenerme por disculpado,
y si amor no hay verdadero
sin ver, no seré grosero
en descubriros.

Lisarda

Mirad
lo que haceis

Cesar.

Hoy perdonad,
que he de veros.

Lisarda.

Bien podeis,
mas quizá no me vereis
otra vez.

Cesar.

Con novedad
estoy admirado aquí
hoy de Psiquis, y Cupido
el engaño repetido;
pero al reves, porque allí
disfrazado amor oí,
que entró á gozar el favor
de Psiquis; y aquí es error
el que ese manto concierta,
pues Psiquis está encubierta,
dejándose ver mi amor.
Quitad ese oscuro velo,
quitad esa niebla oscura;
y si es cielo la hermosura,
haya gloria en ese cielo;

y si por eso en el suelo
cubrir tu hermosura vi
con manto de gloria, aquí
que haya, es razon bien notoria,
para ti manto de gloria,
y de infierno para mí.

Lisarda.

Cuando con ingenio sumo
arguirme procurais,
tambien es bien que sepais
que usamos los mantos de humo;
y este de gloria presumo
que en humo convertiré,
pues me iré y no volveré.

Cesar.

Pues por si volveis ó no,
hoy tengo de veros yo.

Lisarda.

Ya me visteis. (1)

Cesar.

Sí, y no sé
porque avarienta del dia
rayos guardais: ¿mas qué es esto? (2)

Lisarda.

Todas son confusas voces
cuantas oigo.

ESCENA VIII.

Dichos, y sale Fabio.

Cesar.

¿Qué es aquesto,

---

(1) *Descúbrese Lisarda.*
(2) *Dentro ruido.*

Fabio?

Fabio.

Señor, hazte al mar,
porque este ruido, este estruendo
es, que te viene buscando
el Gobernador.

Cesar.

Ya creo
que tuvo aviso que aquí
estaba.

Lisarda.

¡Válgame el Cielo!
mi padre viene (¡ay de mi!)
buscándome, no fué incierto
el aviso de hoy.

Cesar.

¿Qué haré?

Camacho

Hazte al mar, y con los remos
quiebra esos vidrios azules.

Cesar.

Quedad con Dios, que no puedo,
bella dama, esperar mas,
que me importa el ir huyendo
de mis desdichas.

Lisarda.

Las mias
llegarán, señor, mas presto
si os vais.

Cesar.

¿Qué quereis?

Lisarda

Si sois
como mostrais caballero,
no desampareis asi

á una muger, que está á riesgo
de perder honor y vida,
solo por venir á veros;
mas soy de lo que pensais,
y si en esta parte quedo
sin amparo, con mi muerte
al mundo daré escarmiento,
que á mí me vienen buscando
porque soy hija.... no puedo
pasar de aqui, porque ya
dán con la puerta en el suelo:

Cesar.

Esto está peor que estaba, *ap.*
no hay sino morir, que un yerro
pude una vez cometerle;
mas ya advertido no puedo:
no se ha de decir de mí,
que siempre á las damas dejo
en el peligro; palabra
os doy, que antes quede muerto,
que consienta en vuestro honor
ni en vuestra vida desprecios:
entrad á esconderos pues,
mientras yo á guardaros quedo,
porque en hallándome á mí,
tengo, señora, por cierto
que no os busquen, porque soy
yo á quien buscan

Lisarda

Vamos presto,
Celia. (1)

Cesar.

Alza tú esos chapines.

---

(1) *Entranse huyendo, y deja los chapines Celia.*

Camacho.

Buena hacienda habemos hecho. (1)

ESCENA IX.

Cesar, y sale el Gobernador con acompañamiento de Alguaciles y Criados.

Gobernador.

¿Sois vos don Cesar Ursino?

Cesar.

Nunca niega un caballero
su nombre.

Gobernador.

Daos á prision.

Cesar.

Ya lo estoy, y solo os ruego
considereis que soy noble.

Gobernador.

Ya sé quien sois, el acero
no os desciñais, que con él
habeis de ir aunque vais preso:
una dama que con vos
aquí ha de estar, haced luego
que guardando á su persona
todo el decoro y respeto
que se la debe, parezca,
que ha de ir presa.

Cesar.

¿Dama?

Gobernador.

Es cierto.

Cesar.

¿Dama aquí?

(1) *Alza Camacho los chapines, y escóndese.*

Gobernador.

(1) No hay que negarlo,
que bien informado vengo;
y sé tambien que está aquí:
mirad esa casa.

Cesar.

Cielos, *ap.*
¿qué muger puede ser esta,
que en tal ocasion me ha puesto? (1)

Alguacil.

Aquí está un hombre escondido.

Gobernador.

¿Quién sois?

Camacho.

Soy un escudero
deste caballero andante.

Gobernador.

¿Por qué os escondeis?

Camacho.

Yo tengo
este vicio de esconderme,
que no lo hago á mal intento.

Gobernador.

¿Qué guardais aquí?

Camacho.

Señor,
unos chapines.

Gobernador.

Ya veo
indicios de lo que busco:
¿dónde está dellos el dueño?

Camacho.

Yo soy.

---

(1) *Entran á mirar la casa, y sacan á Camacho.*

Gobernador.

¿Pues traeislos vos?

Camacho.

Broqueles de corcho pienso
que están vedado, señor,
por justas leyes del Reino,
mas no de corcho chapines:
desdichado del enfermo
donde chapines no hubiere,
dice un divino proverbio:
está indispuesto mi amo,
y tráigolos por remedio,
porque no sea desdichado.

ESCENA X.

Dichos, y sacan los Alguaciles á Lisarda tapada.

Alguacil.

En el último aposento
tapada estaba estaba esta dama;
descubrios.

Gobernador.

Estad quedo;
señora, no os descubrais,
que yo sé muy bien que os debo
toda aquesta cortesía,
perdonad si por vos vengo.

Cesar

Pues perdonad, si con vos
no va, porque yo resuelto
estoy antes á morir,
que aventurar su respeto.

Gobernador.

Señor don Cesar Ursino,
no blasoneis tan soberbio,

porque no será tan facil
como el decirlo el hacerlo.
Yo os sufro esta demasia,
por mucha parte que tengo
en el honor desta dama;
ya sé quien es, y pretendo
en su respeto y honor
tanto, como vos su aumento.
Es tan amigo su padre,
que pienso que soy yo mesmo
segun siento sus desdichas,
y os he sufrido por esto,
porque aunque á vos no os conozco,
por él vuestro honor pretendo.

Lisarda.

¿Qué mas ha de declararse? *ap.*
ciertas mis desdichas fueron.

Cesar

Si yo dijera, señor,
que darle la vida puedo
contra vuestras armas, fuera
bien culparme de sobervio:
yo no intento defenderla,
morir no mas es mi intento,
tan facil cosa es morir,
que podré salir con ello.

Gobernador

Mejor es que esto lo acabe
la prudencia y el consejo,
que habeis de tener en mí
antes que juez, un tercero
que vuestros pleitos componga,
pues bien informado vengo
de todo.

Cesar.

Pues si yo soy
el delincuente y voy preso,
¿qué culpa tiene esa dama?

Gobernador.

No me tengais por tan necio,
que no sé quien es, venid
conmigo á una torre preso
vos, señor Cesar Ursino,
que yo á esta dama prometo
de regalarla en mi casa;
mostrando asi mis deseos,
como si ella misma fuera
una hija que yo tengo.

Lisarda.

¡Aquesto escucho, ay de mí! *ap.*
ya aquí será mas acierto
apelar á la piedad:
señor, vengo en este acuerdo. (1)

Cesar.

Porque vos gustais lo haré: (2)
señor, el partido acepto,
en vuestra casa ha de estar.

Gobernador.

Basta decir que lo ofrezco:
¿ola?

Alguacil.

¿Señor?

Gobernador.

En mi coche
los dos habeis de ir sirviendo
á aquesta dama, y decid

(1) *Aparte á Cesar.*
(2) *A Lisarda.*

á Lisarda que la ruego
la tenga en su compañía,
que yo á llevaros me quedo
á una torre. (1)

Cesar.

Con vos voy
muy honrado y muy contento. (2)

Celia.

¿ Fuéronse?

Camacho.

Si.

Celia.

Pues yo iré
antes á casa corriendo.

Camacho.

Por saber quien es tu ama,
vive Cristo que me alegro.

---

(1) *Llévanla*

(2) *Vanse, quédase Camacho, y sale Celia.*

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de Sala.

Nise y Celia.

Nise.

¿Celia, como vienes sola?
¿dónde mi señora queda?
¿no me respondes? ¿qué tienes?

Celia

¡Ay, Nise, que vengo muerta!

Nise.

¿Qué ha sucedido?

Celia.

Sabrás
que fuimos ... mas gente llega,
luego lo diré. (1)

Alguacil 1.

Avisad.

Nise.

¡Válgame Dios! ¿no es aquella?

Alguacil 1.

A Lisarda, mi señora,
que aquí un recado la espera
del señor Gobernador,
que de hablarla dé licencia.

(1) *Salen los Alguaciles y Criados con Lisarda tapada.*

Celia.

Disimular nos importa:
mi señora está indispuesta,
no podeis entrar á hablarla,
dad el recado

Alguacil 1.

Que tenga,
le dice, en su compañía
esta dama, y que la ruega
la estime y regale mucho,
y á su ventura agradezca
conocer tan buena amiga.

Celia

De aquesa misma manera
lo diremos.

Alguacil 2.

Oid aparte,
esta dama viene presa,
dígolo porque tengais
mucho cuidado con ella.

ESCENA II.

Nise, Celia y Lisarda.

Lisarda.

¿Fuéronse?

Celia.

Si, ya se fueron.

Lisarda.

Quítame este manto, Celia,
dame otro vestido, Nise.

Nise.

¿Pues qué tramoyas son estas?
¿tú presa en tu propia casa?
¿tú de tí misma alcaidesa?

declárame este suceso,
que estoy por saberlo muerta.

Lisarda

Soy infelíz, ya con esto
te he dicho que se conciertan
contra mi amor y fortuna:
mi padre con gran prudencia
esta mañana me dió
á entender lleno de quejas
que algo de mi amor sabia,
no quise creerlo (¡ay, nécia!)
salí esta tarde, siguióme,
y hallándome...

Celia.

Deja, deja
tan mal discurso, señora;
¿cómo es posible que creas
que pudiéndolo estorbar
en su casa con prudencia,
tu padre fuese á buscarte,
dispuesto á que allí te viera
tanta gente, y él hiciese
pública su misma ofensa?
No señora, mi temor
fué que allá nos conociera,
ó antes de llegar á casa;
mas ya que estamos en ella,
nada temo, sino solo
que pregunte por la presa
que envió, porque no hay duda
de que cuando fué á prenderla,
iba por otra muger.

Lisarda.

Nécia estás, no consideras
que dijo: yo tengo parte,

cómo si su padre fuera,
en el honor desta dama,
y disimulo por ella?
Luego ya me conoció,
que no son razones estas
dichas acaso; y decir
que se opuso en que me vieran;
ya se alarga con decir
que me estuviese encubierta:
no me arguyas, que sin duda
él me conoció.

Celia.

¿Y qué piensas
hacer?

Lisarda.

Echarme á sus pies
en el instante que venga,
que al fin un padre no mata;
y decir que mis tristezas
fueron causa de que fuese
á aquellos jardines

Sale Flerida.

Seas, mi señora, bien venida.

Lisarda.

Callemos, y nada entienda
esta, porque aun no tenemos
de su talento esperiencia:
fuí á visitar á una amiga.

ESCENA III.

Dichos, y salen el Gobernador y Felix, y quédanse á la puerta.

Gobernador.

Irás, Felix, con gran priesa

á Nápoles, y dirás
á su padre como queda
su hija Flerida en mi casa,
y en una torre don Cesar.

Felix.

Si iré, señor, pero advierte
una duda que me queda:
no entré contigo en la quinta;
porque los dos no supieran
que fui quien te dió el aviso;
y estando esperando fuera,
salió una muger, por cuanto
puede ser que no sea ella,
porque una muger tapada
desmiente mudas las señas:
yo la ví, mas no me afirmo
de que mi señora sea,
é ir sin saberlo de cierto,
será yerro sin enmienda.

Gobernador.

Has advertido muy bien,
aguardate, llamarela,
y afirmarasle.

Felix.

Tampoco
será justo que me vea,
porque si soy quien la sigue,
dará de mi lealtad queja,
y á quien tengo de servir
no es razon que me aborrezca.
Si pudiera verla yo,
señor, sin que ella me viera,
sin mi riesgo asegurara
mi temor.

Gobernador.

Pues asi sea:
ven conmigo; pero aquí
está mi hija.

Felix

Y con ella
mi señora, no andes mas,
la que está á su mano izquierda,
es Flerida.

Gobernador.

Fuerza fué
que hubiese de ser aquella,
que es la que yo no conozco;
porque las demas que quedan,
es mi hija y sus criadas.

Felix.

Pues con esta diligencia
parto á Nápoles contento. *Vase.*

Celia.

Mi señor. (1)

Flerida

Si á hablarle llegas,
háblale en mí, y que te dé
para admitirme licencia.

Lisarda.

Si haré.

Flerida.

Ruégaselo mucho.

Lisarda.

Allí retirada espera.

Celia.

Aquí fué Troya.

---

(1) *Llega el Gobernador.*

Gobernador.

Lisarda,
es bien que no me agradezcas
la amiga que te he enviado?
¿no respondes?

Lisarda.

Yo soy muerta:
señor, si por ser tu hija
es posible que merezca
piedad en ti.

Gobernador.

Ya querras,
de agrado y lástima llena,
que la perdone.

Lisarda.

Señor,
quien tan levemente yerra,
ganado tiene el perdon.

Gobernador.

No es tan leve como piensas.

Flerida.

Como le está hablando en mí,
él de mirarme no cesa.

Lisarda.

¿Es mas de ir á unos jardines
disfrazada y encubierta?

Gobernador.

Mas que esa dama, Lisarda,
tiene padre, á quien debiera
guardar mejor el respeto.

Lisarda.

¡Con qué razones tan cuerdas
me está penetrando el alma! *ap.*
no quieras, señor: no quieras
afrentarme así, yo estoy

á tus pies. *Arrodillase.*

Gobernador.

¿Juzgas á afrenta
negarte lo que me pides?
no lo es, hija, sino fuerza.

Lisarda

De aquí no he de levantarme
sin que tu perdon merezca.

Flerida

¡Oh cuanto debo á Lisarda!
de rodillas se lo ruega.

Gobernador.

No te canses, mi Lisarda,
en pedir eso, porque ella
de casa no ha de salir,
hasta que marido tenga.

Lisarda.

Yo digo que será asi,
y que ventana ni reja
volverá á ver si eso quieres;
pero solo que merezca
tu gracia te pido.

Gobernador.

Eso
es facil, y porque veas
si tiene mi gracia, escucha,
Lisarda, de qué manera
la agasajo: vos, señora, (1)
esteis muy enhorabuena
en esta casa, que ya
mas que mia será vuestra.
No me espanto de sucesos
de amor, y que á vos os tenga

(1) *A Flerida.*

tal enfado no es mucho,
si están las historias llenas
de fortunas amorosas,
que tales sucesos cuentan.
He tenido á gran ventura
que puerto seguro sea
mi casa, della os servid,
y estad segura que della
no saldreis, sin que primero
salgais honrada y contenta:
todo tendrá fin dichoso
brevemente, y mientras llega
este tiempo aquí estareis,
que de manera me ruega
Lisarda por vos, que pienso
que mi misma vida os diera,
dejando aparte quien sois,
cuando no por vos por ella.

Lisarda.

¡Válgame el Cielo! ¿qué escucho?

Celia.

¿Ves, señora, cuanto yerras ap.
en presumir que tu padre
te conoció, pues él piensa
que esta es la presa?

Lisarda.

Es verdad,
mas como es la vez primera
que el mal se convierte en bien,
no le conocia: quiera
fortuna que no se mude.

Fleirida.

Para que mas piedad tenga ap.
de mis desdichas, Lisarda,
toda mi historia le cuenta;

¡ó como es bien entendida,
que me quitó la vergüenza
de contarlo yo! Señor.

Celia

Ahora á perder nos hecha, *ap.*
mejor la fuera callar.

Flerida

Quien tiene las altas prendas
de vuestro valor y sangre,
es fuerza que piedad tenga,
una muger infelice
hoy á vuestras plantas llega;
pues que ya estais informado
de quien soy, tened clemencia
de mi dolor, duélaos el verme
peregrina en tierra agena.

Lisarda.

Nise, Celia, ¿qué es aquesto? *ap.*
que como es la vez primera
que el mal se convierte en bien,
no le conozco.

Flerida

Y tú sella,
ó bellísima Lisarda,
mi rostro, pues á la deuda
primera añades ahora
el afecto con que ruegas
á tu padre y mi señor,
ampare mi vida

Lisarda

Ella *ap.*
hablando en sus penas, hace
equívocas las agenas,
esforcemos el engaño:
Amiga, no me agradezcas

lo que yo he de agradecerte,
que en esta ocasion quisiera
valer con mi padre mucho
para servirte.

Gobernador.

No ofendas
asi mi amor, que yo haré
(tú lo verás) cuanto pueda.

Lisarda.

Señor, porque en este caso
atentamente proceda,
dime, ¿quién es esta dama?

Gobernador.

Muger es de muchas prendas,
á quien de su casa y padre
un hombre robada lleva,
para que veas, Lisarda,
en su ejemplo, cuanto yerra
una muger principal,
que á tales riesgos se entrega.

Lisarda.

¡Ay de mi!

Sale un Criado.

Un caballero
que de una posta se apea,
por tí pregunta.

Gobernador.

Ese es
don Juan.

Lisarda.

¡Aun mas otra pena!

ESCENA IV.

Dichos, y sale don Juan vestido de camino, con botas y espuelas.

Juan.

Felice yo, señor, que he merecido
por fin dichoso de venturas tantas,
vuestras plantas besar, pues hoy han sido
centro de mi ventura vuestras plantas:
hoy pues, que tanto bien he conocido,
á la fortuna le perdono cuantas
quejas della formé, pues que con una
dicha quedo deudor á la fortuna.

Gobernador.

Vengais, don Juan, con bien, que ha muchos dias
que os haceis desear, mas de un cuidado
á esta casa debeis.

Juan.

Dichas son mias,
porque llegué con bien, haber tardado.

Gobernador.

¡Oh que bien os están las bizarrias,
las galas y las plumas de soldado!
¿á Lisarda no hablais?

Juan.

Turbado llego,
ciego á su amor, como á sus rayos ciego:
si merece favor tan soberano
quien al dosel de tanto sol se atreve,
dadme, señora, vuestra blanca mano,
aljaba á quien amor sus flechas debe,
porque siendo un prodigio mas que humano,
un monstruo celestial de fuego y nieve,
centro de los dos sols, donde amor ciego

abrasa con cristal, y yela con fuego.
La fama hermosa con estremo os llama,
mas vista, sin estremo sois hermosa,
sola vos desvalida de la fama,
podeis estar de su ambicion quejosa:
mas no, que ya vuestra beldad aclama
por única; y si queda temerosa
á tantas perfecciones, no es culpada,
que sois vista mayor que imaginada.

Lisarda.

Muchas veces oí que amor vendado
hijo de Marte y Venus ha nacido;
ahora lo creo, viendo que un soldado
de la guerra lisonjas ha traido:
otros dicen que Adonis le ha engendrado;
y todo en vos verdad ha parecido,
pues en vos se contempla en vuestra parte
valiente Adonis y gallardo Marte.

Gobernador.

Basten los cumplimientos, que yo gusto
de que el campo se quede por Lisarda.

Juan.

Yo lo agradezco, porque fuera injusto
competirla: ¡qué bella es! ¡qué gallarda!

Gobernador.

Que descanseis ahora será justo,
soldado sois, pobre hospedaje aguarda;
habreis de perdonar.

Juan.

¿Cómo pudiera,
siendo de humano sol divina esfera?

ESCENA V.

Lisarda y Celia.

Lisarda.

Celia, pues hemos quedado
solas un rato, ¿qué dices
de mis sucesos?

Celia.

Felices
fines tuvo tu cuidado:
¿hay cosa como pensar
mi señor, que aquella fué
la presa?

Lisarda.

Pues si la ve
en su casa, sin estar
avisado de quien era,
justamente discurrió.

Celia.

¿Ves como te dije yo,
señora, que era quimera
pensar que te conocia?

Lisarda.

La cosa es mas estremada
ver, sin estar avisada,
cuan á tiempo respondia.

Celia.

Estas materias de amor
aunque hablen acaso, ¿á quien
no le suelen estar bien?

Lisarda.

Hoy empiezo otro temor.

Celia

¿Pues lo què hoy te ha sucedido,

y el esposo que ha llegado,
aquel tan necio cuidado
no han de entregar al olvido?

Lisarda.

¡Qué mal, Celia, de amor sientes!
mal conoces su rigor:
¿no me dirás de un amor
que se rindió á inconvenientes?
y diréte yo de mil,
que solo porque tuvieron
inconvenientes crecieron.

Celia.

¡Qué argumento tan sutil!

Lisarda

Ni he de dejar en prision
un hombre, Celia, que ví
dejarse prender por mí,
ni ha de ser mi presuncion
tan nécia, que si es aquel
el que esta dama buscó,
le he de estar queriendo yo.
Desta sospecha cruel
saldré, tú le has de llevar
un papel, y he de decir
en él, si puede salir,
me venga esta noche á hablar;
y pues mi engaño no cesa,
y tan adelante pasa,
dentro de mi misma casa,
ha de verme como presa.

Celia.

Advierte.

Lisarda.

No hay que advertir.

Celia.

Mira.

Lisarda.

Ya no háy que mirar.

Celia.

¿Hasta de dejar llevar?

Lisarda.

¿Y héme de dejar morir?

Celia.

Considera....

Lisarda.

No hables mas.

Celia.

Tu peligro.

Lisarda.

Ya le veo.

Celia.

Tu vida..

Lisarda

No la deseo.

Celia.

Tu honor.

Lisarda.

¿Qué honor? nécia estás.

Celia.

Solicito.

Lisarda.

¿Qué?

Celia.

Tu bien,

y temo.

Lisarda.

¿Qué?

Celia.

Tu ruina,

Lisarda.

¿Pues has de ser peregrina
tú sola en Jerusalem?

Celia.

¿Cómo?

Lisarda.

Como la criada
primera vienes á ser,
que la ha pesado de ver
á su ama enamorada.

ESCENA VI.

Decoracion de Prision.

Camacho y Don Cesar.

Camacho.

Buenos habemos quedado.

Cesar.

¿Veslo? pues todo es bien empleado;
á trueco de haber visto
aquel rostro que ví.

Camacho.

Cuerpo de Cristo
contigo y con su rostro,
valiera tanto más que fuera un monstruo,
y que á un lado tuviera
otro con barbas, aunque yo le viera,
y nó estuviera preso,
que haber visto perfecto con esceso
un angel con malicia,
pues él nos ha entregado á la justicia.

Cesar.

¿Tal dices?

Camacho.

¿Qué te espanta,
si ya se vive con malicia tanta?
y la primera vez no vino acaso,
sino á espiarnos, porque fuera paso
de caballero andante
entrar las dos á saz de mal talante,
huyendo de algun fiero
malandrin, demandando al caballero
la mampare en su cuita,
maguer que fuese noble: quita, quita
esto del pensamiento,
que es lástima sacar aqueste cuento
de una selva encantada,
donde fabló la Infanta mesurada
mil famosos requiebros
á Esplandian, Belianis y Beltenebros.

Cesar.

¿Pues, díme, si eso fuera,
porqué el Gobernador hoy la prendiera?

Camacho.

Por hacer la desecha.

Cesar.

No, Camacho, otra ha sido mi sospecha,
y es que es aquella dama
muger de lustre, de opinion y fama,
y alguna desventura
(que el hado no repara á la hermosura)
la tiene retirada,
y esto confirma estar siempre tapada,
y que el Gobernador que la seguia,
tuvo estos dos avisos en un dia:
no viste cuan turbada
fué á decirnos quien era, y embargada
la voz del pecho al lábio,

enmudeció sin pronunciar su agravio?

Camacho

Dices bien; segun esto,
el grande amor de Flerida está puesto
en olvido?

Cesar.

No espero
que se pueda borrar amor primero:
enseña la moral filosofia,
que una forma donde otra forma habia,
no se puede estampar tan facilmente,
espliquelo un ejemplo claramente:
cuando un pintor procura
linear una pintura,
si está lisa la tabla,
fáciles rasgos en bosquejo entabla;
mas si la tabla tiene
primero otra pintura, le conviene
borrarla, no confunda
con la primera forma la segunda:
ya me habrás entendido,
tabla lisa al primer amor ha sido
mi pecho; mas si hoy quiere
introducir segundo amor, espere
á ver borrada aquella
imágen que adoré divina y bella;
y asi aunque amor con fáciles enojos,
desde el pecho á los ojos
líneas de fuego corra,
ahora no dibuja, sino borra.

Camacho

¿Sino borra? está bien, y yo respondiera,
si una tapada á vernos no viniera,
que aun no hemos acabado
con el negro embeleco del tapado.

ESCENA VII.

Dichos y sale Celia tapada.

Celia.

Fabio, oid.

Cesar

Bien venida
seas á dar á un casi muerto vida.

Celia.

Este papel recibe
de aquella presa que afligida vive.

Cesar.

Recibe tú un diamante
hijo del sol, que fuera estrella errante;
si por tachon ó clavo,
se viera puesto en el cenit octavo.

Camacho.

Muestra á ver si es cetrino.

Celia.

No quiero, mire si es bien cristalino.

Camacho.

Pues vé aquí otro diamante (1)
al mismo semejante,
porque me deje bella
esa cara.

Celia.

No haré.

Camacho.

Tal será ella.

Celia.

¿Mala?

(1) *Dale una higa.*

Camacho.

Si fuera buena;
no fuera cara en manto como en pena.

Celia.

Pues mire si es muy fea.

Camacho.

No quiero verla.

Celia.

Acabe.

Camacho.

No lo crea;
no quiero verla ya, si lo deseas.

Celia.

Toma el diamante tú, porque me veas.

Camacho.

No quiero.

Cesar.

Ya he leido,
dile á mi hermosa presa que rendido
iré esta noche á vella.

Celia.

Pues el Cielo te guarde. *Vase.*

Camacho.

A Dios, doncella,
y dígale á su ama, aunque se corra,
que no se ensanche tanto, porque borra;
¿En fin, qué dice el papel?
¿es tramoya nuevamente?

Cesar.

Que vaya á verla esta noche,
porque sobornadas tiene
las criadas de Lisarda
de manera que se atreve
á que entre dentro del cuarto
con dos mil impertinentes

requisitos, como son,
que á nadie conmigo lleve,
y que ninguno lo sepa.

Camacho.

¿Y dices liberalmente,
que tú irás á verla como
si en tu escritorio tuvieses
las llaves de aquesta torre?

Cesar.

¿Pues qué inconveniente es ese?

Camacho.

Las guardas.

Cesar.

Al son del oro
las mas vigilantes duermen.

ESCENA VIII.

Cesar, Camacho, y sale don Juan.

Juan.

A daros pésames yo,
y á que me deis parabienes
vengo, Cesar, porque asi
unos con otros se templen.
Escriben los naturales
de dos plantas diferentes
que son veneno, y estando
juntas las dos, de tal suerte
se templan, que son sustento;
y pues ser veneno suelen
las dichas y las desdichas,
y á los dos matarnos quieren,
á vos á poder de penas,
y á mí á poder de placeres,
juntemos nuestros caudales,

y templemos de esta suer te
mis bienes con vuestros males,
mis males con vuestros bienes.

Cesar.

Contento venís, don Juan.

Juan

Quien duda, si llego á verme
dueño de la mayor dicha
que mi pensamiento puede
imaginar? porqué pasa
el bien que el amor me ofrece
mas allá del pensamiento.
Estuve fingido ausente
dos dias en esta casa,
que ya os dije que del fuerte
el alcaide es muy mi amigo;
en ellos compré escelentes
joyas, hice cuatro galas,
cuidados que un nóvio tiene.
Tomé postas, y fingiendo
que entonces llegué, apeéme
en el palacio, mal dije
palacio, si no es que fuese
ese palacio del sol,
mentira azul de las gentes,
hipócrita de sus galas,
pues no son lo que parece.
Ví en él reducido el cielo
á sola un esfera breve,
la primavera á una flor,
el aura á un suspiro débil,
la auroia á sola una perla
de las que cria el oriente;
el sol á un rayo, porque es
Lisarda bella aura debil,

breve esfera, hermosa flor;
perla fina, y sol ardiente:
felice mil veces yo,
á quién tal gloria previene
un amor bien empleado.

Cesar

Y yo infelice mil veces,
á quien previene desdichas
un amor que no se entiende;
y pues han de ser mis penas
antidoto justamente
de vuestras glorias, oidme,
supuesto que un caso adquieren
la pregunta y la respuesta,
y en amor hablais, conviene
responderos en amor:
yo ví todo un sol de nieve,
todo un peñasco de fuego,
y en un deleitoso albergue
ví una estatua de jazmines,
coronada de claveles,
á quien el mayo gentil,
que es Rey de los doce meses,
por flor juró, y la aclamaron
toda la nobleza y plebe
de las flores, al compas
de las aves y las fuentes:
no me pregunteis quien es,
que por Dios, que aunque quisiese
decirlo no puedo, que es
una novela escelente;
mas solo os puedo decir,
que en este papel me ofrece;
si puedo romper la carcel,
hablarme esta noche y verme,

Respondila que yo iria,
como si cierto tuviese
que me dejára el alcaide.

Juan

Pues yo he llegado, no tiene
duda, Cesar, no os rindais
á vanos inconvenientes:
¿Camacho?

Camacho.

¿Señor?

Juan.

Dirás
al alcaide que se llegue
aquí, que tengo que hablarle:
es mi amigo, y facilmente
de aquí os dejará salir,
como yo conmigo os lleve. (1)

Cesar.

Supuesto que ya la noche
sus alas nocturnas tiende,
haciendo sombra á los dias,
y en los campos de occidente
es un cadaver el sol
cada vez que resplandece:
di que nos deje salir
luego.

ESCENA IX.

Dichos, y salen el Alcaide y Camacho.

Alcaide.

¿Don Juan, pues qué quieres?

---

(1) *Vase Camacho*

Juan

Que sepas que no me he ido,
todavia soy tu huesped,
que donde vive don Cesar
vivo yo.

Alcaide

No es bien que aumentes
obligaciones, adonde
tengo tantas que me fuercen
á servirte.

Juan.

Aquesta noche
vá conmigo, si merece
mi amistad esta fineza.

Alcaide.

Mil preceptos hay, mil leyes
para que de aquí no salga;
mas contigo no se entienden,
como palabra me dés
que antes del dia le vuelves.

Juan.

Y desto te hago homenage,
y cuanto te sucediere
correrá por cuenta mia.

Cesar.

Apenas la rubia frente
verá el alba coronada
de rosas y de claveles,
cuando en la prision me veas,
siendo tu esclavo dos veces.

Alcaide.

Pues con esa condicion
abiertas las puertas tienes:
á Dios que os guarde. *Vase.*

Juan.

Ea, don Cesar,
guiad por donde quisiereis,
libre estais, vamos adonde
gustareis, que muy bien puede
fiarse de mí la espalda.

Cesar.

Quien es en su casa huesped,
y mas que huesped esposo,
no es justo que tarde, hacedme
merced de iros

Juan

Ezo no,
ni es término conveniente
que os saque para el peligro,
y que en el peligro os deje.

Cesar.

Quisiera....

Juan.

No os escuseis,
que he de ir con vos.

Cesar.

¡Lance fuerte! *ap.*
porque llevarle á su casa
á que me guarde imprudente
la espalda, haciendo traicion
á su dueño, á quien él tiene
obligaciones mayores,
no es justo

Juan.

¿Pues qué os suspende?

Cesar.

Pensareis que soy ingrato
en recatar neciamente
de vos mi amor: vive el cielo,

que ni Pilades y Orestes,
ni Eurialo y Neso fueron
amigos mas sin dobleces:
debajo desta palabra,
hacedme merced, hacedme
favor de iros, porque yo
aunque deciros quisiese
quien es mi dama; ya he dicho
que no puedo, y me conviene
ir solo.

Juan.

A tantas porfias
necio fuera en oponerme:
á Dios ¡Qué necio recato! *ap.*
¡qué amor tan impertinente! *Vase.*

Cesar.

¿Camacho?

Camacho.

¿Señor?

Cesar.

Preven
con recado un pistolete.

Camacho.

Aquí le tienes, mas mira
si está bueno, no le lleves
mal prevenido.

Cesar.

No está;
pedernal y cebo tiene.

Camacho.

¿Y tengo yo de quedarme?

Cesar.

Si.

Camacho.

Todos vuesas mercedes

sean testigos, que hubo
un lacayo que se quede.

ESCENA X.

Decoracion de Sala.

Lisarda, y Nise con luz.

Lisarda.

¿Nise?

Nise.

¿Mi señora?

Lisarda.

¿Está
mi padre acostado?

Nise.

Sí.

Lisarda.

¿Don Juan?

Nise.

Recogido ya;

Lisarda.

¿Y nuestra presa?

Nise.

Estará
llorando, que siempre asi
la veo noches y dias
lamentar su destruccion.

Lisarda.

Ruina sus lágrimas son
de las confusiones mias;
¿qué hace Celia?

Nise.

Está esperando

á la puerta con secreto
á aqueste galan

Lisarda.

Pues cuando
él entre aquí, sin respeto
me trata, disimulando
quien soy, porque ha de pensar
viéndome en este lugar,
que la dama presa soy,
y que aquí por él estoy.

Nise

Pues ya he sentido pisar
cobardemente.

Lisarda.

Sin duda
viene ya.

ESCENA XI.

Dichas, y sale Celia, y detras don Cesar.

Cesar

Favor me dé
la noche trémula y muda.

Celia.

Pisa con tiento, porque
Lisarda no está desnuda,
y duerme el Gobernador
aquí cerca.

Cesar.

Deme amor
sus alas.

Lisarda.

Vengais con bien.

Cesar.

Donde esos ojos me dén

nueva luz y resplandor.

Lisarda.

Celia, ponte tú á esta puerta,
que á ese cuarto corresponde
de tu señor, y está alerta;
y tú, Nise amiga, donde
está Lisarda.

Nise.

Voy muerta
de temor.

Lisarda.

¿Qué te acobarda?

Nise

Ver que está Lisarda allí.

Lisarda.

No temas, sus puertas guarda.

Nise.

Bien conviene hacerlo asi,
que es un demonio Lisarda:
muger es que si supiera
que esto en su casa pasaba,
dos mil estremos hiciera.

Cesar

¡Cuánto el alma deseaba,
señora que se ofreciera
para hablaros ocasion!
porque en laberintos vivo
de una y otra confusion,
y no alcanzo ni percibo
la causa desta prision.

Lisarda.

Pues facil es de entender,
que buscando una muger
que robada habeis traido,
por eso á mí me han prendido.

Cesar.
¿ Muger, cómo puede ser ?
Lisarda.
Siendolo.
Cesar.
Malos desvelos
vuestro ingénio ahora halló
para salvar mis rezelos:
¿ hombre tan bajo soy yo,
que nó pudiera dar celos?
¿ y que si muger tuviera
conmigo, estando los dos
juntos, tan humilde fuera,
que á sus ojos consintiera
veros y hablaros á vos?
Vos me disteis á entender
con el asombro y el ruego
que os importaba no ser
conocida, y desde luego
empezasteis á temer;
¿ luego ya teneis porqué
guardaros ? luego no fué
prenderos por otra allá,
si desengañados ya
os tienen presa, yo sé
que de algun celoso ha sido
diligencia, su mal fuerte
asi vengar ha querido.
Lisarda.
¿ Pues hubiera yo tenido
galan de tan poca suerte,
que con tan bajos desvelos
vengara sus desconsuelos ?
No soy tan humilde, no,
¿ ni tampoco dama yo,

que no pudiera dar celos?
creed que soy principal
muger, y que siendo tal,
puedé haberme sucedido
el lance que habeis sentido.

Cesar.

Si creo, mas saber cual
quisiera.

Lisarda

Sentaos aquí.

Cesar.

¡Válgame Dios! (1)

Lisarda.

¡Ay de mí!

Celia.

Muerta soy.

Cesar.

Se disparó
la pistola.

Nise.

Triste yo.

Dentro el Gobernador.

¿Qué es eso, quién anda ahí?

Lisarda.

Responded ¡ay de mi triste!

Nise.

¿Quién podrá, que estoy turbada?

Celia.

Yo estoy muerta.

Cesar.

¿Quién resiste
una desdicha causada

(1) *Al irse á sentar, se dispara la pistola de la cinta*

de un acaso?

Celia.

Ya se viste,
que á la escasa luz que está
dentro del cuarto, le veo
tomar sus vestidos, ya
se pone en pie

Lisarda.

Mi fin creo.

Cesar.

¿Qué haré?

Lisarda.

Esa ventana da
á un patio, y él al portal;
arrojaos, señor, della,
y abrid la puerta, que es tal
la desdicha de mi estrella,
que me previene mas mal
del que presumís: yo os doy
palabra que de quien soy
os informe, y que sepais
á quien engañado amais.

Cesar.

Por vos á matarme voy.

ESCENA XII.

Lisarda, Nise, Celia, y sale el Gobernador en jubon, con espada y broquel.

Gobernador.

¿Quién salió ahora de aquí?

Lisarda.

Nadie, señor, ¡ay de mí!

Gobernador.

¿Qué tienes, tú tan turbada?

Lisarda.

La pistola disparada,
me turbó cuando la oí.

Gobernador.

¿Y aquello qué es? (1)

Lisarda.

Yo, señor,
no sé nada

Gobernador.

Tomar quiero
esta luz, aunque en rigor,
si perdí el honor, no espero
que con luz halle el honor.

ESCENA XIII.

Decoracion de Portal de una Casa.

Sale don Cesar como á obscuras.

Cesar.

En notable confusion
estoy, la puerta buscando,
sin discurso y sin razon,
en las sombras tropezando
de mi misma turbacion:
¡qué en casa hubiese de ser
del Gobernador! ¡ay, Cielos!
¿qué remedio han de tener
mis desdichas y rezelos?
ciego estoy, ¿qué puedo hacer?
con la puerta no he encontrado:
este es sin duda el portal,
pues con una silla he dado

(1) *Dentro ruido.*

de manos, que es puesto tal
su lugar determinado:
ya que remedio no espero
mayor en tal desventura,
en ella esconderme quiero;
dejemos á la ventura
algo en lance tan severo. (1)

ESCENA XIV.

Sale por una puerta el Gobernador con luz y la espada desnuda, y por otra don Juan con la espada tambien desnuda.

Gobernador.

Aquí fué el ruido, acodid
á las puertas, no se vaya.

Juan.

Como tus voces oí,
señor, salí de la cama.

Gobernador.

A aumentar mis confusiones.

Juan.

¿Qué es esto?

Gobernador.

No ha sido nada:
(disimulemos, honor), *ap.*
pensé que en mi cuarto andaban,
salí á verlo, y ya me pesa;
porque mirando la casa
toda, no he encontrado á nadie;
y sólo sirvió el mirarla,
(siendo solo una ilusion)

(1) *Métese don César en una silla de manos que hay en el portal.*

de despertar á Lisarda,
que ya estaba recogida;
y asi....

Juan.

Señor, no te engañas
en pensar que ha habido gente,
porque yo escuché que andaban
aquí, y ruido como cuando
se arroja de una ventana
una persona

Gobernador.

¡Qué en vano *ap.*
quise desmentir mi infamia!
yo estoy ya desengañado,
que anduve toda la casa;
mas si tú no lo estás, toma
la luz, y vuelve á mirarla. (1)

Juan.

Ponte, señor, á esa puerta,
para que ninguno salga;
que yo la miraré.

Gobernador.

Aqui
no hay nada.

Juan.

Si no se guarda
en esta silla de manos.

Gobernador.

Pues bien facil es mirarla.

Juan.

¡Válgame el Cielo! ¿qué veo? *ap.* (2)

---

(1) *Toma don Juan la luz.*

(2) *Ve don Juan en la silla á don Cesar, y él le hace señas que calle.*

Gobernador.

¿Hay alguien?

Juan.

Aqui no hay nada:
pluguiera á Dios *ap.*

Gobernador.

Lo demas
yo lo he visto

Juan

Cosa es llana
que yo me engañé, señor,
sin duda el ayre que pasa
alguna puerta cerró,
y esto fué del ruido causa;
y asi vuelvate, señor:

Gobernador

(1) Vete, don Juan, á tu cama,
seguro que no hubo gente. *Vase.*

Juan

Velo tú de que fue vana
mi ilusion; que yo lo estoy:
él presume que me engaña,
y yo que le engaño á él,
y los dos con una traza
nos estamos desmintiendo
uno á otro las desgracias:
válgame el Cielo, ¿qué haré
en confusion tan estraña?
¿Cesar escondido aquí
¿Cesar dentro de mi casa?
(2) ¿y yo adrinando á Cesar?
tercero soy de mi infamia.
Bien dijo que no podia
decir quien era la dama;
¡mas no pudiera decirlo,

ay, Cielos, siendo Lisarda!
yo tengo ofendida aquí
la amistad, la confianza
y el honor, pues dispongamos
á tres culpas tres venganzas:
en la silla donde está
le mataré á puñaladas;
¿pero cómo cumpliré
el homenage y palabra
de volverle á la prision?
¿quién vió confusiones tantas?
¿he de quitar yo una vida,
que he jurado de guardarla?
¿qué es esto, Cielos, qué es esto?
¿hoy en acciones contrarias
una mano le defiende,
cuando otra mano le mata?
pero á toda ley él muera,
que donde el honor se agravia,
no hay palabra ni decoro,
ni riesgo que tanto valga:
¿Cesar?

ESCENA XV.

Don Juan, y sale don Cesar.

Cesar.
Corrido de verte,
salgo á arrojarme á tus plantas.
Juan.
Sígueme, Cesar, y deja
ceremonias escusadas.
Cesar.
¿Donde me llevas?

Juan.

Yo solo
voy, y con capa y espada,
no te receles.

Cesar.

No temo
de tu sangre y de tu fama
traicion, que si lo pregunto,
es porque ciego no hagas
cosa que quieras despues,
y no puedas remediarla.

Juan.

¿Cómo?

Cesar.

Como si me escuchas
satisfacciones....

Juan

¿Pues haylas?

Cesar.

Sí.

Juan.

Plegue á Dios.

Cesar.

Las oirás
aquí, y si de aquí me sacas,
no, que para aquí es la lengua,
y para fuera la espada.

Juan

¿Qué satisfacciones hay,
para haber con culpas tantas
hoy ofendido mi honor,
mi amistad y confianza?
mi honor, pues te has atrevido
á quebrantar esta casa:
mi amistad, pues que sabiendo

que soy dueño de Lisarda,
la solicitas y sirves;
mi confianza, pues hallas
en ella un tercero infame,
de quien contra mi te valgas:
mira si tengo razon
de quejarme, pues agravias
siendo ingrato amigo, honor,
amistad y confianza.

Cesar

Cuando de los dos alguno
por culpa esté ó ignorancia
ofendido, soy yo solo;
á quien indicias y agravias
de traidor y falso amigo,
siendo para mi las aras
de la amistad un altar,
en quien sacrifico el alma
á tu honor: la causa fué
de quebrantar esta casa,
vivir en ella quien della
no depende, es una dama
que está aqui presa, y con quien
me prendieron: esto basta
para que cortés y amante
venga á verla si me llama.
Tu amistad no esta ofendida,
que negarte yo mi dama
fué decoro, fué respeto
que tuve á la sombra y casa
de tu esposa; pues no quise
decir que á su lado estaba
muger á quien yo mirase;
la confianza que falta
tan grande la hice de ti,

que por ver que si agraviaba
esta casa, á quien tú tienes
obligaciones tan altas,
me habias de dar la muerte,
lo callé; con cuya causa
está tu honor satisfecho,
tu amistad desengañada,
tu confianza contenta;
pues tú solamente agravias
quejándote de mi honor,
amistad y confianza.

Juan.

Aunque todas son disculpas,
no son disculpas que bastan;
dame para responderte
término de aquí á mañana.

Cesar.

Sí haré, y allá en la prision
estaré.

Juan.

En ella me aguarda.

Cesar.

Pues hasta mañana, á Dios.

Juan.

A Dios pues, hasta mañana.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de Sala en casa del Gobernador.

Sale don Juan, y despues Celia.

Juan.

Desde que la aurora fria
envuelta en blanco arrebol,
despierta diciendo al sol
que es hora que venga el dia,
me tiene la pena mia
á estos umbrales clavado,
que asi quiere mi cuidado
sus penas averiguar,
y á esta presa no han de dar
papel, aviso, ó recado,
hasta que le hable primero,
cogiéndola inadvertida
yo, que á precio de mi vida
ver mi desengaño quiero;
si en imaginarlo muero,
muera en saberlo: y si es tal
que es á mi sospecha igual,
no haya en mis desdichas miedo,
y muramos del remedio
si hemos de morir del mal.
Esta es Celia: ¡ó, Celia mia!

Sale Celia.

¿Mi señor, pues á esta hora?

Juan.

¿Dime, qué hace tu señora?

Celia.

Vestirse ahora quería.

Juan.

Saldrá á dar segundo dia
al campo.

Celia.

A servirla voy:
¿mandas algo?

Juan.

Di que estoy
adorando estos umbrales. (1)
¡que de penas; qué de males
padece un celoso! Hoy
no saldrá la que yo quiero;
pero tarde, aunque la aguarde,
que viendo que viene tarde
el desengaño que espero,
sin duda que es lisonjero;
que si desengaño fuera
mortal, tan presto viniera,
que un instante no tardára:
¡ó quien se desengañara!
¡ó quién sin temor se viera!

ESCENA II.

Don Juan, y sale el Gobernador.

Gobernador.

¿Don Juan?

Juan.

¿Señor?

(1) *Vase Celia.*

Gobernador.

¿Pues aquí
tan de mañana? yo creo
que con un mismo deseo
madrugamos.

Juan.

¿Cómo asi?

Gobernador.

Vos para buscarme á mí,
y yo á vos.

Juan.

¿Qué me mandais?

Gobernador.

Porque de mi amor veais
el cuidado, ya no quiero
dilatar el lisonjero
favor que amando esperais:
y porque sé del que aguarda,
cuanto suele padecer,
esta noche habeis de ser
dueño feliz de Lisarda.

Juan.

Otro temor me acobarda. *ap.*

Gobernador.

Asi las sospechas mias *ap.*
aseguro.

Juan.

Si tenias
por unos dias, señor,
dilatado este favor,
dilatale algunos dias;
yo esperaré

Gobernador.

Yo aguardaba
componer algunas cosas

para este caso forzosas;
ya lo están.

Juan.

¡Confusion brava! *ap.*

Gobernador.

Aun peor está que estaba: *ap.*
pues él que lo procuró
lo dilata, anoche vió
sin duda lo que yo ví:
si hoy, don Juan, no dais el sí,
mañana no querré yo. *Vase.*

Juan.

¡Qué priesa! mas la que aquí
viene es: muramos, cielos,
que no hay quien calle con celos.

ESCENA III.

Don Juan, y sale Flerida.

Flerida.

¿Señor, tan temprano?

Juan.

Sí,
y por solo verte á tí
tanto he madrugado hoy.

Flerida.

Siempre á tu servicio estoy:

Juan.

¿Fiada en mi calidad,
me dirás una verdad?

Flerida.

Esa palabra te doy.

Juan.

Bien puedes de mi fiarte,
porque siendo quien sospecho,

de mi vida y de mi pecho
has de tener mucha parte:
no temas pues declararte
conmigo: conoces, dí,
á Cesar Ursino?

Flerida.

Sí,

y al cielo, señor, pluguiera
que nunca le conociera,
pues por él estoy aqui:
por él mi opinion difunta
yace en brazos del castigo.

Juan

No dice mal el testigo *ap.*
á la primera pregunta.
¿Diste de noche ocasion
para hablarte?

Flerida

Muchas son

las ocasiones que dí,
con harto riesgo.

Juan.

Eso si, *ap.*

dadme albricias corazon:
dime, en fin, si en un jardin
pasó ...

Flerida

No prosigas, no,

que en un jardin sucedió
toda mi desdicha, en fin:
testigo doy á un jazmin
de mi tragedia cruel,
que estando los dos en él...

Juan

Ya basta, no digas mas,

que vida y alma me das:
perdóname, amigo fiel,
el temor que me acobarda;
ya mi desengaño ví:
desto que ha pasado aquí
no digas nada á Lisarda,
y quédate á Dios.

Flerida.

Aguarda!
¿dónde de esa suerte vas?

Juan.

Pues satisfecho me has,
ver á Cesar es razon,
que me espera en la prision:
no tengo que saber mas. *Vase.*

Flerida.

A ver á Cesar ¿qué es esto?
que el inquirir y el saber,
y el decir que le va á ver,
en nuevas dudas me ha puesto;
pero facil es, supuesto
que con lo que preguntó,
quiso saber si era yo;
con lo que le respondí,
confirmó luego que sí,
pues albricias se pidió:
en decir que le va á ver,
claramente me decia
que de su parte venia;
en la prision da á entender
que está preso: ¿qué he de hacer,
sino ir?

ESCENA IV.

Florido, Lisarda y Celia.

Lisarda.

¿Dónde?

Lisarda.

Señora,
pues que mi humildad no ignora
que tuyo mi bien será,
has de saber que aquí está
preso el que yo busco ahora
lo supe, y él ha sabido,
á tanto mi dicha pasa,
que estoy, señora, en tu casa;
¡ó, qué gran ventura ha sido
haber á ella venido,
pues no me podrá culpar
de que no me supe honrar
en su ausencia! loca estoy,
¡qué á Cesar he de ver hoy! *Vase.*

Lisarda.

Celia, añade otro pesar.

Celia.

¿Qué pesar?

Lisarda.

Solo en los celos
menos lances á ver llega
el que mira, que el que juega:
posible es que en mis rezelos,
mis penas y mis desvelos,
¿no ves un temor que lucha?
¿no ves que mi pena es mucha,
y que cuando un lance acaba
vuelve á estar peor que estaba?

Celia.

¿Dime, de qué suerte?

Lisardo

Escucha:
dijo el portugués Virgilio
en una dulce cancion:
Ví el bien convertido en mal,
y el mal en otro peor.
En otra parte un discreto
hidras cortadas llamó
á las desdichas, pues donde
una muere, nacen dos.
Tal me ha sucedido á mí,
pues cuando contenta estoy
de haber de un temor salido,
voy entrando á otro temor.
Presa un dia me juzgué,
y tan bien me sucedió,
que escapé de aquel peligro:
mas pagando la pension
de los celos, que una dama
robada entonces me dió,
asi que alegre al principio,
y despues con mas dolor,
ví el bien convertido en mal,
y el mal en otro peor.
Vino anoche aquel hidalgo
saliendo de su prision,
por verme, pedíle celos;
si me satisfizo ó no,
no lo sé, pero ya basta
que me satisfice yo.
Estando los dos hablando,
la guia se le trabó
de la espada á una pistola,

que no estaba en el fiador:
no tenemos que argüir
si pudo ser, pues se vió
muchas veces, y un acaso
es la desdicha mayor.
Salí deste susto luego,
que viendo que no le halló
mi padre, juzgué sin duda,
y no con poca razon,
que cayendo en el portal,
abierta la puerta halló;
y cuando deste suceso
daba gracias al amor,
ví el bien convertido en mal,
y el mal en otro peor.
Esta presa vino aqui
tras de un hombre que la dió
palabra de casamiento,
el cual por una cuestion
huyendo vino: este hombre
de mi libertad ladron,
huyendo vino tambien
por cosas que cometió;
por cuanto pudiera ser
el que esta dama buscó,
pues convienen en las señas
de estar aqui y en prision.
Mira si me viene bien
entre tanta confusion
aquel adagio vulgar,
que dice en pública voz:
Aun peor está que estaba;
y aquella dulce cancion,
cuando diga á cielo y tierra,
mar y viento, luna y sol,

vi el bien convertido en mal,
y el mal en otro peor.

Celia.

Señora, cuando en el mundo
solo hubiera un matador,
justamente discurrias
en pensarlo; pero no
cuando hay tantos, porque ya
todos los hombres lo son:
tres hay en una baraja
sola, deja esa ilusion,
que si los celos hicieron
tal figura, porque son
astrólogos, por lo mismo
no debes creerlos, no.

ESCENA V.

Lisarda, Celia, y sale Camacho.

Camacho.

Lo de éntrome acá, que llueve,
y el cuélome de rondon,
son frases de aqueste caso:
yo he de salir, vive Dios,
deste encanto

Celia.

Aquel criado
de Fabio, hasta aquí se entró.

Lisarda.

¿En esta casa el criado?
él sin duda la avisó
de como en esta ciudad
está preso su señor:
averiguarlo pretendo;
y pues que nunca me vió

el rostro, disimulemos.

Celia.

¿Cómo sin mas atencion
os entrais aquí?

Camacho.

Entré andando;
si os he ofendido á las dos,
andando me volveré
al mismo compás y son:
de lo cierto y lo galano
del danzar se me pegó,
que pie derecho deshaga
lo que pie izquierdo empezó;
y asi me iré como vine.

Lisarda.

¿Decid, soldado, quién sois?

Camacho.

A saberlo yo, os hiciera
en eso poco favor;
pero no puedo decirlo,
porque yo no sé quien soy:
tan encantado me tiene
un amo que Dios me dió,
que ya no sabré de mí,
que ando en las selvas de amor,
á lo de escudero andante,
siguiendo embozado un sol,
y hablando en capa y espada,
aquí busco á la mayor
invencionera de Europa;
si es alguna de las dos
una dama que está aquí
presa, por un solo Dios
me lo diga, porque vengo
peregrino en estacion

solo á verla, que mi amo
la cabeza me quebró,
su belleza encareciendo,
y quisiera verla yo
á trueco de que me deje.

Celia.

¿Vés, señora, si mintió
el astrólogo?

Lisarda.

No hizo,
que él busca la presa, y no
se tiene por presa ella.

Celia.

Sutil imaginacion.

Lisarda.

Y en tanto que celos mienten, *ap.*
diga verdades amor:
¿tanto la encarece?

Camacho.

Si.

Lisarda.

¿Qué belleza ó discrecion?

Camacho.

Todo, que es dama in utroque,
como grado de doctor.

Lisarda.

¿Alábala mucho?

Camacho.

Mucho.

Lisarda.

¿Y está enamorado?

Camacho.

No,
no es esto porque la quiere,
porque otro primero amor

le tiene mas divertido,
porque está dama de hoy
aun no pinta, sino borra,

Lisarda.

¿Qué borra?

Camacho.

Eso no sé yo;
ni entiendo; mas me parece
que os habeis sentido vos
de que borre; si sois ella,
decidmelo.

Lisarda.

¡Muerta estoy! *ap.*
pues atrevido, villano,
infame, falso, traidor;
yo no soy sino Lisarda,
hija del Gobernador,
y en mi casa no se usa
tratar ni sentir de amor.
En tanto que está en mi casa
esa muger, no es razon
que soliciteis hablarla,
que es sagrado del honor
esta casa; y si volveis
aqui otra vez, vive Dios
que haré que cuatro criados
os echen por un balcon.

Camacho.

Pesarame, y con tres basta;
¿qué son tres? sobrarán dos;
¿qué son dos? bastará uno;
¿uno? medio, un cuarteron,
un brazo, una mano, un dedo,
una uña sola bastó;
y asi, me voy antes que

ellos me arrojen: á Dios. *Vase.*

Lisarda.

Aun en los menores gustos
es mi desventura tal,
que el bien se convierte en mal.

Celia.

Temores han sido injustos,
para sentirlos asi.

Lisarda.

Ya lo llegué á imaginar,
y me he de desengañar:
hoy un papel le escribí,
y diciendo, Celia, fué,
que si dinero ó favor
de su prision el rigor
pueden quebrantar, saldré
á verle donde él quisiere;
fingiendo que yo tambien
quebranto mis guardas.

Celia.

Bien.

Lisarda.

Y donde quiera que él fuere
llevaré en mi compañía
esta dama; y siendo él
(no permita amor cruel
tan grande desdicha mia)
desistiré de mi amor;
y sino, venceré amando
tantos imposibles.

Celia.

Cuando
sea el Páris de su honor,
hallándote de ese modo
en irle á ver empeñada,

fuerza es volver desairada.

Lisarda

Ingenio habrá para todo.

ESCENA VI.

Lisarda, y sale Flerida con manto.

Lisarda.

¿Laura, dónde vas asi?

Flerida

Con tu licencia, señora,
voy á una prision ahora,
donde está el alma

Lisarda

¡Ay de mí! *ap.*
di que á matarme, y dirás
mejor; cómo he de sufrir
quedar yo, viéndola ir,
en duda si es él? ¿no hay mas
en las casas principales
de tomar el manto, y voy
donde quiero?

Flerida.

Tal estoy,
que no me dejan mis males
discurrir con atencion;
ni es mucho quien vino asi
desde Nápoles aquí,
vaya de aquí á una prision.

Lisarda

Con todo eso, corre ya
por cuenta de quien te tiene
en casa tu honor, si viene
mi padre, ¿qué nos dirá?

Flerida

Yo volveré antes que venga,
que no es, señora, muy tarde.

Lisarda

Has de ir conmigo esta tarde
á una visita

Flerida.

¿Que tenga
paciencia para no verle
quieres?

Lisarda.

Hete menester.

Flerida

Al instante he de volver,
que no quiero mas de verle.

Lisarda.

Pues eso no quiero yo.

Flerida.

Luego te vendré á servir.

Lisarda.

No te canses, que no has de ir.

Flerida

Tú no te canses, que no
puedo si en esto consiste.

ESCENA VII.

Dichos, y sale el Gobernador.

Gobernador.

¿Las dos en contienda igual?

Lisarda.

A fé que has de hacer por mal
lo que por bien no quisiste.
Quiérese de casa ir
sin hablarte á tí primero.

Flerida.

Sí, señor, porque irme quiero.

Gobernador.

¿No hay mas de quiérome ir?

Flerida.

Yo confieso que debiera
tu licencia pretender,
mas si llegaste á saber
quien soy y de que manera
aquí estoy, no es liviandad
ir, si el alma lo desea,
adonde mi esposo vea,
que está preso

Gobernador.

Asi es verdad:
mas porque no le veais,
presa habeis estado aquí.

Flerida.

¿Presa, señor? ¡ay de mí!

Gobernador.

¿Ya tan olvidada estais?
¿no os acordais del jardin?

Flerida

Sí, y el alma lo confiesa.

Gobernador

¿No venisteis desde él presa?

Lisarda

Llegó nuestro engaño al fin. *ap.*

Flerida

¿Presa yo? mirad que no.

Gobernador.

¿Yo mismo no os hallé allí?

Flerida.

¿Pues yo no me vine aquí?

Gobernador.

¿ Pues no os envié presa yo?

Flerida.

Di, señora, por tu vida
esto.

Lisarda.

¿ Presa no veniste,
por señas que me dijiste
que te hallaron escondida
dentro de la misma casa?
¿ pues yo de qué lo supiera,
si tu voz no lo dijera?

Flerida.

¿ Qué es esto que por mi pasa?

Gobernador.

Y aun lo negará con eso:
pues quedais solas las dos,
acuerdaselo por Dios,
que quiere quitarme el seso. *Vase.*

Flerida.

¿ Presa me trajeron?

Lisarda.

No.

Flerida.

¿ Pues quién tal rigor abona?

Lisarda.

Laura, esto es fuerza, perdona;
porque primero soy yo:
vente esta tarde conmigo,
todo el suceso sabrás,
y de esas dudas saldrás.

Flerida.

Paciencia, tu sombra sigo.

ESCENA VIII.

Decoracion de Prision.

Don Juan y don Cesar.

Juan.

Cesar, corrido vengo
de haber de vuestro amor desconfiado;
mas por disculpa tengo
que pintan al amor ciego y vendado,
á quien dieron los cielos,
para que le guiasen á los celos.
Mozos de ciego han sido,
(no os parezca bajeza este concepto)
ellos han conducido
á amor por donde quieren, y él sujeto
y humilde á obedecellos,
ha de creer lo que dijeren ellos.
La respuesta que dije
que hoy os habia de dar ha sido esta;
ningun temor me aflige,
admitid la disculpa por respuesta,
ya yo estoy satisfecho:
mas si vos no lo estais, rompedme el pecho.

Cesar.

Don Juan, aunque pudiera
agraviarme de vos, la queja mia
remito, que no fuera
amigo como soy, si el primer dia
que os disgustais conmigo,
no os sufriera un defecto como amigo.
Confieso que era fuerte
la ocasion que tuvisteis, y confieso
que el no darme la muerte

entonces fué valor; pero tras eso,
de otro hombre no sufriera
que mis satisfacciones no admitiera:
¿cómo os desengañasteis?

Juan.

Si fué eso hacer á mi amistad agravio,
¿para qué me acordasteis
que os ofendí? ya el corazon, ya el lábio
este secreto sella:
bella es la presa vuestra.

Cesar.

¿No es muy bella?

Juan.

Si, mas junto á Lisarda,
es junto al dia una tiniebla oscura,
es una nube parda
junto al sol, es un mar de la hermosura;
ninguna se la atreve,
que como arroyos fáciles los bebe.

Cesar.

Cuando tan bella sea,
no será tan discreta y entendida:
¿quereis, don Juan, que os lea
un papel, pues la máscara corrida
tiene amor, y á los dos en penas tales
comunes son los bienes y los males?

Juan.

Hareisme mucho gusto.

Cesar.

Mucho lo he encarecido, y no me atrevo.

ESCENA IX.

Dichos y sale Camacho.

Camacho.

¿Qué salí de aquel susto?

gracias á Dios que el pie turbado muevo.

Juan.

¿Qué es eso?

Cesar.

¿De qué son las confusiones?

Camacho

Vienen tras mí criados y balcones:
yo quise ver tu presa,
por ver si era tan ella y tan gallarda
como tu voz confiesa,
y con un diablo hallé de una Lisarda,
la cual enfurecida
de saber á qué fuese mi venida,
me dijo: esta no es casa
donde á nadie se busca con recados;
y si esto otra vez pasa,
de un balcon mandaré á cuatro criados
que os echen.

Juan

Eso creo muy bien della,
porque es tan recatada como bella:
mas el papel leamos,
y aquese ingenio singular veamos.

Lee don Cesar.

Si podeis sobornar vuestras guardas como yo las mias, saldré esta tarde á veros; mas con tres condiciones; que tengais una silla á la puerta de la iglesia Mayor, y una casa donde pueda hablaros, y os dejeis en casa la pistola.

Juan

Buen estilo, y cortesana;
pero temerario intento

me ha parecido

Camacho.

Oye un cuento;

Llevando un dia un villano
una soga y una estaca,
una cabra, una cebolla,
una polla y una olla,
halló una grande bellaca;
llamóle, y díjole: Gil,
ven acá, parlemos hoy
en este campo: si voy
cargado de alhajas mil,
dijo él, ¿cómo podré
sin que se me pierdan todas?
Dijo ella: mal te acomodas,
que eres nécio bien se ve;
¿que llevas? tú lo verás:
una cebolla, una olla,
cabra, soga, estaca y polla.
¿Eso es mucho, pues hay mas
(dijo) de hincar en el suelo
la estaca; y cuando lo esté,
atar la cabra de un pie
con la soga, y en un vuelo,
para asegurarlo mas,
meter la polla en la olla,
taparla con la cebolla
la boca; y asi estarás
seguro de que se abra,
y tendrás si eso te ahoga,
seguras estaca y soga,
polla, olla, cebolla y cabra.
Cuando quiere una muger,
no hay inconveniente humano,
lo imposible ha de hacer llano.

Juan.

¿Y al fin, qué pensais hacer?

Cesar.

Con gran gusto á hablarla fuera
si fuera denoche, ó si
para salir hoy de aqui
licencia el alcaide diera;
y luego tuviera adonde
verla.

Camacho.

Tan cargado estás
como el villano, y aun mas.

Juan.

A eso mi amistad responde:
licencia yo la tendré
del alcaide para veros,
mi cuarto puedo ofreceros
sin ningun riesgo, porque
cae á otra calle la puerta.
De aqui en un coche saldreis,
y todo lo dispondreis
como esa dama concierta.

Camacho

No está la tramoya mala,
tan bien lo has acomodado,
que pienso que has estudiado
la leccion de la zagala

Juan

Parte, Camacho, y preven
la silla: la llave es esta
del cuarto, todo lo apresta
para que suceda bien:
ea, pues, no tardes, vete.

Camacho.

Solo en esto seré presto,

por ser parecido en esto
cocinero y alcahüete;
pues sin probar un bocado
de los manjares que ha hecho,
suele quedar satisfecho
de solo haberlos guisado. *Vase.*

Cesar.

Grandes finezas haceis.

Juan

Aquestas albricias doy
al desengaño de hoy.

Cesar.

¿En efecto, me ofreceis
la licencia, casa y coche?

Juan

No es muy grande demasia,
que os quiero llevar de dia,
porque vos no vais denoche;
pero aqui el Gobernador
entra.

Cesar.

Novedad ha sido,
pues á la torre ha venido.

ESCENA X

Don Juan, César, y sale el Gobernador y gente.

Gobernador.

¿Don Juan, aquí estais?

Juan.

Señor,
estoy yo preso tambien.

Gobernador.

¿Preso vos?

Juan

Si está mi amigo

preso, justamente digo
que lo estoy yo

Gobernador.

Decís bien;
pero si ese es argumento
que vale, todos lo estamos,
pues que servir deseamos
á don Cesar.

Cesar.

Solo intento
callando llevar la palma
de agradecido, que es mengua
que quiera alzarse la lengua
con los afectos del alma:
solo te digo que Dios
esa vida aumente y guarde.

Gobernador.

Don Juan, dejadme esta tarde
á don Cesar, que los dos
tenemos mucho que hablar.

Juan.

Ya te obedezco.

Cesar.

¡Ay de mí, *ap.*
qué buena ocasion perdí!
tarde la podré cobrar:
don Juan, ya veis lo que pasa,
si acaso hubiere llegado
la dama con el criado
á esperarme á vuestra casa;
pues es mi tormento tanto,
id vos mismo, entrad con ella,
que yo sé que estará ella
bien tapada con su manto,
y decidle que no puedo

ir á verla, y pues sabeis
quien es, con ella no os deis
por entendido, y que quedo
muerto decid.

Juan.

Si diré.

Cesar.

Id en aqueso advertido,
que no os deis por entendido
de quien es don Juan.

Juan.

No haré. *Vase.*

Gobernador.

Sentaos, don Cesar, aqui. (1)

ESCENA XI.

Cesar y el Gobernador.

Cesar.

En todo he de obedeceros.

Gobernador.

Habeis, Cesar, de saber
que en mis mocedades fui
de Don Alonso Colona
grande amigo; y asi vengo
con la obligacion que tengo
á su honor y á su persona
á hablaros; y no os parezca
que como juez he venido:
él, en efecto, ha querido
que yo á servirle me ofrezca,
y haciendo como hombre sábio,
para lograr su quietud

(1) *Sientanse los dos.*

la necesidad virtud,
y obligacion el agravio,
vuestro perdon ha ganado,
y en este pliego os le envia,
porque á este remedio fia
el ver su honor restaurado:
dice en fin, que como vais
casado con su hija bella,
á su casa vos y ella
con mucho gusto volvais,
que como padre los brazos
tendrá abiertos.

Celia.

Vos haceis
como quien sois, y poneis
en el alma eternos lazos.
Celos fueron la ocasion
de un furor desatinado,
mas ya estoy desengañado
de que fueron sin razon;
y asi digo que he de ser
desde hoy de Flerida bella,
y me casaré con ella.

Gobernador.

Esta noche se ha de hacer.

Cesar.

¿Teneis poder?

Gobernador.

¿Para qué,
si ella y vos estais aquí?

Cesar.

¿Flerida aquí? ¿cómo asi?

Gobernador.

Buen descuido es ese á fé:
¿no está aquí? ¿no está en mi casa?

Cesar.

Eso, señor, no sabia.

Gobernador.

¿No la halle con vos el dia
que os prendí?

Cesar.

¿Qué es lo que pasa?
Señor, si habeis presumido,
que es esa Flerida bella,
vive el cielo que no es ella.

Gobernador.

¿Cómo puede haber mentido
un criado que la vió,
y decirlo ella tambien?

Cesar.

¿Ello hay otra presa á quien
tengas en tu casa?

Gobernador.

¿No
es la que con vos estaba
en el jardin?

Cesar.

Es error,
que no es Flerida, señor.

Gobernador.

Ya mi paciencia se acaba:
¿si ella misma me confiesa
con mil rendidas razones
los amores y ocasiones,
si bien niega que esta presa,
pueden ser mentira?

Cesar.

Pueden
convenir á otra muger
esas señas.

Gobernador.

¿Puede ser,
si criados lo concedrn,
que siguiéndola han venido,
la han visto y desengañado?

Cesar.

Pues ha mentido el criado.

Gobernador.

Hareis que pierda el sentido.

Cesar.

Llevadme á vella, y si ella
dice delante de mí
que es Flerida, desde aquí
estoy casado con ella

Gobernador.

Decis bien, venid.

Cesar.

¡Ay, Cielos,
sacadme de aqueste engaño!

Gobernador

¡Dadme, Cielos, desengaño
de tan confusos desvelos.

Cesar.

¿En fin, ella es la que andaba
escondida en el jardin?

Gobernador.

Sí.

Cesar.

Pues no es Flerida, en fin.

Gobernador

Pues peor está que estaba.

ESCENA XII.

Decoracion de Sala.

Salen Lisarda y Flerida con manto tapadas, y Camacho con ellas.

Camacho

Esta es, señoras, la casa;
toda la ciudad rodé
porque no fueseis seguidas;
yo apuesto que no sabeis
donde estais

Lisarda

Si hemos venido
corriendo siempre sin ver
la luz, y en este portal
apenas puse los pies,
porque dentro desta sala
de la silla me apee,
imposible es el saberlo.

Camacho.

El orden que traje fué,
que en dejándoos aqui dentro,
volviese á cerrar despues
por defuera; aquí os quedad,
que el hospedage que veis
aposento es de hombre mozo,
bien hay que mirar en él:
á Dios. *Vase.*

Flerida

Callando he venido *ap.*
toda la tarde, porque
Camacho no me conozca;
ya voy echando de ver

que es verdad que está aquí Cesar,
pues sus criados se ven:
¿pero Lisarda tapada?
¿tan disimulado él?
¡y yo por testigo desto!
quiera Dios que pare en bien.

Lisarda.

Desahoguémonos un poco
aquí, que nadie nos ve,
Laura: ¡mas válgame el Cielo! (1)

Flerida.

¿De qué te admiras?

Lisarda.

No sé,
no sé, Laura: muerta soy.

Flerida.

¿Qué tienes?

Lisarda.

¿Qué he de tener?
si estoy en mi misma casa,
cuando encubrirme pensé
para un amoroso afecto,
que tú has de saber despues,
que para algo te he traido.
Este aposento que ven
tus ojos, es de don Juan;
tú como huéspeda en él
no entraste, y no le conoces,
mas yo le conozco bien:
tiene la puerta á otra calle,
que como tapada entré,
y vine sin ver por donde,
sin luz, sin norte y sin ley,

(1) *Reconoce el cuarto, y alborótase.*

pájaro nocturno he sido,
yo misma he dado en la red:
¡ay de mí, yo estoy perdida!
¿de quién (¡ay, Cielos!) de quién
podré quejarme? de nadie,
pues mia la culpa fué:
déjame desengañar,
déjame reconocer
si es verdad, si es ilusion;
¿mas quién en el mundo cree
que señas que han de matar,
mentiras pudiesen ser?
Estas sillas, estos cuadros,
aquel escritorio, aquel
espejo, estas colgaduras
son las mismas, no hay que ver
yo estoy en mi misma casa,
¿cómo, Cielos, pudo ser?
mas no tengo de rendirme
de la fortuna al desden:
si para todo hay remedio,
para aquesto le ha de haber.
Una puerta deste cuarto
cae al mio ¡ay, Dios! si en él
hubiese quien nos abriese:
pues yéndonos de aqui, bien
se remediaba el que aqui
no nos hallen, que despues
alguna disculpa habrá;
y cuando no, si una vez
salgo yo de aqui, que nunca
haya disculpa: esta es,
acecha por esa llave.

Flerida

Celia á una ventana que

desde tu cuarto, señora,
cae a ese hermoso vergel,
labor hace.

Lisarda.

Pues aparta,
llamaréla: Celia, cé.
¿Ah, Celia? No sabe donde
llaman, como no nos ve,
y anda loca: aqui á esta puerta.

Celia.

¿Pues quién llama aqui? ¿quién es?

Lisarda.

Yo soy, Celia: si es que puedes,
(luego la ocasion diré)
abre esta puerta.

Celia.

La llave
mi señor ha de tener
sobre un escritorio, espera,
volando por ella iré.

Lisarda.

Oh, si tan presto vinieses
como yo te he menester.

Flerida.

No será posible ya.

Lisarda.

¿Cómo?

Flerida.

Como oigo torcer
la llave de esotra puerta,
y entra un hombre

Lisarda

Don Juan es:
¿qué he de hacer? ¡válgame el Cielo!
ingénio aquí es menester:

Laura, quitame este manto
y tapate, en tanto que él
tarda en volver á cerrar,
y hagamos del ladron fiel.

ESCENA XIII.

Dichas y sale don Juan.

Juan.

No está en la primera sala
esta dama, querrá ver
todo el cuarto: vos, señora;
¿mas qué es esto?

Lisarda.

¿Qué ha de ser?
que soy yo, señor don Juan,
tan galante y tan cortés,
que viendo que os esperaba
esta dama, sin tener
quien la hiciese compañía,
porque tan sola no esté,
salí de mi cuarto yo
por esa puerta que veis
á acompañarla, que sois
buen galan en buena fé,
buen galan y buen esposo.

Juan.

Señora.

Lisarda.

Callad, no deis
disculpas mal prevenidas.

Juan.

Yo no.

Lisarda.

Sois un descortés;

ingrato, mal caballero;
poco amante y poco fiel.

Juan.

¿Conocisteis á esa dama?

Lisarda.

¿Pues habia yo de ser
tan grosera como vos,
llegando á reconocer
á quien no me ofende á mi?

Juan.

Pues escuchad y sabed.

Lisarda.

No estoy tan enamorada,
don Juan, que haya menester
satisfaccion, no son celos
estos, sentimiento es
del agravio, del desprecio
que á mi vanidad haceis:
¿en mi casa y á mis ojos
embozada otra muger?
¿silla, corridas las puertas,
con escudero de á pie?
¿criado de puerta afuera,
que no saben si lo es
los de casa, reservado
para cierto menester
de ser mastin de las damas?
todo lo alcanzo y lo sé.

Juan.

Escuchad.

Lisarda.

No hay que decir.

Juan.

Advertid.

Lisarda.

No os disculpeis.

Juan.

Un amigo.

Lisarda.

Ya eso es viejo:
quereisme dar á entender
que un amigo os pidió el cuarto
para hablar á una muger,
cosa entre mozos corriente:
frívola disculpa es

Juan.

Señora, escuchad por Dios.

Lisarda.

Quien escucha que la dén
satisfaciones, sin duda
se quiere satisfacer:
yo no quiero, yo no quiero,
dadme aquesa llave pues.

Juan.

No os ireis, sin que primero
sepais....

Lisarda.

No lo he de saber,
apartaos á ese lado:
váyase vuesa merced,
mi señora, y agradezca
que soy quien soy y es quien es.
Perdóname, amiga mia, *ap.*
que esto es fuerza.

Juan.

¡Oh, dura ley
de amistad! pues no ha de irse,
sin que primero escucheis
de su boca mi disculpa.

Lisarda.

¿Si no la quiero saber,
qué me apurais?

Juan.

Vos, señora:
decid si me conoceis,
decid quién es vuestro amante,
ó vive Dios que diré
quien sois vos

Lisarda.

¿Mas voces dais?
¡ó qué mal pleito teneis!

ESCENA XIV.

Dichos, y sale Celia por la puerta á que llamaron.

Celia.

¿Señora?

Lisarda.

¿Qué quieres?

Celia.

Ya
la puerta abrí.

Lisarda.

Tarde fué,
pero bien está.

Celia.

¿Qué es esto?

Lisarda.

Ir con tramoya, y hacer *ap.*
á esta dama del manjar
que la he habido menester:
mirad si la puerta estaba
abierta por donde entré.

Juan.

¿Quién os niega esa verdad?
gente viene, (¡ay de mí!) y es
vuestro padre: solo os pido
que esto no deis á entender.

Lisarda.

Primero soy yo que nadie:
si buena disculpa hallé
para no darte mi mano
y librarme á mí, ¿por qué
la he de aventurar?

ESCENA XV.

Dichos, y sale el Gobernador, don Cesar y Camacho.

Gobernador.

¿Qué es esto?
vuestras voces escuché,
y me obligaron, entrando
en casa, á llegar á ver
que sucedia: ¿tú aquí,
Lisarda?

Lisarda.

Aquí vine.

Gobernador.

¿A qué?

Lisarda.

A visitar una dama.

Gobernador.

¿Dama aquí? ¿quién puede ser?

Lisarda.

Una dama de don Juan
es la tapada que veis.

Gobernador.

Por cierto, señor don Juan;

muy póca razon teneis
en entrar asi en mi casa.

Juan

Pues tú me matas tambien,
perdóneme la amistad,
que no hay rigurosa ley
que diga, que por su amigo
un hombre llegue á perder
el honor que hoy aventuro,
si pierdo tan grande bien;
y puesto que aquesta dama
poco tiene que perder,
pues ser dama de don Cesar
saben ya cuantos la ven,
desde el dia que tú mismo
la fuiste á prender con él,
sabe que la dama presa
que tienes en casa es,
que para hablar á don Cesar
salió esta tarde: si fué
mucho yerro hacer espaldas
á un amigo, que me dés
castigo te pido

Flerida.

¿Yo *ap.*
á Cesar hablar ó ver
quise?

Cesar.

Si la descubierta *ap.*
es la dama que yo hablé,
¿quién la tapada será?

Gobernador.

Ya descubrios podeis,
señora, pues conocida
estais, que yerro no es

muy grande salir á hablar
á vuestro esposo, y tambien
me importa desengañarle
de que sois Flerida, que él
dice que vos no lo sois.

Flerida.

Yo lo soy, señor, porque
muger que es tan infelice,
otra nó pudiera ser
sino yo. *Descúbrese.*

Cesar.

¡Cielos, qué veo!

Gobernador.

Don Cesar, decidme si es
Flerida ahóra.

Cesar.

Sí, señor.

Gobernador.

Pues bueno es quererme hacer
loco, diciéndome allá,
Cesar, que no podia ser,
teniendo vos concertado
salirla esta tarde á ver
aquí.

Lisarda.

Ya estoy consolada
de que no podrá mi bien
convertirseme en peor,
pues tal desengaño hallé;
y pues el amor perdí,
no vaya el honor tras él,
haya ingenio para todo:
si todos quereis saber
el fin de las confusiones
que á este lance padeceis,

sabed que Flerida hermosa
de mí se vino á valer,
y yo la traje engañada
hasta aqui, porque á deber
á otro no llegue su honor;
castigar á don Juan fué,
porque tenga mas respeto
á su casa y su muger.

Flerida.

¿Para qué he de averiguar
el como, puesto que hallé
mi honor: tuya soy.

Cesar.

Y yo,
pues que vos lo quereis.

Lisarda.

Sí, porque el pesar me quite
este gusto de hacer bien.

Gobernador.

Pues ya que os brinda el amor,
hacer la razon podeis,
don Juan y Lisarda, dándoos
las manos.

Juan.

Tuya es mi fé.

Camacho

El *Peor está que estaba*
nunca ha encajado mas bien
que ahora que están casados,
y asi, ite Comedia est.

Cesar.

Y como noble Senado,
haced á su Autor merced
de perdonarle sus faltas,
pues se pone á vuestros pies.

Peor está que estaba.

Don Cesar Ursino, amante de Flerida, habiendo muerto por celos á un caballero á quien vió entrar de noche en el jardin de su dama, huye y llega á una quinta donde le recibe don Juan, que le promete su proteccion, cómo yerno que va á ser del Gobernador de Gaeta, casándose con su hija Lisarda, Por su parte el padre de esta recibe carta del de Cesar, participándole la huida de este, llevándose robada á su hija, y pidiéndole los detenga; pero los trate con la consideracion de la amistad que media entre ambos. Lisarda apasionada de don Juan, la habla algunas veces en la quinta, pero tapada, é ignorando que venia á ser su esposo. Flerida abandonada de Cesar huye en su seguimiento, llega á Gaeta, refiere sus desgracias á Lisarda, y la ruega la admita de doncella bajo el nombre de Laura. El Gobernador en cumplimiento del encargo de su amigo, pasa á la quinta y prende á don Cesar, que declara quien es, y á su hija Lisarda, á quien por consideracion urbana no permite que se descubra, suponiendola ser la dama robada por don Cesar, y hace que la conduzcan á su propia casa, y lleva preso á don Cesar. Don Juan se presenta al padre de Lisarda y á esta, y queda prendado de ella; pero Lisarda prendada de la gallardía con que don Cesar quiso defenderla cuando su padre le apresó, le envia un recado para que vaya á verla en aquella noche. Don Juan proporciona la salida á don Cesar por ser amigo del alcaide, y le acompaña. Estando en coloquios con Lisarda se le dispara á don Cesar una pistola: alborótase la casa, y el Gobernador y don Juan buscan á don Cesar que sale á tientas y se mete

en una silla de manos que encuentra en el portal, donde le ve don Juan; pero disimula por cumplir con la amistad, aunque lleno de celos. Pasado el riesgo desafia á don Cesar, y este le declara el motivo de haber ido á la casa de su prometida esposa á ver una dama presa en ella; pero no satisface esto á don Juan, que le pide término para responderle hasta el siguiente dia. Deseoso don Juan de certificarse en sus dudas, madruga para informarse de Flerida si es ella la dama á quien obsequia Cesar, y con la declaracion de esta quedan tranquilizadas sus sospechas, pues diciendo que va á ver â Cesar, dispierta las dudas de esta, que ignora que su amante se halla en Gaeta. Pide licencia á Lisarda para ir á verla, y no se la dá; sino que avisa á Cesar vaya á verla, suponiendo que ha quebrantado el rigor de los que la guardaban, y llevando consigo á Flerida, para desistir de su amor en caso de que averigue ser esta la dama á quien aquel obsequia. Riñendo Lisarda con su supuesta doncella, y sobreviniendo el Gobernador está á pique de descubrirse la equivocacion de todos, lo que se dilata con la marcha de aquel. Don Cesar comunica á don Juan el villete en que le invita Lisarda á verla: este le proporciona medio de verificarlo; pero deseando el Gobernador conferenciar aquella tarde con don Cesar, les corta el proyecto, y siendo la cita en casa de don Juan, encarga á este don Cesar vaya y le disculpe con su dama, que estará tapada. El Gobernador manifiesta á don Cesar que está alcanzado su perdon, y que puede dar la mano á la dama robada, que está depositada en calidad de presa en su propia casa. Don Cesar porfia que no es ella, y para convencerle el Gobernador la lleva á su casa. Lisarda que fingiéndose Flerida habia acudido á la cita, se admira de encontrarse en la ha-

bitacion de don Juan, pide celos á este, haciendo que Flerida se ponga su manto, y esta confusion no se deshace hasta la llegada del Gobernador y de don Cesar, terminándose con el casamiento de este con Flerida y de don Juan con Lisarda.

El prurito de don Pedro Calderon de la Barca y lo que constituye el mérito de sus dramas, es el ingenio y admirable travesura con que sabia enmarañar la accion, haciendo nacer un incidente de otro con inconcebible facilidad, como se echa de ver en la presente Comedia Asi es que todas sus composiciones de capa y espada sobresalen en esta parte, á la que acompañan un estilo cortesano y agradable lenguage, aunque se adviertan desatendidas por otra parte las reglas del arte Proponiéndose, como todos nuestros antiguos autores dramáticos, mas que un asunto moral el desempeño del título que habian dado á su Pieza, pues parece que esta no era mas que consecuencia de aquel, justifica con las vicisitudes en que presenta la suerte de los protagonistas el dicho vulgar de *Peor está que estaba*, entreteniendo agradablemente al incierto espectador, que fluctua en una continua alternativa de incidentes, producidos todos del disfraz de Flerida, y de la equivocacion de su persona con la de aquella El prólogo secreto que informa al auditorio del asunto por boca del Gobernador de Gaeta, leyendo la carta de don Alonso Colona su amigo es muy natural No asi ciertas metáforas en diferentes pasages con las cuales pagó el autor tributo al gusto de su siglo tan achacoso de culteranismo, como cuando dice Lisarda á Flerida:

Alzad, señora, del suelo,
ved cuan gravemente yerra
quien asi rinde á la tierra

todas las luces del cielo.

y responde Flerida:

Cuando mi beldad lo fuera,
rendirme no fuera error
á otro cielo superior
que asi es una y otra esfera:
fuéramos cielos las dos,
y estuvieran en el suelo
un cielo sobre otro cielo;
y estando rendida á vos,
que ostentais luces tan bellas,
yo que lloro mi fortuna,
seré el cielo de la luna,
y vos el de las estrellas.

Lo mismo se observa en la relacion en que dá cuenta Flerida de sus desgracias á Lisarda, en la que define los celos diciendo:

que son Alcoran los celos,
que no se dán á disputa.

y llamando á un caballo *pájaro sin pluma*, para ponderar su ligereza, advirtiendo de paso, que la tal relacion que empieza

Yo seré corta,
hermosísima Lisarda,

tiene nada menos que ciento y noventa versos, defecto muy perdonable en aquel tiempo, por ser tales relaciones la comidilla de los galanes y damas con que aspiraban á lucir, aunque á costa de la impe-

turbable paciencia del patio.

Estaban tambien muy en boga las cuestiones metafísicas, y no quiso faltar Calderon á la costumbre, no siendo de las menos sutiles la siguiente;

Cesar.

¿Pues no hay amor verdadero
sin ver lo que se ama?

Lisarda.

No,

Cesar.

Yo lo pruebo

Lisarda.

¿Cómo?

Cesar.

Así;
¿un ciego puede amar?

Lisarda.

Sí.

Cesar.

Pues como un ciego amo yo.

Lisarda

El ciego que nunca vió
ama lo que considera,
y como verlo no espera,
no desea verlo: luego
si pudiera ver el ciego,
no amára lo que no viera;
y ahora al contrario; pues vos
no sois ciego y podeis ver,
sin ver no podeis querer.

Cesar.

Engañada estais por Dios,
porque este amor en los dos &c.

Hay mucha viveza y naturalidad en el parlamento de Celia y Lisarda que empieza:

Celia.
Advierte.
Lisarda
No hay que advertir.
Celia
Mira.
Lisarda.
Ya no hay que mirar.
Celia
¿Haste de dejar llevar?
Lisarda.
¿Y heme de dejar morir?
Celia.
Considera....
Lisarda.
No hables mas.
Celia.
Tu peligro.
Lisarda.
Ya le veo.
Celia.
Tu vida.
Lisarda.
No la deseo. &c.

No están tan recargadas como en otras piezas dramáticas de nuestro antiguo teatro, las escenas en que juega el gracioso; pero no dejaremos de citar el gracioso cuento que refiere éste, y que inserta don Alberto Lista en su coleccion de hablistas españoles.

Llevando un dia un villano

una soga y una estaca,
una cabra, una cebolla,
una polla y una olla,
halló una grande bellaca;
llamóle, y díjole: Gil,
ven acá, parlemos hoy
en este campo; si voy
cargado de alhajas mil,
dijo él, ¿cómo podré
sin que se me pierdan todas?
Dijo ella: mal te acomodas,
que eres nécio bien se ve;
¿que llevas? tú lo verás:
una cebolla, una olla,
cabra, soga, estaca y polla.
¿Eso es mucho, pues hay mas
(dijo) de hincar en el suelo
la estaca, y cuando lo esté,
atar la cabra de un pie
con la soga, y en un vuelo,
para asegurarlo mas,
meter la polla en la olla,
taparla con la cebolla
la boca; y asi estarás
seguro de que se abra,
y tendrás si eso te ahoga,
seguras estaca y soga,
polla, olla, cebolla y cabra.
Cuando quiere una muger,
no hay inconveniente humano,
lo imposible ha de hacer llano.

Esta misma facilidad se advierte en el diálogo y versificacion de toda la pieza.

PEPINO

EL

JOROBADO.

DRAMA HISTORICO

EN CUATRO ACTOS DIVIDIDO EN SEIS CUADROS.

POR UN JOVEN CATALAN.

BARCELONA:
IMPRENTA DE IGNACIO OLIVERES.
Calle Ancha, núm. 26.
1841.

PERSONAGES.

OSMA.
CLOTILDE.
CARLO-MAGNO.
PEPINO.
TEODORICO DE VIVARÉS.
OLRICO.
FARAMUNDO DE AUVERNÉ.
ALARICO DE OMAR.
ATAULFO DE ONDROMÉ.
JULIO GONDOIR.
SIGIBERTO CLONDER.
BERLETTI.
FLORENCIO.
VEREMUNDO.
DEGUABERTO.
UN NOBLE.
Conjurados, Soldados, Cortesanos.

La escena en Paris, — año 794.

ACTO PRIMERO.

CUADRO PRIMERO.

La taberna de Berletti.

ESCENA I.

CARLO-MAGNO Y TEODORICO DE VIVARÉS EMBOZADOS EN LARGAS CAPAS SENTADOS JUNTO AL HOGAR. EL PRIMERO ESCUCHA ATENTAMENTE LA CONVERSACIOÑ DE VEREMUNDO, DEGUABERTO, FLORENCIO Y OTROS VILLANOS QUE ESTAN SENTADOS AL REDEDOR DE UNA MESA BEBIENDO. LUEGO SALE BERLETTI.

Deg. Tabernero de los infiernos! ¿qué demonio has puesto en este vino que es capaz de envenenar á todos los diablos?

Flor. Aleman de los demonios, deja exaustas tus bodegas y tráenos vino bueno, ó por vida del Emperador Carlo-Magno...

Ber. (saliendo.) Silencio, señores, silencio, no menteis en esta honrada taberna al Emperador, pues de ningun modo quisiera indisponerme con él. Nada teme tanto el cordero como caer en las uñas del lobo.

Flor. Nada teme tanto un envenenador público como caer entre las uñas del que le haga cantar de plano. ¿Que se te dá á tí que nosotros hablemos del Emperador ó del demonio? ¿Que llamemos á Carlo-Magno usurpador ó que le llamemos héroe? Tu oficio es darnos vino y vino corriente, á precios equitativos, pues ya sabes que nosotros miserables paisanos, no tenemos mucho dinero que gastar y mayormente desde los crecidos impuestos que nos carga este miserable ministro Áres ó Vivarés, ó Antecristo.

(Vivarés hace un movimiento, el Emperador le detiene.)

Ber. Por todos los santos del cielo, señores, no hableis asi en mi posada.

Flor. Déjate de charlar y vé á traernos del mejor vino que tengas en tus bodegas. Afortunadamente aun me queda algun tanto de dinero desde el último impuesto del ladr on público, el ministro Vivarés.

(Vase Berlett i.)

Viv. Oís, señor, permitidme que vaya á castigar la insolencia de estos villanos.

(Quiere levantarse, Carlo-Magno le detiene.)

Car. Silencio y escucha.

Viv. *(mirando á los villanos que hablan entre si.)* Parece que hablan en secreto.

Car. Asi es.

Viv. Hablarán de nosotros.

Car. Efectivamente.

Viv. Habrán notado nuestra presencia.

Car. No lo dudo.

Viv. ¿Qué haremos, pues señor?

Car. Nada.

Viv. Lo mejor seria retirarnos.

Car. No. Lo mejor será quedarse.

Viv. Pero...

Car. Silencio.

Ver. *(ap. á los otros.)* Os lo digo, amigos, he estado observándolos desde el momento que han entrado.

Deg. Y efectivamente su traza parece... asi... un poco sospechosa.

Flor. Pero... quien serán?

Deg. Serán espias.

Flor. Espias? de quien?

Ver. De este que no ha mucho vos llamabais miserable y ladron público.

Flor. *(santiguándose.)* Del ministro Vivarés... Dios nos libre.

Deg. No hay duda; ahora nos están observando fijamente.

Ver. Silencio. Se acerca Berletti.

Berl. Ahí vá vino.

Flor. Escucha posadero ¿quienes son estos dos hombres que llevan encubierto el rostro con el embozo y que hace tiempo están sentados junto al hogar?

Berl. Dos estrangeros que llegaron anoche pidiéndome habitacion y esta mañana vuelven á ponerse en camino.

Flor. No lo decia yo Veremundo, no lo decia yo? estos dos hombres no son espías ni cosa que se les parezca, son dos estrangeros que llegaron anoche y que van á marcharse hoy mismo. *(Veremundo menea la cabeza en señal de incredulidad.)*

Ver. Tú, jóven, no comprendes lo que yo comprendo: el zorro viejo vé con mucha mas facilidad que el jóven el lazo que está tendido bajo el cebo y se guarda de acercarse á él.

Car. Posadero. *(Levantándose.)*

Berl. Señor?

Car. Aqui tienes con que pagar el gasto que hayamos hecho mi compañero y yo.

Berl. Aun sobra.

Car. No importa, guárdalo.

Berl. Gracias, señor.

Flor. Ahora si, Veremundo, que estoy plenamente convencido que estos hombres que acaban de salir no son espias.

Ver. Porqué?

Flor. Los verdaderos espias no pagan con tanta generosidad como estos.

Ver. Florencio, dejaos de tonterias. Juraria como hay Dios qne estos hombres son espias del ministro Vivarés y si os acontece alguna desgracia como puede muy bien suceder, aprendereis á no hablar mal del leon cobijándoos bajo sus garras.

Flor. Ah, ah, ah, os volveis profeta, Veremundo, ó la ancianidad pesa ya demasiado sobre vuestra cabeza, y os hace ver distintos los objetos?

Ver. *(con severidad.)* Jóven, aprended de hoy mas á no mofaros de la ancianidad; cada cana de los viejos es una esperiencia, cada arruga de su rostro un desengaño. *(Vàse.)*

(Florencio queda pensativo, á poco se levanta y vàse, los demás le siguen.)

ESCENA II.

PEPINO, CLOTILDE, OLRICO, BERLETTI.

Pep. Posadero, posadero.
Berl. Señor?
Pep. Tienes en tu casa tres habitaciones desocupadas?
Berl. Si, señor.
Pep. Clotilde, estarás cansada del camino y necesitarás descansar; retírate á tu habitacion mientras yo quedo hablando con Olrico; te acompañará Berletti.

ESCENA III.

PEPINO y OLRICO.

Pep. Estamos ya solos; voy á preguntarte Olrico, respóndeme sinceramente ¿persistes en querer por esposa á mi hija?
Olr. Sí.
Pep. Ah Olrico, Olrico, ahora conozco que la amas tiernamente. Eres jóven y por consiguiente necesito esplicarte algunas particularidades de mi vida antes de enlazarte con una familia que sin duda luego aborrecerás. *(Olrico hace un movimiento.)* Veo que te causan sorpresa mis palabras; no obstante, escucha con atencion: si despues de haber yo concluido persistes en tomar á mi hija por tu esposa, lo será. Tú no sabes, Olrico, tú no sabes lo que es sentir un corazon de fuego, un corazon ardiente, bajo este humilde y hediondo cuerpo; tú no sabes lo que es

verse despreciado del mundo entero, tú no lo sabes, Olrico, porque tu figura es noble y graciosa, porque eres un jóven arrogante, de talla bien formada y de cuerpo robusto. Los hombres te miran, las mugeres te sonrien, te creen apto para todo; pero yo para ellos soy diferente de la especie humana, soy un animal manso y domesticado. Ellos me aborrecen y yo aun les aborrezco mas! Pero ¿porque me aborrecen estos hombres? porque no soy noble? porque no soy hermoso y bien formado? Ah! Dios me hizo asi y yo bendigo la mano del que me hizó. ¿De que me sirve sentir que late en mi pecho un corazon ardiente, un corazon altanero que quisiera elevarse sobre todos estos hombres y pulverizarlos bajo mis plantas? ¿De que me sirve querer alzar la frente con arrogancia, si un gran señor me hace insultar por el mas vil de sus lacayos? Ah! Tú no puedes comprender cual es esta existencia que arrastro miserablemente, tú no lo puedes comprender, Olrico, pero debes pensar que serias del mismo modo despreciado é insultado si llegases á unirte con mi familia.

Olr. Padre mio, porqué ya no vacilo en llamaros padre, apartad de vuestra imaginacion estas ideas tan tristes.

Pep. Te acabo de presentar mi vida bajo un solo aspecto, te la voy á presentar por otro aun mas horrible y despreciable. Me arrojan de los bailes, de las diversiones, de los palacios porque soy asqueroso y contra-

hecho, porque soy pobre y porque no visto crugientes sedas, vestidos perfumados con olores y trages magníficos y suntuosos. Me arrojan tambien de alli porque no puedo presentar á la faz del mundo un nombre puro y sin tacha, porque no puedo decirles: «mi linage y mi prosapia aunque no ha sido noble ha sido honrada:» porque cuando me echan en cara que no me presento con un nombre, he de responderles con la cabeza baja y vergonzante: *soy un bastardo*; porque no puedo decir á estos viles lacayos que me insultan, porque no puedo decir á estas cortesanas coquetas y opulentas, porque no puedo decir á estos barones y nobles tan henchidos con su hidalguia: «mis antepasados no ostentaban blasones ni escudos de armas en las puertas de sus casas, pero eran nobles, porque la verdadera nobleza la constituye la virtud» y me he de contentar con responder cuando me preguntan: *soy un bastardo*. ¿Entiendes tú nada mas horrible que esto? entiendes tú situacion mas amarga que esta? haber de responder á millares de personas que preguntan por mis padres: *Soy un bastardo!*... ¡Ah Olrico! en tus ensueños juveniles, en tus ideas fogosas y brillantes quizá te habrás representado un porvenir mas risueño, que el de casarte con una familia que lleva impreso en su frente el sello de la reprobacion. Abandónanos, Olrico, abandónanos; quizá el cielo te tiene preparada otra muger, noble, rica y feliz. Huye de Clotilde y que

jamás los hombres puedan decir: «Se casó con la hija de un bastardo!»

Olr. (ap.) Terrible situacion!

Pep. Dí, que respondes?

(Olrico guarda silencio algunos instantes, pero por fin se precipita en los brazos de Pep.)

Olr. Padre mio!

Pep. Ahora comprendo tu corazon, Olrico, y amo tu nobleza; ahora comprendo que amas á Clotilde con ardor.

Olr. Oh! si padre mio! la amo, la adoro con todo el amor de que es capaz el corazon del hombre, con un amor violento, volcánico, irresistible. ¡Ah, es imposible que comprendais mi amor!

Pep. Olrico, eres un jóven de buenas y escelentes cualidades, de un corazon noble y sublime y no dudo que harás la felicidad de mi hija.

(Vánse por la puerta del foro.)

ESCENA IV.

CLOTILDE.

Creia encontrar aqui á mi padre.... Se habrá ido con Olrico, pero á donde? á recorrer la ciudad, y como creerian que descansaba no habrán querido llamarme... Dios mio! qué sueño! que cansancio! Voy á sentarme aqui; en esta sala podré descansar un poco, pues asi cuando vengan me verán y me dispertarán. *(Se sienta recostándose en una mesa y queda profundamente dormida. La escena permanece sola algunos momentos.)*

ESCENA V.

CARLO-MAGNO, CLOTILDE DURMIENDO.

Car. Que veo?... una muger?... duerme, oh! que hermosa! talle esbelto, cabello negro, aire gentil, pie lindo y ligero... Ah! preciosa, preciosa criatura! Esta si que es mas hermosa que Osma, esta sí que reinaria eternamente en mi corazon y jamás se separaria de mi lado. Quizá sea una plebeya dispuesta por su clase á estar entre el pueblo, y á no poderse elevar mas allá de lo que le prefija su rango. Pobre niña! si fuese hija de algun noble, seria respetada, adorada, ensalzada su hermosura; ahora ni tan solo nadie hace caso de ella. Como mas la miro mas hermosa me parece. Por el alma de mi Padre, que si esta muger estuviese en la corte seria una radiante estrella cuya brillantez ofuscaria las demás; paladines y donceles, pajes y mesnaderos se postrarian ante ella y le rendirian los trofeos ganados al impulso de su brazo. Seria la Reina de mi corazon, y la fama de su beldad se estenderia hasta las estrangeras cortes; pero voto al diablo que si alguno de estos reyezuelos se atreviese á disputármela, tendria que medir su lanza con la mia, y por Dios vivo que no saldria airoso de su empeño.

(Se acerca á la puerta de la izquierda.)

Berletti, Berletti.

ESCENA IV.

CARLO-MAGNO, BERLETTI, CLOTILDE.

Berl. Señor?
Car. Quien es esta jóven?
Berl. Es una muger que acaba de llegar acompañada segun creo de su padre y de su amante.
Car. (ap.) De su padre y de su amante! *(Alto.)* Bueno, retírate.
Berl. (ap.) Vaya que orgulloso es el señorito! llamarme á toda prisa para preguntarme quien es esta muger? Vaya, vaya!
Car. Que murmuras?
Berl. Nada, nada, señor.
Car. Pues retírate.
Berl. (ap.) Quien diablos será este hombre? Tiene un tono de autoridad y una voz...
Car. (dando una patada en el suelo.) Aun estás aqui?
Berl. No, no, ya... ya me voy; pero quisiera antes haceros una pregunta.
Car. Díla y despacha.
Berl. Quisiera... saber vuestro... nombre *(temeroso.)*
Car. Mi nombre?... con que quisieras saber mi nombre? *(Descubriendose.)* Me conoces?
Berl. Cielo santo!
Car. Ya que me has conocido, voy á hacerte una advertencia; de lo que veas hoy aqui, observa, oye y calla, de lo contrario, te ju-

ro vive Cristo, que esta daga sabrá la profundidad de tu pecho.

(Berletti se retira á una seña imperiosa del Emperador; éste se acerca á la puerta del fondo y dá un pequeño silvido. Comparece Vìvarés.)

ESCENA VII.

CARLO-MAGNO, VIVARÉS.

Car. Vés esta jóven dormida?

Viv. Si, señor.

Car. Entonces ya puedes entenderme; sobre todo silencio y prontitud. Adios.

Viv. Y que he de hacer con esta jóven, señor?

Car. Cuerpo de Dios! pues no me entiendes? á esta jóven la llevarás á mi palacio, me entiendes ahora?

Viv. Si, señor.

Car. Ah! se me olvidaba; hay de por medio su padre y su amante, procúrate deshacer de ellos del mejor modo posible.

Viv. Un padre y un amante?... dos cosas son difíciles de vencer; si pensais que con oro podriamos hacerlos callar...

Car. Que oro ni que diablos! si ven que te llevas la jóven, y ya sabes lo que has de hacer; el padre al Sena, el amante á la horca.

CUADRO SEGUNDO.

¡ UN PADRE !

Habitacion en la posada de Berletti, á la derecha del actor una puerta, á la izquierda una chimenea.

ESCENA I.

PEPINO, OLRICO.

(Pepino sentado embebido en la mas profunda meditacion, Olrico en pie delante de èl. Momento de silencio.)

Olr. Pobre Pepino! *(ap.)* Cruel es el dolor que siente y que desgarra su corazon: una profunda melancolía ha sucedido á su desesperacion, asi tambien á las mas horrorosas tempestades las sucede una profunda y aterradora calma. Llamémosle. Pepino? no me oye. Pepino?

(Este levanta tristemente la cabeza, echa una mirada á Olrico y la deja caer sobre su hombro melancólicamente.)

Olr. Desgraciado!

(Pepino se levanta sobresaltado, fuera de si y sin ver á Olrico.

Pep. Se la llevan! se la llevan! oh monstruos! Olrico, Olrico, que se la llevan, sálvala, la arrebatan de mis brazos á mi pobre hija, á mi ángel, á mi único consuelo, al apoyo de mi vejez. Se la llevan, y yo quedo aban-

donado. Ah, no os la lleveis por piedad! por favor dejadme á mi hija!... Todo lo que tengo es vuestro, maldecidme, insultadme, ahi me teneis de rodillas... Escupidme á la cara, maltratadme, haced de mí lo que querais, pero no os lleveis á mi hija! Dejadme por Dios á mi hija.

Olr. Qué desvarío!

(Pepino vè á Olrico, se dirije hácia èl y le coje de un brazo.)

Pep. Ah! aqui está, ya le tengo... favor... socorro.., Desgraciado! tú me has robado á mi hija, á mi Clotilde, vuélvemela... Ah! ten piedad de un padre afligido... me ves contrahecho, jorobado y te burlas de mí, pero teme mi ira sino me devuelves mi hija; tu estabas aqui cuando me la han arrebatado; tú los has visto, tú eres uno de los cómplices... vuélvemela, vuélvemela, y te bendeciré asi como ahora te maldigo.

Olr. Pepino!

Pep. Ah! tú no haces caso de mí! tu tienes entrañas de monstruo, corazon de bronce, pues ni mis súplicas, ni mis lamentos hacen mella en tu pecho! tú te burlas de mi dolor y Dios maldice á los que se burlan del dolor de un padre!... pero yo me vengaré, desgarraré tu pecho con un puñal y traspasaré mil veces tu corazon con una espada... y esta espada? y este puñal donde están? Soy un plebeyo, soy un villano, y me está prohibido el llevar armas... pero yo iré á palacio, me echaré á los pies del Emperador y no pararé hasta ver cortada tu cabeza en

una plaza pública y devorado tu cuerpo por los buitres; pero tambien me echarán de palacio las guardas, me arrojarán de alli, me será imposible penetrar y me quedaré sin venganza. Ah! Dios mio! Dios mio! no poder vengarme!

(Cae enteramente abatido en una silla y cubriéndose la cara con las manos.)

Olr. Pepino, Pepino, vuelve en tí.

Pep. (volviendo poco á poco en sí.) Ah! eres tú Olrico? yo no sé lo que ha pasado en mí... he esperimentado una conmocion muy fuerte... un horrible ensueño ha pasado sobre mi cabeza... Soñaba... soñaba... ya no me acuerdo... Ah! soñaba que me robaban á mi hija... sí... esto soñaba, pero me he dispertado y todo ha sido un sueño, una ilusion... ¿No es verdad, Olrico, que todo ha sido un sueño?... pero mi hija, donde está? que ha sido de ella?... Clotilde, Clotilde, *(lanzando un grito.)* Ah!... ahora me acuerdo... *(Pausa)* Ah! Olrico, Olrico, he perdido mi hija! *(melancólicamente.)* ¿Ves este fuego que brilla débilmente y que parece pronto á despedir el último resplandor? *(Señalando á la chimenea.)* ¿ves estas llamas azuladas que ondean mecidas por el viento de la tarde, y que se apagan en medio de los consumidos tizones?.. del mismo modo ha sido mi vida; un rayo de esperanza habia alumbrado mi sien marchita por las penas y tempestades, una ilusion feliz y risueña habia coloreado este rostro pálido y estas arrugadas facciones, habia cifrado toda mi esperanza en mi hija, y

habia creido morir tranquilo en sus brazos, dejando feliz á ella en los de un esposo... pero se han trocado mis ilusiones, y mi porvenir solo me presenta amarguras y quebrantos.

Olr. Pepino, dejadme á mí el cuidado de encontrar á vuestra hija, mi prometida esposa, que yo os juro registrar todos los confines del mundo hasta encontrarla.

Pep. Olrico, generoso Olrico, yo aprecio tu oferta, pero no te vayas, no; conozco que mi última hora no tardará en llegar y entretanto deja que á lo menos tenga un débil consuelo, y cuando yo te haya estrechado entre mis brazos, cuando mi alma haya volado á la eternidad, entonces búscala y véngala.

Olr. Lo haré asi, padre mio, lo haré asi.

Pep. Búscala cuando yo haya muerto... ahora no, pues me la traerias á mi presencia deshonrada, y prefiero verla muerta que deshonrada. Aquella niña tan pura, tan inocente, en cuyo casto seno yo reclinaba mi frente... aquella niña que yo mecia entre mis brazos, mientras nos arrullaba cariñosa la brisa de la tarde, aquella niña cuyos juegos infantiles me hacian enternecer de gozo y contento, verla ahora perdida, deshonrada en brazos de un corrompido seductor!... oh! no, no!... mira, Olrico, arma tu mano con una daga, desgárrame con ella las entrañas, atraviesa mi pecho á miles de estocadas, dame la muerte entre los mas horribles padecimientos, prefiero esto que ver á mi hija

deshonrada, y sin atreverse á levantar los ojos á la presencia de su padre.

Olr. Pero, padre mio...

Pep. Oh! por Dios, Olrico, no vuelvas á mentar en tu vida este funesto nombre de padre, padre! Sabes tú lo que encierra esta funesta palabra?.... un porvenir horrible, un porvenir de amarguras, un porvenir que debe pasar entre los insufribles tormentos del infierno. Padre!...no vuelvas á mentar esta palabra... Si aun tienes un resto de compasion hácia este infeliz que tienes á tu lado no le llames *padre;* dame el nombre de esclavo, de villano, de criado, de cualquiera, todo lo sufriré con resignacion, pero por los cielos santos no me llames *padre.*

Olr. Amigo mio, querido amigo, no te abandones á la desesperacion... quien sabe si tal vez...

Pep. Cállate. No procures mitigar mi amargura con falaces palabras y encubridores amaños. Todos tus esfuerzos serian inútiles y créeme, en lugar de mitigarlo aumentarias mi dolor.

Olr. Pero aun no sabemos quien es el que se ha atrevido á arrebatar á tu hija.

Pep. Sea quien sea, mi maldicion pesará siempre sobre su cabeza y le perseguirá continuamente.

Olr. No obstante... si preguntásemos á Berletti?

Pep. Quien? Berletti? este aleman? no, no, sin duda tiene tambien parte en el rapto de mi hija.

Olr. Pepino, déjame hacer. Voy á preguntarle y quien sabe...

Pep. Pues bien, haz lo que quieras, obra como tu conciencia te lo dicte.

Olr. *(acercándose á la puerta.)* Berletti, Berletti.

ESCENA II.

Los mismos, BERLETTI.

Ber. Que mandais?

Olr. Voy á hacerte varias preguntas; si respondes exactamente y con verdad á todas ellas aqui hay oro (*le muestra un bolsillo*) de lo contrario tengo tambien hierro. (*Le muestra un puñal.*)

Ber. Decid, caballero, decid que os aseguro quedareis satisfecho de mi.

Olr. Necesito primeramente saber que se ha hecho de la jóven que venia en compañia de nosotros.

Berl. Saber de la jóven que venia en vuestra compañia? es cosa imposible, señor, imposible.

Olr. Es cosa imposible, dices tú?... pues yo lo haré ser muy posible. Si persistes en negarme lo que sabes, te hundo en el pecho dos pulgadas del buen temple de mi daga, y si me confiesas francamente la verdad te doy el oro que encierra este bolsillo. (*Haciéndolo sonar.*) Dime, quien es el raptor de esta jóven?

Berl. Puesto que me veo obligado, voy á haceros la revelacion mas franca que he he-

cho en toda mi vida, pero... ¿nos escucha alguien?

Olr. No, no, nadie.

Berl. Esperad, iré á asegurarme por mí mismo. *(Váse hácia la puerta, mira por todos lados y despues de haberse asegurado que nadie escucha vuelve al proscenio. — Pepino que ha estado sentado todo este tiempo con muestras de grande abatimiento, levanta la cabeza y escucha.)*

Berl. Pues señor el que ha robado á esta jóven es... Habeis oido?

Olr. No, no es nada; es el viento que silva entre las rejas... prosigue... quien es el raptor?

Berl. Habia creido oir... pues como decia, el que se ha llevado á esta jóven es... es...

Olr. Acaba.

Berl. *(con voz baja mirando temeroso á todas partes.)* El gran diablo.

Olr. El gran diablo?... Te burlas Berletti?

Berl. No, señor, hablo formalmente; cuando os digo que es el gran diablo...

Olr. Estás loco, posadero de Barrabás, ó quieres que yo te haga ir á los infiernos?

Berl. Oh, no, señor, no!

Pep. Berletti, te mofas cruelmente del dolor de un padre.

Berl. No, señor, no; os digo que el que ha arrebatado á vuestra hija es el gran diablo, ó á lo menos asi lo llamamos nosotros los plebeyos.

Olr. Luego es un gran señor?

Berl. De los mas grandes. Os voy á decir su

nombre, pero por el cielo santo, no me comprometais.

Olr. Toma, ahi tienes oro, pero dime su nombre.

Berl. (*con voz baja y misteriosa.*) Es... el Emperador.

Pep. Carlo-Magno!

Berl. El mismo.

Pep. (*con furor.*) Carlo-Magno, Carlo-Magno!

Olr. Este hombre no sabe lo que se dice.

Berl. Como que no? Vaya, vaya...

Pep. (*fuera de si y en voz alta.*) Carlo-Magno!

Berl. El mismo, señor, el mismo; pero por los santos cielos no griteis tan alto; pudieran oiros los pasageros que están en la sala inmediata y lo echabais todo á perder.

Pep. Un Emperador!

Berl. Por Dios vivo, señor, que no deis estos gritos, podrian oiros nombrar al gran diablo y...

Pep. El! ir á robar la hija de un villano!

Berl. Ay Dios mio! voy á cerrar la puerta y hacer todo el ruido posible, no sea que los demonios hiciesen que se oyese.

(*Vase precipitadamente.*)

ESCENA III.

PEPINO, OLRICO.

Pep. (*fuera de sì.*) Cárlos, Cárlos á quien el mundo llama el grande! Cárlos vencedor de los Sajones, conquistador de la Aquitania, y ungido en Roma con la corona imperial! Cárlos el sabio, Cárlos el prudente ir á robar la

hija del mas ínfimo de sus vasallos!... por cierto que esta hazaña es digna de mentarse en los anales de la historia!... Cárlos el valiente, Cárlos el monarca, constituido en infame y vil raptor de doncellas!... convertido en seductor de niñas y corruptor de vírgenes! Doctrina digna de un príncipe por cierto!... Oh! que perversos son los hombres Dios mio! Dejar á un padre sumido en la deshonra y desesperacion! Satisfacer sus frívolos caprichos mas que deshonren una familia entera!

Olr. Pepino, debemos vengarnos; acudamos ante los tribunales y hagamos pública la infame conducta del vencedor de Eresburgo.

Pep. No. Y que sacaríamos con esto? hacer pública nuestra deshonra y ser tratados de viles é infames calúmniadores por atentar contra la reputacion del monarca. Se entregarian nuestras cabezas al verdugo para que su formidable cuchilla las dividiese de su tronco y nuestros cuerpos serian pasto de los buitres. No, Olrico, no es esa la conducta que debemos seguir en esta situacion: debemos vengarnos y vengar á Clotilde, y eso debe ser aunque tuviésemos que asesinar al mismo Monarca.

Olr. Vuestra escesiva confianza os ciega de tal modo que no os permite mirar sus resultados. ¿Como quereis vengaros asesinando á Carlo-Magno, si ni tan solo permitirán que os acerqueis á su palacio? si no podreis llegar á él y cebaros en su sangre?

Pep. He! callad, Olrico, yo sé tan bien como

vos lo que se debe hacer para arrancar á mi hija de las garras del leon; estadme atento: ¿os acordais que en nuestro pais os llamaban el bardo de las montañas por lo bien que tocabais el laud y por vuestra dulce y melodiosa voz? pues ha llegado ya el momento de que ejerciteis vuestros cantos para librar á mi hija.

Olr. Como!

Pep. Tomad el laud y seguidme.

Olr. Pero donde vamos?

Pep. Vos al palacio de Carlo-Maguo, yo al encuentro de la venganza.

ACTO SEGUNDO.

CUADRO TERCERO.

OLRICO.

Salon de palacio.

ESCENA I.

CARLO-MAGNO, OSMÁ.

Os. Oh, Dios mio! bien lo conozco, no sois ya el mismo conmigo, y no me amais ahora: antes tan complaciente, tan galan, os sentabais á mis pies y yo pasándoos la mano por vuestros rizados cabellos os decia: *te amo.* Vos me lo deciais tambien y nos adorábamos con toda la fuerza de nuestra alma; ahora ni tan solo haceis caso de mí, ya no me amais; toda vuestra atencion la ha conquistado esta miserable muchachuela que... os sorprendeis? Oh! aunque vos no me confieis vuestros secretos ya sé yo el método de descubrirlos. Y como decia toda vuestra atencion ahora es esta muchacha, á ella le prodigais el amor que me debiais á mí, á ella consagrais las horas que debiais pasar junto

á mi. Ah! Carlo-Maguo! permitid que os lo diga, sois un ingrato!

Car. (con indiferencia.) No me tacheis de ingrato, Osma querida, los negocios de estado me abruman de tal manera...

Os. No os disculpeis con engañosas palabras. Los negocios de estado no os abruman de tal manera, que no os permitan pasar algunas horas con vuestras queridas, y las horas que pasais tranquilamente junto á ellas, pudierais pasarlas mas bien con vuestra esposa.

Car. Pero Osma!...

Os. Silencio, silencio, no movais los labios para inútiles disculpas que ningun efecto harian en mí. Vos sabeis muy bien, Carlo, que yo os amaba, que yo os queria... Vos tambien me amabais, á lo menos asi me lo deciais: vos cuidabais de mí, de mis hijos, y entre mis brazos pasábamos largas horas de felicidad. Ahora todo ha cambiado y el amor que nos teníamos solo existe por el nombre.

Car. A que venís con inútiles quejas, Señora? No os he hecho feliz? No sois mi esposa? no sois emperatriz?

Os. Me habeis hecho dichosa me decís? al contrario me habeis hecho desgraciada. Me habeis hecho vuestra esposa? si, pero esposa sin esposo, querida sin amante...– Me habeis hecho emperatriz? teneis razon, pero emperatriz sin poder, emperatriz sin autoridad, emperatriz sin vasallos...–

Car. Vamos, señora, vamos dejad estos lamentos.

Os. Ah Carlo-Maguo! ahora tu te crees feliz,

dichoso, pero piensa en el porvenir, piensa en lo que dirá la historia al hablar de tu vida; piensa que dirá: «Fue varon ilustre en su vida púbica, pero fue un ingrato en su vida privada.» Piensa tambien lo que dirán los vasallos al hablar... —

Car. He callad!... mis vasallos? yó pondré un pié sobre sus cabezas y les haré callar y temblar á mi presencia como los corderos ante el lobo. La historia dirá de mí lo que se le antoje... Como no estaré yo presente para hacerla callar hablará á su alvedrio del modo que mejor le parezca.

Os. Carlos, desprecias lo que dirá de tí la historia? te importa muy poco que tu pueblo te tache de tirano? bien, muy bien!... pero dejemos esto, no he venido aqui para hablarte del porvenir sino para hablarte de lo presente. *(Amorosamente.)* ¿Has visto nunca, Carlo-Magno, en una tarde risueña los postreros reflejos del sol?... Has contemplado con atencion los pájaros que cantan melodiosamente en los árboles, saltando de rama en rama, como temerosos de que el sol se vaya ocultando á lo léjos, entre celages de oro y grana? no es verdad que es una vista que deja en el alma un tinte de tristeza y melancolía? ¡Y vemos al sol que se oculta pausadamente tras las montañas, como un esposo que dirige sus últimas miradas á una esposa, como un amante que exala sus postreros suspiros á los pies de su amada! ¿Has visto tú este cuadro de la naturaleza tan hermoso, tan bello tan animado!... si lo hubieses visto te hubie-

ras estasiado, hubieras caido de rodillas como guiado por una fuerza irresistible, y hubieras adorado á un ser omnipotente, á un ser único cuya morada está en los cielos; hubieras comprendido los arcanos de la naturaleza, hubieras amado como yo, y hubieras aprendido á no rechazar las caricias de una esposa.

Car. ¿Os habeis vuelto mi confesor, señora, para ensartarme toda esta retaila de palabras, que huelen á sermon de padre Provincial? Por Dios vivo, que no volvais mas á predicarme de este modo ú os mando...

Os. Ah! no teneis alma, Carlo-Magno!

Car. Basta ya. ¿Vos quisierais que yo Carlo-Magno, yo el Leon de los francos, me adormeciera entre vuestros brazos y durmiera tranquilo con vuestros halagos? El Leon, señora, no descansa sino en los brazos de la Leona, y jamás reclina su cabeza en el regazo de la tierna corderita sin despedazarla antes con sus garras. Podeis comprenderme y podeis retiraros.

(Osma se retira abatida y en silencio.)

ESCENA II.

CARLO-MAGNO.

Car. (levantándose.) Por el alma de mi padre que ya empezaba á serme molesta esta muger! Voto vá que si no se retira al instante, la mandaba colgar del pino mas alto de mis bosques de Eresburgo.

ESCENA III.

CARLO-MAGNO, CLOTILDE.

Clot. (que sale precipitada.) Oh señor! seais quien seais, socorredme, decidme que habitacion es esta!

Car. Pero, señora, que es eso? que os ha sucedido?

Clot. Ah, caballero! me pareceis bueno y os lo voy á contar. Hace dos dias acababa yo de llegar á Paris con mi padre, cuando unos hombres, que por cierto no conocí, me arrebataron de sus brazos, me llevaron á esta casa, y me encerraron en una apartada habitacion sola con una dueña. He pasado estos dos dias entre crueles angustias y horribles padecimientos, al recordar mi pobre padre que creerá que le he abandonado... por fin he encontrado abierta por una casualidad la puerta de mi habitacion, he salido de ella, he atravesado salones suntuosos, galerías sumamente adornadas y sin saber por donde dirigir mis pasos he llegado hasta aquí. Decidme ahora, caballero ¿que casa es esta?

Car. Estais en el palacio del emperador Carlo-Magno.

Clot. Del Emperador? del Emperador? y que es lo que quiere el Emperador de mí? por que me ha hecho arrebatar villanamente de los brazos de mi padre?

Car. Sentaos, señora, sentaos y hablaremos. Vos aqui en esta silla, yo á vuestros pies.

Clot. A mis pies?

Car. No lo veis?

Clot. Levantaos, caballero, jamás permitiré...

Car. Niña, déjate de tonterias. Díme ahora ¿quisieras trocar estos salones cubiertos de oro y grana, estas galerias llenas de perfumes orientales, estos retretes tan suntuosamente adornados, por los miserables cuartitos de la casa de tu padre? ¿quisieras sentarte mullidamente en estos ricos sofas cubiertos con cojines recamados de oro y plata, mas bien que en las miserables sillas de la casa de tu padre? ¿Estas mesas tan hermosas, estos adornos, estos tapices y colgaduras tan suntuosos, no embellecen mas tu vista que las mugrientas paredes del albergue de tu padre? Dí, no trocarias tu pobre y miserable choza, por este rico y suntuoso alcázar?

Clot. No.

Car. No!

Clot. No. En mi cabaña no tengo estos cuadros, estos muebles, estas alfombras y tapices, es verdad, pero en cambio tengo á mi padre á quien amo mas que á mi vida, que á mi alma; y no trocaria mi existencia inocente y sosegada por una vida pasada entre el bullicio de la corte y los placeres.

Car. Pero dime, hermosa, si el Emperador te diera este palacio, estos espejos, estos adornos, si te hiciese señora de cien mil vasallos que vendrian á besarte las manos con suma religiosidad, y te adorarian como á un ángel, dí, ¿no trocarias entonces tu existencia para pasarla feliz, alegre, entre los brazos de un monarca de cien pueblos?

Clot. Caballero, os burlais? el Emperador decirme â mi eso? á una villana? á una infeliz?

Car. Y si te lo dijese?

Clot. Pero si esto es imposible.

Car. Pues yo te lo pregunto en nombre del monarca.

Clot. O quien sois vos para hacerme proposiciones semejantes?

Car. Soy el señor de este palacio, soy Carlo-Magno.

Clot. El Emperador!

Car. *(con marcada altivez.)* Sí, soy el Emperador, ciño la diadema sagrada, tengo en mi mano el cetro, me siento sobre el solio, y pongo el pie sobre millares de vasallos que me acatan y besan el polvo que cubre mi calzado; pero todo esto lo pongo á tus pies: cetro, corona, solio, todo te lo rindo, solo por una mirada de amor!

Clot. Señor!

Car. *(se levanta y apoyándose en el respaldo del sillon de Clotilde.)* Dí, me amas?

Clot. *(levantándose.)* Caballero, que lenguage es ese?

Car. El lenguaje del amor. *(Acercándose á Clotilde, esta se retira.)*

Clot. Retiraos. Yo creia que en los palacios de los reyes se albergaba la virtud, que bajo sus mantos de púrpura cobijaban almas grandes y virtuosas que regian el estado, no por su alvedrio, sino por los consejos de la virtud, y que esta era el único móvil de sus acciones, tanto en su vida pública, como en su vida privada; asi me lo habia enseñado

mi padre y asi lo creia, pero veo que me he equivocado y que la virtud no debe ya buscarse en los alcázares de los reyes, sino en las cabañas de los pobres.

Car. (ap.) Algo orgullosa es la niña, pero yo la haré volver mansa como un cordero.

(Se oye templar un laud y á poco entona Olrico una cancion.)

Car. Que sonido es ese?

(A los primeros acentos Clotilde escucha con marcada atencion.—Carlo-Magno admirado escucha igualmente y se dirige hácia la ventana.)

Olr. (*cantando dentro.*)

Sal, oh hermosa, á estas rejas,
Sal y escucha mi cancion;
Ten piedad de los lamentos
Que exhala mi corazon.
Acuérdate hermosa mia
De aquel mi antiguo amor,
No olvides prenda amada
Los cantos del trovador.

Clot. (*aparte.*) Dios mio! que voz es esta!

Car. Oiga! y quien ha dado libertad al picaruelo para venir á cantar en los jardines de mi palacio? Voto vá...y vuelve á cantar.....

Olr. Si mi triste y debíl lira
Exhala áspero son,
No es culpa de mis lamentos,
Culpa es de tu rigor.
Si en tu pecho aun subsiste
Un recuerdo de mi amor,
Da por Dios una mirada
A tu amante trovador.

Clot. (aparte.) Es Olrico, ¡que imprudencia!

Car. Ola! *(sale un page.)* Ve al jardin, deba-

jo de esta ventana encontrarás un jóven tocando el laud; traelo á mi presencia.

Clot. (aparte.) Dios mio! está perdido.

Car. (á Clot.) Retiraos señora, veremos este trovador porque ha venido á cantar sus trovas en mi palacio.

(Sale el page acompañando á Olrico: Carlo-Magno le hace una seña y se vá.)

ESCENA IV.

CARLO-MAGNO, OLRICO.

Car. Quien sois? *(á Olrico con altivez.)*

Olr. Un trovador.

Car. Vuestro nombre?

Olr. Olrico.

Car. Quien os ha franqueado la entrada en mi palacio?

Olr. Nadie, señor.

Car. Pues por donde habeis penetrado en los jardines?

Olr. Saltando las tapias.

Car. ¿Y quien os ha permitido escalar las paredes de mi alcázar?

Olr. Mi fortuna.

Car. Vuestra fortuna?

Olr. Os voy á hablar francamente señor. Os he dicho ya, que era un pobre trovador sin mas bienes que mi lira, y sin mas fortuna que mi voz. Mi lira y mis cantos están consagrados á las hermosas, asi no es estraño que hubiese formado el proyecto de introducirme hasta aqui, y de ofrecéroslos para cantar la hermosura de vuestras esposas, pe-

ro como los guardas de vuestra persona no me hubieran permitido llegar hasta vos, he resuelto saltar las paredes que circuyen el jardin, penetrar en él y echar al viento los preludios de mi lira y los sonidos de mi voz, para ver si la casualidad hacia que vos me oyeseis: lo he logrado y os acabo de manifestar en este instante las razones que me han movido á saltar las paredes de vuestro jardin.

Car. Jóven, templas bien el laud y no es mala tu voz. Desde hoy te nombro page de nuestra persona y trovador de mi palacio.

Olr. Oh fortuna! *(aparte.)*

Car. Espérame un instante en este salon; luego vuelvo.

ESCENA V.

OLRICO solo.

Oh fortuna! ya estoy aqui en el mismo palacio que ella... que dicha la de encontrar á Carlo-Magno! Oh mi Clotilde! luego estarás libre, yo te lo juro... Si pudiese verla, hablarla, pero yo no sé en que lugar del palacio estará. Dios mio! Compadezco tu suerte, Clotilde; separada de tu padre, de tu amante, sola y abandonada en poder del Emperador de las Galias, tu destino será siempre llorar... Llorar!... no era esta tu mision aqui en la tierra... Que veo! una muger se acerca hacia aqui... es Clotilde... si ella es... ella es.

ESCENA VI.

OLRICO, CLOTILDE.

(Olr. se precipita en los brazos de Clot.)

Clot. Olrico!

Olr. Clotilde!

Clot. Que imprudencia la de venir á este palacio; sabes qne corres mucho riesgo?

Olr. Que me importa si logro verte!

Clot. Y mi padre?

Olr. Le he dejado con deseos de arrancarte de las manos del Emperador; yo he procurado tentar todos los medios posibles para verte, y lo he logrado ya: ¿que me importa lo demás? Ah! ahora bendigo á mi laud que tanto me ha servido para llegar hasta tí; le amo, le amo con todo mi corazon, con toda mi alma.

Clot. Mas que á mí?

Olr. Oh no! eso no.

Clot. Me hace miedo el tener una rival.

Olr. Que niña eres Clotilde!

Clot. Mira Olrico, retírate, podrian vernos hablar y avisarlo al Emperador; por Dios retírate.

Olr. Tengo tanto placer en estar á tu lado que daria mi sangre toda por cada minuto de mas.

Clot. Mira, busca á mi padre, dile mi situacion, dile que haga todos los medios posibles para sacarme de aqui, que en este palacio yo me ahogo, que el aire que respiro es mal sano para mí, que necesito respirar

aire libre, el aire de mi pais, el aire de mis montañas. Estoy segura que si hubiese de estar mucho tiempo aqui me moriria.

Olr. No, ahora no, pues ya tienes á tu amante al lado.

Clot. Vete, Olrico, los momentos son preciosos y pudieran sorprendernos... di tambien á mi padre que aun puedo levantar los ojos y mirarle cara á cara.

Olr. Sí; voy á participarle tu situacion, pero está tan irritado que solo respira venganza contra Carlo-Magno. Adios hermosa, de hoy en adelante tendré dos queridas, pero cuidado en tener celos.

Clot. Cuales, cuales? *(sonriendo.)*

Olr. Mi Clotilde y mi lira.

CUADRO CUARTO.

LA CONJURACION.

Ruinas de un templo sajon en las inmediaciones de Paris.—Varias piedras esparcidas por el suelo; en el fondo un trozo de la estatua de Irmensul. Es de noche y la escena debe estar iluminada por dos hachones clavados en dos derruidas colunas. A la izquierda del actor una pequeña puerta muy disimulada.

ESCENA I.

CARLO-MAGNO, UN NOBLE.

Nob. Sí, aquí es donde deben reunirse.

Car. Y eres tú tambien conspirador?

Nob. Me finjí rebelde para descubrir sus designios.

Car. Te daré un premio correspondiente á tus servicios. *(Ap.)* La horca. *(Al noble.)* Cuál es el santo?

Nob. Venganza y libertad.

Car. Pues vé á llevarlo á mi capitan y dile que circuya con soldados este templo, que deje entrar á todo el mundo, pero salir á nadie.

ESCENA II.

CARLO-MAGNO.

Miserables! conspirais contra Carlo-Magno, el héroe de la Galia, el coloso del siglo! Ah! ah! ah! dáme risa vuestra temeridad: con-

tabais encontrar al Leon y adormecerle con vuestros amaños, miserables cortesanos! pero os equivocasteis, han salido mal vuestras cuentas, porque se echará de improviso sobre vosotros y desgarrará vuestras entrañas. Me dan lástima y compasion! atreverse á pugnar con el gigante, con el coloso, sin pensar que puede aniquilarlos! Habrán formado ya vastos planes, habránse figurado ver á Carlo-Magno derribado de su solio, pero seguid, seguid en vuestra carrera que yo os juro que os encontrareis cara á cara con el Leon y probareis la fuerza de sus garras.

ESCENA III.

CARLO-MAGNO, EL NOBLE.

Nob. Señor, empiezan ya á venir los conjurados, retiraos ó sois perdido.

Car. Están dadas mis órdenes al capitan?

Nob. Ya lo están. Ahora escondeos aquí en esta habitacion *(abre la portezuela de la izquierda)* en donde podreis escucharlo todo sin ser visto.

Car. Bien, vete ahora á reunir con los demás. *(Entrase y al momento de cerrar la puerta dice)* Miserables!

ESCENA IV.

JULIO GONDOIR, SIGIBERTO, CLONDER, PEPINO, CONJURADOS.

(Los conjurados forman semicírculo.—Gondoir y Clonder en el centro.—Pepino escondido tras una coluna.)

Gond. Galos, ha llegado ya el dia de derribar

el ominoso yugo que nos oprime, y mirar por los intereses de nuestra nacion; harto hemos ya sufrido bajo el cruel despotismo de este tirano, de este monstruo en forma de hombre, á quien el mundo llama el grande y la historia designará con el de tirano. Unid todos vuestros esfuerzos á los mios, brillen los aceros en vuestras manos y derribemos del trono á este imbécil y voluptuoso monarca, que pasa el dia en los brazos de sus queridas, descuidando los intereses de la Galia. Jurais todos cooperar á mis esfuerzos para derribar al hombre que se ha abrogado injustamente el derecho de Emperador?

Todos. Sí.

Gond. Juradlo por la cruz de esta espada. *(Estienden todos las espadas sobre la de Gond.)*

Todos. Lo juramos. *(Vuelven á embainar las espadas.)*

Gond. Ahora, compañeros, ya somos todos hermanos, todos corremos la misma suerte. Venganza y libertad, amigos, venganza y libertad. Oid: para que la Galia se proclame libre é independiente es menester que muera Carlo-Magno. Sí, debe morir ó quedamos del mismo modo en la esclavitud. Para esto uno de nosotros se ha de encargar de su muerte; ha de penetrar en silencio y favorecido por la oscuridad de la noche junto á su cama hundiendo el puñal en su seno. (*Conmocion entre los conjurados.*) Decidme, pues, Galos, quien de vosotros se encarga de matarle? (*Profundo silencio.*) Como? nadie responde nadie es osado á clavar el pu-

ñal en el pecho de un tirano?... sois todos cobardes? *(Pepino aparece repentinamente.)*
Pep. Nó tal; yo me encargo de su muerte.
Gond. Vos? quien sois vos?
Pep. Basteos saber que yo me encargo de su muerte. Os reis? me mirais con asombro, porque me veis pequeño y jorobado? No me creeis apto para manejar el puñal? os equivocais. Bajo este esterior débil y enfermizo ecsiste un corazon de hombre, un corazon robusto que respira venganza...y que se vengará. Creedme Galos, si sois tan cobardes que os intimida la espada de este coloso y la cólera del Leon, encargadme el cumplimiento de vuestra venganza y quedareis satisfechos; el Lobo devorará al Leopardo, David matará á Goliat.
Clon. Estás seguro, débil jorobado, que tu mano no errará el golpe?
Pep. Si, Galos, si, esta mano fuerte y robusta jamás ha errado un golpe.
Clon. Danos pues una prueba de la fuerza de tu puño.
Pep. Una prueba? *(Se dirije hácia el fondo y se coloca al pie de la estátua de Irmensul.)* Veis esta estátua que ha resistido á la mano de plomo del tiempo, que han pasado sobre su cabeza sin hacerle mella el soplo de los huracanes y de las tempestades? pues yo la derribaré bajo mis pies. *(La derriba y cae pedazos de un solo golpe.)* De este modo caerá el emperador Carlo-Magno.
Gond. Nos acabas de dár una prueba relevante de la robustez de tu brazo. Aceptamos la

propuesta que nos haces y te confiamos nuestra venganza.

Pep. Galos, dentro de tres dias á las doce horas de la noche, reunios en este mismo sitio, yó os prometo traeros la cabeza de Carlo-Magno. *(Pone una rodilla en tierra.)* Por este Dios que rige el firmamento, por este Dios que con su mano omnipotente gobierna á los hombres y los convierte en el polvo de la nada; por este Dios juro matar al emperador Carlo-Magno con puñal ó espada, cuerpo á cuerpo ó á traicion; y sino cumplo este juramento que la venganza celeste caiga sobre mí y me pulverice con uno de sus rayos.

Gond. En nombre de la Galia acepto tu juramento.

ESCENA V.

DICHOS, UN NOBLE QUE ENTRA PRECIPITADO.

Nob. Estamos perdidos, este templo está rodeado por todas partes de soldados, alguno nos ha vendido.

Voces dentro. Traicion!

Todos. Traicion! *(Sacan todos las espadas y se disponen á salir. Carlo-Magno sale súbitamente y se presenta ante los conjurados. El proscenio se llena de soldados que circuyen á estos.)*

Car. La paz del señor sea con vosotros, nobles Galos.

Todos. Carlo-Magno.

Car. Si Carlo-Magno el imbécil, Carlo-Magno el voluptuoso, Carlo-Magno el que se ha

abrogado injustamente el derecho de Emperador, estos son los motes con que mi noble grey me apellidaba segun creo: bien, no os creia yo tan sínceros con vuestro monarca. (*Exaltándose por grados.*) Con que, vosotros sois los miserables cortesanos que adulabais continuamente mis oidos con palabras mentidas y con falsos amaños?...Con que, vosotros sois los que estabais á mi lado, al rededor de mi trono, y me deciais que el pueblo me amaba y me tenia por un Dios?... Con que vosotros sois los que me apellidabais el grande, el victorioso, el héroe, el conquistador, y os posternabais ante mi presencia y besabais las huellas de mis pisadas?... Con que vosotros sois la serpiente que yo alimentaba en mi seno y que me chupaba la sangre poco á poco y con cautela? Miserables!!! De rodillas (*nadie se mueve*: (*con furor*) de rodillas, pueblo imbécil, ante el héroe Carlo-Magno.

(*Doblan todos la rodilla menos Pepino.—Carlo-Magno les echa una mirada triunfadora.—Cae el telon.*

ACTO TERCERO.

CUADRO QUINTO.

LA LANZA DE CARLO-MAGNO.

Salon régio.—Puerta á la izquierda, que conduce á la cámara del Emperador, otra á la derecha y otra al fondo.

ESCENA I.

FARAMUNDO DE AUVERNÉ, OMAR, ONDRONI, SEÑORES Y NOBLES.

Auv. Teneis noticia, señor de Omar, de la famosa conspiracion tramada contra el Emperador?

Om. Si por cierto; me lo han dicho á la entrada del palacio.

Ond. Y aun añaden que Çarlo-Magno se presentó á los conjurados, sin comprender estos por donde habia venido ó por donde habia entrado.

Om. No hay duda que es el diablo en persona.

Ond. Pero por esto no deja de ser un gran rey.

Auv. Si, un gran rey con un carácter frívolo é inconstante. Tan pronto débil como grande, tan pronto enérgico como inconsecuente.

Ond. Bien satisfecho estará ahora su orgullo.

Om. Porque?

Ond. Porque cuentan que no contento con dejar á todos los conjurados admirados de su presencia, les hizo rendir las armas y prosternarse ante su persona.

Auv. Y los conjurados consintieron en tan insultante proposicion?

Ond. Todos se arrodillaron ante el Emperador y este triunfó.

Auv. Hombres débiles! hombres apocados! que merecieran mas el nombre de niños que de conspiradores.

Om. Cuidado, Auverné, cuidado; estas palabras no se pronuncian en la antesala de Carlo-Magno. Sabeis que la menor indiscrecion puede perderos?

Auv. A mí?

Om. A vos Faramundo de Auverné.

Auv. A mí! á mí que cuento reyes entre mis antepasados? á mí que tengo cien villas á mi disposicion, y á miles de vasallos prontos á obedecer mis órdenes?..... Desafío al Emperador á que toque un solo cabello de mi cabeza, que por Dios vivo...

Ond. Dejaos de niñerias, señores, y escuchadme. Sabeis quien hay entre los conjurados?... unos amigos vuestros, señor de Auverné.

Auv. Amigos mios? su nombre.

Ond. Julio Goudoir, y Sigiberto Clouder.

Auv. Cielos!!!

Ond. Oh, no temais! no les puede suceder otra cosa que ser decapitados.

Avu. Pero bien, que delito han cometido? que delito se les imputa para cortar ignominio-

samente la cabeza á dos nobles por mano del verdugo?

Om. Os parece poco delito el conspirar contra el Emperador?

Ond. Y el ser cabezas de la conspiracion?

Auv. Si, me parece poco para enviar dos nobles al cadalso. Julio Gondoir, Sigiberto Clonder, de la mayor nobleza de la Galia, despojados de todos sus títulos y dignidades por manos del verdugo! Ah! esto no lo sufriré de ningun modo!... si fuesen dos villanos, pero dos nobles!... Voto vá...

Om. Silencio, imprudente, se acerca el primer ministro.

(Vivarés sale á pasos lentos de la cámara del Emperador.—Los nobles se descubren.)

ESCENA II.

Dichos, VIVARÉS.

Viv. Señores, en este momento el Emperador no puede recibiros, dentro una hora celebrará audiencia.

(Los cortesanos se inclinan y salen en silencio.)

ESCENA III.

VIVARÉS.

«Y entre ellos estaba un hombre pequeño y jorobado, que habia jurado mi muerte; dijo que se llamaba Pepino, y cuando todos se inclinaron ante mí, él fué el único que permaneció en pié.» Estas son las palabras que

ha pronunciado el Emperador las cuales han cuajado la sangre en mis venas y han hecho cesar mis arterias de latir. «Un hombre pequeño y jorobado y que se llama Pepino.»— No hay duda, no hay duda, es él; Pepino conspirador, Pepino conjurado! y contra quien Dios mio! contra Carlo-Magno... y si no fuese él?... bien pudiera ser... pero no; es él: con las señas que me ha dado el Emperador debe ser él. Veamos, indaguemos la vida de ese hombre y quizá... Ola! *(sale un page.)* pregunta al gefe de la guardia del Emperador si tiene en su poder un hombre jorobado que se llama Pepino; si es asi que lo traiga al instante á mi presencia. *(Váse el page.)* Oh! haced Dios mio que no sea él! *(Quédase profundamente abatido.—Momento de silencio.)*

ESCENA IV.

VIVARÉS, PEPINO.

Viv. Tu nombre?

Pep. Pepino.

Viv. Tu patria?

Pep. No sé.

Viv. Estás bien seguro de que no sabes el nombre de tu patria?

Pep. Permitidme antes que os diga en nombre de quien me haceis estas preguntas.

Viv. En nombre de la amistad. Dime, Pepino, en las cercanias de Poitiers no has sido criado por un aldeano?

Pep. Sí.

Viv. No te dijo este aldeano, que te habia presentado en su casa un desconocido, dejándole dinero para que cuidase de tu educacion?

Pep. Sí.

Viv. Muerto este aldeano, no te casaste con su hija?

Pep. Si. Una hija me queda de este matrimonio.

Viv. Ah desgraciado! *(Tapándose la cara con las manos.)*

Pep. (ap.) Que misterio encierran las palabras de este hombre. *(En voz alta.)* Pero decidme? quien sois vos, que sin duda conoceis el misterio de mi nacimiento?

Viv. Si, le conozco y plegue al cielo que jamás llegues á conocer quienes son tus padres.

Pep. Con que hasta esto me está vedado? pero los sabeis vos?

Viv. Sí.

Pep. Pues decídmelo, decídmelo por Dios! mirad, yo soy conspirador, el hacha del verdugo está ya afilada y pronta á caer sobre mi cabeza: mañana quizá no existiré; haced pues que muera con el consuelo de saber quienes son mis padres.

Viv. Imposible, imposible!

Pep. Decidme al menos ¿quien era el desconocido que cada mes enviaba oro al aldeano para mi manutencion?

Viv. Era yo.

Pep. Vos? vos? Ah! decidme quien es mi padre, decídmelo por vuestra vida; ahí me teneis á vuestros pies, suplicándoos me lo digais... ya lo veis! me arrodillo ante vos,

yo, yo que no he querido doblar la rodilla ante Carlo-Magno. Si me dijeseis quien es mi madre, os amaria toda mi vida! seria vuestro esclavo y os tendria como á un Dios! Ah! Yo que tantas veces entre mis ensueños placenteros, he soñado en una madre que me acariciaba, que me mecia cariñosa sobre sus rodillas; yo que me he representado en mi agitada mente á mi madre tan hermosa y tan pura como las vírgenes del cielo; tener que morir sin el consuelo de saber quien es! Llorais, caballero, bien lo veo: mi corazon de bronce tambien derrama lágrimas, este corazon á quien no hacen mella las tempestades de la vida, tambien derrama llanto, pero llanto precioso, pues es por una madre.

Viv. Ah, Pepino! jamás quieras saber quienes son tus padres.

Pep. Ah! decídmelo, decidme quien es mi padre; aunque sea un reo, un ladron, el mas vil de todos los hombres, yo le adoraré y le prestaré el cariño que se debe á un padre; aunque sea el mismo verdugo que tal vez cortará mañana mi cabeza... Ah! si fuese asi... descubridme mi nacimiento... si mi padre es el ejecutor de las venganzas del soberano, no importa, yo moriré placentero porque mi mismo padre cortará el hilo de mis dias. Morir por mano de un padre! Habeis visto cosa mas placentera que esta? Habeis visto otro mayor contento para un hijo, que morir á manos de un padre? Por el cielo santo decidme el nombre de mis padres.

Viv. No Pepino, tu padre no es de baja esfera,

es uno de los que gozan de mas favor y prestigio en la corte.

Pep. En la corte? Tanto peor, aborrezco con toda mi alma á los cortesanos. Pero yo no puedo comprender porque mi padre me ha abandonado miserablemente al nacer, porque mi madre me ha negado sus caricias, y porque no me ha mecido amorosamente entre sus brazos.

Viv. Pepino tú no tienes madre.

Pep. Ah! Todo lo comprendo ahora. (*Pausa.*)

Viv. Persistes aun en saber el nombre de tu padre?

Pep. Porque no?... aunque no tenga madre, aunque sea hijo de una meretriz infame, no por esto quiero ignorar el nombre de mi padre. (*Sale un page.*)

Page. El Emperador pregunta por vos, Teodorico de Vivarés.

Viv. Voy. Pepino tu padre es....

Pep. Acaba.

Viv. Es... Carlo-Magno.

Pep. Ah! (*Cae desplomado.*)

ESCENA V.

PEPINO.

(*Volviendo en si.*) Ay Dios mio! que cúmulo de desgracias pesan ya sobre mi frente! Carlo-Magno que ha arrebatado á mi hija, Carlo-Magno que es mi padre, y yo que he jurado la muerte de mi padre! Oh! Maldicion sobre el dia en que nací! Carlo-Magno el Emperador de los Galos, padre de un jorobado,

de un infeliz! y si esto no fuese asi?... pero si, demasiado cierto será por mi desgracia!... mas... imposible, mintió... y quien le habria incitado á que me engañase?... Ah! demasiado cierto es. Hijo de Carlo-Magno ya soy señor de cien pueblos, ya me acatarán mis vasallos de rodillas y obedecerán las leyes que yo dicte... pero que estoy diciendo, insensato? dentro de dos dias á las doce de la noche debe morir Carlo-Magno por mi mano... Maldito juramento! no, Carlo-Magno vivirá... y mi juramento? y el juramento que he hecho ante todos los nobles? ante la Galia entera? y mi padre? y mi padre? parricida! no, no, que viva mi padre y muera su hijo... porque gran Dios no haces caer en este momento un rayo que me aniquile? tener que sufrir estos crueles tormentos y no poder morir! (*Recorriendo la escena á pasos precipitados.*) Una arma, un puñal, un hierro, cualquier cosa para quitarme la vida, esta vida que detesto, esta vida maldecida por el cielo y por la tierra! Oh! si tuviese una daga para atravesarme el corazon, si tuviese un puñal que hundirme en el seno, entonces seria feliz! entonces bendeciria al cielo ó al infierno. Oh! no poder morir! no poder morir!

(*Entra un capitan y varios soldados.*)

Cap. El primer ministro me manda que os lleve otra vez á vuestro calabozo.

Pep. Ya os sigo, id adelante.

ESCENA VI.

CLOTILDE, POCO DESPUES OSMA.

Clot. Pobre Olrico! le amo aun mas desde que ha arriesgado su vida por verme, que ha sabido arrostrar mil peligros y vencerlos, entrar solo y sin mas armas que su lira en la guarida del Leon, y solo porque? para verme para poder gozar algun tanto de mis miradas, y para repetirme que me idolatra y que me amará hasta el último suspiro. Si, Olrico, yo tambien te quiero, te amo, y te adoraré mientras exista.

(*Aparece Osma en la puerta del fondo.*)

Os. Una muger?... mi rival.

Clot. (*sin verla.*) Que dulce es estar junto á él, sentada á su lado, ébrios nuestros ojos de amor, palpitando nuestros pechos de placer, y repetirle con amoroso acento: te amo, te amo!

Os. Ah! tambien le amo yo asi.

Clot. (*sobresaltada.*) Quien está ahí? quien es? una muger?... quien sois?

Os. No lo veis.

Clot. Quien sois?... vuestro nombre?

Os. Decidme antes el vuestro.

Clot. El mio? Clotilde.

Os. Clotilde!!

(*Clotilde se dispone á salir.–Osma la toma de una mano.*)

Os. Esperad, no saldreis de aqui sin saber antes mi nombre; teneis ante vos á la esposa de Carlo-Magno.

Clot. La esposa de Carlo-Magno!

Os. Qué! os admira mi nombre?

Clot. Señora!

Os. Habeis enmudecido al saber quien soy y temblais á mi presencia? Afectais timidez para disimular la impresion que os causa la presencia de vuestra rival?

Clot. Vos mi rival?

Os. No tomeis este aire tan candoroso; sé que Carlo-Magno os ama, que vos le correspondeis, y que los dos conspirais para mi perdicion; pero yo sabré vengarme.

Clot. Por Dios, señora...

Os. He! silencio, no os disculpeis; serian vanas vuestras palabras; yo amo al Emperador y jamás perderé el título de esposa suya ni aun por vuestras intrigas. Bien lo veo, os ciega la ambicion de reinar! quereis subir al trono aunque tengais que luchar contra la corriente! quereis atropellarlo todo no mas que para poder esclamar: ya soy Reina! Infeliz! bien pronto os cansareis de sujetar al Leon; vendrá dia en que este romperá los lazos y las cuerdas que le oprimen, y os abandonará por otra que habrá logrado cautivar su estimacion. Vos sois jóven aun, no conoceis ni el mundo ni sus artificios, y cuando Carlo-Magno os dirá *te amo,* en el fondo de su pecho esclamará: *te desprecio.*

Clot. Pero señora, si yo no amo á Carlo-Magno, si no tengo esas intenciones que vos me imputais, si yo... le detesto.

Os. No le amais? pérfida! aun quereis disimular vuestros sentimientos? Ahora mismo, ha-

ce un momento, en este mismo sitio os he oido hablar de él con amorosas palabras... no digais nada; no hableis... seria capaz de mataros al oir vuestros falaces espresiones.

Clot. (*aparte.*) Dios mio! me dá miedo esta muger.

Os. Carlo-Magno que me pertenece á mí, que es mi esposo ante Dios y ante los hombres, cautivado por las astucias de esta infame muger, que destila de sus lábios palabras candorosas é inocentes y cuyo corazon brota emponzoñada hiel! de esta muger parecida á un cordero manso é inocente con las entrañas de Leon!

Clot. Por Dios Señora...

Os. Repito que calleis. No invoqueis el nombre del Señor del mundo; que no suene en vuestra boca impura el nombre del Dios que gobierna cielo y tierra.

Clot. (*aparte.*) Dios mio, que será de mí!

Os. Llorais? derramais lágrimas? no, no intenteis engañarme con vuestro llanto, son tan falsas vuestras lágrimas como vuestro corazon.

ESCENA VII.

DICHAS, CARLO-MAGNO.

(*Al ver Osma á Carlo-Magno saca un puñal y se precipita sobre Clotilde.–Esta cae de rodillas á sus pies.–Carlo-Magno desnuda la espada.*)

Car. Osma, Clotilde.

Os. No os acerqueis, Carlo-Maguo, no os

acerqueis ó esta jóven cae muerta á mis pies.

Clot. Piedad, señora piedad.

Os. Asi es como yo os quiero, este es el único puesto que os corresponde... á mis pies. ¿Lo veis Carlo-Magno, lo veis? esta muger, vuestra orgullosa querida, ahí la teneis... á mis pies, pidiéndome perdon, demandándome piedad. Osma triunfa, Carlo-Magno, Osma reina.

Car. Soltad esta muger, señora ó vive Dios...

Os. Atrás; no os acerqueis ú os juro por mi vida que este puñal penetrará hasta el pecho de vuestra querida. Haceos atrás, emperador Carlo-Magno, atrás, conquistador de cien pueblos, atrás ante una muger.

Car. Por el alma de mi padre que si tocais un hilo de la ropa á esta muger, os mando desollar viva.

Os. Piensas arredrarme con vanas amenazas? te engañas; estas no harán ninguna mella en mí. Aunque mi corazon sea de muger, Carlo-Magno, te juro que no soltaré á esta jóven sin dos condiciones; y si dás un solo paso hácia ella, caerá víctima de mi furor.

Clot. Por piedad!

Os. Ruega, ruega debil niña, á quien es mas poderosa que tú: suplica é implora de rodillas tu perdon ante tu rival. Emperador, escucha las condiciones que te pongo para que esta niña salga de mis manos! *(Con autoridad.)*

Car. (dolorosamente.) Dí.

Os. En primer lugar, ríndeme tu espada. *(Con orgullo.)*

Car. Como? estais loca señora? Carlo-Magno

emperador de las Galias rendir su espada victoriosa ante una muger? Lástima me dais por cierto, señora, si ha cabido en vuestro pensamiento que Carlos el conquistador se humille ante vos! Que diria luego el mundo de mí al saber que no he tenido valor para arrostrar la cólera de una muger, y que he temblado á su presencia hasta el punto de rendirla mi espada?... Que diria el pueblo al saber que le rige un rey cobarde, un rey necio, un rey imbecil que se deja gobernar como un niño por una muger? Señora, señora, retirad por Dios vuestra proposicion, y no la volvais á mentar en la presencia de Carlo-Magno.

Os. (con autoridad y arrogancia.) Rinde tu espada, Emperador.

Car Jamás. *(Osma levanta el puñal sobre Clotilde, esta despide un doloroso grito y el Emperador sin poderse contener arroja la espada. Osma pone un pié sobre ella.*

Os. Tu espada.

Car. Ahí la tienes.

Os. Bien. Has cumplido con mi primera condicion, cumple ahora con la segunda. Hoy mismo esta muger ha de salir de este palacio para no volver á entrar en él.

Car. (imperiosamente.) Y quien dá órdenes en mi palacio hasta el punto de obligarme á echar de él á las personas que gusto tener á mi lado?

Os. Yo. Tengo tanto derecho para mandar en él como vos. *(Vuelve á levantar el puñal. Clotilde se estremece.)* Esta muger saldrá del palacio.

Car. (con rábia manifiesta.) Saldrá.
Os. Lo jurais por la cruz de vuestra espada?
Car. Lo juro.
(Osma suelta á Clotilde. Esta se precipita fuera de la escena por la puerta de la derecha.)
Clot. Ah! gracias Dios mio, gracias!
Os. Vete ahora caballero, vete á decir á tu pueblo que por una miserable muchachuela has rendido tu espada á los pies de una muger. *(Váse echándole una mirada despreciadora. Carlo-Magno queda pensativo, luego recoge su espada, llama y comparece un page.)*
Car. Que entren los cortesanos. *(Entra en su cámara.–Entran los cortesanos, se dividen en grupos y hablan entre sí.)*

ESCENA VIII.

ÇARLO-MAGNO, VIVARÉS, CORTESANOS, GUARDIAS.

(Los cortesanos doblan la rodilla ante Carlo-Magno.–Este viste un manto real y ciñe la diadema de oro en su cabeza.–Hace una seña, los cortesanos se levantan y él se sienta.)
Car. Que se coloquen guardias en todas las puertas. Cortesanos á mi lado. Vivarés que entren los presos que aguardo.

ESCENA IX.

DICHOS, CONJURADOS.

Car. Os he llamado á esta audiencia, señores, porque hace algunos momentos aun me pa-

recia que soñaba al pensar en vosotros: porque veo á un Julio Gondoir, á un Sigiberto Clonder y otra infinidad de nobles que parecia imposible se hubiesen conjurado contra el monarca. Oh miserables! querer contrarrestar mi poder y despedazar mi corona! Por el alma de mi padre que estoy por haceros añicos á todos; pero quiero tomar una venganza tan singular que la historia la consagrará sus mas brillantes páginas y los pueblos la admirarán. Vivarés trae mi lanza. *(Al recibir Carlo-Magno la lanza de manos de Vivarès, baja del trono y la clava en el suelo por la punta.)* Ya que vosotros habeis conspirado contra Carlo-Magno, vive Dios que os habeis de medir uno por uno con su lanza. Vivarés, los que sean mas bajos que mi lanza que les pongan en libertad, los perdono por necios, pues atreviéndose á conspirar contra el Emperador, podrán decir que aun no eran tan altos como su lanza; á los que pasen de ella los enviarás al verdugo, que te aseguro formará una coleccion de cabezas las mas escogidas de entre mis nobles cortesanos. *(Murmullos entre los nobles.—Los conjurados van midiéndose con la lanza siendo todos mas altos que ella.)*

Pep. (ap.) Oh que esperanza! si yo fuese mas alto que esta lanza, moriria en el cadalso y veriame ecsento de matar á mi pobre padre.

Clon. (ap. á Pep.) Acuérdate de tu juramento.

Pep. Ah! *(Llega Pepino cerca de la lanza se mide y no llega á ser tan alto como ella;*

pónese de puntillas, y hace los medios posibles para ser mas alto hasta que lo nota Carlo-Magno.)

Pep. (ap.) Oh maldicion!

Car. No te canses, miserable jorobado, por mas que hagas nunca llegarás á ser tan alto como la lanza de Carlo-Magno.

Pep. Si, teneis razon, no puedo hacer que yo sea mas alto que la lanza de Carlo-Magno, pero puedo hacer que la lanza de Carlo-Magno sea mas baja que yo. *(Tira violentamente de la lanza y la rompe en dos pedazos.–Cuadro general.–Cae el telon.)*

ACTO CUARTO.

CUADRO SESTO.

PADRE É HIJO.

Calabozo de Pepino en el alcázar de Carlo-Magno.— Pepino echado sobre una estera en el proscenio y recostado en un pilon de piedra : en el fondo una escalera alumbrada débilmente con la luz que figura viene de fuera : á la izquierda del actor sobre un banco la lanza rota de Carlo-Magno : en el techo una lámpara pendiente de una cuerda alumbrando lúgubremente la escena.

ESCENA I.

(Pepino solo por un momento, recostado en la estera y con muestras del mas profundo abatimiento.– Carlo-Magno baja lentamente se adelanta hácia el proscenio y se para frente de Pepino sin que este manifieste haberle visto.)

Car. Pepino.
Pep. Ah mi pa... Carlo-Magno.
Car. Si, yo soy.
Pep. Que venis señor á buscar en esta mazmorra?
Car. Os lo podeis figurar.

Pep. Quien yo?

Car. Vengo á recobrar mi lanza.

(Pepino se levanta súbitamente.)

Pep. Vuestra lanza?

Car. Si mi lanza: que hay en esto que os asombre?

Pep. Vuestra lanza?... imposible.

Car. Imposible me has dicho miserable villano? crees acaso que porque callé cuando te llevaste sus trozos te he dado permiso para que te quedes con ella? no sabes que si tal sucedió, fué tan solo para probar hasta donde llegaria tu audacia y que por consiguiente ya está hecha la prueba? Carlo-Magno, el señor de las Galias, dejar su lanza en manos de un plebeyo?... ha imaginado esto tu loca fantasia? entrégame la lanza al instante... lo quiero *(con altivez)* lo mando.

Pep. (*friamente.*) Imposible.

Car. Sabes que estás en mi poder? Sabes que puedo hacerte perder la vida en este momento, que á una pequeña señal que yo haga en este mismo calabozo puedo hacerte caer la cabeza á mis pies?

Pep. (*ap.*) Ojalá!

Car. Dí, que respondes villano? me entregas mi lanza?

Pep. No.

Car. (*hace un movimiento de ira pero reprimiéndose cruza los brazos sobre el pecho y dice con la mas fria impasibilidad.*) Con que tú desprecias mi poder? Un vasallo se propasa con su rey? La Serpiente muerde al Leon? Temerario! como no tiemblas ante mi

poder? como no temes que te aniquile aqui mismo?

Pep. Yo no sé temblar; nacido entre las montañas, acostumbrado desde mi mas tierna infancia á atravesar por entre riscos y peñas, saltando los barrancos mas profundos, durmiendo tranquilamente sobre la dura tierra, al rumor del vendábal, oyendo sin estremecerme al rugido del Leon hasta llegar á luchar con él y vencerle, he aprendido á no temblar ante los hombres. Asi no es nada estraño que esté tranquilo ante el emperador Carlo-Magno.

Car. No, miserable, tú debes humillarte ante mí, debes rendirme homenage, debes obedecerme porque soy tu Rey.

Pep. (*con sarcasmo.*) Yo humillarme ante vos? el que jamás ha doblado la rodilla ante ningun hombre sino á Dios, postrarse ahora ante Carlo-Magno?... no. Y todo esto porqué? porqué sois noble! porque vais vestido de púrpura y oro! porque vuestra mano empuña el cetro, y os sentais sobre un sólio, porque con vuestro pie haceis doblar la cerviz á millares de vasallos? Os engañais Carlo-Magno, jamás os prestaré yo homenage como á Emperador. El mas ínfimo vasallo es tan hombre como el Rey.

Car. Temerario!

Pep. Caballero!

Car. A tu pesar, te humillarás ante mí, villano: de rodillas.

(*Toma de un brazo á Pepino para hacerle arrodillar, este retrocede, toma de sobre el*

banco un pedazo de la lanza y la dirige contra Carlo-Magno: recuerda en aquel momento que es su padre y la lanza se le desliza de la mano.)

Pep. Oh! esto es demasiado ya.

Car. Atrás, miserable, atrás.

Pep. Oh! que iba yo á hacer! (*Se tapa la cara con las manos y deja caer la lanza. Carlo-Magno la vá á recoger. Pepino vuelve súbitamente en sì y pone el pie sobre ella.*)

Pep. Atrás Emperador, atrás, esta lanza es mia, me pertenece, la he ganado con la fuerzo y nadie es capaz de arrancármela; es un trofeo mio, sí un trofeo, pues este solo brazo hizo añicos como una frágil caña la lanza del coloso Carlo-Magno.

Car. Retira el pie de mi lanza villano. (*Pepino permanece inmóvil.*) Oh! que mengua para un Carlo-Magno! ayer mi espada se rindió á los pies de una muger, hoy se rinde mi lanza á los pies de un villano. Mi lanza, ó mando venir mi gente y te hago ahorcar en las rejas de este calabozo.

Pep. Que vengan pues, yo les haré retroceder á mi presencia, y si se atreven morderán la tierra.

Car. Pepino, desprecio tus palabras. El llamar gente seria obrar vil y cobardemente. Soy Carlo-Magno, soy el Emperador de la Galia, soy Rey de cien pueblos, soy quien soy: pues bien, todo lo olvido y humillaré mi orgullo hasta el punto de batirme contigo, Pepino; eres un villano y no obstante te permitiré que te batas conmigo.

Pep. Yo batirme con vos Carlo-Magno, con vos?... con el mundo entero, pero con vos... jamás.

Car. Cobarde!

Pep. (*con furor.*) Cobarde, habeis dicho cobarde? (*conteniéndose.*) Carlo-Magno presentadme al adalid mas afamado de vuestro ejército, presentadme á todos vuestros vasallos; yo me batiré cuerpo á cuerpo con cada uno, hasta que mi brazo sucumba cansado de pelear. Me batiré con todo el mundo, Carlo-Mago, menos con vos.

Car. ¿Despues de haberme bajado hasta el punto de batirme contigo, aun lo rehusa tu orgullo? insensato! puedes levantar ahora orgullosa la cabeza por haber despreciado el combate de un monarca; pero yo te juro que te la abatiré, y que no tardaré mucho tiempo. (*Vúse precipitado*)

ESCENA II.

PEPINO solo.

Carlo-Magno, mi padre, su hijo tuvo valor para tentar contra su vida! Oh! que horrible situacion!... por una parte mi padre cuya persona debe ser sagrada para un hijo, y por otra mi Clotilde y mi juramento. ¡Que cúmulo de desgracias Dios mio! Dios mio!

ESCENA III.

PEPINO, CLOTILDE, OLRICO.

Clot. (*dentro.*) Padre mio, padre mio.

Pep. (*incorporándose.*) Que voz es esta? (*Pepino se precipita hácia la escalera y queda abrazado con su hija que baja precipitadamente.*)

Clot. Padre mio!
Pep. Hija mia!

Pep. Hija, Clotilde! tú en este calabozo? quien te ha abierto las puertas, quien te ha introducido?

Clot. Padre mio! el ministro Vivarés me ha hecho abrir paso por los guardas que circuyen este calabozo, y he corrido á veros con mi Olrico que jamás me ha abandonado y que contínuamente ha estado á mi lado. A él debeis darle las gracias, pues ha sido mi apoyo, mi consuelo; á no ser por él ya no hubierais visto mas á vuestra hija. Léjos de vos, en poder de Carlo-Magno, yo me hubiera muerto; si me hubiera muerto á no ser por él.

Pep. Olrico, el cielo te bendiga.

Olr. Pepino.

Pep. Silencio; sé lo que vas á decir: Olrico, te concedo la mano de mi hija.

Clot. Sí, Olrico, seré tu esposa; pero despues, cuando mi padre esté en libertad.

Pep. Cuando yo esté en libertad?... no lo esperes hija mia. He sido un sacrílego, y debo morir; he levantado mi brazo sobre la cabeza de Carlo-Magno, del ungido del Señor, y debo morir.

Clot. Vos?...

Pep. Sí, yo; aun no habia visto á mi hija, aun no sabia que se habia hecho de ella, y

luego por cumplir un juramento, un fatal juramento!

Clot. Padre mio!

Pep. No llores, hija mia; la cabeza de tu padre caerá bajo el hacha del verdugo, su nombre será deshonrado, pero hemos de conformarnos porque esta es la justicia del Señor.

Clot. Oh padre mio! Dios es justo, él conoce que sois inocente y os salvará, confiad en él, padre mio, Dios es bueno.

Pep. Tus palabras hija mia se difunden en mi alma cual un bálsamo consolador; pero no esperes ya libertarme... debo morir.

Clot. Morir! oh, no! yo misma iré si es necesario á echarme á los pies de Carlo-Magno y aun á los de su esposa... de su esposa! oh! no comprendeis vos cuan horrible sacrificio voy á hacer; no lo haria por un esposo, pero lo haré por un padre.

Pep. Hija mia!

Clot. Y si mis ruegos son inútiles, si no conmueven á ninguno de los dos estas amargas lágrimas derramadas por la libertad de un padre, si sus entrañas son de Leon, como le dan el nombre, entonces...

Pep. No, hija, de ningun modo vayas á rogar á Carlo-Magno; te desechará, te arrojará de su presencia, y...

Clot. Os engañais, padre mio, Carlos aun que cruel, es generoso.

Pep. Clotilde, eres un ângel. Olrico, no te desdeñes de tomarla por esposa, hazla feliz y moriré contento. Dejadme, hijos

mios, no lleneis de amargura mi corazon. Si tuviese que separarme de vosotros, en el momento de marchar al cadalso temblaria, y mi pena seria mas cruel. Retiraos porque asi lejos de mi vista solo pensaré en Dios: Olrico, haz feliz á mi hija *(con voz desfallecida.)* yo te... lo... ruego.

Clot. (llorando.) Padre mio!

(Clotilde se abraza con Pepino, este queda inmóvil.)

Olr. Ven, Clotilde, vamos á llorar juntos los dos.

Pep. Hijos mios! hijos mios!

(Olrico arrastra á Clotilde fuera del calabozo dejando á Pepino inmóvil y fuera de si.)

ESCENA IV.

PEPINO, VIVARÉS.

Viv. Pepino?

Pep. Vivarés?

Viv. Silencio, el pueblo está alborotado, ha libertado á todos los conspiradores presos por orden del Emperador, y pide á gritos vuestra libertad, pues yo y mis partidarios hemos hecho correr la voz de que erais hijo de Carlo-Magno.

Pep. Cielos!

Viv. Yo mismo he ido á Carlo-Magno y le he descubierto este secreto, pero mas que el amor de padre ha podido en él la ambicion de Rey. Se figura que habeis sido el que ha insurreccionado al pueblo para coronaros

Emperador; está furioso y quiere arrojar vuestra cabeza al pueblo.

Pep. Oh padre mio!

Viv. Es necesario tomar una resolucion, abdicar al instante la corona y vivireis.

Pep. Vivir! para que necesito yo el vivir? La muerte es lo que deseo.

Viv. Y vuestra hija, Pepino?

Pep. Mi hija! pobre huérfana! quedaria perdida y abandonada si yo faltase.

Viv. Renunciad á los derechos de sucesion.

Pep. Sí, renuncio desde este momento.

Viv. Seguidme pues.

Pep. Id delànte.

ESCENA V.

GARLO-MAGNO, Soldados con hachas.

Car. Pepino, Pepino, *(registra la escena.)* Maldicion! se ha escapado... Soldados, á recorrer todo el alcázar, que no se os escape este hombre ó por el alma de mi padre que os mando desollar á todos.

ESCENA VI.

CARLO-MAGNO, OSMA, Soldados.

Os. Carlo-Magno, el populacho está alborotado, amenaza echar á bajo las puertas del palacio; la insurreccion está en su colmo y piden á gritos á Pepino; decidme ahora, quien es este Pepino, quien es?

Car. Señora, señora, idos á rezar á vuestro aposento con diez mil de á caballo, y dejadme en paz. Yo os aseguro que daré á ese pueblo insolente á Pepino, pero les daré solamente la cabeza para que le ciñan la corona.

ESCENA VII.

DICHOS, VIVARÉS.

Viv. Señor, Pepino acaba de renunciar en este momento la corona, en favor vuestro y de vuestros hijos, y ha tomado la resolucion de vestir el hábito en el monasterio de San Galo.

Car. Monge?

Viv. Si.

Car. Que venga, que venga, quiero abrazarle. Tarde he conocido su generoso proceder.

ESCENA VIII.

DICHOS, PEPINO.

Pep. Emperador, consentireis ahora en llamarme hijo vuestro?

Car. Oh! ahora si! *(Se precipita en los brazos de Pepino.)*

FIN.

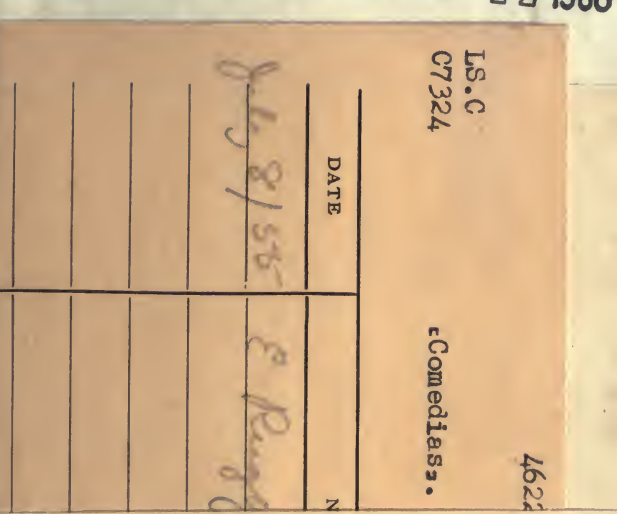
VENDENSE

EN LA LIBRERIA DE IGNACIO OLIVERES.

LAS COMEDIAS SIGUIENTES.

A mal tiempo buena cara, en 1 acto y en prosa, por Escosura.
Carlota, en 2 id. y en prosa.
Dicha y desdicha, en 1 id. y en prosa.
El Heroismo en su colmo, en 5 id. y en prosa.
El Ayo de su hijo, en 2 id. y en verso.
El Duque de Viseo, en 3 id. y en verso, por Quintana.
El Vampiro, en 1 id. y en prosa.
El Príncipe Jardinero, en 3 jornadas y en verso.
El Marido de la Favorita, en 5 actos y en prosa, por Escosura.
El Tejedor, en 2 id. y en prosa.
El Artículo 960, en 1 id. y en prosa.
El Rey se divierte, en prosa, por Victor Hugo.
El Trovador, en 5 jornadas en prosa y verso.
El Hijo de la loca, en 5 actos y en prosa, por Federico Soulié.
Enrique de Valois, en 2 id. y en prosa.
El Campanero de san Pablo, en 4 id. y en prosa.
El Enamorado de la Reina, en 2 id. y en prosa.
EL CORSARIO, en 5 id. y en prosa.
EL CASTELLANO DE MORA, en 3 id. en prosa y verso, por Tió.
El Espósito de Nuestra Señora, en 1 id.
Gaspar Hausser, en 4 id.
Guillermo de Nassau, en 5 id.
Honor y amor, en 5 id. en prosa y verso.
Isabel, ó dos dias de esperiencia, en 3 id. y en prosa.
La Enterrada en vida, en 5 id. y en prosa.
La Calumnia, ó sea la madre incógnita, en 5 id. y en prosa.

Las Cárceles de Lemberg, en 5 id. y en prosa.
Las Minas de Polonia, en 2 id. y en prosa.
Laura, en 5 id. y en verso.
La Marquesa de Senesterre, en 3 id. y en prosa.
La Honra de mi madre, en 3 id. y en prosa por Escosura.
La Monja alferez, en 3 id. y en verso.
La Mancha de sangre, en 3 id. y en prosa.
LA MÁSCARA DE HIERRO, en 7 cuadros y en prosa.
La Abadía de Castro, en 5 actos.
La Cruz de Malta, en 3 id.
Margarita de Borgoña, en 5 id. y en prosa, por Alejandro Dumas.
Margarita de Yorch, en 5 id. y en prosa.
María de Inglaterra, en 3 jornadas y en prosa por Víctor Hugo.
Mauricio, en 2 actos y en prosa.
María Remond, en 3 id. y en prosa.
Olimpia ó las pasiones, en 2 id. y en prosa.
PEPINO EL JOROBADO, en 4 id. y en prosa.
¿Quién reirá el último? en 1 id. y en prosa.
Romeo y Julieta, en 5 id. y en verso.
Rita la Española, en 4 id. y en prosa, por Escosura.
Rafael del Riego, en 5 id. y en verso.
Seis cabezas en un sombrero, en 1 id. y en prosa.
Una Noche de máscaras, en 2 id. y en verso.
Una Dicha merecida, en 1 id. y en verso.
Un Insulto personal, ó los dos cobardes, en 1 id. y en prosa.
Una Crisis ministerial, en 1 id. y en prosa.
Una Hora de centinela, en 1 id. y en prosa.
UNA AVENTURA en tiempo de Carlos IX, en 3 id. y en prosa, por Federico Soulié.
Un Angel en las boardillas, en 1 id.
Una Romántica, en 1 id.
Vautrin, en 5 id. y en prosa, por Balzac.


LS.C
C7324
Comedias.
4622
DATE